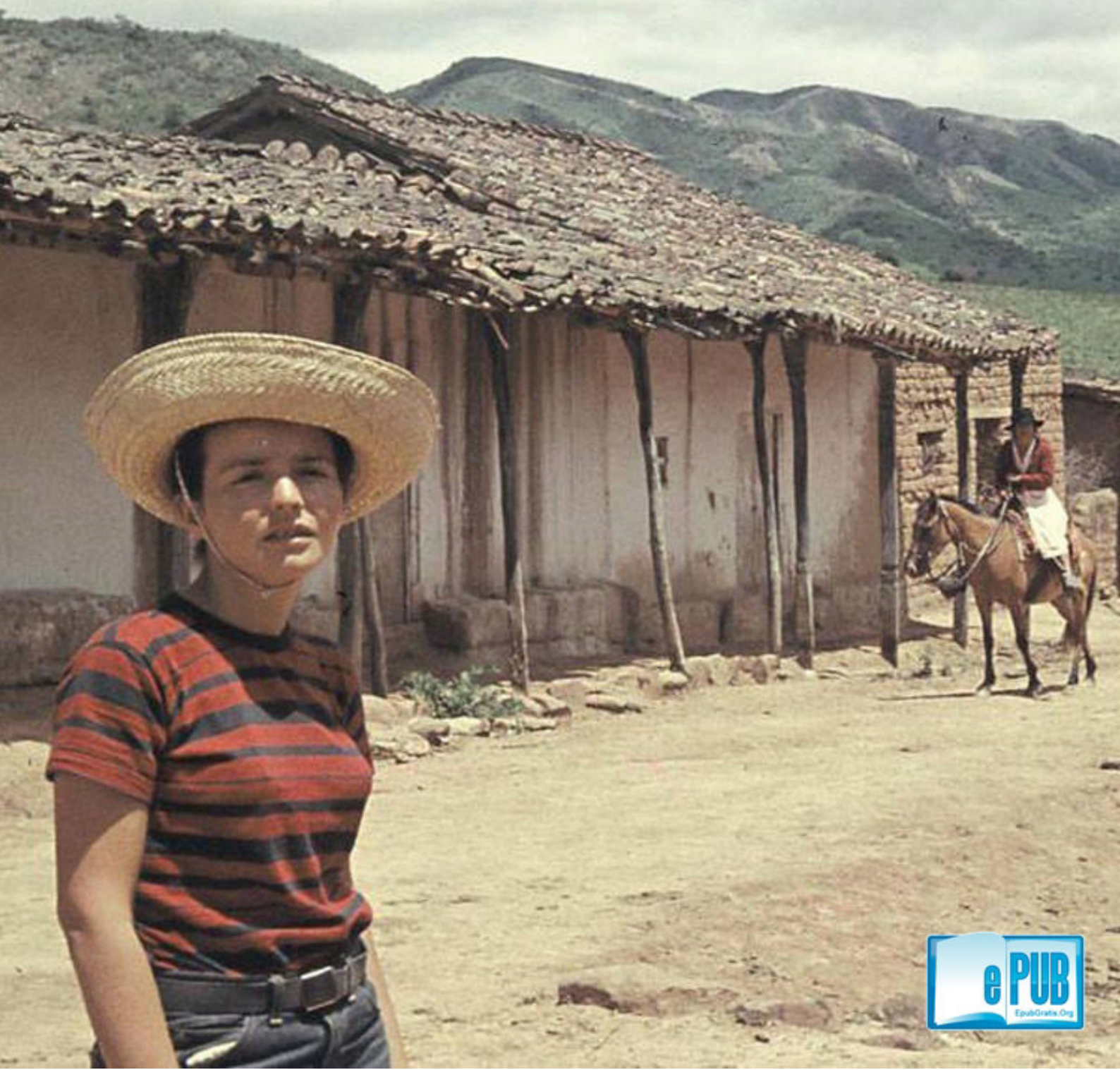


Beatriz Sarlo

Viajes

De la Amazonia a las Malvinas



Viajes es la biografía itinerante de una mujer muy joven que tuvo la suerte de encontrar lugares, personas o situaciones extraordinarias, inesperadas, fuera de todo programa. Beatriz Sarlo ha traicionado su promesa de silencio biográfico y ha escrito los lejanos capítulos de una aventura latinoamericana. Los viajes de Sarlo no son los de la intelectual culta en las grandes capitales del mundo, sino el itinerario, ciertamente utópico pero nunca ilusorio, de la joven latinoamericana. Su relato capta la inmediatez de raras experiencias tal como fueron vividas. Sin saber bien por dónde avanzaba ni de quién eran las selvas y los ríos, llegó a una aldea en la Amazonia donde nadie hablaba español. Décadas después supo que había compartido la comida y bebida que le ofrecieron los hospitalarios miembros de una etnia jíbara. Con sus amigos de entonces, recorrió la puna para descubrir santos coloniales en iglesitas jujeñas y atravesó el altiplano de Bolivia en la caja de un camión que corría en la noche helada; bajó a la mina en Oruro; bailó en fiestas patronales y en bautismos. Peregrinó hacia la modernidad de Brasilia, de una capital que ya adoraba antes de conocer. Finalmente, cuarenta años después, hace un último viaje: las Malvinas. Y antes, al principio de todo, estuvieron los viajes de la infancia, el deslumbramiento profundo de los relatos y las costumbres. En *Viajes*, la autora modula una escritura íntima y portátil sobre las posibilidades de la memoria, el pulso autobiográfico y la recreación palpitante de América Latina.



Beatriz Sarlo

Viajes

De la Amazonia a las Malvinas

ePub r1.0

Titivillus 07.03.16

más libros en epubgratis.org

Título original: *Viajes*

Beatriz Sarlo, 2014

Foto de cubierta: Foto cedida por la autora

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

EL SALTO DE PROGRAMA

Subí hasta la iglesia de San Leopoldo. Hacia abajo, se extiende Viena, visible pero brumosa. No sé por qué razón en octubre de 1995, San Leopoldo abría sólo los sábados a la tarde, durante algunas horas. Veinte personas esperábamos afuera, dispersos por la explanada. Todos en silencio. Cuando se abrieron las puertas, la luz atravesaba los vitrales de Kolo Moser, y toda la iglesia tenía una tonalidad acuática, ocre y púrpura. Me senté y recapitulé el trayecto: metro y bus hasta la parada del hospital. Luego, a pie, 500 metros en subida.

La iglesia de San Leopoldo, desde que llegué a Viena, había sido mi obsesión. Faltaban varios días para el sábado y recorrí todos los edificios de Otto Wagner: estaciones de metro, casas de departamentos, pabellones, bancos. Tenía un plano con los edificios modernistas y ese había sido mi único itinerario. Ya los conocía de memoria antes de llegar y entonces los observé como quien regresa, no como quien llega por primera vez. En 1992, un libro, *Viena fin de siglo* de Carl Schorske, me había convertido en una especie de falsa experta, que simulaba bastante bien un saber sobre la ciudad de las primeras décadas del siglo xx. Todas las mañanas iba a Michaelerplatz. Como si estuviera visitando a Adolf Loos vivo, entraba a la «casa Loos», donde hoy funciona un banco, y que causó escándalo en 1911 cuando se la construía. Me sentaba en un silloncito y fingía ser un cliente que espera su turno mientras lee el diario o escribe en su libreta. Años después, repetí esa visita al banco con dos amigos; y con ellos también entré a la Caja de Ahorros, imponente y magnífica, de Otto Wagner.

Simulaba una familiaridad tan convincente que la dueña de la pensión donde vivía me preguntó si todos los argentinos conocían Viena con ese detalle. El caso puede anotarse como extrema devoción o, si se quiere, enfermedad cosmopolita.

Sin embargo, después de cuatro o cinco días, mi primer viaje no se había completado porque me faltaba San Leopoldo, la iglesia en el Steinhof. En una ficha de cartón llevaba escrito el comienzo de un ensayo de Cacciari:

«Dos caminos simétricos, en las laderas de la floresta vienesa, dan acceso a la iglesia de San Leopoldo. La iglesia de Wagner, coronando el complejo del hospital para enfermos mentales de la ciudad de Viena, surge del tupido bosque con su refulgente cúpula de cobre dorado. Nadie podría decir lo que esta obra anticipa, al igual que sería difícil afirmar lo que expresa»^[1].

O sea que esa tarde de sábado, siguiendo a Cacciari, yo quedé absorta frente a una obra que pedía justamente no ser interpretada. Dispuesta a llevar esta experiencia hasta donde fuera posible, casi no escuché al guía que describió la iglesia y, sobre todo, los vitrales de Kolo Moser. No intenté defenderme del impacto sino obedecerlo: obedecer la fuerza simétrica de la arquitectura, la geometría del estilo Wagner. Miré todo con la atención de quien sabe que está construyendo su recuerdo de San Leopoldo para siempre. Hoy compruebo, desengañada, que ese recuerdo son las fotografías y no aquellas primeras imágenes, demasiado fuertes, de la severa geometría de Wagner, que se niega a la cercanía cortés del art déco. Mármol blanco sostenido por clavos de cobre y, sobre esos muros de perfecta lejanía, la cúpula dorada.

Cuando terminó la visita, nos informaron que, en pocos minutos, la iglesia iba a cerrar sus puertas, hasta el próximo sábado, cuando yo no estaría en Viena. Un acontecimiento único en mi vida se cumplía para siempre: se terminaba. Me quedé afuera, caminando alrededor de la iglesia, con la cabeza levantada para no perder la cúpula que se cubría lentamente con una película que anunciaba la puesta del sol. No me di cuenta de que estaba sola frente a San Leopoldo. Anochecía. Comencé a bajar hacia la salida. La tarde estaba como suspendida, sin viento, sin sonidos.

De pronto, escuché unos pasos, al mismo ritmo que los míos. Suelas de madera sobre el pavimento. Me acompañaban y yo no me di vuelta. Estábamos a mitad de camino entre la iglesia y la calle. No me apuré, el otro que me seguía, tampoco. Así íbamos, separados por dos o tres metros, hasta que sentí una mano que me tomó del hombro desde atrás. Seguimos caminando. En ese momento recordé que San Leopoldo es la iglesia de un hospital psiquiátrico.

Al darme vuelta vi a un hombre con un delantal azul, casi hasta el piso, y un pañuelo en la cabeza. Cuando giré, su mano abandonó mi hombro. No nos saludamos. El hombre tomó por un camino lateral. Electrizada por ese contacto, llegué casi corriendo a las rejas y salí a la calle. Volví a San Leopoldo diez años después, con esos dos amigos que también me acompañaron a la «casa Loos» en Michaelerplatz. Apoyados en los mármoles blancos nos sacamos una foto. Mientras subíamos hacia San Leopoldo les conté esta historia intensa y, para siempre, enigmática.

Se viaja buscando esa intensidad de la experiencia, algo que asalta de modo inesperado y original, fuera de programa y, por lo tanto, imposible de ser integrado en una serie. Es una historia que no termino hoy de comprender, porque, como San Leopoldo, quizá no tiene ninguna interpretación posible ni expresa nada. No pasa por el discurso, sino por el cuerpo. Es inesperada y, sin embargo, toda la tarde me había preparado para un suceso que no sabía que podía ocurrir. Estaba en disponibilidad no tanto frente a las geométricas guirnaldas de Otto Wagner y la detallada disciplina del interior de San Leopoldo (cosas que conocía, que había visto en decenas de fotos). Estaba disponible para ese otro viaje brevísimo, doscientos o trescientos metros con el sonido de las suelas de madera cerca de mí, con esa mano fuerte sobre mi hombro. No era una aventura, sino un acontecimiento o, mejor dicho, dos acontecimientos de similar intensidad aunque de naturaleza muy diferente. Había llegado a Viena para hacer una especie de performance de lo que sabía sobre la ciudad. Actuaba fingiendo que reconocía todo, que todo me resultaba familiar porque antes lo había visto en los libros.

Pero algo saltó fuera de programa. Lo que saltó en el camino que lleva desde la iglesia de San Leopoldo a la salida del hospital fue el imprevisto de ese internado que decidió seguirme. Nunca sabré por qué. Quizás tampoco él lo supo: el atardecer, mi abstracción ensimismada, su locura, la casualidad que diseña los sucesos más inolvidables.

Los viajes de este libro son saltos fuera de programa. Con el desplegable recogido en la oficina de turismo vienesa «Architektur, von fin de siècle bis heute», había recorrido con una exhaustiva obsesión las obras de Adolph Loos y de Otto Wagner. A la iglesia de San Leopoldo llegué después de ese camino por el centro y los barrios de la ciudad; ascendí a ella, para decirlo del modo en que me sentí esa tarde.

También un salto fuera de programa fue la proyección nocturna, en la Viennale^[2], del film de Godard *Deux fois cinquante ans de cinéma français*. Volví a mi cuarto con la idea de que podía olvidarlo, justamente porque me había impresionado tanto. Escribí una larga carta, que se ha perdido. La escribí porque no tenía otro modo de salir de ese film sin temer que sus imágenes, un tejido inextricable de citas, se me escaparan. Estábamos en 1995, y no existían tantos dispositivos exteriores de memoria o de olvido. Recuerdo que fumaba (todavía se podía fumar en cualquier parte) y vacilaba en el intento, imposible como ya sabía, de contar linealmente un film de Godard.

Los mejores viajes incluyen estos saltos fuera de programa. Cacciari escribió sobre San Leopoldo que «quizá se entiende sólo cuando se sale de la iglesia y se le da la espalda». Es probable que durante muchos años yo creyera que había entendido este viaje a Viena. Hoy creo que su punto fundamental, el vértice que organizó esos días enloquecidos y estáticos, fue la experiencia del loco en el hospital de San Leopoldo. En ella se resumen los acontecimientos que, desde muy joven, en todos los viajes, me habían tomado por sorpresa, de manera casi siempre impuesta y, a veces, violenta. El salto fuera de programa, lo intuí desde los veinte años, es la esencia misma del viaje: un *shock* que desordena lo previsible, rompe el cálculo y, de pronto, abre una grieta por donde aparece lo inesperado, incluso lo que no llegará nunca a comprenderse del todo. Desorden y golpe de fortuna.

Pero el fuera de programa debe ser respetado en sus reglas. No buscarlo jamás, porque se

convierte en el más vulgar de los exotismos. Dejar, simplemente, que acontezca. Y, después, capturarlo y ser capturado, en una doble hélice envolvente. Aquella vez, en la iglesia de San Leopoldo, yo me distraje, no me di cuenta de que estaba atardeciendo, que era otoño, que ya no se veía la ciudad a lo lejos. Bajo la impresión de la iglesia de Otto Wagner, me había olvidado.

No es necesario ir hasta Viena para ser arrastrado en un fuera de programa. A veces, la casualidad nos pone al lado de quienes no estábamos buscando ni pensábamos encontrar: Susan Sontag en el cine Metro de Nueva York, mirando, como yo, la proyección de *Berlin Alexanderplatz* de Fassbinder. No se me ocurrió decirle nada. El salto fuera de programa era sólo eso: que coincidiéramos en la oscuridad de la sala, durante cinco horas. Una prueba de que las experiencias inolvidables están hechas de materias perfectamente casuales, pero dispuestas de un modo que las vuelve significativas, aunque ese significado no pueda siempre explicarse. ¿Qué quería decir que Sontag y yo estuviéramos allí? Nada. Y, sin embargo, la experiencia desnuda quedó como lo inesperado, la casualidad incausada, el *shock* de lo que no se busca.

En aquel 1985 yo había llegado por primera vez a Nueva York. Viviría allí algunos meses, la primera vez tanto tiempo lejos de Buenos Aires, fuera de América del Sur, en una ciudad mítica que desconocía enteramente. Sentada en la sala del departamento de Jean Franco, que me había invitado a la Universidad de Columbia, la primera tarde me conduje como una perfecta argentina: autosuficiente y, en consecuencia, no cosmopolita. Lo ignoraba todo, pero pensaba que todo podía aprenderlo en cinco minutos. Jean Franco me dio sólo una instrucción: que usara la ciudad a toda hora, siempre. Esa instrucción fue el regalo que me hizo de Manhattan. Justamente era una instrucción sin programa: no incluía ninguna prohibición ni ninguna cautela. Salí de la casa de Jean Franco con una frase en la cabeza. La que pronuncia un personaje de Balzac, mirando París: «À nous deux maintenant». Ahora, nosotros dos, frente a frente.

Dejé Nueva York, meses después, conociendo algo de Manhattan. Casi todas las tardes, seguí los recorridos de una guía Michelin: giré en las esquinas indicadas, tomé para el sur o para el norte, me bajé en todas las estaciones de subterráneo, estudié los recorridos de los ómnibus. Dejé de lado Midtown y fui hacia el norte o hacia abajo. Entré en decenas de bares. Compré decenas de entradas a los teatros del East side y pagué decenas de *covers* en los *jazz* clubs. Me paraba en la barra y empezaba a hablar con quien tuviera al lado. Durante muchas semanas estuve completamente sola y eso ayudó. El viajero solitario no tiene más remedio que estar siempre en movimiento porque, si se detiene, lo asalta la soledad del extranjero, el deseo fugaz pero insistente de estar en un lugar más familiar. La pulsión de volver a un espacio propio.

Mi espacio estaba primero en los mapas de la guía Michelin. Conocer esos mapas me ponía en disponibilidad frente a Nueva York. Respecto de esos mapas podía saltar un fuera de programa. Sólo cuando conocí bien la ciudad, pude comenzar a perderme (como, por otra parte, ya lo señaló Walter Benjamin) y a desviarme, a poner mi cuerpo en el lugar donde podía acontecer lo que yo no esperaba.

Una noche, me di cuenta de que Art Blakey, un baterista que ya había entrado a la gran historia del *jazz*, estaba al lado mío en la barra de Bradley's, en 70 University Place, en el Village. Diez años antes, cuando no había internet y era difícil saber qué se encontraría en la ciudad de destino, en un vuelo a Nueva York, por casualidad, porque ninguna aerolínea lo ofrece a los pasajeros de clase turista, conseguí el *New Yorker* de la semana y consulté la cartelera de música. Quien me acompañaba decidió: «Ya sé dónde vamos mañana a la noche»^[3]. Art Blakey tocaba en Sweet Basil. Esa noche, mientras hacía cola sobre la nieve, mientras la nieve caía sobre mi impermeable, un tipo dijo: «Blakey, Blakey, esto sólo lo hago por vos». Yo, extranjera, no tenía tantas pretensiones y lo habría hecho también por otros. Al final pudimos entrar al boliche.

Ahora el suspenso es innecesario. Blakey murió, pero si alguien viaja a New York sabe quién toca en cualquier parte, con sólo mirar las páginas web. Antes de internet, yo llegaba a la ciudad y corría al kiosco para buscar el *Voice* o el *City Paper* de donde estuviera. Parada en una esquina, hojeaba como una posea las carteleras; indefectiblemente desilusionada, me daba cuenta de que había llegado un día después y lo mejor había sucedido la noche anterior; pero descubría también que me esperaba algo esa misma noche. Buscaba una cabina de teléfono para hacer una reserva, encontraba un contestador y dejaba un mensaje, quedaba inquieta. Esperaba hasta la noche y llegaba al boliche con la breve información de cartelera (con suerte, un comentario o un destacado de la semana). No sospechaba que una década después toda esa excitación iba a disolverse en internet; las revistas que antes se compraban y después se obtenían gratis, ahora están en la pantalla de mi computadora, y puedo armar un itinerario como si hubiera contratado un paquete turístico en una agencia especializada en freaks, fans, melómanos y bizarros. No extraño esas décadas donde el azar trazó las líneas inesperadas de una relación suspensiva con las ciudades extranjeras, a las que llegaba como a una fiesta sorpresa. Hoy el mapa y la ciudad real se acercan. Ahora espero justamente que, en algún lugar, se produzca una dislocación, un salto.

Eso es lo que sucedió aquella noche en que Blakey estaba al lado mío en la barra de Bradley's, un bar donde generalmente había sólo piano y bajo, eventualmente batería. Pero esa noche debutaba allí un trompetista muy joven. Después de que la trompeta expusiera los primeros compases, Blakey, sin disimulo, pidió la cuenta, pagó y se fue. No le había gustado. Muchas veces volví a pensar en esa noche y a tejer hipótesis sobre el suceso con quien me acompañaba. Imaginamos que le habían dicho a Blakey que ese día tocaba uno nuevo que podía interesarle para su banda, The Messengers. Imaginamos que Blakey había ido para comprobar si descubría alguien todavía desconocido. Y que ese muchacho blanco le había parecido que no valía la pena quedarse un minuto más. Nunca olvidé el gesto despectivo ni el alto tono de voz con el que Blakey pidió la cuenta. No quiso que su gesto pasara inadvertido. Repasé ese gesto también muchas veces: el momento en que un desconocido es fulminado por una gloria de la música que está tocando. Esos momentos no pueden buscarse, nadie puede preverlos, ningún itinerario podría comprometerse en incluirlos. Son la intensidad misma del tiempo del viajero.

Veinte años antes de esa noche terrible para el trompetista, llegué con un grupo a una escuela en la cordillera sur. No estaba marcada en los mapas que íbamos siguiendo para recorrer a pie el límite entre Chile y la Argentina, más o menos a la altura de Río Pico, en la provincia de Chubut. De repente, en un valle verde esmeralda, un paisaje casi demasiado perfecto y convencional, recostada contra un faldeo, apareció la escuela y, en el medio de un patio de tierra, muy cuidado, con canteros de piedra y algunas flores, el mástil con la bandera. No buscábamos la escuela sino un lugar donde acampar. En la cordillera sur casi siempre es posible confiar al destino de cada día dónde se va a dormir cada noche.

La maestra tenía nuestra misma edad, más de veinte y menos de veinticinco años. Se acercó, con dos o tres chicos, vestidos con delantal blanco. Nos saludamos, dejamos las mochilas sobre el pasto para que los perros las olieran, y la seguimos a la cocina comedor del edificio. Desde allí, se veía un recorte del valle, cruzado, en diagonal, por un sendero que subía. Tomamos mate, preparado con la técnica usual en la Patagonia: la pava hierve siempre sobre el fogón y, con una latita de agua fría, se va regulando la temperatura; es mate amargo, muy caliente, pero nunca lavado.

La maestra nos invitó a quedarnos y nosotros, que llevábamos comida para varios días, nos ofrecimos a preparar la cena. Mientras comíamos, con el farol sol de noche colgado sobre la mesa, ella nos contó que trabajaba en ese lugar desde hacía dos años y que, seguramente, antes del traslado a algún pueblo, iban a pasar tres o cuatro.

Para los chicos éramos una novedad tan inesperada como la escuela para nosotros. No se

separaban de esos desconocidos. La maestra nos contó que de muchas palabras que conocían por escrito nunca habían visto una imagen del objeto que designaban: auto, por ejemplo, o tren. Algunos dormían en la escuela porque sus casas quedaban a más de un día de marcha.

A la mañana siguiente, después de dar vueltas, engrasar nuestros borceguíes y lavar un poco de ropa, asistimos al día de clase. Ayudamos a cocinar el almuerzo para unos quince chicos y, a la tarde, algunos nos llevaron a un laguito para pescar truchas. Con una lata vacía de duraznos al natural y varios metros de hilo de nylon los chicos armaban una especie de *reel* de pesca, ingeniosa reducción del mecanismo del *reel* a su concepto más abstracto. Se revoleaba la plomada sobre la cabeza hasta que tomaba velocidad; cuando se la largaba, se aflojaba el hilo que envolvía la lata y enseguida se lo volvía a rebobinar.

Cuando regresamos a la escuela, la maestra nos sugirió que nos quedáramos dos o tres días más. No teníamos mayor apuro. Alguno de nosotros se puso a ensayar un coro con los chicos, y resultó un atardecer musical imprevisto. El resto fumábamos tirados en el pasto, sacábamos fotos o juntábamos leña. A la noche, matamos una gallina que íbamos a comer al día siguiente; colgada de una rama alta, para que no la destrozaran los perros, quedó al sereno. A la maestra le tocaba amasar su pan de la semana, de modo que, hasta que no hubo más luz, estuvimos ocupados. Sacamos del horno unos panes redondos y altos, con mucha miga y una costra vigorosa.

El día siguiente amaneció nublado y nos quedamos en el aula. Los chicos querían seguir con el coro: «Se equivocó la paloma...». Nicolás Guillén: de Cuba al extremo sur de la cordillera argentina. En su mesa escritorio, la maestra nos mostró recortes de revistas con ilustraciones para que los chicos supieran qué cosa era un tren, un barco, un automóvil, un lavarropas, un televisor o una cocina de gas. Allí mismo nos pidió que le mandáramos más revistas. A la tarde, los chicos formaron en el patio, arriaron la bandera y comenzaron a despedirse, porque era viernes y se volvían a sus casas. Llegó uno de los padres a caballo, se llevó a sus tres hijos y nos dejó unas tiras de tasajo y una lata con frutillas silvestres.

A la maestra, durante el año que siguió, le mandamos libros y algunas cartas. Un día, uno de nosotros (el que había escrito su dirección en los sobres) recibió la visita de una comisión de gendarmería. Querían saber quiénes éramos porque un hombre, desconocido en la zona, había pasado por la escuela, se había hecho amigo de la maestra y, no se sabe por qué, la había dejado mal herida de un escopetazo. Nuestro remitente en los sobres era lo único que no encajaba en la rutina de esa escuela.

El imprevisto saltó con la brutalidad del crimen que conocimos sin otra intermediación que la del gendarme. Fue un salto de programa que actuó retrospectivamente y le dio otro sentido a esos días pasados en la cordillera. El viaje se volvió endeble, se esfumaron los recuerdos felices (de esa felicidad inconsciente que se siente en algunos momentos, como si uno estuviera fuera del mundo). Lo trágico reordenó todo los días de ese verano hasta convertirlo en una experiencia que ya no deseaba recordar. Lo trágico la había asaltado, deshaciéndola. No podía seguir creyendo en lo que había visto, porque el Mal estaba allí, escondido para nosotros, unos caminantes ingenuos y autocentrados. Lo que saltó fuera de programa quizás estuviera agazapado desde el verano. No supimos ver algo que probablemente podía ser descubierto: la inseguridad en medio de ese paisaje risueño, todo verde y campos de frutillas, aguas límpidas corriendo entre las piedras: el reverso.

En *Tristes trópicos*, Lévi-Strauss define el viaje como «desplazamiento en el espacio, el tiempo y la jerarquía social»^[4]. Después de que la maestra patagónica cayera de un escopetazo, yo no podía seguir fingiendo que era sólo una aficionada al *trekking* y al paisaje. La violencia me había puesto en mi lugar, entre el privilegio y la distancia. Fuera de programa, el escopetazo y su víctima corregían mi recuerdo y contraponían una realidad rebelde al pintoresquismo. Yo no había visto nada. Retrospectivamente, la noticia desmentía mi reconstrucción del paisaje idílico,

con sus chicos oscuros, pobres y discretos. Fue un salto de programa que ordenó el recuerdo para siempre. La violencia demostraba que nada quedaba a salvo y que en medio del idilio rural está la muerte. El loco del manicomio vienés, que me siguió al atardecer, hizo que San Leopoldo fuera para mí no sólo la perfección de la arquitectura de Otto Wagner. El escopetazo reordenó las imágenes de montañas y ríos transparentes.

No siempre el salto es terrible o espectacular. Muchas veces es un reconocimiento inesperado, una familiaridad impensada. Puede ser sólo un instante: en Sicilia, al salir de Noto, pequeña ciudad cumbre del barroco, donde Antonioni filmó algunas escenas de *La aventura*, le preguntamos a un hombre que conversaba con otro al lado del camino, cuál era la ruta hacia Siracusa. Se pusieron a discutir entre ellos y después de un rato, uno, con un gesto que cualquier rioplatense reconoce como propio, nos dijo:

—Te lo dicco io.

Esa pequeña frase fue una especie de salto en el espacio y el tiempo. Acabábamos de dejar el siglo XVIII, y de pronto estábamos en un barrio de Buenos Aires. El contraste y la extrañeza, la familiaridad verbal y la incalculable perfección de Noto, se juntaron con esas cuatro palabras y ese gesto, un destello de incongruencia que ahora reconozco como el instante fuera de programa. Esas cuatro palabras nos convirtieron a los turistas argentinos en parientes distantes de esos paisanos de Sicilia. En un segundo, se condensó nuestra historia de la inmigración.

A veces, en el salto de programa, la suerte define el momento de haber estado allí cuando algo sucedió. No tiene que ser espectacular, sino significativo: una experiencia pensable. En 2005, se inauguró en Berlín el Memorial de los Judíos Asesinados en Europa. Treinta días después, ya lo habían visitado miles de personas. Cuando llegué, unos amigos berlineses, un poco escandalizados, me dijeron que los taxistas lo llamaban el «Holo».

El arquitecto Peter Eisenman diseñó el Memorial como una enorme plaza seca. Buscaba, prescindiendo de símbolos desgarradores y efectistas, que los visitantes se enfrentaran con una muda experiencia sublime. Las ciudades, sin embargo, cuanto más vitales y móviles, absorben lo que pretende gobernar su dinámica. Son insaciables devoradoras de intenciones y alegorías. Cuando el Memorial se inauguró hizo explícitas unas instrucciones de uso. Entre sus rectángulos de cemento gris alineados en ondulaciones como un campo de estelas fúnebres, hay una lápida, con indicaciones numeradas: sólo debe ser recorrido a pie y a ritmo de marcha; están prohibidas las bicicletas, los patines y el *jogging*; prohibido hacer ruido, prohibidas las radios y los instrumentos musicales, excepto aquellos cuyos auriculares los vuelvan audibles sólo para su portador; prohibido hablar en voz alta; prohibido pasear con perros u otros animales; prohibidas las bebidas alcohólicas y la comida; prohibido acostarse sobre las estelas de cemento; prohibido treparse a ellas o saltar de una a otra; prohibido, por supuesto, tomar sol en traje de baño.

Estas instrucciones de uso son más detalladas que las que están en Buchenwald y otros campos de concentración. Son prohibiciones a la altura de la austeridad simbólica del Memorial: sólo cemento, sólo la representación del rectángulo de una tumba. Sólo el encuentro y la meditación sobre el asesinato de millones. Sin embargo, en ese campo de estelas grises, los visitantes introducen su fuera de programa. A veces son desviaciones mínimas del silencio sublime: un par de chicos que se sacan fotos con sus celulares. A veces son irrupciones que vienen de otro mundo: de la televisión, de la publicidad, del mercado.

A mí me tocó uno de esos saltos. Una chica de largo pelo lacio y negro se aparta de su grupo de adolescentes y le pide a quien parece su madre que le tome una foto. Se apoya contra una de las columnas verticales, oculta la parte inferior de su cuerpo y muestra al objetivo sus hombros y su cabeza, en tres cuartos perfil. La madre usa su celular con la embobada fantasía de que su hija es una modelo. Le dice: «Te arrodillas o te inclinas un poco, de modo que tu pelo barra el suelo». La adolescente, como si fuera una profesional frente a un fotógrafo de modas, se toma

el pelo en la nuca, lo retuerce y lo deja caer. Repite la operación varias veces hasta que la masa negra, brillante y lacia se desliza sobre sus hombros, sobre sus brazos, hasta tocar el piso. La madre, visiblemente orgullosa del futuro que podría esperar a su hija, sigue sacando fotos, mientras ella (la modelo) va cambiando su sonrisa. Fin del salto de programa en el Memorial de los Judíos Asesinados en Europa.

Fueron, en verdad, dos saltos. El primero apartó a madre e hija de las instrucciones que el arquitecto del Memorial puso como guía para sus visitantes. Madre e hija olvidaron el programa «sublime» para inventar un pequeño interludio de mercado audiovisual. Olvidaron el Memorial para convertirlo en escenografía de un publicitario. El segundo salto fue el que me capturó a mí: hasta ese momento me había comportado como una turista que cumple el programa del arquitecto Eisenman, la *celebrity* internacional. En cuanto empezó la escena de madre e hija, yo también salté fuera del monumento. Mi cámara registró ese momento, como quien está haciendo el *making off* o el *backstage* de ese publicitario. No fue entonces un salto, sino dos, cuyas trayectorias se encontraron en el espacio vacío entre una de las estelas diseñadas por Eisenman y nuestra propia mirada influida por la publicidad. Durante los días que siguieron no volví al Memorial. Ya había visto lo que sucede con lo sublime en un inesperado salto de programa.

Los viajes de este libro muestran en acto la teoría del salto de programa. En ese sentido, se apartan del turismo programado y definido por el cumplimiento de un plan cuyo éxito resulta de que se acerque lo más posible a las promesas anteriores a la partida. El turista contemporáneo sabe lo que va a ver, qué experiencias lo esperan (bailes y ritos originales, comida original, visitas a aldeas originales, *souvenirs* turísticos preparados por artesanos fabriles originales; úsense las comillas pertinentes). No podría existir otra forma posible del turismo democrático y masivo que esta producción serial de la tipicidad. Tampoco podría administrarse un turismo para centenares de miles si se aceptaran como contingencia favorable los saltos de programa. Si todo el mundo tiene (potencialmente) derecho al viaje; si no sólo los aventureros o los intelectuales pueden partir; si millones con diferentes gustos y diferentes formaciones culturales comparten planes turísticos organizados, el salto de programa es una anomalía. En la medida en que no se aleje gravemente de la rutina de esos días en «otra parte», puede ser bienvenido. Pero el turismo de masas obliga a que no se lo tenga como hipótesis deseable. Sería como pedir un salto de programa en una góndola de supermercado: puede divertir diez minutos y transformarse en caos si se prolonga o se repite. El turismo se rige por vectores fijos y evita el desorden. Promete felicidad segura, no imprevistos.

Lo que he narrado hasta ahora se valoriza en cambio sólo por su rareza. Nadie puede prever la tragedia de un disparo de escopeta en la cordillera, ni el súbito contacto con la locura, inexplicable e inesperado, en un hospital desde el que se ve toda Viena; ni el mal humor de una gloria del *jazz*; ni la anónima y nunca reconocida presencia en un cine de una celebridad intelectual. Se podría decir que estos son momentos afortunados: alguien, que de otro modo sería un turista, forma parte de un bordado que no termina de entender y que no lo incorpora sino fugazmente. El salto de programa es un descubrimiento de algo que no se ha buscado. Puede sucederle a cualquiera. Pero sucede pocas veces, porque la organización del viaje turístico tiene como uno de sus deberes mantenerlo a raya.

El salto de programa no es obligatoriamente del orden de lo exótico o de lo desconocido. Sucede, como se vio, en la cordillera, en el Village de Nueva York, en la iglesia de Otto Wagner, en un pueblo de Sicilia o en el centro de Berlín. Produce una discontinuidad entre lo que se buscaba y lo que de pronto se encuentra. No hay que interpretarlo como pérdida (el obstáculo que impide un plan) sino como plus misterioso de un sentido que no se muestra directamente, ya que no estaba presupuesto en el sistema que diseñó el viaje. El sentido inesperado es un potencial de sentido, un potencial de realidad que no figuraba en los planes. Se lo reconoce

precisamente porque es imprevisible y se convierte quizá en la más radical novedad del viaje. Es cierto que el azar preside estas emergencias inesperadas. También es cierto que se necesita algún grado de indeterminación: estar perdido, no saber dónde ir, estar en condiciones de escuchar, entregar el próximo paso al suceder, no estar apremiado por un nuevo destino ni por una meta. Es decir, un grado mayor de autonomía que el que permite un programa.

Un profesor inglés que percibió mi incomodidad frente a la palabra «turista» me dijo, con una resignación cultivada por dos siglos de turismo británico por el mundo: «¿Qué otra cosa podemos ser en el extranjero?». No supe qué contestarle y le di la razón. Sin embargo, los viajes donde sucede el salto de programa forman una clase especial. Se los puede llamar turísticos, pero para que el salto de programa tenga lugar, tiene que agrietarse el orden del desplazamiento programado. Puede ser un imprevisto o una violencia fuera de cálculo. Esas irrupciones, al entreverar la secuencia, arrastran el viaje hacia una deriva cuyas consecuencias se desconocen. También los «viajes de aprendizaje» traen saltos de programa: se aprende lo que no se ha buscado deliberadamente, se encuentra una escena para la que no se tiene ningún elemento de interpretación: no se entiende lo que se ve o se lo entiende tarde. Algunos viajes de este libro, o quizá todos, han sido viajes de aprendizaje.

Muchos turistas soñamos con el salto de programa. Una utopía del viaje es que se produzca esa irrupción de lo inesperado, que hace caer la administración burocrática del turismo, y cumple la promesa de que todavía existe algo que será visto *por primera vez*. Aunque se sabe que hoy es casi imposible, persiste el deseo de ver algo por primera vez. Las miles de veces que los viajeros usan el verbo «descubrir» (descubrí un barcito, descubrí una calle, descubrí un negocio al que no iba nadie) indica la persistencia de esa utopía, aunque lejana y de realización improbable. El mejor viaje sería el que proporciona fragmentos de novedad absoluta en terrenos arados durante décadas. El turista se debate entre el restaurant de comida rápida globalizado y el deseo de que, a la vuelta, a su alcance, esté la novedad más radical: lo exótico, de lo que queda poco porque también la televisión de viajes lo ha hecho conocido: cocineros catalanes que arman sus platos a bordo de un sampang, mientras el ayudante local les alcanza un pescado «de ese mar»; visitas virtuales a los monumentos más inaccesibles, porque llegar a ellos es muy caro; diseñadores que van a Nepal y vuelven con el respaldo de una sillita que adosarán a un mueble con su firma; zocos donde es posible oler condimentos desconocidos, que difícilmente serán usados de vuelta a casa. La artesanía, lo folklórico, la manufactura de lo folklórico y lo artesano, tan falso como las artesanías industriales que se venden en las calles de las ciudades de occidente. Pero esto ya lo sabíamos: hace décadas encontramos una máquina de coser de la fábrica Singer en los montes de Bolivia, o una gorra con visera que alternaba con el andino sombrero de fieltro. La originalidad ya no existe.

Y sin embargo, el turista se ilusiona con una experiencia original. Si no buscara esa experiencia, en lugar de sacar fotos de encuadres mediocres y foco indeciso, pero que atestiguan que ha estado allí, compraría sólo las postales o los libros ilustrados. Pero la foto tomada con el celular o la cámara demuestran la verdad de su visión y, por lo tanto, de su experiencia. No se trata de conservar las mejores fotografías de un paisaje, un mercado o un edificio, sino de tener aquellas que permiten, imaginariamente, restituir, en el punto de vista de la cámara, la presencia real el viajero.

Evitar lo que ha sido montado para el turismo es un trabajo agotador. En paisajes cada vez más preparados para recibir contingentes masivos, es improbable el fuera de programa, salvo que se trate de un inconveniente, de un error, y no de una experiencia inesperada. La ignorancia también puede hacer su trabajo. Subimos a Machu Picchu a pie desde la estación de tren. Éramos cuatro o cinco argentinos, incultos y muy jóvenes. Yo llevaba en la mochila, como única bibliografía, *Canto general* de Neruda con el poema «Alturas de Macchu Picchu», que leí a los gritos cuando llegamos arriba. Después atardeció y armamos campamento dentro de las ruinas.

Nadie nos había visto. Hicimos fuego y nos preparamos para cocinar. En ese momento, llegaron corriendo tres guardias, uno de ellos probablemente arqueólogo, y empezaron a pisotear nuestro fogón, que habíamos armado con piedras chatas recogidas allí mismo. Nos explicaron, con menos cólera que la que merecía nuestro acto, que esas piedras estaban numeradas, que pertenecían a las ruinas, y que, por supuesto, allí no se podía hacer fuego ni acampar. Piadosos, sin embargo, nos permitieron pasar la noche y amanecimos frente al Huayna Picchu, solos en la montaña.

En otras oportunidades, el fuera de programa lo produce el turista por sí solo, abandonándose a su excitación. Una mañana de lluvia en Andalucía, caminando por las ruinas romanas de Itálica, algo tocó mi memoria lejana y empecé a recitar los únicos tres versos que recordaba del poema de Rodrigo Caro:

*Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora
campos de soledad, mustio collado,
fueron un tiempo Itálica famosa.*

Los repetí, llegados a mí de quién sabe cuánto tiempo atrás. Fueron el ritmo de Itálica, su sintaxis. Recuerdo hoy la lluvia y esos versos, pero no las ruinas. El fuera de programa lo había producido yo misma. Yo me había sacado del lugar y había ido hacia atrás, hacia una memoria de mis estudios poco fiables de literatura española. Tan poco fiables que, en ese momento, si me lo preguntaban, hubiera atribuido esos versos a Quevedo.

El fuera de programa, el *shock* que a veces revela lo visitado y a veces lo oculta, es una producción del viajero *mientras* viaja. Cuando se prepara para viajar, no puede preparar lo que salta de improviso. Es obvio que lo fortuito no es planificable. No sólo la administración del turismo diagrama un viaje. También el viajero independiente lo dibuja imaginariamente sobre los mapas, con los libros. Pero, como sucede con el arte, hay resquicios, zonas que enloquecen o se desorganizan, excepciones fuera de cálculo.

Nada de esto puede ser prometido por el turismo administrado, cuya eficacia se sostiene justamente en garantizar el programa y el contrato que obliga a realizarlo. Por lo tanto el salto fuera de programa tiene una dimensión que podría llamarse elitista: le sucede sólo a un tipo de viajeros: los muy arriesgados, los muy libres, los muy jóvenes, los que conocen mucho. No obligatoriamente los que tienen más dinero. El elitismo del salto de programa tiene que ver con los instrumentos culturales puestos a disposición de la experiencia. El turismo es programático y elude la contingencia. No podría ser de otro modo en el uso capitalista de los recursos del mundo.

La etnografía ha abordado los problemas de perspectiva sobre el Otro. Pero el discurso alrededor del turismo, que se propone guiarlo y ofrecerle un método de desplazamiento seguro, por su propia función no abre interrogantes radicales. Imbricado en el sistema capitalista de desplazamientos planetarios, el turismo no puede ser autorreflexivo como, desde hace décadas, decidieron serlo los antropólogos. Si la etnografía piensa sus límites desde adentro, el turismo no puede pensarse desde la identidad ni desde las prácticas del turista. Para pensar hay que dejar de serlo.

En un libro memorable, *The Country and the City*, Raymond Williams subrayó que todo paisaje resulta de una inversión de trabajo humano. La contemplación del paisaje como naturaleza salvaje, que incluye a sus propios y salvajes habitantes, es sólo una puesta entre paréntesis de esos siglos de trabajo que transformaron en paisaje una naturaleza originaria que hoy ya no podemos conocer. El turismo no visita la naturaleza sino estos escenarios a los que modifica y eventualmente corrompe. Además el turismo busca en ese paisaje lo diferencial (si no se encontrara ese diferencial ¿para qué gastar plata y esfuerzo?) y tiende a encontrar mayor placer en un diferencial pintoresco y agreste. Se visitan las terrazas de cultivo precolombino, no los campos sembrados de soja transgénica.

Hay que seguir examinando la relación entre turismo y exotismo, que se acentúa a medida en que el turista agota, en el curso de décadas, los destinos más conocidos y los destinos inevitables: ruinas italianas, aldeas mediterráneas, grandes capitales europeas, Grecia y más allá Constantinopla y más allá la India... Existe una relación directa entre la expansión del turismo y la expansión del exotismo. Los lugares «exóticos» deben estar cada vez más lejos, y ser cada vez más «extraños». El turismo busca esa ajenidad porque *ça vaut le voyage*.

Desde el siglo XVIII, proliferaron las instrucciones y los manuales del buen viajero, cuyos objetivos se definían como búsqueda de un conocimiento: el «viajero anticuario, el viajero artista, el viajero naturalista»^[5]. Algunos de los viajes de este libro responden a una categoría que podría designarse «el viajero ideológico», cuya literatura de ruta no son los manuales ni las guías sino los libros de historia y política, los manifiestos, los periódicos. De todos modos, la función de los viajes ideológicos o del momento ideológico de un viaje puede hacer sistema con la finalidad que llevó a viajar a los europeos en el siglo XVIII: el Grand Tour, de duración extendida a lo largo de uno o dos años, donde Italia tenía un lugar predominante. A mediados del XIX, en Francia se sistematizó el Grand Tour nacional. En 1876, Augustine Fouillée (con el seudónimo G. Bruno) publicó el libro escolar de mayor éxito hasta entonces: *Le Tour de la France pour deux enfants*^[6]. Tan exitoso, que un siglo después, Jean-Luc Godard realizó un video que lo evoca irónicamente: *France Tour-détour-Deux enfants*.

Del siglo XVIII al final del siglo XX el viaje se ha tecnificado. Sin embargo, en el «relato del viaje» persiste una vieja forma narrativa: la anécdota. El «arte del viaje» enseñaba cómo desplazarse en los espacios desconocidos. A la inversa, la anécdota convertía lo desconocido en una forma de conocimiento. Los libros de viaje no pueden prescindir de la anécdota, como tampoco prescinden de un sistema de reflexión sobre los sucesos donde el malentendido es el riesgo permanente. ¿Quién no lo experimentó cuando un extranjero se refiere a un espacio o una costumbre bien conocidos por su lector? Conozco una excepción por lo menos: la forma en que Lévi-Strauss describe la preparación del mate en el sur de Brasil, que parece tan familiar y tan concedora como un texto de Amaro Villanueva^[7].

En épocas del Grand Tour, lo desconocido no era exótico. Ni Goethe ni los *literati* ingleses consideraban exótica la cultura mediterránea, cuyas lenguas clásicas conocían y cuyas grandes obras sabían de memoria. Iban allí para tener la «experiencia directa», no la «experiencia exótica». Sabían, a no dudarlo, mucho más sobre Pompeya de lo que un latinoamericano actual sabe sobre Machu Picchu o sobre Chichén Itzá (por supuesto, infinitamente más de lo que el mismo latinoamericano sabe sobre Grecia o Roma). Se trataba del Grand Tour de quienes luego escribirían grandes obras para ser leídas por lectores que poseían una cultura no alejadísima de la de esos poetas. Era el Grand Tour de las elites.

Hoy el turismo es un *affaire de masas*:

«Conocer un objeto único, como la Ciudad Prohibida en Pekín, la Torre Eiffel, Ground Zero, Buckingham Palace, the Grand Canyon, o el punto preciso de túnel parisino donde se estrelló el auto de Lady Di, objetos absolutamente recortados que son famosos porque son famosos aunque hayan perdido el sustento de su fama original»^[8].

Son objetos reduplicados como íconos de la cultura de masas: algo ha pasado allí, en la realidad, en la televisión, en las películas. Ya no son *tan* exóticos, porque los medios los han convertido en paisajes inevitables de una cultura. Pero muchos de ellos son culturalmente exóticos para sus visitantes, en la medida en que están lejos de ellos antes de elegir, pagar e iniciar un viaje. El turismo de masas es tan democrático como la cultura de masas.

Por eso, el turismo de elite busca sus formas de diferenciación: por ejemplo, el turismo de riesgo o el turismo que explora lugares cada vez más lejanos o menos visitados (aunque, en cuanto se generalizan, pierdan esa cualidad). Un interminable proceso de diferenciación caracteriza la cultura de las elites económicas, sociales o intelectuales. Esto es bien sabido. Sin

embargo, no es posible trazar una línea entre turismo «verdadero» y sucedáneos. Simplemente no existe algo así como «turismo verdadero», aunque sea el horizonte donde se inscriba el deseo del turista. El turismo es una forma del desplazamiento cuando se desliga de objetivos utilitarios en términos materiales. Me atengo a esta definición simple.

El propósito, las fantasías y los objetivos de los viajes cambiaron históricamente: del Grand Tour que hizo Goethe o las largas estancias en Italia de Shelley y Byron a los contingentes que suben por miles a un crucero donde nada se aprende excepto eso: vida en un crucero; del viajero culto, a lo Stendhal, que perseguía una ópera o una actriz por las capitales italianas, a quienes viajan por un mundial de fútbol, lo que define es la salida, el movimiento hacia afuera. Quienes han clasificado los diferentes tipos de viaje, distinguen el viaje del turista, el del antropólogo, el del artista, el del científico (explorador, botánico, naturalista, etc.), el del misionero, el del diletante.

Los viajes de este libro son todos viajes de aprendizaje. Modificaron a quienes los hicieron. También son viajes «ideológicos». Los emprendimos (yo y quienes viajaron conmigo) con el impulso de que en las zonas que íbamos a visitar había algo del orden de la verdad que sólo conoceríamos bien a través de una experiencia directa, física. Sobre todo en los viajes de la década del sesenta, buscábamos un continente en curso de transformación: había que viajar por América Latina porque el desplazamiento nos llevaría hacia formas semiocultas o más o menos visibles del futuro. El salto de programa era frecuente. Casi tan habitual como que todo el viaje se volvía un fuera de programa. En los dos extremos de un arco temporal que fue el de mi juventud, también hice viajes de aprendizaje: Deán Funes, en mi niñez; las Malvinas, en 2012.

Por lo tanto, no podría argumentar que estos relatos son testimonios neutrales. En todos los casos hay tres elementos que se conjugan: el sujeto que viaja; el espacio desconocido; las modificaciones de ese sujeto por haber atravesado ese espacio. Si nunca dejé de pensar en esos viajes es porque les pertenezco de una manera radical: no son simplemente recuerdos, sino las formas en que la experiencia me modificó en cada momento.

EL VIAJE ORIGINAL

Somos hijos de los viajes de otros tanto como de los que hicimos. Antes de que yo tuviera noción de que un viaje podía ser un relato, me contaron viajes, momentos fabulosos o nostálgicos en la vida de quienes los recordaban.

Una mujer disfrazada de muñeca de paño lenci, con capota, mangas al codo terminadas en una campana de encajes, escote cubierto con un chal de gasa que caía hasta la pollera donde algunas flores claras, unas margaritas, llegaban hasta el ruedo que, en ondas, tapaba los pies. A bordo del *Neptunia*^[9], vapor italiano que la conducía a Génova, ella había alquilado el traje para el baile de cruce del Ecuador. Ganó un premio esa noche y se la ve feliz en la fotografía, que me inculca la primera noción de un viaje transatlántico, desplazamiento audaz de dos mujeres pioneras en una familia cuyos padres fueron inmigrantes y llegaron apisonados por la falta de espacio y de aire de la tercera clase. Las hijas de esos padres viajaban, en cambio, como turistas, en 1932.

De ese viaje a Europa quedaron decenas de cajas de cartón negro, donde una de ellas ordenó su colección de postales. Fueron objetos de ensueño, imaginarios aprendizajes antes de que yo supiera leer: unos chicos napolitanos, con cabezas de san Juan Bautista, llenas de rulos, sentados en un portal mientras compartían un plato de fideos que comían con las manos; una calle angosta cruzada, a nivel del primero o segundo piso, por las cuerdas de donde colgaba ropa; un señor en mármol antiguo, de barba partida en dos, con una rara corona que parecía rematada por dos cuernos, que sostenía un rectángulo de piedra; bahías de cobalto, sin olas, bajo cielos azul francia; una señora desnuda, blanquísima, recostada sobre su chaise-longue; un señor desnudo, con una nariz extrañamente recta; dos mujeres sin brazos, una de ellas con alas; una torre de Mecano llamada Eiffel, según me quedó grabado, y que era como el obelisco, pero en Francia. De ese viaje de las dos mujeres, que a comienzos de los años 1930 atravesaron el Atlántico, triunfadoras porque eran maestras y directoras de escuela (una medida del éxito), me quedaron también tres palabras: el hombre, que les explicaba a los turistas los paseos y los cuadros y hablaba de modo incesante, recibía el nombre de «güida» (tal la ortografía imaginaria con que yo pensaba esa palabra desconocida, sin asociarla con «guía»); en las estaciones de Italia era posible comprar un «cestino», donde había un pedazo de queso, una presa de pollo, pan y frutas. Yo siempre preguntaba si era obligatorio devolver el «cestino» al vendedor y siempre me contestaban que no, que estaba incluido en el precio y que, además, para cuando el «cestino» se vaciaba, el tren ya estaba lejos de la estación. Tercera palabra, «Pestalozzi»: un método de enseñanza que se usaba en las buenas escuelas suizas pero no en las pésimas escuelas españolas de la década del treinta, sobre las que estas mujeres viajeras hablaban con superioridad y mencionaban una palabra que yo desconocía para criticarlas: «catequístico, date cuenta».

Tardé varias décadas en conocer Europa, y también, como mis precursoras, entré por Italia, pero en avión, después de una huelga que me hizo perder todas las conexiones, en 1979. Considerada desde el rubro cosmopolitismo europeo, soy una viajera tardía. Tenía esa primera vez 37 años. Antes, en rueda de ginebra o de mate, había organizado viajes imaginarios: irse a Europa con una mochila llena de comida y dormir en las plazas como habíamos dormido en las ciudades latinoamericanas. Ni yo ni mis amigos teníamos padres ni becas que financiaran más allá de esas ilusiones medio *hippies*, medio de vagabundos.

También conocí el mar relativamente tarde si me comparaba con las chicas del colegio. A ellas les ocultaba esa falta en mi formación como si hubiera sido mi culpa. Ellas mencionaban lugares como «Playa Grande» y «el Ocean». Yo disimulaba. Me era imposible imaginar qué querían decir con «la carpa» (¿exploraban esa Playa Grande y dormían allí?) ni «Los Troncos» (¿era un barrio de casas de madera, tipo leñador?). Mi destreza en el disimulo estaba entrenada: alumna de un colegio inglés, a los once años tuve que ocultar que no sabía jugar «a la canasta». En mi casa no había barajas francesas. Internet, la gran salvadora, no existía.

Por razones diferentes, mis padres no amaban los viajes. No habrían podido pagárselos, ni mucho menos acoplarme a ellos. Tampoco se viajaba como hoy. Los libros eran una garantía para salir de la incultura, no las visitas a midtown Manhattan o Disneyworld. En mi casa se pensaba que estaban cumpliendo con el deber de «formarme», sin incluir en el programa desplazamientos por el espacio real. Creo que tenían bastante razón. Sobre todo mi padre que enunciaba la teoría y convertía a la necesidad en mérito.

Pero, en la década del cincuenta, el mar comenzaban a conocerlo incluso los chicos más pobres, los de las colonias de vacaciones del peronismo. Yo no era ni tan pobre para ir a una colonia de vacaciones del estado peronista, ni mi familia creía que los chicos tuvieran méritos suficientes para opinar sobre lugares de veraneo.

Cuando finalmente conocí el mar, estaba por cumplir 17 años. Llegué por la entrada menos sublime, menos marítima: San Clemente del Tuyú, apenas a la salida de la bahía de San Borombón. Hoy, frente a ese mar que ha dejado a pocos kilómetros de ser río, no sentiría la excitación de aquella tarde, cuando subí la duna, me saqué las zapatillas y hundí los pies en la arena gruesa. Aquella tarde, la extensión hasta el horizonte de esas aguas fue para mí la revelación del Mar. Grité. Quienes estaban conmigo, que ya conocían el mar en Chapadmalal, me miraban un poco intrigados. Había algo en el aire que me resultaba desconocido. Un olor, pero también una especie de electricidad, la corriente alterna de las pequeñas olas, que rompían mansas sobre la costa. Donde ellos veían un mar a medias, yo experimentaba la revelación de la primera vez. Como no tenía recuerdos del mar, descubría en San Clemente lo que siempre me habían contado, lo que había leído: la extensión sin medida, la desmesura de lo sublime, la ingobernabilidad de una superficie que no podía atravesarse. Que yo no conociera el mar desde mi infancia me dio un suplemento de felicidad. Nada podía ser comparado con nada. No había recuerdos. Ni siquiera la literatura había anticipado el mar que estaba viendo. Llegar allí por primera vez a los dieciséis años produce asombro. No quedé anonadada, sino en un estado de excitación que duró hasta la noche. Ahora me doy cuenta de que no siempre una experiencia temprana es la que deja una huella tan intensa. Muchos años después, sentí la misma emoción en Port-Bou. Pero allí no se trataba del mar, sino de la tumba de Walter Benjamin, una onettiana tumba vacía. Y yo era otra.

Las vacaciones de mi infancia, por suerte, consistieron en un solo viaje, repetido todos los años durante década y media. Dos o tres meses en Deán Funes, la zona norte, árida, de la provincia de Córdoba. En los años cincuenta, todavía un nudo ferroviario. En los noventa, uno de los lugares más pobres de la Argentina. Allí llegué a causa de otro viaje que tuvo lugar a mediados de los años treinta.

Un hermano de mi madre se especializaba en derecho minero y también en padecer un asma que no le impedía fumar cigarrillos negros sin intermitencias. Por un pleito radicado en el tribunal de Salta, Fernando del Río se tomó el Central Argentino. Viaje de casi dos días en vagones atendidos por camareros que trataban a los pasajeros como miembros de una elite. La costumbre era dar propina al subir al vagón-cama, un anticipo de lo que vendría al descender en el destino. A la mañana siguiente, el tren se detuvo en la estación Deán Funes. Allí acostumbraba esperar un cambio y vagones que llegaban a acoplarse desde Cruz del Eje, Catamarca y La Rioja. Era una hora o más de pausa. Fernando del Río, después de pasar una noche sin dormir, asfixiado, extenuado, derrotado por el asma, bajó más pálido que nunca. Quería simplemente comprar un diario, no *La Nación* del día anterior, que ya había leído en Buenos Aires, sino *La Voz del Interior* (mi tío, agnóstico y libertario, no tocaba *Los Principios*, periódico conservador y clerical, ni con la punta de los dedos). Si no hubiera muerto en 1949, seguramente habría terminado en el peronismo del cual creo que se sentía cerca, como alma en pena, a falta de algo que lo representara mejor.

Bajó del vagón-cama y sintió que se le abrían los pulmones y entraba el aire. Dejó de boquear

como un bagre (esa era su comparación), se disolvió la piedra que lo aplastaba justo en el medio del pecho y comenzó a respirar. Decidió quedarse en ese pueblo que no conocía sino de nombre. Pidió que le bajaran su valija, una pequeña «valija de médico» de esas que cierran por arriba, salió de la estación, cruzó la calle y entró a un hotel. La historia de mis viajes comienza con ese fuera de programa en el viaje a Salta de Fernando del Río.

Semanas o un mes después compró un lonja de campo, Algarrobos y sobre todo Churqui, monte bajo, de una legua de ancho y tan extensa como las que separaban al matadero de Deán Funes de las sierras bajas de Sauce Punco. Clima seco, desértico y 700 metros de altura. Nada, salvo el ferrocarril y un almacén de ramos generales. El bufete de Buenos Aires, en la calle Perú, fue entrando en una lenta decadencia. Del Río hipotecó o vendió fracciones de su campo hasta quedarse, ya en los años cuarenta, con el viejo casco de una estancia, «Las Pencas».

Para mí tío, el viaje a Deán Funes, donde quedó anclado, fue la liberación de una de sus varias vocaciones: la literaria. Por esos mismos años cuarenta publicó *Los olvidados*, cuya protagonista, una adolescente que servía en la casa, se llamaba Rulito. De chica, yo creí que el nombre me correspondía. Mi primera desilusión literaria fue que me explicaran que esa chica se parecía a las muchachas que hacían las tareas en «Las Pencas» y no a mí. Un episodio de esa novela era motivo de cita, recuerdo, advertencia y amenaza durante los meses que pasábamos en esa casa. Voy a citarlo:

«Me llamó la atención la insistencia con que un gallo metía la cabeza en la gramilla que crecía al amparo de la sombra. El animal no hacía caso de mi persona y buscaba con afán; por momentos retrocedía como espantado, levantando sus plumas blancas y sedosas. De pronto salió de la gramilla corriendo hacia el lugar limpio una enorme araña negra, más grande que la mano de un hombre. Se me heló la sangre de espanto y saltando del lugar no pude contener un grito:

—¡Rulito!

—¿Qué hay?

—Mirá.

La risa de la chinita fue la respuesta. Una risa tranquila que nunca pude olvidar...

—¿Se asusta de una araña? Ahora vamos a ver una linda pelea.

Frente a frente, gallo y araña se retaron a muerte. El gallo parecía temblar. Era un manojo de nervios y músculos, cubiertos de hermosas plumas. La araña, erguida sobre sus patas traseras, en tensión amenazante sus pinzas venenosas, erizada su pelambre negra, producía repugnante aspecto. Rulito anticipó el triunfo del gallo mirando impávida los contendores y acercándose cada vez más.

—¡Cuidado, puede saltar!

Volvió a reír, y esta vez su risa mezclada de burla fue un insulto. Un cloqueo corto del gallo y un salto al sesgo pero sin rozar a la araña. Más se irguió, ésta enfurecida. El gallo abuchonaba sus plumas, preservando su cuerpo de una probable picadura.

—Si lo pica con la juria que tiene, esta noche comemos gallo.

Otro cloqueo y otro salto; esta vez una de las pinzas cayó, perdiendo la araña su figura de temerario armado. Aprovechó el gallo el instante; más confiado por el desarme del contendor, soltó un puazo y la araña se encogió en un montón de pelos negros sin importancia. El hermoso gallo se la engulló tranquilamente»^[10].

Esa finca árida, donde se vivía gracias al agua de un pozo y un tanque australiano, fue el invariable destino de los viajes de mi infancia. No puedo recordar el primero, porque tendría dos años. Pero recuerdo el segundo, probablemente en 1946. El tren con coche-cama que tomamos en Retiro se detuvo después de media noche por un paro ferroviario. Nos hicieron bajar con todas nuestras valijas: una mudanza, la mudanza de una tribu familiar, que incluía a la muchacha santiagueña que vivía con nosotros, a mi abuela y a dos tías. Una tormenta de arena me llenó los ojos de polvo. Pataleaba y chillaba: «Yo quiero mi camita», mientras me supuraba la vista porque, además, traía una indomable conjuntivitis desde hacía semanas.

Mi abuela paterna, toda de negro, con una cinta de terciopelo en la garganta que sujetaba un

camafeo de coral, calzada con «tacos Luis XV», de los que no descendía nunca, estaba erguida entre nosotros. No recuerdo más hasta el día siguiente, donde amanecimos en un hotel de Córdoba, el Castelar, primer hotel de mi vida. En el almuerzo me dieron «mostacholes tampieri al jugo». Fue el primer nombre de un plato de menú en épocas donde todavía no era conocida otra cocina que la producida con hebras italianas o españolas y estilo criollo. Mi madre tenía jaqueca. A la tarde, mi padre me llevó al zoológico. Tampoco recuerdo cuándo llegamos finalmente a Deán Funes. En la estación, avisado por telégrafo, estaba mi tío, hermoso, con un sombrero rancho y traje claro de los llamados *palmbeach*, vestido como un *dandy* ¡en Deán Funes! Yo iba a cumplir cuatro años tres meses después y fue este mi primer viaje de verdadero viajero: imprevistos, dolores, traslados incalculables, esperas y desenlace, una tormenta de viento a medianoche, la incertidumbre de la huelga que provocaba las maldiciones de mi padre. En ese momento debo haber adquirido una primera noción de que los viajes no consisten en una impávida sucesión de placeres y novedades sino también de sobresaltos. Que allí estaba lo bueno de viajar, en la incomodidad y los imprevistos. Fue una lección práctica, ya que estaba muy lejos de poder sacar conclusiones. En «Las Pencas» nos esperaban el casero y su mujer, Lajos y doña María, con un puchero de gallina. Me abrazaron como si fuera hija de ellos.

Durante todos los veranos que pasé en «Las Pencas», después de viajes menos accidentados, aprendí lo que no habría podido aprender en Mar del Plata. Viajé en trenes repletos, con gente que invadía los pasillos de los coches-cama, empleadas domésticas y jornaleros que iban a visitar a sus familias del interior. Mi padre, un antiperonista furioso, no podía aceptar esa dilución de límites que, hasta pocos años antes, creía estables. Los coches-cama invadidos por los negros, que desbordaban la segunda del tren.

Otra variante del antiperonismo paterno se manifestaba cuando, junto con nuestra llegada, se acercaban las fiestas de fin de año. Como el lugar donde vivíamos estaba alejado del pueblo, mi padre y yo íbamos todos los días al correo a recoger nuestra correspondencia y mandar las postales de práctica.

El correo era blanco y nuevo, con techo de tejas, estilo chalet como muchos edificios construidos durante el primer peronismo. La oficina de atención al público, muy grande, con mostrador de varios metros, quizá diez, y un fondo tan extenso como el *hall*, entre Navidad y Reyes estaba llena de paquetes, de piso a techo (probablemente no fuera ésta la disposición, pero mi recuerdo es el de un gigantesco granero repleto de encomiendas oficiales). Las etiquetas los identificaban como envíos de la Fundación Eva Perón. Ignoro cuál era el método de reparto en Deán Funes. Sólo sé que el 6 de enero, el contenido de esos paquetes, bajo la forma de juguetes, aparecía en todos los ranchos. Las chicas de esos ranchos mostraban sus muñecas rubias y sus hermanos, las pelotas de fútbol. Días antes habían aparecido la sidra y el pan dulce.

Entre los aprendizajes tempranos de ese viaje reiterado figuró el que a mí no me correspondía ningún juguete de esos. La primera vez que pregunté, me instruyeron en el significado de la palabra demagogia, un engaño que el gobierno ejercitaba sobre los más pobres. Y, además, entendí fácilmente que nosotros no éramos tan pobres como los chicos de los ranchos. Por otra parte, me daba cuenta sola de que mi padre desaprobaba el contenido de unos maravillosos libritos, ilustrados a cuatro colores, con la imagen de Evita (que secretamente me gustaba mucho, descubriendo ya en esos años su carácter de ícono), porque era fuertemente contrario a las ideas del gobierno que él denunciaba todos los días y en todas partes, incluso en el mismo correo.

Mis regalos de Reyes eran diferentes al contenido de esos paquetes de la Fundación, no tanto porque fueran más caros (que seguramente lo eran), sino porque se trataba de objetos distintos, pedagógicos. Debía adiestrarme para jugar con los regalos, enterarme de las reglas que los ponían en funcionamiento, leer instrucciones. Mis Reyes Magos eran una especie de

pedagogos modernos.

No éramos ricos (mi padre era un simpático gastador compulsivo y un deudor permanente), pero mi destino ya estaba marcado. Los chicos de los ranchos recibían sus juguetes en un reparto para el que se hacían colas frente al correo. Pero quienes orgullosamente despreciaban el reparto (o lo condenaban) sabían cuáles eran los mejores regalos, los que preparaban el futuro, como si los lugares sociales estuvieran rodeados de un muro embrujado, infranqueable también para los Reyes Magos.

El viaje de todos los veranos me instruía sobre otras diferencias más persistentes que las políticas. En «Las Pencas», me esperaban chicas, dos o tres, que iban creciendo conmigo. Las primeras que estuvieron allí eran bastante mayores que yo, es decir, doce o quince años, mano de obra que sus padres ofrecían a estos porteños que iban a tratarlas bien.

Las dos primeras eran primas, se llamaban Carrizo de apellido y formaban parte de una familia extensa que vivía en diferentes ranchos, unos cientos de metros hacia el sur y hacia el norte de «Las Pencas». Carrizo y Coronel eran los patronímicos de casi todas las personas que conocía en ese lugar: la Negrita Carrizo, la Delfi Coronel, doña Marta Carrizo, la madre de Blanca, cuyo marido era un hombre alto y casi rubio que andaba a los saltos con su muleta de algarrobo porque le faltaba una pierna. Otro Carrizo había sido casero en «Las Pencas» y había quedado en el recuerdo porque su fiesta de casamiento duró tres días al cabo de los cuales los novios salieron disparando al hospital para que naciera su primer hijo. De esa fiesta subsistió la prueba de una puerta rota, rajada de arriba a abajo, contra la que había pechado el caballo de uno de los invitados. Se desconocía la razón. Ese Carrizo, que era inteligente y emprendedor, puso un almacén, fonda, despacho de bebidas y cancha de bochas a un costado, donde (en mi casa comentaban) algunas mujeres también ofrecían sus servicios. Lo cierto es que siempre había dos muchachas en la trastienda, sentadas en un catre sin colchón para que fuera más fresco, riéndose, abanicándose y tomando mate.

Blanca y Ramona vivían en la misma casa, veinte cuadras después del matadero pero, durante el verano, se mudaban a la que mi padre llamaba la «pieza del pasto», porque allí siempre se guardó un rectangular fardo que se reservaba para usos futuros que nunca llegaron. Los domingos, después del almuerzo, Blanca y Ramona se iban a visitar a la familia, cortando monte al rayo de sol, con unos ataditos donde siempre llevaban algo para los más chicos. Volvían el lunes a la mañana, trayendo de regalo pan casero con chicharrón, unas tortas pesadas con pequeñas incrustaciones de grasa. Blanca, la mayor, también iba los sábados al baile del pueblo; se la escuchaba volver de madrugada, precedida por los ladridos de los perros y los gritos con que los ahuyentaba. Su vestido de salida, ajustado a la cintura y las caderas, era naranja fuerte, color «diablo afligido» como decían en mi casa ejerciendo la crítica de clase; salía con los zapatos en la mano para que llegaran impecables al pueblo. Una vez, en un parque de diversiones ambulante, Blanca se ganó una muñeca grande, verdaderamente admirable, con capota y vestido de paño lenci. Sabía todas las canciones de memoria; en opinión de mi familia y de su propia madre, le gustaba demasiado el bailongo, palabra que tenía clarísimas resonancias de peligro moral, confirmadas cuando nació su primer hijo «de padre desconocido».

Ramona no pisaba el baile. Pero su primer sueldo lo gastó en hacerse la permanente. Llegó una tarde de sábado con una melena corta y llena de rulos diminutos que contrariaban su pelo pesado y brillante. Tuve la esperanza de que los rulos desaparecieran después de que Ramona se bañara en el tanque australiano y se mojara la cabeza. Pero no: la permanente respondía a su nombre y la melena de Ramona persistió como una incongruencia que coronaba su cuerpo tan fino como el de Audrey Hepburn.

Ramona no sabía leer. Esto para mí era un dato extraordinario. No conocía a nadie que no supiera leer a los quince años. Sus hermanas y primas habían hecho los tres primeros grados de

la escuela y una de ellas, la Negrita, quería estudiar para maestra. Las mujeres de mi familia decidieron que Ramona no podía seguir siendo analfabeta y le impusieron un horario de clase que la mortificaba atrozmente. De reojo, yo la veía deletrear, incómoda porque la hacían sentar a la mesa del comedor a la hora de la siesta. Como era «buenita», según el consenso de todos, y muy callada, Ramona aceptaba esa protección que no había buscado y cuyo sentido no entendía ya que, como una vez se atrevió a decir, ella ya había aprendido a trabajar bien, sin ir a la escuela.

Décadas después, comenzado ya el siglo ^{xxi}, un salto de programa en un viaje por el Taffí, me trajo el recuerdo de Ramona. Fue una conversación a contrapelo del ideal turístico programado. En la cocina de una posada elegante, una mujer, que estaba allí limpiando, mientras calentaba el agua para el mate que yo le había pedido, y simplemente porque le mencioné que había caminado unas horas por la costa del río, me dijo:

—Soy de aquí, un poco más arriba, siguiendo el curso del río, donde las casas y el cerco de pirca grande, después de la obra del puente.

—Creo que pasé por donde usted me dice.

—¿Vio dónde vivo?, a una hora y media caminando desde el pueblo, la casa a la izquierda del corral, que tiene también su corralito. El año pasado fui a la ciudad, porque se supo que los del gobierno estaban repartiendo chapas y yo necesito arreglar el techo; me prometieron las chapas, así no tengo que andar cambiando de lugar las camas cuando llueve. Me anoté en una lista, con número de documento y cuántos somos de familia. Yo pido lo justo porque mi techo está que se ven las estrellas. No le voy a exagerar pero yo sé defenderme y no me confundo con los papeles.

—¿Todavía no le dieron las chapas?

—Van a llegar. A mí no me enredan. Terminé la escuela primaria pero mis padres no quisieron que siguiera. Ellos no tenían estudio y les pareció que no iba a servirme de nada, que no era un oficio en el medio del campo.

Después siguió velozmente, sin transiciones, resuelta a no ser interrumpida:

—En mi época, los padres mandaban más que ahora y no tuve más remedio que hacerles caso. También me di cuenta de que me necesitaban para el trabajo, teníamos algunos animalitos, se da cuenta, mi padre era habilidoso, sabía arreglar motores, bombas de agua, pero tampoco había arreglos todo el tiempo, y el que no hacía nada era una carga en el momento de llevarse algo a la boca. Siempre me quedó clavada esa espina, como quien dice: yo me hubiera recibido en el secundario agrotécnico, pero no. Ahora, mi hija segunda me dice que no quiere seguir estudiando en el agrotécnico. Y los otros, los más chicos, no aprenden nada. Mire, el de diez años no distingue una vocal de una consonante, todavía no aprendió a dividir, ni las tablas. Y yo eso lo aprendí todo en la escuela, ¿ahora no lo enseñan? Les miro el cuaderno, pero yo no soy quién para ir a la escuela a preguntar, tampoco tengo tiempo. Cinco hijos tengo. La mayor está en la ciudad, empleada en una casa, no quiso seguir estudiando, quiso trabajar para tener lo suyo, me dijo, y mandarme algo de plata. El padre de los chicos cobra un Plan Jefes y me pasa la mitad, así no alcanza ni para él ni para mí, vivimos de lo que yo saco; hubo años peores, antes, cuando yo recogía del piso la comida de mis hijos y le sacudía la tierra. Frío, no, por suerte nunca me faltó ropa, siempre donde trabajé me dieron algo. Pero no me puedo resignar: yo no pude ir al agrotécnico y ahora, la hija segunda me dice que no quiere ir más, que se queda cuidando el rancho, y le hace la comida a los hermanos, porque a ellos yo los veo nada más que muy de noche, y los chicos tienen que comer temprano, así se levantan para ir a la escuela, no sea que empiecen también ellos a faltar y después se atrasan y dejan. A mi hija segunda no le alcanzó la fuerza para ir y venir todos los días del agrotécnico, por la costa del río, que usted vio ayer cuando fue caminando, que puede ser muy ventosa y muy fría, allí hace más que en otras partes, como si se juntara el frío. Le había ido bien en primer año, pero ahora me dijo: mamita,

no me da la fuerza, es demasiado el sacrificio, rompo unas zapatillas todos los meses cuando no puedo ir descalza. Usted vio, en el invierno no siempre se puede andar descalzo. Yo digo para mí: algún día voy a ir yo al agrotécnico, pero antes tengo que hacer que vaya mi hija segunda. No quiero dejarla en el rancho, ni mandarla a la ciudad con la hermana, porque allá tampoco va a conseguir una patrona buena que le dé permiso para ir a la escuela nocturna. Usted vio, mi casa está de espaldas al cementerio, sí, queda lejos del pueblo. Por eso mi hija segunda llegaba a la noche, de vuelta del agrotécnico, y se me dormía antes de la cena, cansadita, flaquita, dobladita. Mamá, empezó a decir, no puedo caminar tanto de ida y vuelta para la escuela, déjeme quedarme. Yo le digo: pero, hija, yo camino también todos los días, y salgo antes que usted y vuelvo después. Claro, son chicos todavía y además yo no quiero que vaya por la ruta, porque quién sabe; yo puedo ir por la ruta, muchas veces consigo quién me lleve, pero ella es chica todavía y no sabe. Yo creo que ella se asustó el año pasado cuando llegaron los hombres de afuera para ayudar en la cosecha, como todos los años. Ella es chica, pero ya es grande también, más crecida este año, y tuvo miedo. Se los topaba a la vuelta, cuando ellos ya habían terminado de trabajar y más de uno andaba con su vinito. Tuvo miedo, además de cansancio del cuerpo. No sé para qué me va a servir el agrotécnico, si ya voy a estar vieja. Pero voy a ir. Yo siempre quise estudiar y no pude. Quise que mis hijos estudiaran y mire lo que le voy contando. Por lo menos estamos todos sanos y comemos. Cuando ellos sean más grandes, ojalá estudien, pero, si no, yo voy a estudiar. Tómelo como un capricho, si quiere.

Me pasó el agua caliente con un gesto que indicaba que la conversación había terminado. Como en un monólogo de teatro, dijo lo que tenía para decir y se borró de escena.

Yo había ido a Tafí para recorrer las lomadas a caballo y dar vueltas por un pueblo preparado para el turismo. En esos cuatro o cinco días, pensaba, no voy a tocar mi libreta de notas. Consagrarme tres días a la ficción visual del hedonismo: hacer del paisaje una escenografía. Pero esa mañana, me salí levemente del programa: cambié el espacio de los huéspedes que se desplazaban como personajes de un film fantasioso por una casa colonial convenientemente ilustrada con cuadros «de época». Alguien decidió ser escuchado y habló. Lo decidió seguramente al azar, o por cansancio o quizá porque yo reconocí su casa cuando me la describió. No hay razón para que me eligiera a mí, una desconocida para ella.

De pronto, la cocina perdió su materialidad restaurada de vieja cocina de campo. Lo social en su ley de privaciones había irrumpido, fuera de programa. Y se conectó con aquellas chicas pobres de mis viajes a Deán Funes. Retrospectivamente, se conectó con Ramona, que no quería aprender a leer. Ese fuera de programa vinculó dos tiempos entre los que parecía no haber relación alguna.

Aprendí muy temprano (no tendría más de seis o siete años) de estas chicas y de otras que se acercaban a la casa de Deán Funes trayendo un pan casero de regalo, un plato con higos o un tarrito de arroppe de tuna, que las enfermedades dependen de la clase social. Lo digo así, tan sencillamente, porque el aprendizaje práctico fue igual de sencillo. Entre la turista y la niña de vacaciones, los quince viajes a «Las Pencas» cumplían un objetivo clásico: aprender.

La insolación era la enfermedad de los veranos de mi infancia en el campo. Incontrolable, caía sobre mí como si me raptara por unas horas o unos días: la fiebre alta, los vómitos, el sopor de la enferma bajo el techo de chapas que el sol había encendido desde la mañana. Para evitarla, se creía que había un solo remedio: usar sombrero, como si la protección liviana de la copa y las alas de paja aseguraran que la cabeza no iba a recalentarse cuando volvíamos a mediodía desde el pueblo, en un carro sin toldo, donde traíamos los comestibles y enseres que habían sido anotados en una prolija lista a las nueve de la mañana, hora que se consideraba segura y por lo tanto se la elegía para salir, aunque el regreso se hiciera bajo los rayos que caían a noventa grados sobre los sombreros, cuya reputación milagrosa no disminuía pese a las insolaciones que nunca podían evitar del todo.

Los chicos del lugar no eran proclives a la insolación, mientras que las mías eran inevitables aunque no tan frecuentes como las amenazas y advertencias lo pronosticaban. El sol elegía sus víctimas según la clase: las chicas que trabajaban en «Las Pencas» durante el verano no podían darse el lujo de quedarse en cama por unos grados de fiebre o un mareo; yo, concentrada en la práctica más radical del ocio, podía enfermarme.

Estaba expresamente prohibido salir al sol a la hora de la siesta, momento lleno de placeres, cuando se comía fruta caliente, arrancada de los árboles de la quinta. También Ramona y Blanca atravesaban el monte para ir por un rato a sus casas, llevando alguna marmita con las sobras del almuerzo y trayendo de vuelta el pan con chicharrones que enviaba su madre de regalo. Este pan era tan amenazador como el sol de la siesta: «amasado con pura grasa», se decía con aprensión propia de comedores de pan francés.

Cuando podía, me acoplaba a esas excursiones al rayo del sol y, dada la endeblez de mi cuerpo citadino, me insolaba. Tanto como una enfermedad, era un castigo moral que recibía por haber desobedecido la consigna de no andar por ahí a la hora de la siesta. Yo envidiaba la facilidad con que los chicos del lugar estaban vacunados contra la fiebre y los vómitos; por eso, y por sus saberes, me parecían superiores.

De todas formas, como sucedía permanentemente con las órdenes recibidas en la infancia, todo tenía un toque de arbitrariedad. Finalmente me las arreglaba para abandonar la sombra del gigantesco tala, bajo el que dormía mi padre, y andaba al sol, sin sombrero, a la hora de la siesta, hasta que el cerebro se me cocinaba. Eso sucedía sólo dos o tres veces por temporada. O sea que ese par de insolaciones eran daños colaterales sin importancia. Mi suerte, en lo que se refiere a insolaciones, era muy diferente al destino de los personajes de «Cefalea», el cuento de Cortázar: «No nos sentimos bien. Esto viene de la mañana, tal vez por el viento caliente que soplaba al amanecer, antes de que naciera este sol alquitranado que dio en la casa todo el día». El sol de nuestras tardes en el campo era también «alquitranado», se pegaba a la piel como una capa de materia encendida que penetraba más allá de la superficie, como si estuviera calentando la carne. Era un calor que hacía palpar las sienes y confundía la mirada con rayos azules.

No sólo las enfermedades me enseñaron diferencias de clase. Cerca de «Las Pencas», un vecino pobre nos invitó al casamiento de su hija. Fui con mi padre. Me extrañó que nadie se ocupara de ponerme un vestido especial. Una corta experiencia en bautismos y otros festejos citadinos me había acostumbrado a que tanto los agasajados como los invitados se tiraban encima lo mejor. Seguro que esa fue también la intención en ese casamiento, pero «lo mejor» de los allí reunidos no alcanzaba a diferenciarse mucho de la ropa de todos los días. Alguien de mi familia se dio cuenta de que yo no debía dar una nota diferente. Sólo la novia se distinguía entre esa gente de pañuelos floreados, camisas celestes y vestidos de cretona.

Unos amigos del novio habían traído, en un carro, una victrola a cuerda y una caja con discos de pasta. Salvo cuatro viejos que se pusieron a jugar al truco, acalorados y somnolientos, contando los puntos con granos de maíz amarillo, y de las mujeres más viejas que empezaron a tapar la comida con trapos blancos para que no la ensuciaran las moscas, el resto bailaba. Sobre un patio de tierra apisonada, se levantaban polvaredas a medida que el fervor de los asistentes crecía con el calor y la bebida. Habíamos comido empanadas con mucha pasa de uva, papa y comino, asado de chivito y pasteles de dulce. Los hombres comían sin plato, cerca de la parrilla o de los baldes donde el hielo se deshacía en el calor inexorable.

Los chicos nos amontonamos cerca de la victrola; hacíamos cola para darle cuerda y cambiar los discos cada tres minutos. Como había un precursor tocadiscos en mi casa, pronto me aburrí y busqué un banquito matero. Sentada cerca de los bailarines, descubrí asombrada las transformaciones en el vestido blanco de la novia. El ruedo se fue manchando de tierra a medida que avanzaba la fiesta. En pocas horas, ese vestido había envejecido precozmente. Se le

pegaban motitas de tierra que resultaban de los baldazos tirados de vez en cuando para aflojar el calor y evitar, inútilmente, que se levantara polvo.

Al atardecer, la novia entró a la casa y salió vestida con su ropa de siempre y un pañuelo de seda blanco y rosa, que le habían regalado. No vi otros regalos. Después mi padre dijo que, en el campo, no se acostumbraba a gastar tanta plata en esas cosas. El novio ató el sulky. Se despidieron con sencillez. Los chicos los corrimos diez metros y volvimos enseguida. Los demás siguieron en la fiesta que ya se parecía mucho a una tarde de sábado cualquiera, las mujeres un poco más cansadas por el ajetreo; los hombres un poco más borrachos. Alguien dijo: «Mejor terminar ahora, así nadie se complica en una pelea».

Cuando volví a «Las Pencas», me preguntaron cómo nos había ido en la fiesta a mi padre y a mí. Yo no sabía bien cómo narrar los sucesos de ese día, donde no había pasado nada excepcional y eso era lo que me resultaba raro. Tenía la sensación de la «primera vez»: una fiesta rara que había sido como cualquier otra tarde de sábado. Pasaba por alto el chivito y la victrola; siempre comíamos chivito y escuchábamos esos mismos discos de Antonio Tormo. Era la primera vez que había ido a una fiesta pobre, como si mi padre me hubiera llevado al patio trasero del almacén de los Sosa.

Como no hubo pelea por la mala bebida de algún pendenciero, tenía poco para contar. No había entendido la fiesta, simplemente eso: no la había entendido. Había hecho un viaje por las clases sociales. Sin haber leído *Tristes trópicos*, acababa de comprobar que Lévi-Strauss tenía razón: entre varias dimensiones, se viaja por las jerarquías.

El casamiento había sido entre criollos. Otros desconocidos poblaban el paisaje de Deán Funes y los alrededores de «Las Pencas». Inmigrantes europeos. No muchos, porque, como ya dije, abundaban los Carrizo, los Moyano y los Coronel. Pero había un hacendado de apellido Morandini, muy conocido porque lo picó una yará en medio del monte y el hombre se vació la mordedura con su cuchillo, cavando un pozo en la carne para que saliera el veneno. El apellido Morandini no era criollo, por cierto, pero este admirable Morandini ya lo parecía. En la zona había también inmigrantes, de distintas etapas. Esos eran otros viajes, en los que también se iniciaron mis propios desplazamientos.

A mil metros de nuestra casa, hacia el norte, vivía don Bosia, Eugenio Bosia, piemontés, criador de chanchos y quintero^[11]. Hablaba, muy poco, casi sin mover los labios ni separar los dientes. Su observación predilecta, en aquellos años del primer gobierno peronista, era que todos los peones estaban soliviantados con la jornada de ocho horas: «Estamos mal por el asunto de *lasochosora*», repetía, sin separar las palabras. Para don Bosia, la idea misma de una jornada de trabajo era singularmente inadmisibles. Venía de un mundo campesino donde se trabajaba hasta caerse dormido o muerto.

Una vez por semana, íbamos a la quinta de don Bosia, a comprar fruta, verdura, conejos o menudencias de chancho que nadie sino él ofrecía en ese pueblo del norte de Córdoba. La quinta de don Bosia estaba separada de nuestra casa por un rectángulo de bosque bajo, sin desmontar, que atravesábamos por el sendero, alertas a no pisar alguna víbora. Al llegar, casi abruptamente, se alzaba un macizo de un verde profundo, un cerco cubierto de enredaderas y, enseguida, la húmeda galería de la casa. A pocos metros, el chiquero se extendía como un piletón de barro hediondo. Inevitablemente, algunas de las mujeres decía: «No sé cómo este hombre puede vivir al lado de toda esta porquería».

Golpeábamos las manos, gritábamos «Ave María purísima» y aparecía don Bosia, con alpargatas, boina y faja negras, las mismas o idénticas durante años. No entrábamos a la casa; es más, tengo dudas de que don Bosia alguna vez pasara largo rato bajo ese techo; creo, más bien, que comía y dormía en la cocina, al lado del fogón. Nos ofrecía agua, servida de una botella de vidrio verde, forrada en arpillera, que subía, chorreante, de la oscuridad del pozo. Después empezaba la compra: los conejos estaban vivos en sus jaulas, y don Bosia, sin

amagues, cazaba lo que le habíamos pedido, traía un banquito de la cocina y, ahí nomás, les metía cuchillo. Con la destreza natural de una artesanía centenaria, desollaba el conejo, lo abría al medio, lo vaciaba y lo colgaba de algún alambre: «Después se lo llevo yo», decía, «vamos a dejarlo un rato al sereno». Las vísceras del conejo iban directamente al chiquero y los chanchos se les tiraban encima, empujándose y resbalando en el barro: eran un «bocato di cardinale», me decía don Bosia a mí, que miraba atónita.

Después don Bosia nos ofrecía lo mejor de la quinta. Podía ser alguna sandía, a la que hacía resonar con los nudillos, algún zapallo, uvas o una docena de duraznos. Me invitaba a cortar dos o tres higos, de una higuera española que daba unos frutos carnosos, violentamente hinchados, pero un poco insípidos. Regresábamos con las frutas en una canasta, cuando ya se había puesto el sol y comenzaba a subir un relente de pasto que se mezclaba con la fetidez de los chanchos.

Un verano, al llegar, nos enteramos de que don Bosia se había casado. Las mujeres de la familia hicieron un paquetito con un carpeta de hilo crudo y nos fuimos a conocer a la recién llegada. Era una criolla traslúcida, de hombros estrechos y grandes ojos negros, sombreados de un modo que luego se juzgó enfermizo. Se llamaba Marquesa y sus brazos eran finos. Por primera vez entramos a la casa y ella nos sirvió té en unas tazas de porcelana. Marquesa me pareció lindísima y mucho más joven que don Bosia; había colgado cortinas y un retrato de casamiento, vidriado y coloreado, en el que don Bosia aparecía de traje y ella con un vestidito gris claro, puntillas en el escote, un abanico en las manos entrelazadas que él sostenía entre las suyas.

Marquesa se enfermó al poco tiempo; la cabeza envuelta en un trapo blanco que sostenía las rodajas de papa cruda sobre la frente, pasaba las horas tirada en la cama, quejándose de jaqueca y convulsiones. Desde el primer día, mi familia observó que Marquesa no era adecuada para don Bosia. Como había aprendido con las insolaciones, que afectaban a los chicos de ciudad pero no a los del campo, y tal como sucedía con el pan de chicharrones que me hacía mal a mí pero no a la chica que lo comía todo el tiempo y «estaba acostumbrada», las mujeres con jaqueca sólo podían ser burguesas. Si no eran burguesas, constituían una anomalía.

La esposa de otro inmigrante también padecía de jaquecas. Pero el suyo era un caso «normal», porque su marido, socio en el almacén de ramos generales del pueblo, era ya en los años cuarenta un hombre rico. Don Ángel Naveira había llegado a Deán Funes en el típico viaje inmigratorio. La madre de don Ángel lo había embarcado en Vigo cuando era un mocito de menos de veinte años. Sus hermanos mayores, pescadores, habían muerto en una tormenta mientras regresaban con su barca a puerto. La madre le dijo a don Ángel: «Tú no vas a morir en la mar», lo mandó a la Argentina y murió sin volver a verlo, pero contenta porque su hijo se había salvado.

Al llegar, don Ángel fue dependiente del almacén de otro gallego en Jesús María, que había llegado a América con plata familiar. Trabajó quince años como una mula, durmió debajo del mostrador del negocio, comió pan y salame, ahorró como un maniático. Mi padre siempre decía que era un hombre inteligentísimo. Yo lo recuerdo sonriente y cortés, lejos del prototipo medio caricaturesco del gallego hosco y brusco. En los cuarenta, don Ángel ya era socio de su patrón y el mayor almacén de ramos generales del norte de Córdoba, que abastecía desde Cruz del Eje hasta Santiago del Estero, se llamaba Dopazo, Naveira y Cia. Don Ángel mandó traer a su hermano menor, el último que quedaba en España. Ese hombre joven llevaba los libros de contabilidad en las oficinas administrativas del almacén de ramos generales, siempre de camisa blanca, los brazos enfundados en unas manguitas de lino negro para proteger las páginas. Con la pluma cucharita trazaba una caligrafía lujosa sobre las grandes hojas rayadas en rojo.

A don Ángel le gustaba sintetizar su historia no con sus propios hechos sino con una comparación entre familias: Chicho, el sobrino de Dopazo, que ya había nacido rico, era un cabeza fresca. Cuando lo enviaron a España para que conociera a sus parientes, se había

quedado tres meses en un pueblo cerca de Vigo, sin moverse de la taberna, jugando al tute. El hermano menor de don Ángel, en cambio, no levantaba los ojos del libro mayor de la contabilidad y terminó casado con la heredera de la más grande panadería de la zona, «El sol», tan grande que se había extendido desde Cruz del Eje, donde estaba su primer local, hasta Deán Funes. Como en todo viaje hay que enviar postales y recuerdos, en los míos se enviaban cajas de alfajores cordobeses, embaladas en el cartón un poco precario donde se había estampado en relieve, con letras enlazadas, «El Sol».

Dopazo, Naveira y Cia está, todavía hoy, en una esquina frente a la plaza principal de Deán Funes. En los años cincuenta, la calle era de tierra y el olor a polvo seco (un olor de campo) y bosta, se mezclaba con el del aserrín que cubría el piso de cemento portland del almacén.

Todas las mañanas lo baldeaban con acaroina, un desinfectante de campo que dejaba un relente de kerosén y espiral contra los mosquitos; a los mostradores de algarrobo los pintaban con barniz; en los estantes de la sección «tienda», los rollos de lona para catre se ubicaban arriba, sobre los rayados para cortinas, más abajo el algodón de sábana y los percales floreados a dos colores de los que se cortaban los vestiditos de entrecasa de las señoras y el guardarropa entero de sus empleadas domésticas. De esas telas con aprestos de fábrica, todavía rígidas por el último baño de almidón, salía una especie de aroma crujiente, como si se tratara de pan. Desde el fondo, donde se apilaban las bolsas de cemento, de cal y los tambores de combustible, perfilados contra la luz implacable del mediodía mediterráneo, llegaban ondas de polvo flotante en el contraluz y ondas más pesadas de olor a grasa y masilla, que, según como vinieran las corrientes de aire, competían con el perfume fuerte del cuero crudo, que se vendía en lonjas para riendas y barbijos o en piezas que se convertirían en partes de un apero. En la sección comestibles había pirámides de latas de jamón del diablo, picadillo y *corned-beef*; allí dominaban el vinagre y la salmuera.

Para alguien de la ciudad, el almacén de ramos generales era un museo de objetos desconocidos o arcaicos: hachas y hachuelas, guadañas, veletas, caños y émbolos de molino, frenos para carros, cubos y ejes de ruedas, cocinas Beutín de hierro forjado, hilo de alambrar, trancas para las puertas, fuentones de zinc que se usaban para bañarse (como en las películas del oeste), látigos y arreadores, monturas, armazones de catre. A fin de año, Dopazo-Naveira repartía entre sus clientes más selectos un almanaque con dibujos de Molina Campos. Indiferente a los ruegos de quienes no figuraban en la lista de beneficiados, los entregaba la cajera, Laura, sentada con una flor en el pelo y guardapolvo gris, detrás de su pupitre.

Yo siempre recibía mi almanaque porque mi padre era amigo de don Ángel y, todos los días, pasábamos una hora en el escritorio del almacén. Mi padre conversaba mientras don Ángel atendía consultas y todos esperábamos que llegara el mediodía. A esa hora, mi padre y don Ángel caminaban del brazo hasta la confitería de la plaza y se tomaban un par de copas de jerez. A mí me dejaban elegir cualquier cosa, generalmente un especial de salame y una naranja Saldán.

Don Ángel era un hombre tranquilo, pero yo había escuchado que tenía una tristeza: no le habían nacido hijos. No entendía bien la cuestión, porque no me interesaba. Los otros temas eran más interesantes porque me resultaban nuevos. Hijos había en todas partes. Un lote de terneros para vender en la próxima feria; peleas de límites entre fincas, pacíficamente resueltas con el empleo de un teodolito; que un pozo se hubiera secado y fuera necesario volver a cavar y quién sabe a cuántos metros se encontraba el agua; el precio de un buen caballo que mi padre quería comprar; la mejor raza de gallinas para la zona (leghorn, decía uno, y mi padre no se decidía por el gallo reproductor que alguien ofertaba); el aumento del maíz para los animales y el de los repuestos para los molinos: en esas conversaciones florecía un vocabulario desconocido, que yo iba aprendiendo. Por supuesto, también se hablaba contra Perón, pero ese capítulo repetía el que escuchaba cotidianamente también en Buenos Aires. En cambio, el

otro léxico parecía salido de una novela y yo lo iba aprendiendo como aprendía el nombre de las velas y las partes de los barcos en Salgari o Verne.

Pero acá era distinto a las novelas: veía esos terneros en la feria rural de San Pedro Norte, o entrando al matadero de Deán Funes, donde presencié el golpe en la cabeza, que atontaba al animal y el inmediato degüello entre borbotones de sangre; y había acompañado a mi tío cuando algún agrimensor llegaba a solucionar una pelea de tierras y caminábamos por el monte, con un triángulo de madera de un metro de lado; distinguía una gallina bataraza de una leghorn y conocía el pelo de los caballos; ya me habían explicado la importancia de tener el agua cerca de la superficie del campo y que la napa fuera abundante. El viaje me daba la referencia material que los libros de aventuras no me ofrecían. Escuchaba una palabra nueva y tenía la seguridad de que, tarde o temprano, pero pronto, iba a ver el objeto que designaba. El navío del capitán Hatteras, en cambio, era para mí tan fantástico como el cohete del viaje a la luna de Verne: nunca iban a materializarse ante mis ojos.

Cuando don Ángel y mi padre terminaban de tomarse el jerez, mientras discutían para ver quién pagaba, llegaba a buscarnos el húngaro. Con él volvíamos a las casas. «Vamos a las casas», decía mi padre, porque, tanto como a mí, le gustaba acriollarse. Quien nos buscaba, con su jardinera tirada por un tobiano, era el casero de «Las Pencas», Lajos Kovacic.

Fernando Devoto me asegura que Kovacic no es apellido húngaro. Alicia Bernasconi, la bibliotecaria del CEMLA, busca cuidadosamente en los archivos y ratifica el dato. Hace poco, por esa casualidad, que suele conspirar contra el deseo, conocí un fotógrafo argentino que me dijo su apellido: Kovacic. Le salté al cuello gritando: «Tu padre o tu abuelo eran húngaros». Estupefacto y tratando de que mi arrebató no le rompiera el lente de su cámara, me responde: «Eslovenos». Pero Lajos Kovacic era húngaro, sólo hablaba esa lengua y un castellano atravesado de sobresaltos fonéticos. «Afusilando poniente», decía Lajos, cuando se veían relámpagos en el oeste. Y yo repetía: «afusilando poniente», haciendo mía la frase que se convirtió en pronóstico meteorológico.

Si Lajos, en lugar de llamarse Kovacic (como quedó anotado en sus documentos argentinos de ingreso que, en esa época, no ahorran alguna imprecisión) se llamaba Kovacs^[12], entonces, en ese caso probable, llegó al puerto de Buenos Aires el 5 de febrero de 1928, en el vapor alemán «Weser», que zarpó de Bremen. Se lo registra como un húngaro de Erdogyarak, 39 años, profesión cerrajero^[13]. Si estos datos corresponden a mi Lajos Kovacic, indican que nació en 1889. Es decir que en 1914, cuando comenzó la Gran Guerra, tenía 24 o 25 años. Me importa eso, porque Lajos fue soldado del ejército austro-húngaro y dos de sus anécdotas tenían que ver con esa experiencia. La otra razón que me induce a pensar que este es mi Lajos es que a comienzos de los años cincuenta debía tener sesenta años, una edad que, en el paisaje de «Las Pencas», era la que representaba y lo hacía parecerse a mi tío Fernando y también parecer mucho mayor que mi padre. Tenía ojitos celestes achinados, casi calvo, con un bigote militar que tapaba la boca sin dientes.

Finalmente, la profesión que declaran los registros del vapor «Weser», cerrajero, también podría ser la de Lajos: su habilidad con la mecánica y la carpintería no era simplemente la de un hombre que se las arreglaba para todo, sino que tenía una especie de perfección extrema, típica del miniaturista o de quien trabaja con pequeños mecanismos. Lajos también evocaba su infancia y juventud en un mundo agrario y eso es precisamente lo que era la aldea de Erdogyarak (y, al parecer, sigue siéndolo). En ese entonces, y hasta el Tratado del Trianón de 1920, firmado tras la derrota del Imperio Austro-Húngaro y por el cual Hungría fue fragmentada, Erdogyarak pertenecía a Hungría.

Fernando Devoto me auxilia nuevamente cuando le pregunto por qué Lajos tardó casi diez años, después del fin de la Guerra, en inmigrar. Con paciencia explica que habría sido improbable que dejara Europa inmediatamente después de la guerra: «Los emigrantes

necesitan ahorrar para comprar su pasaje», ya que Lajos no llegó a la Argentina embarcado en un plan de colonización. «Lo raro (sigue Devoto) es que haya salido por el puerto de Bremen y no por el de Trieste. Pero era frecuente que emigraran a otras regiones antes de comenzar el viaje definitivo a América. Tu Lajos se fue, al parecer, para el lado de Alemania». Pienso en la doble condición de obrero mecánico y de jornalero campesino que se juntaban en Lajos.

Hay algo más en ese viaje que me sigue intrigando y a lo que nunca podré encontrar una explicación. Lajos tenía dos libros: una geografía universal, formato pequeño con mapas delineados en negro cuyos accidentes geográficos todavía seguían existiendo, pero cuyos límites políticos estaban completamente perimidos y el mismo húngaro era una prueba de esos cambios territoriales. Era un libro normal, quizás una edición Claridad, comprado en la Argentina. No tengo más recuerdos y los que tengo no me ayudan a reconstruirlo. El otro libro de Lajos era un léxico inglés-húngaro-inglés, que había traído desde Europa. Nunca se me ocurrió la pregunta más obvia: ¿por qué un léxico que podía ayudarlo con el inglés pero no con el castellano que se hablaba en el puerto adonde atracaría el «Weser»? ¿Pensaba Lajos que su destino final, pese a la escala en Buenos Aires, sería Estados Unidos? ¿Pensaba que en la Argentina se hablaba inglés? ¿No consiguió otro léxico? Ninguna de éstas son preguntas retóricas. Lajos me mostraba el léxico como si hubiera sido innecesaria una explicación. Y yo era la única que, de vez en cuando, le pedía que me mostrara sus libros. Entraba a su casa y sacaba un envoltorio de papel celofán. Yo los miraba, Lajos los miraba y seguramente andábamos por planetas diferentes. Sobre el idioma húngaro sólo me dijo que mi sobrenombre quería decir niña, pequeña, y eso nos pareció a los dos una casualidad feliz.

Lajos tenía un par de anécdotas de la guerra, que me contó varias veces. Los oficiales azotaban a los soldados si descubrían, en una revisión de pertrechos, que alguno se había comido la lata de conserva que cada uno llevaba en su mochila; ser azotados no era para ninguno de esos muchachos campesinos una novedad. Los oficiales (me los imagino como en *La marcha de Radetzky*, atildados, con sus capotes, sus espuelas, y el fino bigote en el rostro aristocrático) eran jóvenes distinguidos, acostumbrados a ser liberales con la fusta y a dar órdenes. Lajos los aborrecía porque reventaban sus caballos por pura ostentación de orgullo y elegancia. También contaba que todos los soldados deseaban recibir la «bala de la suerte», un tiro en una pierna, que no hiriera seriamente ni los dejara tullidos, pero que los sacara de combate y los mandara al hospital.

Mi padre no hablaba con Lajos de la Gran Guerra (que había sido el primer acontecimiento internacional de su propia vida). Pero a mí me informó que la caballería húngara (posiblemente la confundiera con la austríaca) entraba en batalla contra los primeros blindados enarbolando el sable al grito de «Jesus, Maria, Joseph». Yo hilaba los relatos sin buscarles congruencia. Ni siquiera Lajos me había dicho que había pertenecido a la caballería, aunque, en Deán Funes, visto lo bien que montaba, con una soltura difícil de copiar, todo el mundo lo daba por hecho sin preguntárselo.

De su aldea, que quizá se llamara Erdogyarak, Lajos también contaba pocas cosas. Que en invierno hacía mucho frío y todos los animales vivían en establos con pisos de madera y calefacción; que los patronos (como los oficiales que luego azotaban a sus soldados) les pegaban a los jornaleros. Nada más. De su llegada a Buenos Aires, con su mujer, doña María (lo pronunciábamos como él, volviendo grave la palabra: Mária), sabía que había trabajado en una fábrica de balanzas, la Berkel; que lo habían echado y que metió todas sus pertenencias en un carro, atravesó las provincias de Buenos Aires y de Santa Fe hasta llegar a Córdoba y siguió para el norte hasta recalar, no se sabe por cuál de las astucias del destino, en Deán Funes. Había sido casero en la estancia de los Sosa y luego mi tío Fernando, a comienzos de los cuarenta, cansado de los caseros criollos, se lo había llevado para «Las Pencas».

Cuando mi padre lo conoció, hicieron una relación instantánea, veteada de populismo criollo

tradicional. Acompañábamos a Lajos al pueblo, en su carro, todos los días y, al atardecer, mi padre caminaba los cien metros que separaban la casa grande de la del casero para tomarse unos vinos con él. Yo no me alejaba de Lajos nunca.

El presente nos ocupaba casi por completo: había que ir al pueblo a la mañana con una lista de compras, dar de beber al caballo cuando regresábamos, llevarlo al potrero para que pastara, perfeccionar los canales que transportaban el agua hacia la quinta, engrasar el molino, reparar el cerco del gallinero o el poste caído de un alambrado, quemar la basura, recoger fruta, trasplantar almácigos, ponerle kerosén a las lámparas y emparejarles las mechas, arreglar un arreador o un pretal. El día casi no alcanzaba, porque Lajos observaba metódicamente la secuencia de esas tareas, encaradas con la precisión de un mecánico fino. No hablaba mal de los vecinos criollos pero, en la serie meticulosa de trabajos que realizaba con una habilidad perfeccionista y obsesiva, les oponía un modelo de artesanado campesino que los criollos cumplían a su manera.

En el comedor de su casa, guardaba un arcón con herramientas a las que, cada tanto, engrasaba y lustraba. Sobre una piedra chata, alisaba clavos que luego clasificaba en latitas. Sentía un respeto apasionado por las herramientas y el filo de sus palas terminaba en un borde brillante de varios centímetros, que Lajos perfeccionaba todos los días. Sus hachas tenían largos mangos tan lisos que parecían de marfil vetado con caoba. El mango se deslizaba casi de un extremo al otro entre sus manos, con un estilo personal, eficaz y vistoso. Hachaba al atardecer y ordenaba los troncos por tamaño. Después, con una carretilla, los repartíamos entre las cocinas de su casa y la nuestra.

A los doce años, en un arranque audaz de confianza en mis inexistentes capacidades, hice un dibujo de Lajos. No lo conservé, por supuesto. Quizá se lo haya regalado, aunque lo más probable es que se perdiera junto con todos mis documentos infantiles. Lo dibujé a Lajos parado en medio del patio de tierra que precedía a la casa, con una azada, dedicado a la actividad que mi padre controlaba meticulosamente: sacar los eventuales yuyos para evitar que se transformaran en mimético disfraz o escondite de alguna víbora. Lo dibujé con su camisa de trabajo azul, desteñida, muy encorvado, posición que me ahorraba la dificultad de lograr un rostro. Le di color al dibujo con acuarela. No dibujé otra cosa en todos mis viajes al campo. Creí que esos veranos eran para siempre y la idea misma de un *souvenir* producido por mí era ajena a ese concepto de tiempo infinito y repetido.

Lajos era dueño de un caballo tobiano, alto y ancho de pecho, que naturalmente se llamaba Tobi, y de un zaino, sin muchas cualidades. También tenía un carro rectangular, de piso chato, al que ataba el tobiano para ir al pueblo. Se enojaba cuando se trataba a los caballos de un modo que juzgaba impropio o de una crueldad innecesaria. No se enojaba por romanticismo ni zoofilia sino que, como buen campesino, pensaba que un animal rinde bien si se lo exige mesuradamente y se lo cuida tanto como se lo exige. Rechazaba el desdén aristocrático por los caballos que sentían los señores distinguidos que había conocido en el ejército y antes.

Con esta ética, Lajos era mi maestro. Su esfuerzo consistía en evitar la frivolidad. Campesino, no comprendía el motivo por el cual la gente de ciudad utiliza caballos para «dar vueltas» o «ir de paseo». Su concepto de la relación entre humanos y caballos abarcaba sólo dos actividades: guerrear (si era imprescindible, si alguien tenía la mala suerte de que lo reclutaran y no había podido huir o esconderse) y trabajar. Por lo tanto, todo lo que no estuviera incluido en estas dos categorías de acciones le parecía una frivolidad que estaba obligado a aceptar porque así lo requerían personas poderosas cuya familiaridad con los caballos juzgaba nula. Los caballos eran, para él, como los arados o los carros, medios de producción o de transporte, independizados de la diversión. No aprobaba las carreras cuadreras que solían correrse en el campo. Para su espíritu austero, la diversión criolla de alardear con el caballo equivalía a una vanidad.

Lajos sostenía que el animal debía ser exigido justo en la medida de lo necesario. Jamás se debía galopar un caballo a mediodía, excepto que fuera para buscar un médico. La inteligencia del jinete se medía en proporción inversa a la cantidad de sudor con que el caballo regresaba a la casa. Había una medida de cansancio que no debía superarse, salvo en circunstancias excepcionales.

Mantenía, de modo igualmente firme, el principio de que quien utilizaba un caballo debía hacerse responsable de su atención. No concebía la separación entre uso y cuidado del animal y, sobre todo, no admitía que el uso fuera más intenso que el cuidado. Criticaba a los criollos porque podían desatender una matadura en el lomo producida por el recado y porque agotaban al animal en galopadas innecesarias o desafíos vistosos. La norma que unía uso y cuidado se aplicaba para todo el mundo, sin diferencias. Quizás, una venganza en territorio argentino sobre los señores y oficiales a los que debió servir en Europa. El húngaro se había emancipado, en la Argentina, de la costumbre aristocrática habitual en jinetes que desmontaban, arrojaban elegantemente las riendas sobre el cuello del animal, lo palmeaban al pasar y se olvidaban de su existencia. En la casa donde trabajaba, Lajos había encontrado patrones sin trazas de aristocracia y les había comunicado sus principios.

Por eso, me enseñó a no cansar un caballo sin necesidad, a no galopar por galopar, a no castigar el animal ni azuzarlo. La equitación era un deporte que no entendía y frente al cual incluso yo podía percibir su hostilidad. Sin embargo, como me quería mucho, aceptó el hecho consumado de que yo iba a usar los caballos para pasear. Pero se ponía firme a mi regreso: sacarle la montura, darle agua, llevarlo del cabestro hasta largarlo en el potrero. Lajos tenía la ética de esos versos criollos que, mucho después escuché en una posada de los valles calchaquíes. Confiaba en los reflejos del caballo pero no se rendía a sus caprichos, porque tampoco se permitía tener caprichos cuando montaba:

*En bajada o pedregal
como quiera el animal;
en subida o en el llano,
como mande el ser humano.*

Lajos pertenecía a una cultura ecuestre que estaba en las antípodas de la cultura criolla de esos campos en el norte de Córdoba. Una tarde, en un boliche a media legua de «Las Pencas», mi padre, Lajos y yo presenciábamos unas apuestas que al húngaro le resultaron completamente incomprensibles, una prueba más de la incuria criolla, contrapuesta al cuidado que cualquier caballo demandaba. Estábamos en el patio de tierra del almacén, Lajos ante su fernet, que tomaba puro, mi padre con una ginebra y yo con un sifón, galletitas Criollitas y una lata picadillo.

Nunca íbamos al pueblo de tarde, pero ese día algo se había roto en el molino y había que buscar un repuesto. La urgencia no excluía una parada en el boliche. Un peón de la zona llegó con un petiso tordillo. Se corría el rumor de que el animal era cruza con una potranca de polo, de Jesús María. El rumor no era muy verosímil, ya que nadie jugaba al polo por esos lugares, pero quizás viniera de alguna estancia más al sur. Los entendidos, sin querer desmentir al dueño, decían que era simplemente un caballito criollo. Los malpensados, que venía de una tropa robada. Uno de los presentes lo desafió a jugarse el petiso a los naipes. El paisano aceptó y ganó. Lo desafiaron de nuevo, y volvió a ganar.

Mi padre decidió que, vista la situación, ya no íbamos al pueblo porque teníamos que estar presentes en el desenlace. Hubo un tercer desafío, que volvió a ganar el dueño del petiso. Cuando amagó levantarse para irse con el caballo y la plata, algunos le dijeron que así no podía dejar la mesa de juego. El paisano aceptó pero con la condición de que fuera la última baza. Volvió a ganar y, frente a esa contundente decisión de la fortuna se fue mientras lo palmeaban con toda justicia.

A mi padre le había divertido el juego. Lajos, en cambio, estaba indignado. No entendía la razón por la que alguien podía arriesgar un caballo en esa escalada de azares. La displicencia ante el riesgo, hoy me atrevo a suponer, le recordaba la indiferencia aristocrática de los jinetes a los que había servido en su aldea centroeuropea. Elegantes sin grandeza y sin talento, observados por los azules ojos mogoles del campesino que rasqueteaba sus caballos usados para nada.

Algo de ese sinsentido, Lajos descubría en mi padre. Seguramente lo quería porque el trato era silencioso, franco y casi sin indicaciones ni órdenes. Por eso, una noche de tormenta lo acompañó a una aventura en carro. Todo sucedió por una excursión familiar a Ischilín, el pueblo donde había vivido Fernando Fader.

El pueblito seguía igual a lo que había sido veinte o treinta años antes: casas de adobe venidas abajo, cercos de piedra, higueras y tunales sobre la cuesta de una sierra achaparrada, de la que bajaba un arroyo mezquino. Todo, las casas y sus habitantes, cubierto de capas de polvo y cristales de piedra mica. Ischilín casi no tenía paisaje; sin embargo, para los raros veraneantes de Deán Funes, que tampoco tenía paisaje, era una excursión inevitable.

Se llegaba a Ischilín dos horas antes de mediodía, en un taxi cuyo dueño formaba parte del paseo y oficiaba de baqueano, asador y guía de las señoras y los chicos. Otros hombres, en general, no participaban de la excursión; preferían armar un almuerzo en el hotel del pueblo, jugar al billar, dormir allí la siesta y esperar el regreso de la familia al atardecer, sentados en la vereda de la plaza tomando fernet o manzanilla, con ensalada de papas y perejil, lengua a la vinagreta y fetas de salame. Mi padre había encontrado el mejor motivo para no incorporarse a los excursionistas: él no iba a hacer un viaje de quince kilómetros sólo para ver un ojo de agua, igual al que salía del caño de cualquier molino.

Cuando el taxi regresaba, con la primera penumbra, sus ocupantes y el conductor se sumaban, acalorados, a la mesa del vermut, contaban las aventuras, que siempre incluían una resbalada al trepar una cuesta para llegar a pie a la inevitable cruz de hierro que remata cualquier sierra, y mostraban los envoltorios con tunas o frascos de arrope, los costureros de paja con plumas de colores, que eran más típicos de Quilino que de Ischilín pero que los porteños compraban allí donde los veían, anticipando en varios años la pasión por las artesanías que todavía no se había desatado.

El camino entre Deán Funes e Ischilín era, naturalmente, de tierra, una huella ancha, sin alisar, que subía el faldeo evitando cualquier dramatismo pintoresco. Mientras no lloviera, ese camino era tan seguro como incómodo. Los taxistas se lo sabían de memoria, en especial Paco Rubio, un hijo de andaluces que las familias adoraban y las mujeres consideraban buen mozo, por sus ojos negros, grandes y sombreados que, en aquellos años, por sí solos podían decidir sobre la belleza de una cara.

Simplemente, había que acertar con el día: al amanecer se miraba el sur, de donde llegaban las tormentas; si estaba despejado, la excursión era un hecho; el día anterior, se le había pedido su pronóstico a don Pedro, dueño de una tropilla de burros y mulas, considerado una autoridad.

Sin embargo, una mañana que prometía un día inalterable mutó, a las cuatro de la tarde, en una tormenta descomunal. Nos encerramos en el taxi, como en una caja de cristal que poco a poco se fue hundiendo en el barro. El regreso era tan arriesgado como necesario y se lo emprendió a las siete, acompañados por un paisano a caballo cuya misión iba a ser la de desenterrar el auto en los lugares más bajos, cuando el barro llegara a los ejes e inmovilizara las ruedas. Así, en un avance lento aunque poco arriesgado, se alcanzó la mitad del viaje, lugar donde el paisano de Ischilín iba a ser relevado por su primo, a quien se despertó en medio de la noche.

De pronto, en medio del camino los faros iluminaron un carro, arrastrado por un caballo tobiano, que todos conocíamos. En el carro venían mi padre y Lajos, envueltos en ponchos, con un olor agrio a manta mojada y a establo. Hubo una breve deliberación y los excursionistas

pasamos al carro, abandonando al taxista a su destino hasta el día siguiente.

Llegamos a Deán Funes al amanecer y lo primero que se escuchó fue la voz de mi padre: «Con el aguacero, no pude prender un cigarrillo en toda la noche». Lajos (que se había empapado sin tener la obligación de salvar a nadie) le contestó: «Por eso, desde la guerra, yo no fumo».

La historia del salvataje en el carro de Lajos dio vuelta al pueblo. En ese carro, Lajos y yo llevábamos cajones de ciruelas y duraznos al mercado y traíamos bolsas de harina con la que doña María hacía sus postres. Cuando mi padre estaba en Buenos Aires, yo acompañaba a Lajos al pueblo, con la lista de las compras. Desaprobaba que todos los días figurara jamón crudo en esa lista. Lo consideraba un alimento dañino. Doña María también desconfiaba de esos fiambres comprados en fetas cortadas a máquina.

Ella había sido cocinera para alguna casa burguesa o aristocrática de su aldea (nunca supe dónde, aunque los papeles la señalaban como checa, sólo hablaba húngaro: otro de los deslizamientos de fronteras del Tratado del Triánón). Muchas veces le hice repetir el nombre del lugar donde había nacido, pero nunca pude entenderlo. Lajos no le daba importancia a esa pregunta. Él podría haberlo escrito para que yo, por lo menos, lo buscara en algún atlas. Pero no lo hizo. Doña María aspiraba zetas, vocales y lanzaba sonidos desconocidos para mí.

Su pelo era rubio y lo usaba en un rodete bajo (esa forma universal en occidente del rodete campesino, sujeto por dos o tres horquillas). Su delantal era de brin azul, desteñado hasta el celeste, que ella planchaba una vez por semana, en el patio de tierra, con la plancha llena de carbones, que no me permitía tocar. Era dorada: el solazo de Deán Funes había trabajado sobre la piel blanca que se descubría en el anverso de los brazos o en las piernas, cuando se limpiaba en un fuentón de zinc.

Su arrollado de manzanas era apreciado por mi familia. Esas mujeres argentinas, que nunca habían pisado el centro de Europa, juzgaban la técnica como una decantación centenaria de la famosa pastelería que ellas conocían solamente por un confitero alemán del barrio de Belgrano. Mientras se la preparaba, la masa debía quedar protegida de cualquier corriente de aire. Doña María se encerraba en el comedor, limpiaba con un cepillo de cerda la mesa de madera e iba estirando sobre ella los bollos que terminaban siendo superficies lisas, casi transparentes, flexibles, aterciopeladas y, sobre todo, muy homogéneas. A veces, las nudosidades de la madera abrían pequeñas heridas redondas, que doña María reparaba, estirando los bordes irregulares hasta hacerlas desaparecer.

Finalmente, se pintaba esa masa con una compota de manzanas y empezaba a arrollarse: ese era el momento de peligro y suspenso. Adoraba ese riesgo menor que doña María encaraba con una concentración inquebrantable. Los rollos se cortaban en porciones y se disponían sobre la placa que Lajos colocaba en el horno de barro, de donde salían crujientes, quebradizos, oliendo a canela y a almíbar.

Frente a la cocina de doña María se extendía el patio de las gallinas, una extensión que Lajos mantenía limpia de yuyos por la misma razón por la que limpiaba el inmenso patio delantero, bordeado por aguaribayes. Nada era demasiado trabajo para mantener lejos a las víboras. Si alguna se animaba a deslizarse por la tierra desnuda, podía vérsela. El problema con las víboras es pisarlas. Una vez que se las pisa, la picadura resulta prácticamente inevitable, me enseñó Lajos. Por eso, la hora de la siesta en el monte era tiempo y territorio prohibidos. Sólo en secreto salíamos a juntar piquillín y cada roce con una mata nos hacía correr frío por la espalda. Si se andaba a caballo por el monte, había que barrer con la mirada a uno y otro lado del animal, a la altura de los estribos, de las paletas y de los hombros porque las víboras tomaban sol (nos decían) colgadas de las ramas y esperaban el menor roce para terminar de enroscarse y morder.

Dentro de las casas, tampoco podía sentirse uno completamente a salvo, aunque los pisos de cemento portland eran propicios para que la víbora fuera liquidada con el primer golpe de pala

o de azada. Pero el peligro, adentro, era siempre doble, porque la víbora no entraba nunca sola sino con su compañera. Después de matar a la primera, empezaba la verdadera cacería porque no se podía dejar viva a la segunda, ni mucho menos llegar a la noche en ese estado de incertidumbre. La víbora podía meterse en una cama y provocar la muerte o por lo menos dejar a alguien con una pierna o un brazo secos, como un garfio.

Lajos era un excelente matador de víboras. Lo hacía con un solo golpe, tomando la azada o el palo por el extremo más lejano (porque, si no acertaba de primera, la víbora podía intentar subir hasta su manos por el mango y, además, ese cuerpo eléctrico seguía moviéndose después de dividirse en dos partes). Enseguida, entregaba el cadáver a las gallinas, que arrastraban esos pedazos por el polvo del patio, revoléndolos como una cinta gris y morada. Finalmente, se barrían los restos y se los tiraba con la basura.

Cuando empecé la escuela primaria, una de mis compañeras se llamaba Babsi Terjek. La adoré instantáneamente. Lajos había sido el primer húngaro de mi vida y yo creí que era posible transferir toda mi admiración a esa chica de ojos también celestes y pelo rubio. Nunca me invitaron a su casa. De modo que no conocí otro húngaro hasta 1965. Ese tercer húngaro fue Francisco Kroepfl, el músico, a quien veneré de inmediato, sin saber que era húngaro. Me bastaba que dirigiera el laboratorio de música electrónica del Instituto Torcuato Di Tella. Babsi y Kroepfl integraron una trilogía imaginaria con Lajos. De ser miembros de esa extraña trilogía ellos no se enterarían nunca.

Seguí viajando a Deán Funes y pasando los veranos con Lajos, aceptando, cada vez más, mi carácter de discípula en un aprendizaje muchas veces exasperante. Lo más difícil llegaba con las despedidas. Yo comenzaba a llorar a los gritos, agarrada con los brazos y las piernas al tronco de unos de los paraísos de la entrada. Lajos lagrimeaba y se secaba los ojos con un pedazo rectangular de camisa vieja. Después, me arrancaban del árbol y me metían en el taxi que había llegado a buscarnos. Mientras el auto tomaba el camino del pueblo, Lajos agitaba su pañuelo. Durante el invierno le mandaba algunas cartas que Lajos respondía. No conservo ni una hoja de aquella correspondencia.

Mis abuelos maternos fueron inmigrantes. Manuel del Río, gallego de La Coruña, de profesión sastre; y Ernesta Boiocchi o Baiocchi, rubia y clara piemontesa, quién sabe de qué aldea, a la que nunca quiso regresar, analfabeta que aprendió a leer cuando le enseñaron sus hijas. No conocí a ninguno de los dos. Mucho más tarde descubrí que tenía otro antepasado gallego. Hoy pienso que Lajos fue mi primer extranjero, como si hubiera tenido un tío llegado de Europa, dato que no es infrecuente en mi generación. Los viajes a Deán Funes llenaron ese vacío inmigratorio, no sólo con Lajos sino con otros. Viajé hacia ellos, haciendo un recorrido inverso al que ellos, antes, habían hecho: mi primer cosmopolitismo fue «desde abajo»^[14].

SANTITOS EN LA PUNA

Llegamos en tren a Abra Pampa. Los andenes de ripio no concluían ni empezaban en los extremos de la estación, sino que parecían una leve variante constructiva en la manzana desierta, gris, también cubierta de ripio. Al costado, una balanza, unos durmientes y una bomba de agua. Cuando el tren se fue, apoyamos las mochilas sobre los durmientes y decidimos usar el agua de la bomba. Sucedió así: en caso de encontrar agua se la usaba sin una necesidad inmediata. En realidad, se la usaba como resguardo para el futuro. Nosotros, que íbamos a entrar a la puna jujeña, teníamos motivo suficiente^[15].

En el atardecer de enero, me lavé con un agua helada; los pelos chorreaban sobre mi remera roja; tuve frío. En fila, cada uno de nosotros cuatro bombeaba para el que estaba adelante. El agua, dura, salina y muy limpia, salpicaba, mojaba la tierra, se esparcía en un derroche. Mientras bajaba el sol, tiritábamos. La puna tiene noches tan frías como cualquier invierno. Dos perros y dos chicos nos miraban a varios metros de distancia. Seguramente éramos exóticos. Nosotros no teníamos conciencia de la disrupción. Pero en ese paisaje, al que todavía no llegaba el turismo, detonábamos.

Nuestros borceguíes de Marasco eran el último estado del arte en lo que hoy se llama *trekking* y entonces se llamaba, con sencillez, campamento. Eran lujosos en la puna, y también para nosotros, estudiantes con empleos de cuarta categoría. Valían un año de ahorro, pero eran indispensables. Lo que íbamos a hacer dependía de la calidad de los borceguíes y de las mochilas. En ellas, cada uno de nosotros transportaba un tercio de su propio peso: ese era el límite, si se caminaba todo el día. Las mochilas se llamaban «de gendarmería», anteriores a las mochilas con armazón de aluminio que recién aparecían y superaban nuestro presupuesto. Cortas y anchas, las «de gendarmería» tenían en la espalda una estructura triangular de cuero. Un milagro del diseño, que ponía el peso de la carga un poco más arriba de la cintura.

Ese equipo quedó esparcido sobre el pedregullo mientras nos lavábamos. Después, de a uno, mientras atardecía y llegaba el frío a esas superficies lunares que rodeaban la estación, fuimos metiéndolas bajo el techo del andén, donde íbamos a cocinar y a pasar la noche^[16]. Unos sesenta kilómetros nos separaban de Rinconada: 3800 metros de altura y más. El jefe de estación nos adivinó el propósito.

—Les abro la sala de espera. No pueden dormir acá, al sereno. Baja mucho frío.

Era imposible que bajara el frío. No había nada más alto, excepto una montaña a lo lejos. El frío, en cambio, avanzaba, compacto, sin intermitencias, como un frente móvil que se desplaza capturando todo el espacio. La sala de espera tenía una mesa en el centro. Sobre ella comimos lo que se preparó muy lentamente afuera. Era la primera vez que cocinábamos fideos sin que el agua hirviera. Ningún líquido alcanzaba los cien grados y menos con esas ramas escuálidas, esos ladrillitos de bosta hecha de pasto seco. Después, dos de nosotros tuvieron el privilegio de dormir sobre la mesa. La diferencia entre madera y cemento portland es decisiva cuando hay que pasar una noche. La madera se va calentando con el cuerpo, hasta volverse casi humana. El cemento permanece insensible en su remoto orden mineral.

De madrugada, empezamos a caminar hacia Rinconada, por la ruta, con la esperanza de que algún vehículo nos alcanzara. Horas después, cerca de mediodía, cruzamos a un hombre con dos burros que llevaban carga. Nos detuvimos, porque ya sabíamos que era una regla de cortesía.

—¿Son promesantes? ¿Para dónde van los señores?

De algún modo éramos promesantes ateos que iban persiguiendo los vagos datos de una iglesia colonial.

—Vamos a San Juan de Oros.

—Eso queda bastante lejos.

—¿Cuánto más o menos?

—Muchas leguas y hay puna. No llegan ni hoy ni mañana.

Allí aprendimos el sentido de «hay puna». Estábamos en la puna, pero el «efecto puna» no se hace sentir en todos lados de la misma manera. Se puede respirar bien durante kilómetros y, de pronto, el aire desaparece, como si hubiera sido succionado por un extractor planetario. Donde eso sucede «hay puna» y se camina muy despacio. Se tiene la sensación de que los pulmones, en un instante, se han vuelto rígidos y respirar se vuelve un acto consciente: tragar aire, largarlo, tragar aire.

—¿Qué hacemos para la puna?

—Tecito, pues, coquita, pupusa.

El hombre nos habló como si fuéramos niños o extranjeros. De algún modo no se equivocaba. Se parecía mucho a uno de nosotros, cuyos padres eran japoneses. Hay una foto en que aparecen los dos y son, de verdad, como hermanos. Después de dar algunas vueltas, sin mirar a su doble, preguntó:

—¿El señor es hijo del país?

Nos habría gustado decir que sí. Pero ninguno estuvo dispuesto a ese engaño, que habría confirmado, para nadie realmente, las teorías de Paul Rivet. Dijimos que no, que era hijo de japoneses. El hombre terminó de acomodar la carga de sus burros. No había dejado de hacerlo desde el principio de la conversación, pero la indicación de que iba a continuar la marcha la dio que ajustara las cinchas y, con descuido, le pegara un chicotazo con una rama a los animales. Esos movimientos nos ponían más a gusto porque evitaban que nos examináramos. Cuando ya estábamos amagando con las mochilas, el hombre hizo, con simple cortesía, la última pregunta.

—¿No venden nada?

—Nada vendemos, no.

—¿Arreglan ollas?

Nos sentimos en falta. Hacíamos algo completamente innecesario, gratuito y, por lo tanto, incomprensible, casi inconfesable porque no había una categoría de acciones donde inscribirlo. En Bolivia, después, nos preguntaban si sacábamos «fotitos» y el pedido era «fotéeme a la chica, al chango».

Al hombre de los burros ni siquiera le respondimos que éramos turistas. Decirlo habría contradicho la ideología de nuestro viaje. No éramos turistas. Pertenecíamos a una categoría imaginaria: jóvenes latinoamericanos. Preferíamos ese adjetivo a argentinos. Buscábamos América Latina, un espacio y un tiempo futuros.

Uno de nosotros, el que parecía un «hijo del país», llevaba su libreta de notas, donde también dibujaba los planos sencillísimos de las casas y las iglesias coloniales. Al atardecer, sentado en el suelo, abría la libreta y nosotros nos alejábamos. En alguna iglesia, se apoyaba contra el muro y calculaba a ojo las medidas, o contaba sus pasos de un extremo a otro. Él había propuesto San Juan de Oros como destino, un pueblo ínfimo, en realidad una posta en el camino hacia el Alto Perú, con una iglesia colonial de la que no había fotos. Después publicó sus notas en Buenos Aires.

Casi medio siglo después se las pido para reconstruir este viaje y unas páginas escaneadas aterrizan en mi computadora. Tienen la sencillez y la precisión de quien sabe que lo que describe está siendo descrito por primera vez por extranjeros (somos todos argentinos, pero extranjeros en la puna) desde la conquista española. También tienen la cautela de quien escribe por primera vez. Cito lo que publicó a fines de 1970:

«Después de varias horas de marcha encontramos restos de las bocaminas, casas de piedra abandonadas. Entre ellas un grupo de particular interés: de aspecto similar a los hornos de pan, se erguían las viviendas de los mineros, realizadas en piedra con techos de lajas que formaban una cúpula perfecta. Para acceder a su interior hay que agacharse y trasponer una abertura estrecha, sin puerta ni rastros de que en algún momento haya existido. Un dintel de piedra sostiene el arranque de la cúpula. El recinto es cuadrangular, sin ventanas, de escasos 4 metros cuadrados, con una altura de aproximadamente dos metros y medio. Durante nuestra travesía pudimos ver dos de estos

conjuntos, compuestos de 6 y 7 unidades, alineadas o en hemiciclo, como si se apoyaran mutuamente. Un horno de barro completa el grupo, diferenciándose de las viviendas sólo por su tamaño menor»^[17].

La foto muestra al autor de esta descripción dentro de una de esas viviendas de piedra, en un diminuto pueblo fantasma. El borde de la bóveda destruida que antes la había cubierto como techo, se alcanza, en efecto, con la punta de los dedos. Y las piedras son, en efecto, lajas, láminas bastante regulares, bastante ordenadas, como si hubieran estado destinadas a durar allí. No sabíamos que íbamos a encontrar esas raras viviendas circulares. Saltaron fuera del plan que teníamos trazado. Vagamente sabíamos que existían en Italia. Pero no las imaginábamos en la Argentina.

Los refugios de piedra eran asombrosos por su forma y su técnica constructiva. En realidad, nuestra sorpresa fue la de muchos arquitectos, etnógrafos e historiadores del arte durante casi dos siglos. En 1879, el arqueólogo Luigi De Simone los describió así dándoles el nombre de truddhi, con el que también son identificados:

«Viviendas campesinas, formadas por piedras irregulares, puestas una al lado de otra, en forma circular, partiendo del suelo y achicando su diámetro hacia arriba, hasta cerrarse como un cono trunco».

El historiador del arte Émile Bertaux, en un texto escrito entre 1897 y 1899, afirmaba:

«Son edificios rústicos, cuya forma sale de lo común y cuyo prototipo se pierde en la más remota antigüedad. La Puglia italiana está constelada de trulli. En los olivares o los viñedos, puede divisarse un pequeño cono de piedras sin argamasa de unión, luego otro, luego cientos que, entre los grises olivos agregan un poco de uniforme tristeza a la monotonía de la llanura. Incluso una ciudad, Alberobello, construida con una mitad de casas comunes y la otra mitad de trulli, puede dar una idea de esta aglomeración de cabañas de piedra que, en plena Italia, evoca la imagen de las viejas ciudades persas. Los trulli se yerguen como fantasmas de un tiempo del que hemos perdido el recuerdo».

Finalmente, Gabriele D'Annunzio, en 1917:

«Partimos hacia Brindisi en automóvil. Larga ruta enceguecedora, a través de una llanura sedienta. Aldeas todas blancas. Olivos. Entre Alberobello y Locorotondo, un paisaje extraño sembrado de trulli. Especie de campamento pétreo, con pabellones cónicos de piedra. Trulli marrones y blancos. Grupos de conos... En Alberobello, la fiesta de Cosme y Damián, los santos médicos. Carros llenos de peregrinos, procesiones, músicas. Región lejana como un sueño, como una era pasada»^[18].

En el camino hacia Rinconada, cada tanto, también avistábamos casas de adobe, sin techo, sin puertas, sin los tirantes de madera que habían sido dinteles. Lo que era transportable y, sobre todo, la madera, había desaparecido con sus habitantes. Una sensación extraña, de pueblos abandonados, como si por allí hubiera transcurrido una olvidada quimera del oro. Dormimos dos o tres noches, a cielo abierto, pero protegidos del viento por las paredes de esas casas. Cocinamos en el hoyo ennegrecido por el humo donde habían cocinado quienes las construyeron o las ocuparon.

Las casas abandonadas siempre tienen una cualidad fantasmagórica de recuerdo petrificado e inasible. En ellas, más que en el paisaje, aunque no sea pura naturaleza, sino naturaleza trabajada durante siglos, se apoya la ilusión de que hay restos de algo humano anterior. La vida ha transcurrido en una casa abandonada y ese pretérito humano es inabordable pero de un interés borroso y lacerante al mismo tiempo. ¿Por qué se fue esa gente de allí? ¿Cuántos eran? ¿Alguien murió y alguien nació acá mismo? La casa abandonada es una síntesis vacía de lo que pudo haber sido. Las de la puna no tenían techo, esa palabra que designa por metonimia la idea más general de casa.

Dentro del recinto formado por esas paredes, inspeccionábamos el suelo de tierra apisonada como si fuera posible leer allí algún sentido. Rendidos por la puna, dejábamos de caminar bastante temprano. Usábamos las casas como amparo. De ese modo, no estábamos obligados a

despejar un lugar y armar carpa. Tampoco cocinábamos, porque el agua se asfixiaba en esas alturas y encontrar algunas ramitas era pedirle demasiado a nuestros cuerpos molidos por la falta de aire. Disolvíamos bloquecitos de caldo en el líquido apenas caliente y cada uno masticaba su ración de panceta salada y cruda, galletas, fruta seca, chocolate, tabletas de dulce de leche, bizcochos. Fumábamos. Bebíamos un sorbo de agua, repelidos por la textura densa, donde se mezclaba la tierra y el mineral, por el olor viejo de esas vertientes invisibles donde llenábamos las cantimploras.

Después, en las luces del atardecer, mientras el frío nos sitiaba, como no había dejado de hacerlo desde Abra Pampa, inspeccionábamos todo, arqueólogos inexpertos, ignorantes de un pasado probablemente muy próximo a esa misma noche, que habría transcurrido en esas casas. El piso de tierra no conservaba huellas que pudiéramos interpretar. Pero, del lado de adentro, en las paredes quedaban hornacinas, superficies regulares trabajadas como huecos cuadrados o rectangulares, donde seguramente se había apoyado algún jarro enlozado, una lata de conserva usada como recipiente a la que se habría agregado una manijita de alambre retorcido, un candil, la imagen de un santito. También nosotros apoyábamos nuestros enseres en esas hornacinas, aunque nos pareciera que conservaban, en el fondo, algo de religioso, y que los jarros de lata o las cantimploras no pertenecían al mismo mundo de objetos que esas paredes y quienes las habían construido y luego abandonado, rumbo a otra bocamina.

Una madrugada, justo antes de partir, en el alféizar de una ventana ciega, encontré las figuras de un pesebre modeladas en barro. La intemperie había esfumado los contornos probablemente más precisos de esos volúmenes que un desconocido había modelado en esa tierra liviana, seca, arenosa e indócil. Pero se las identificaba: la Virgen, el Niño, san José. Al principio no me atreví a tocarlas. Me extrañó que hubieran quedado olvidadas allí (donde nunca habíamos encontrado ningún objeto, ni el vestigio de un trapo, ni un tiento) y que hubieran sobrevivido a la intemperie. La Virgen y san José eran casi iguales, unos óvalos panzones, más estrechos arriba, allí donde el manto cubría la cabeza. Sin detalles. Pero el Niño, que descansaba sobre una especie de catre en miniatura, había tenido bracitos levantados hacia sus padres y quedaban dos pequeños muñones, delgados como fósforos. No me faltó más para empezar a hablar sobre arte popular, de la que, por otra parte, lo ignoraba todo. Si ese pesebre estaba allí, era arte popular.

Nos dividimos: dos de nosotros pensaban que había que dejar las figuras tal como las habíamos encontrado. Yo quería llevármelas. Olvidé los argumentos pero podría reconstruirlos si me remito a la espontaneidad de nuestra ideología, la misma que nos arrastraba a ese viaje por la puna. No teníamos derecho a modificar, aunque fuera mínimamente, lo que habíamos encontrado, que pertenecía a un mundo que respetábamos mucho más que aquel de donde veníamos. El pesebre era «auténtico». En consecuencia, cualquier intervención nuestra destruía su «aura». No habíamos leído a Walter Benjamin ni conocíamos la palabra en ese sentido, pero bordeábamos esa idea: no tocar, porque ya se había producido allí, en esa puna y en cualquier otro paisaje destituido, mucha destrucción. No aumentar la hoguera donde se reprimió a esas culturas vencidas. Tampoco lo pensábamos con estas palabras, pero intuíamos que esas serían las palabras futuras. Éramos conservacionistas extremos y cualquier cosa parecía auténtica, directamente vinculada a un Ser originario. Estos mismos argumentos también podían usarse para sostener las razones que hacían legítimo que nos lleváramos el pesebre: lo salvábamos no en su paisaje original, pero, en otra parte, lo salvábamos de una destrucción inevitable. Con esa argucia, el obispo de Humahuaca recorría las iglesias coloniales y se llevaba lo mejor de ellas. Eso lo habíamos visto y, en aquella ocasión, no nos había gustado.

Enredados en el argumento, de madrugada, mientras masticábamos nuestros pedazos de panceta salada y nuestras frutas secas, llegó un paisano que también iba hacia Rinconada. Salía de la nada, de lo que para nosotros era la nada: alguna pampa alta que no sabíamos diferenciar

entre las ondulaciones del horizonte. Yo tenía al Niño en la palma de mi mano. El hombre me miró y dijo sin malicia, objetivamente:

—Si lo quiere llevar, no hay perjuicio.

Lo acomodé en mi mochila, envuelto con una venda de las que traíamos en el botiquín, junto con el suero antiofídico y la antitetánica, prueba de nuestras precauciones puebleras aprendidas en un manual del acampante. El Niño siguió entre mis pertenencias varios años. Después, se perdió en alguna mudanza o se disolvió en la hostil humedad de Buenos Aires. De esas materias frágiles estaban hechos los *souvenirs* de nuestros viajes. La más absurda fue una estrella de mar, recogida en la costa del Callao, que uno de nosotros atravesó con un alambre y quiso conservar hasta el regreso. La estrella de mar fue transmutándose en una gelatina hedionda de hilos colgantes con olor a basurero marino.

Rinconada era la base para llegar a San Juan de Oros, a cincuenta kilómetros de ese «pórtico aurífero del país», como se lo había llamado en uno de esos gestos bautismales que carecen de sentido años después. Sin embargo, aquel de nosotros que llevaba su libreta de anotaciones nos aseguró que documentos del siglo XVIII sustentaban la leyenda de la abundancia minera, ese El Dorado móvil que estuvo, por tres siglos coloniales, en los lugares más insospechados de América, de la Amazonia al Paraguay.

Aquel de nosotros que tomaba notas en su libretita publicó, en una revista turística, la primera descripción moderna de Rinconada y de sus vecinos notables:

«Enclavada en una planicie entre cerros, casi sin árboles, un apretado conjunto de casas, cuyo subsuelo es atravesado por infinidad de túneles, restos de las galerías correspondientes a las vetas auríferas, Rinconada es actualmente cabecera de departamento e incluye dentro de su jurisdicción alrededor de seis mil pobladores. Iglesia, cuartel de policía, intendencia, escuela, enfermería y varios almacenes. Uno de ellos pertenece a don Lucio Gareca, en otros tiempos diputado provincial, minero traficante de Oros. El enfermero don Nicodemo Subelza, que con su mujer e hijos nos brindó una afectuosa hospitalidad, nos puso en contacto con don Catalino Martínez, que sería nuestro guía en los primeros 25 kilómetros del camino a San Juan»^[19].

Lucio Gareca, el hombre importante del lugar, delegado municipal o cargo por el estilo, nos observó sin disimular el escepticismo (a pesar de que sabía que llegábamos a pie desde Abra Pampa) y enumeró los obstáculos: era muy fácil perder el rumbo ya que la senda no se transitaba habitualmente y el apunamiento enfermaba incluso a los más acostumbrados a esas pampas altas, de aire liviano, donde avanzar en subida entumece las piernas y aplasta los pulmones como una parálisis de tórax. Gareca era un realista y repitió lo que ya sabíamos:

—Si se apunan y, además, se pierden, yo no garantizo nada. No hay casi agua ni leña para cocinar y, a esa altura, es muy difícil calentar un líquido a una temperatura que permita hervir fideos o arroz.

Tratando de evitar un desafío presuntuoso a cuya altura, en caso de accidente, no podríamos ponernos, le dijimos que ya habíamos caminado varios días en esas condiciones. Don Nicodemo, el enfermero, nos miraba como a futuros pacientes del dispensario. Gareca desconfiaba:

—Van a tener que abandonar la carga que llevan a la espalda en cuanto empiecen las pampas altas, al norte de acá. ¿Por qué quieren ir a San Juan de Oros, donde no hay nada, en vez de seguir el camino hacia Susques?

—Seguro que después vamos a Susques.

—¿Por qué no van directamente allí, pasando por Mina Pirquitas?

—Seguro, seguro, después también vamos a Mina Pirquitas.

Dos días dimos vueltas por Rinconada, desalentados pero tozudos. Los chicos nos seguían, les sacábamos fotos, pasábamos por la delegación o por la escuela, jugábamos un truco, fumábamos, volvíamos a dar la misma vuelta, en el almacén comprábamos picadillo de carne Swift, sardinas o caramelos blandos envueltos en un papel desteñido y manchado por las

moscas. Teníamos tiempo y, sin hacer grandes declaraciones ni el gesto de llevarle la contra a los que sabían, estábamos decididos a llegar.

Una novecita, precisamente desde la puerta del almacén, uno de nosotros comenzó a hacer señas al resto. El enfermero, de cuyo pan casero nos alimentábamos, estaba con un paisano alto, flaco y oscuro, que al día siguiente iba a salir en nuestro rumbo. Nos presentó, nos dimos la mano, nos dijo su nombre: Catalino. Tenía una casita de piedra y algunos animales a mitad de camino a San Juan de Oros, en una pampa alta. Se ofreció a llevarnos.

Al día siguiente a las cuatro de la mañana formábamos listos, en la semioscuridad que se iba disolviendo. Caminamos hasta las diez. Si todo iba bien, esa noche parábamos en la casita de piedra de don Catalino y, al otro día, cumpliendo los mismos horarios, llegábamos a San Juan de Oros. Era posible que encontráramos a algún otro que fuera en nuestra dirección.

Nos separamos de Catalino al amanecer el otro día, en una pampa alta donde pastaban los animales de un agente de policía que había subido a buscarlos. De repente, la puna se nos había abierto. El policía, por unos pesos, completó con nosotros la marcha hasta San Juan. Se llamaba Nemesio Coria. Carecía de uniforme y de arma reglamentaria. Al cuello tenía atado un pañuelo celeste, con el que todo el tiempo se enjugaba los ojos. Parecía un pastor meridional de un film de Raymond Depardon (de eso me di cuenta décadas después). Vivía de la lana de algunas ovejas y de lavar arenisca en la que, con suerte, encontraba polvo de oro.

Una foto muestra a uno de nosotros en cuclillas junto a Nemesio, cada uno con una palangana enlozada en cuyo fondo hay agua y tierra. La técnica consistía en hacer girar el agua dentro de la palangana, de modo que el movimiento centrífugo del líquido depositara el material más pesado (el oro, claro está) en el fondo. En el polvo barroso, brillaban algunas esquirlas que Nemesio pescaba con la yema de su índice y depositaba en un bolsillo de piel. Acostumbrados a otra medida de las cosas, nos parecía un trabajo cuyos resultados eran ínfimos e irreales.

Con Nemesio atravesamos las extensiones casi planas y más altas a eso de las cuatro de la tarde. Hubo que detenerse a tomar un té de yuyos, porque la falta de aire, la sensación de vacío, la ingobernabilidad del cuerpo nos tiró al piso, mareados y boqueando, como si un animal invisible estuviera echado sobre nuestras costillas. De todos modos, no era cuestión de dejar que la noche nos agarrara allí porque el frío iba a ser peor que la puna. Al atardecer, Nemesio nos dijo que estábamos cerca y apuntó hacia el fondo de una quebradita polvorienta donde había un prisma diminuto de piedra irregular: su casa de pastor en aquella pampa alta.

Nos mandó a buscar agua a una vertiente casi invisible en cuya orilla había que cavar para que el líquido llenara la cantimplora semienterrada. Cocinamos en medio de la habitación, enceguecidos por el humo de las ramitas y el estiércol seco con que se prendió el fuego; tomamos la ginebra que habíamos llevado y comimos guiso de tasajo con fideos. Nemesio nos dijo que quien tenía la llave de la iglesia de San Juan era su compadre. Conversamos poco más, sobre hijos que dejan la puna, se van a trabajar al Ramal y ya no vuelven. Dormimos sobre unas mantas que olían a humo, lana y cuero. «De madrugada, atravesamos una cañada, todavía en penumbras. Después de varias horas, dejamos el cauce del río San Juan Mayo, costeano luego el río Oros. Cerca del mediodía, llegamos a un grupo de casas habitadas por los García, depositarios de la llave de la iglesia. Con Félix García, locuaz y explicativo, continuamos caminando. Allí donde confluían los ríos Grande de San Juan y el Oros, frente a la muralla de cerros que indicaba la presencia de la frontera boliviana, está San Juan de Oros».

Un almacén, casas abandonadas, y, un poco más allá, rodeado por una pirca, el cementerio; sobre alguna tumba, los grises restos desteñidos de una corona de flores de papel. Polvo y piedra, como todo lo que habíamos recorrido. Nemesio nos miraba como quien dice: «Ya se lo habían advertido». Las casas abandonadas eran apenas túmulos amarillentos. Pero la iglesia estaba allí, intacta^[20]. Y éramos los primeros forasteros en décadas, quizás en un siglo. Caminamos alrededor. Diferimos el momento de entrar unos minutos más. Teníamos nuestras

reglas: los turistas se precipitan y pasan; los viajeros van despacio.

Apoyados a la izquierda del pórtico de la iglesia, dos chicos, con sombrero de fieltro que les tapa las caras, se aplanan como si quisieran desaparecer incrustados en esa superficie de piedra y barro seco. El más grande (o la más grande), que hace el gesto de ocultarse, está de rodillas y con un brazo rodea la cintura del menor. Seguramente esos chicos nunca habían visto gente como nosotros. Ellos tampoco parecen de los años sesenta, que eran los que transcurrían, sino muy anteriores, con sus sombreros encasquetados hasta la nariz y los cinturones bajos que ajustan una especie de túnica. Nosotros éramos visitas de un improbable futuro; ellos eran apariciones pretéritas. Una madeja de tiempos que no dejaba de conmovernos y de provocarnos la inquietud culpable de quien invade esa aldea sin títulos o con títulos incomprensibles, inconmensurables. Nosotros podíamos llegar y partir, cansarnos todo lo que quisiéramos ya que no íbamos a seguir cansados sino unos días después de terminar el recorrido. Los demás quedaban pegados allí o condenados a una migración no menos indigente.

Iluminado por el *flash* de nuestra cámara y por un farol, en la iglesia apareció lo que veníamos buscando sin saberlo: el fin del viaje. No pintura cuzqueña como la de las iglesias de la quebrada, sino pintura popular: vírgenes y santos representados con los trazos, los gestos y las ropas de los reyes o sotas de la baraja española. El blanco de los fondos y el colorinche de las figuras conservaban su ingenua, casi desfachatada, nitidez, protegidas por la soledad, el desierto, la sequía y el aislamiento.

Los santos eran nítidos y enigmáticos^[21]. El primero que vi, con barba renegrida y cerrada, sostenía en la mano derecha dos llaves del Reino. Apoyado sobre un montecito redondo del que brotan tres briznas de yerba dura, flota en la puna y en el blanco espacio del muro. Debajo de san Pedro, un cuenco con frutas, rematado por un pájaro: eso no es de la puna, vino de otro lado, incrustación de abundancia, naturaleza muerta llegada de una lejana región europea. Ninguno de nosotros era experto en nada.

Quien tomaba notas en su cuaderno se apasionaba por esa vieja arquitectura colonial. Pero todos nos electrizamos ante la idea de que esas pinturas en los muros, conservadas por milagro verdaderamente divino, como si acabaran de trazarse, eran arte popular. Las imágenes cuzqueñas que habíamos visto en otras iglesias de la Quebrada nos parecieron demasiado cultas (en realidad, carecíamos de la cultura para descifrarlas). En cambio, estos santos suspendidos desde siglos atrás en el vacío de las paredes blancas nos evocaban lo poco que sabíamos de arte popular: ausencia de perspectiva, ausencia de realismo, poses estáticas, representaciones frontales, rostros inexpresivos, alto cromatismo sin medios tonos. Las pinturas de las paredes habían sido la obra de un artesano puneño, comenzamos a fantasear. Nada de lo que habíamos visto hasta ese momento tenía esa aura de autenticidad primaria.

Hace pocos meses, le envié las imágenes a Gastón Burucúa. Confío más en sus ojos que en los míos. Me escribió:

«Las fotos de San Juan de Oros que me mandaste, son una maravilla. Supongo que las pinturas se habrán conservado gracias al clima y la altura. Te cuento que no son tan excepcionales, pues el colega boliviano Carlos Rúa, hombre de gran sabiduría, descubrió hace poco unas bastante parecidas en un pueblo del salar de Uyuni. Él las ha fechado alrededor de 1740-50. El motivo del copón con plantas y un pájaro se repite en ambos ciclos, de manera que yo diría estamos en presencia de un circuito de pintores de muros que por allí andaba a mediados del XVIII. Lo cual queda confirmado por la identificación de los santos, a saber: el de la foto número 4 es santo Domingo de Guzmán pues lleva el estandarte de la Orden; el de la foto número 1 es santo Tomás de Aquino, también dominico, con la pluma en la mano y el corazón de oro, iluminado por la *ratio* que lo caracteriza; el de la número 2 es san Ignacio de Loyola sin duda, con el hábito y la capa jesuita y un juego de llaves en la mano, en su calidad de asistente de san Pedro como guardián del cielo (o algo parecido; disculpá la imprecisión pero no tengo a mano mi fichero ni el inigualable diccionario de santos en América de

Héctor Schenone); los de la foto número 3 son dos santos jesuitas, san Francisco de Borja y san Francisco Javier, el primero blande la cruz, el segundo lleva la palma del martirio, punto sobre el que seguramente tendrás dudas porque a san Francisco Javier nadie lo mató aunque muriera por la fe en una isla del Pacífico, abrasado de sed y de fiebre, mientras esperaba que un barco lo condujese clandestinamente a la China (por eso, algunos artistas lo presentan como un mártir). Si pensamos que, antes de 1737, no hubo más jesuitas canonizados que los tres que acabo de mencionar, las cosas empiezan a ajustarse. Recordá también que no podría haber pintados en una iglesia colonial santos jesuitas después de la expulsión de 1767. De manera que así estamos: tus fotos se refieren a un ciclo mural realizado a mediados del XVIII por un artista del altiplano, buen conocedor de patrones iconográficos y decorativos en uso en la pintura altoperuana. Más no podría decir sin algún dato documental que tal vez se encuentre en el archivo de Potosí (esas tierras formaban parte entonces de la diócesis potosina, no de la de Tarija)».

El viaje nos ofreció más de lo que buscábamos. Quisimos llegar a una iglesia perdida, sin saber que adentro de ella íbamos a encontrar esa iconografía sorprendente. No teníamos idea sobre cuándo fueron pintados esos santos con sus palmas. Pero hoy miro las fotos y parecen recién dibujados, con sus contornos en negro. Ocupan el muro blanco, sin líneas de perspectiva, con sus piecitos levemente apoyados sobre terrones de tierra puneña y briznas. Hoy, las fotografías están mezcladas con la de un sagrario decorado con hojas y frutos y con la de una virgen de bulto, que lleva al Niño. Me dicen que es la del Rosario. Vi ese sagrario y esa virgen dentro de la iglesia de San Juan, pero no los recuerdo porque las imágenes pintadas en los muros ocupan toda mi memoria. De esas iglesias de la puna los santos y los cuadros han ido desapareciendo, pasando de una a otra. Comenzamos a enterarnos en ese momento. El hombre de la llave nos dijo que antes supo haber un órgano de cañas, pero que el obispado de Humahuaca lo había mandado retirar, alegando un arreglo. Y no lo devolvió nunca.

Nos quedamos esa tarde y todo el día siguiente en San Juan de Oros. Entrábamos y salíamos de la iglesia, porque era nuestra única oportunidad, que no se iba a repetir. Llegábamos por una sola vez. Observé cada una de las imágenes con la esperanza de recordarlas para siempre.

No podía prever que hoy las fotografías me devuelven algo que me parece provenir de un libro. Nada queda en ellas del entusiasmo de haber llegado y de la certeza de que no volveríamos, esa mezcla de felicidad, de descubrimiento aurático y de anticipada melancolía. ¿Quién era la chica de *jeans*, borceguíes y remera roja debajo del anorak también rojo, que miró esas imágenes en San Juan de Oros? Imposible reconstruirme. Las imágenes de los santos, con su trajes talaes, padres de la iglesia o misioneros, me entusiasmaban por razones que no podía explicar.

Hoy podría ubicar una familia imaginaria: en cada fraile pintado en la pared, en lugar de ver sólo la marca de una religión impuesta, veía lo que después aprendí a llamar mestizaje. Alguien, un pintor ambulante (fantaseaba yo) se había metido en ese territorio árido, y había hecho un acto de representación: los santos no son sólo los españoles o los cuzqueños, sino también estos, sencillitos, planos, inexpresivos, lejanos de la corte de arcángeles arcabuceros y de vírgenes.

Le escribí al experto boliviano Carlos Rúa. El ojo infalible de Gastón Burucúa me había puesto en buen camino. «En la iglesia de Copacabana de Andamarca, en el departamento de Oruro (me explica Rúa), hay pinturas casi con las mismas técnicas de trazo plano con dibujo y colores puros». Y me manda fotografías. Cuarenta años después trazamos un arco en la puna.

Adivinaba esos itinerarios culturales, aunque entonces sólo pudiera intuir que me desplazaba dentro de una Zona y no tenía brújula. Muchos años después, me dijo Héctor Tizón definiéndose: «Soy un alto peruano». Todavía no había pisado Bolivia ni Perú. San Juan de Oros era lo que encontraba como escenografía de una experiencia de primera vez. Justamente, la idea de ser los primeros era la que nos entusiasmaba. Y, además de primeros, nos creímos, descubridores. El programa del viaje había sido, sencillamente, llegar a una iglesia desconocida,

de la que teníamos sólo un nombre y unas coordenadas. Cuando se abrió la puerta de ese templo, apareció lo que no sabíamos.

También éramos exploradores puneños que llegaban para asistir a la lenta muerte de lo que estaban descubriendo. A fin de los años sesenta, San Juan de Oros era un pueblo de pocas casas ocupadas y algunas vacías y sin techo. Hoy, alguna guía de turismo aventurero afirma que es un lugar abandonado y una página web lo menciona como «pueblo fantasma»^[22]. Otra página muestra que la iglesia ha sido blanqueada, los cuadros ya no están, las imágenes de bulto tampoco. Fuimos antes de que terminara de desaparecer^[23]. Lo único nuevo es la ruta 40 oeste, que pasa a pocos metros^[24].

BAJAR A LA MINA

Estábamos en Bolivia, en el departamento de Santa Cruz de la Sierra, y era verano. Partimos desde Samaipata en dirección al monte, buscando no podría decir hoy qué, probablemente una aventura llena de peripecias y que fuera al mismo tiempo instructiva en «lo latinoamericano». Del pueblito al que llegamos casi al azar, tengo la foto de una calle donde dos chanchos están revolviendo el polvo; son animales grandes, oscuros, flacos, de patas largas, más parecidos a jabalíes que a cerdos; la calle desemboca en una senda que sube la montaña; las paredes de las casas tienen un zócalo irregular de barro, como si hubiera llovido recientemente. Sin embargo, la calle está reseca y quizás ese friso marrón de las paredes fuera una marca permanente. En ese mismo pueblo, sentado en el umbral de su casa, nos observaba un hombre pequeño, de ojos achinados, con un sombrero de fieltro del que salen crenchas blancas. Intrigado o escéptico, había contestado nuestro saludo con reserva. Está trenzando un tiento como para hacer unas riendas o un pretal; su perro juega con los cabos de cuero y él sonríe a la cámara, los ojos entrecerrados; también, una mujer y sus dos hijas chicas, paradas al lado de ella, que está sentada, con su pollera roja recogida entre las piernas, hilando con un huso. Trato de recordar qué más había allí, y se me presenta un ranchito abandonado, donde pasamos la noche en vela por los insectos, antes de partir hacia la sierra. Al atardecer, tomamos mate en la galería angosta del rancho, mirando la calle desierta, aplastados por el calor que tenía una cualidad aceitosa.

En otra foto está don Vístor (así pronunciaba él su nombre). Vivía a la entrada del monte, con su mujer, que era tuerta, y dos hijos ya grandes que salían a buscar trabajo donde podían. Don Vístor tenía algunos animales, era cazador, baqueano, vivía también de lo que se presentara, en ese estado entre la precariedad y la costumbre que encontrábamos en recorridas como las que hacíamos entonces. En la foto, uno de nosotros, llamativamente rubio y de anteojos, está parado al lado de una vaca mientras la mujer de don Vístor la ordeña y alguien aparta a su ternero. Don Vístor aparece detrás del grupo mirando a quien sacaba la foto. En el suelo, una olla de barro se recorta contra el fondo muy verde del monte próximo.

Don Vístor vuelve a aparecer en la foto siguiente, la más curiosa de la serie. Lleva sombrero de fieltro, camisa blanca, limpia pero arrugada y un chaleco de tela (como si fuera el único resto de un traje de vestir); está sentado sobre un cajón frente a una mesita baja, de patas torcidas. Sobre ella, un milagro de la técnica de comienzos del siglo xx: una máquina de coser reluciente, su base forjada en hierro con arabescos; el brazo mecánico, en cambio, parece un remiendo tomado de otra máquina un poco más moderna. Don Vístor tiene la mano izquierda sobre la rueda que impulsa todo el mecanismo y mueve la pieza de metal que remata en la aguja. Concentrado, fija la vista en los cueros que sostiene con su mano derecha. Está remendando una alfombrita hecha de recortes, probablemente la carona de una montura. Esa máquina, una Singer, era una especie de fantástica aparición técnica en el monte; impresionaba su antigüedad, su increíble duración después de haber sido usada durante décadas y por varios dueños diferentes. Detrás de don Vístor la pared de cañas de la cocina define un cuarto abierto y bastante grande, con el fogón en el piso.

Sobre ese fogón, la mujer de don Vístor cocinó el guiso de venado cuya caza habíamos acompañado el día anterior. Salimos de madrugada y atravesamos el monte hasta llegar a unas sierras peladas. A mediodía se escuchaba el silbido de las alimañas y nosotros avanzábamos helados por el miedo. Sin que estuvieran en nuestro itinerario, aparecieron unas ruinas que nos dieron la impresión de ser precolombinas o, por lo menos, indígenas. Había pedazos de cerámica en el suelo y un cántaro casi entero. Don Vístor miraba con indiferencia nuestro asombro, mientras él y su perro se concentraban en el venado que habían venido a buscar. Lo bajamos al atardecer, colgando de un palo flexible al que se lo ató de las patas. Era un animal bastante grande, del tamaño de un carnero. Después de haber comido durante todo el día sólo tortas de maíz, soñábamos con un asado. Yo ni siquiera había comido la torta que me

correspondía. Avergonzada por mi hartazgo del maíz molido, la llevé horas en la mano hasta encontrar el momento en que pudiera tirarla. Me desprendí de la torta cuando quedé última en el cruce de un arroyo seco. El hartazgo del maíz era mi culpa: buscaba América Latina sin merecerla, pensé.

La cultura del lugar no era la del asado, sino la del tasajo. El venado colgó esa noche al sereno, envuelto en alambres para protegerlo de los perros. A la mañana siguiente, lo cortaron en tiras que fueron suspendidas sobre el fogón para que se secaran. Lo que quedó, pegado a los huesos de la carcasa, hebras de carne y cartílagos, fue a parar a un guiso oscuro y picante, con durísimos pedazos de venado y mandioca. Comimos en nuestros platos de lata, un poco desilusionados y preguntándonos si el tasajo de venado sería mejor que esa versión caldosa que lo neutralizaba.

A la mañana siguiente nos despedimos. Habíamos entendido bastante poco, aunque en esos recorridos se aprendía más que en un balneario de la costa. Un año después, en esa misma zona operó la guerrilla y fue muerto el Che Guevara.

Desde Cochabamba a Oruro, viajamos en la caja de un camión. No era gratis. Antes que nosotros, habían cargado sus atados de mercadería unos quince campesinos y feriantes (no podíamos distinguir entre uno y otro oficio, posiblemente fuera una continuidad de ocupaciones en esa economía casi de subsistencia). Habíamos visto el grupo, alrededor del camión, no muy lejos, media cuadra quizá, de donde salían los ómnibus. Creímos entender, porque no parecía inverosímil, que el camión era lo más barato. Como todos, pagamos al acompañante del chofer, que sostenía y vigilaba una escalerita apoyada sobre la caja. Le pasamos unos pocos billetes desvaídos hasta la extinción de los colores y las cifras, pesos bolivianos que tocábamos aprensivamente. A medida que subíamos hacia el norte, también los billetes argentinos envejecían, perdían el apresto, las texturas habitualmente imperceptibles, pero recordadas en cuanto se convertían en esos rectángulos arrugados y percutidos por la transpiración que los atacaba en nuestros bolsillos. Los pesos bolivianos adquiridos en la frontera eran parecidos a los argentinos que entregábamos en ese momento para pagar nuestro pasaje, porque el acompañante del chofer los encontró preferibles. Aunque parezca raro, los pesos argentinos eran «moneda fuerte», que se usaba en La Quiaca cuando decenas de mujeres bolivianas llegaban para buscar mercadería.

Antes de subir, cargamos las cantimploras y compramos rodajas de mortadela y pan, queso blando envuelto en hojas, cebolla colorada, choclos. Cuando nos ubicamos en un rincón de la caja del camión, sobre bolsas cargadas de un contenido que desconocíamos, todos los demás ya habían extendido sus mantas y se acomodaban sobre ellas, tapados y guarecidos, hablando a los gritos en quechua. Nos miraban y se reían un poco, disimuladamente. Estaban seguros de que nosotros no adivinábamos lo que vendría a la noche, mientras cruzábamos el altiplano entre Cochabamba y Oruro. Novatos, extranjeros. Ignorantes.

Queríamos llegar a Oruro y bajar a una mina. En Potosí, en el Centro de Estudiantes de la Universidad, nos habían dicho que teníamos que ir directo al sindicato y listo. Ellos y nosotros confiábamos en que el sindicato iba a abrirnos paso. Todo lo que sabíamos de Bolivia estaba en los libros de Augusto Céspedes. Todo lo que sabíamos del sindicato era una palabra: trotskismo. Nada respondía completamente a la realidad.

Teníamos confianza en esos experimentos azarosos. Empiristas ingenuos, pensábamos que ver era conocer. Aunque parezca una caricatura, no había mediaciones entre una teoría general del imperialismo y de las clases dominantes y las particularidades concretas en medio de las que avanzábamos como turistas ideológicamente automáticos: cuanta más pobreza encontrábamos, más cerca nos creíamos de la clave que perseguíamos en el viaje.

Por lo tanto, viajábamos como viajaban «ellos», comíamos y bebíamos lo que «ellos», en los mismos puestos de la calle. Y así nos subimos al camión, sin preguntar más nada, guiados tanto

por el precio del pasaje como por el grupo de gente que habíamos visto pactando el viaje en esa esquina de Cochabamba. Viajaríamos «como ellos». Eso creaba una comunidad imaginaria, más allá de las imposibilidades de la comunicación verbal y más allá de nuestra ignorancia.

En la mina de Oruro, que visitamos días después, también creímos que habíamos conocido algo. Posiblemente lo más concreto de ese ingreso hasta cota cero (más abajo no pueden entrar las mujeres) sea la fotografía que nos muestra disfrazados como si alguno de nosotros hubiera sido capaz de trabajar media jornada en una mina. Sonrientes y vestidos de minero, con casco, traje y botas. Después de haber llegado a cota cero, vimos los vagones cargados de mineral y las cuadrillas preparadas para bajar a las vetas. En la oscuridad de la mina, nuestros cascos iluminaban círculos donde aparecían y desaparecían los vagones y los rieles, los torsos desnudos y lustrosos de los mineros que subían a la superficie, las grietas y las vías muertas. Bajamos a la mina, pensamos, como si una misión se hubiera cumplido.

Por lo menos, habíamos experimentado el peso del casco, la asfixia del pantalón y la casaca, muy gruesos, el lastre de las botas con las que tropezábamos sobre una superficie desconocida. A la noche de ese mismo día, caímos, sin saber cómo, en una fiesta y bebimos, al aire libre, hasta emborracharnos, porque tampoco conocíamos la fuerza del alcohol puro, coloreado con jarabe. Dimos vueltas y vueltas, creyendo que bailábamos.

No era la primera vez que nos movíamos en este teatro de malos entendidos. Semanas antes, en Purmamarca, habíamos levantado nuestra carpa a la orilla del río. Era el atardecer. Una vieja, muy vieja, descendió por el barranco, con un huso y un vellón de lana blanca que le envolvía el brazo:

—Si se quedan acá y el río crece, se los va a llevar la corriente.

Le creímos. Levantamos la carpa y nos fuimos con ella. Vivía en un rancho casi destruido y nos invitó a quedarnos allí, la carpa armada dentro de un cuarto que había perdido la mitad del techo. Inventamos una especie de banquete. Cocinamos y compramos vino. Después de comer, la vieja sacó su caja. Una de nosotros le sugería coplas que la vieja, por supuesto, pasaba por alto. Estaba en un más acá del repertorio folklórico de circulación urbana. Nada rimaba con nada. Nada era lo que nosotros conocíamos como la música que le habíamos atribuido antes de que comenzara. Cantó a los gritos hasta medianoche. A la mañana siguiente, la vieja ya nos había olvidado.

En Oruro, después de la fiesta nocturna, a la mañana siguiente, una procesión seguía a un muñeco rubio, montado en un caballo de juguete sobre ruedas, cubierto de platos y vasos y jarras de plata. Resplandeciente el niño blanco, resplandeciente como las ofrendas que lo cubrían. Lo seguimos hasta la puerta de la iglesia. La ofertante, envuelta en un poncho celeste, llevaba unos bonitos aros de plata.

Esperábamos esos acontecimientos como la prueba misma de que nuestro itinerario era el correcto. Debajo de la dominación imperialista y oligárquica, transcurrían esas vetas de culturas desconocidas, buscadas con la seguridad de que allí estaban para demostrar una resistencia que fortalecía todas nuestras ilusiones. Nada malo podía pasar si conectábamos allí. Vivíamos en una especie de optimismo epistemológico. No necesitábamos otras confirmaciones más espectaculares.

Estuvimos en el carnaval de Oruro y el hecho de que fuera verdaderamente excepcional en su barroco choque de culturas, la comprobación de que era incluso superior a su propia fama, no nos conmovió. Tal cosa era predecible. Y nosotros nos resistíamos a un viaje que tuviera un programa. Nos habría convertido en turistas y nos habría alejado de esa gente de la que, de todos modos, estábamos bien lejos y a la que, al no ser turistas, le planteábamos un enigma que no contribuía a acercarnos, salvo que se tratara de un sindicalista minero o de un militante universitario.

Nos interesaban las imperfecciones, lo que no estaba organizado del todo, lo que suponíamos

más librado a su espontaneidad cotidiana. Hoy se diría: la cultura vivida, no la cultura puesta en escena. Por supuesto, en aquella época pasábamos por alto esas diferencias. Y probablemente no las habríamos comprendido. Eran innecesarias para nuestra idea de una experiencia inmediata, donde la verdad estaba en el acto mismo de experimentar, no en el sentido de la experiencia. Éramos *performers*.

El camión partió de Cochabamba a las siete de la tarde. Apoyados en nuestras mochilas no tomamos la precaución de sacar las bolsas de dormir, un acto que habría resultado más sencillo antes de que todo comenzara a sacudirse. Cruzábamos una cordillera alta, más de 3000 metros, y seguíamos subiendo. El frío no era de este mundo. Nos preguntábamos si íbamos a poder soportarlo. Y si no lo soportábamos, tampoco teníamos salida. Nadie podía parar el camión, nadie podía bajar en medio de la montaña, nadie podía hacer nada. Sacudiéndonos y tropezando, sacamos las bolsas de dormir. Metimos las piernas entre la carga y nos envolvimos. A nuestro alrededor, los demás viajeros hablaban esa lengua desconocida, de la que no podíamos identificar ningún sonido. A ratos, dormitábamos. El frío nos entumecía hasta perder sentido. Todo lo que recuerdo son las voces, muy altas, muy agudas, muy incomprensibles y ajenas.

Uno de esos viajeros acostumbrados, en el medio de la noche, nos tiró una manta, que cayó encima del montón que formábamos, apelotonados como animalitos. Después, nos pasaron una botella con alcohol. Las voces bajaron de a poco. Y nosotros nos dormimos. Bajo la manta se respiraba ese olor a lana de oveja que conservan los tejidos de telar que se han mojado y se han secado muchas veces. Nos faltaba el aire. Subíamos, en el país más alto de América, en la región más alta de Bolivia, hacia las minas de Oruro, donde brillaba el trotskismo. No podíamos explicar mucho más que eso.

Veníamos a desmentir lo que nos había dicho un hacendado camba en Santa Cruz de la Sierra^[25]. Al anoecer, en el patio embaldosado de su casa blanca, mientras esperábamos la comida, nos preguntó cuáles eran nuestros planes. Mencionamos Sipe Sipe, Cochabamba. Probablemente estábamos bajo el influjo de esos nombres, batallas de la guerra de la independencia, esos automatismos de la memoria escolar que todavía creaban cadenas de sentido en aquellos años. La estrofa no cantada del himno:

*¡No los véis sobre Méjico y Quito
arrojarse con saña tenaz,
y cuál lloran bañados en sangre
Potosí, Cochabamba y la Paz!*

Seguramente algo de eso, vago, aprendido, que ya no pertenecía a nuestro horizonte cultural estaba detrás de la respuesta que dimos. El hombre nos miró y señaló nuestros borceguíes:

—Si entran en Cochabamba, cualquier colla los va a matar para sacarles esos zapatos que llevan puestos. Cualquiera degüella por un par de zapatos.

No le creímos, tampoco dijimos nada. Racismo interdepartamental, entre cambas y collas. No se cumplió la amenaza, entre otras razones evidentes, porque los objetos modernos que llevábamos (borceguíes, gorros, anoraks, cantimploras de metal) carecían de valor de uso inmediato para los campesinos de esos primeros valles montañosos, que tenían unas pocas cosas más apropiadas al lugar. Días después dormíamos en un descampado cerca de Sipe Sipe. Y una semana más tarde llegamos de noche a Cochabamba y acampamos al costado de una plaza. A la mañana siguiente, una bandada de chicos rodeaba nuestra carpa, un objeto tan exótico, de tela avión reluciente y tensos vientos de soga, que podía provenir de un aterrizaje extraterrestre. Afuera, debajo del techito del ábside, nuestros borceguíes estaban intactos. En todo el itinerario, sólo perdimos el mate. Y nadie podría asegurar si se trató de un robo o de un olvido.

La ideología es inconmovible, para las buenas y las malas causas. Nuestra ideología era

optimista y, como personajes de novela filosófica del siglo XVIII, nos deslizábamos interpretando todo con una especie de bonhomía radical. O, más bien, convencidos de que el Mal no podía esconderse en ningún pliegue de esos sujetos a los que atribuíamos, al mismo tiempo, la bondad rousseauiana y una praxis que los llevaría, por la inercia de lo real, a convertirse en protagonistas del Gran Cambio. Todo parece singularmente inverosímil. Pero el Che Guevara, poco después, no iba a conducirse con más realismo, aunque sus errores fueron de otra índole y le resultaron fatales a él y a quienes lo acompañaron. En Bolivia, en 1967, no pudo reconocer el límite material de sus actos. No se trataba sólo del abandono del partido comunista o de las defecciones. Su foco guerrillero era tan imposible como la construcción romántica de una elite revolucionaria.

Guevara también había hecho un viaje iniciático a comienzos de la década del cincuenta, quince años antes que nosotros. Había nacido también quince años antes. Ese primer viaje de Guevara no se conocía en los años sesenta, ni formaba parte de la iconografía pop del héroe revolucionario. Sus evocaciones son tan ingenuas como las de cualquier mochilero de la época^[26]. Nadie nace sabiendo.

Nosotros no éramos turistas ni antropólogos. Hacíamos un viaje latinoamericano de aprendizaje, el *grand-tour* ideológico por territorios empobrecidos y explotados por quienes nosotros (y miles de jóvenes) denominábamos las oligarquías locales y el imperialismo. Viajábamos para comprobar las lecturas, como si dar vueltas por la realidad pudiera producir un documento probatorio, sin más. No buscábamos ni exotismo, ni pintoresquismo sino un tiempo futuro y anunciado.

Por supuesto, no reparábamos en sufrimientos y privaciones. La disciplina que aceptábamos en libertad nos acercaba imaginariamente a la gente muy pobre que encontrábamos. Durante dos meses, obedecíamos una servidumbre voluntaria al azar y a la naturaleza. La gente del lugar no nos consideraba turistas porque todavía no habían llegado los contingentes de *trekking* a los pueblos de América del Sur. Por lo tanto, éramos simplemente cuatro muchachos raros, demasiado blancos, con fisonomías no familiares.

Solían preguntarnos si vendíamos alguna cosa o si llevábamos un soldador de metales, un soplete, alguna herramienta útil; si éramos fotógrafos ambulantes. Pero era improbable que se establecieran relaciones mercantiles, porque, en general, la gente tenía poco y nada para vender. Nosotros aprendimos que las mantas que se oreaban en las puertas de las casas no tenían precio. Tampoco los borceguíes que llevábamos puestos tenían precio: en ambos casos eran objetos que sólo tenían valor de uso. Como no se intercambiaba dinero por objetos, el concepto de mercancía desaparecía misteriosamente durante algunas semanas, salvo que llegáramos a un pueblo el día de mercado. Igual, incluso en un mercado, nos limitábamos a comer y casi no comprábamos lo que hoy se llaman artesanías. No nos sobraba plata y, además, era imposible cargar más nuestras mochilas con las que caminábamos seis o siete horas por día. Cualquier objeto, el más liviano, podía convertirse en un estorbo ilimitado si tocaba atravesar una zona con «puna»; o cruzar un río por una pasarela de lianas; pasar debajo de cascadas; subir un cerro cortando monte espinoso; o bajar una ladera empinada de piedra suelta.

A veces nos preguntaban si éramos promesantes. En regiones donde la gente se desplazaba leguas y leguas para la festividad de un santo milagroso, el camino que nosotros hacíamos se entendía más fácilmente como peregrinación, ya que no dábamos otros detalles verosímiles. Una respuesta afirmativa no habría sido una mentira sino una traducción entre culturas. Íbamos al santuario latinoamericano como promesantes, creyendo que era posible mirar y captar la autenticidad. En síntesis: el aura continental en su momento no sabido, anterior a la furia revolucionaria. Un viaje hacia un territorio de utopía donde podía vivir un sujeto no contaminado y, en consecuencia, agente de liberación. Ese gigantesco malentendido no nos atrapó sólo a nosotros.

Y, en lo que concierne a traducción entre lenguas, hasta el español era un espejismo. Subiendo un cerro cuyo final no llegaba nunca, encontramos un grupo de campesinos seguramente de origen quechua. Habíamos caminado desde la salida del sol y ya creíamos estar perdidos (nuestros mapas no evitaban que nos perdiéramos muchas veces: nosotros conocíamos la carta, pero no el territorio; a la inversa, los que encontrábamos por las sendas conocían el territorio pero no podían interpretar la carta). Los campesinos bajaban, es decir que venían del lugar a donde nosotros nos dirigíamos. Les preguntamos cuánto faltaba para un punto remoto allá arriba; el jefe del grupo nos miró, mientras las mujeres y los chicos se reían, y dijo con una segura cortesía impertérrita: «Veinte centímetros». Nosotros repetimos la medida y el campesino asintió. Después todos nos sentamos un rato, en semicírculo.

Otras veces preguntábamos por kilómetros y nos contestaban en leguas y cuando, para no ser sorprendidos, preguntábamos en leguas la respuesta era en kilómetros. El común español era inseguro, porque los números, las medidas, los pesos, los nombres del sistema de parentesco, los vegetales y las comidas respondían a sistemas a veces inconmensurables. La lengua sólo funcionaba cuando pasábamos horas y horas hablando con «los otros» y armábamos un sistema inestable, exploratorio, siempre hipotético, de equivalencias. Mientras viajábamos a cuatro mil metros por una ruta del altiplano, vivimos esa discontinuidad entre nosotros y quienes nos dieron la manta y la botella de alcohol.

Paseábamos por los mercados, mordisqueando dulces, mareados por el olor a hojas de coca, frutas maduras, hierbas y condimentos desconocidos por los que sentíamos, a causa precisamente de su novedad, una instantánea atracción positiva. Los quesos envueltos en hojas frescas, las masitas que se vendían en cucuruchos de papel, los choclos ocres o marfilinos, el maíz violeta, las paltas y las frutas de la pasión, los polvos de colores intensos y las papitas en miniatura, las raíces y las flores formaban una naturaleza muerta americana que nosotros admirábamos por su exotismo tanto como por su vibrante misterio. El ruido del mercado mezclaba el quechua con un castellano nítido y sibilante, lleno de diminutivos y de interjecciones. De un puesto a otro, las conversaciones repetidas nos parecían diálogos que debíamos aprender.

Por supuesto, andábamos con una cámara y pedíamos permiso para sacar fotografías, en las que una mujer en primer plano, con su chico a la espalda y su redondo sombrero de paño, extendía la mano con dos tomates brillantes; en un segundo plano, la balanza romana, con pesitas, y una pirámide de calabazas. Nos atraían los puestos que ofrecían canastos que imaginábamos en algún departamento porteño de dos ambientes. Lo que en el mercado eran «objetos útiles» nuestra imaginación urbana los transformaba en piezas de una decoración artesanal *latinamerican style*: cucharas de madera, cuencos, cestos de mimbre, mantas formaban parte de la entonces nueva moda urbana, en la que se perdía el recuerdo de que habían sido fabricados para el uso.

Al costado del mercado, sobre las veredas, algunas mujeres, en cuclillas frente a un calentador donde hervía el aceite en una sartén de hierro, ofrecían milanesas por un precio bajísimo, especialmente adecuado a nuestros recursos de turistas sin presupuesto. Eran milanesas de mortadela, delgadas y grasosas, que se cocinaban en dos segundos y pasaban a un plato donde ya se había servido mucha cebolla roja y unas rodajas de tomate^[27]. Se comía rápido, se devolvía el plato, que las mujeres limpiaban con un trapo mojado, y ya estaba listo para el próximo cliente. Detrás de esa línea de anafes que operaban a toda velocidad, un bar, perfumado por los olores del mercado que estaba a pocos metros, ofrecía dos o tres mesas al aire libre. Nos sentamos a tomar, en altos vasos de refresco, unos jugos del trópico (no pudimos enterarnos de qué frutas) y a mirar lo que habíamos comprado: sombreros, una panera de junco, como la que hoy se vende en cualquier bazar de Buenos Aires, poca cosa.

Sentados en ese bar, junto al mercado, tomábamos nuestros jugos de fruta y fumábamos. La

cámara de fotos estaba sobre la mesa, al alcance de la mano. Incluso antes de las cámaras digitales, el turista se mueve como una bestia de músculos elásticos, mirada panorámica y reflejos instantáneos. Un hombre se acercó a nuestra mesa. Era la persona más arruinada por la miseria que yo hubiera visto hasta entonces: muy bajo, con los huesos de la cara sobresaliendo debajo de una mancha de pelo engrasado, las manos temblorosas, descalzo y cubierto con pedacitos de diferentes telas, harapos en los que no se podía descubrir ni el rastro de la prenda original. Se quedó parado frente a nosotros sin hablar, observándonos probablemente con la misma extrañeza con que nosotros lo veíamos. De puro reflejo, hicimos dos gestos: le ofrecimos uno de nuestros vasos y le sacamos una foto. Hoy lo pienso y me parecen dos actos incompatibles: el reconocimiento de su individualidad en la miseria y la documentación de una imagen que no se nos ofrecía para ser transformada en *souvenir*, sino que nosotros arrebatamos sin pensarlo, como si el mercado, las frutas, ese mendigo, todo en fin fuera una especie de estudio de curiosidades con acceso libre.

Volvimos a Bolivia durante el primer año de gobierno del general Juan José Torres. Durante muchos meses, en Buenos Aires, yo había seguido la política boliviana con un interés que sólo le devolvió, décadas después, Evo Morales. Fueron años de intenso nacionalismo popular revolucionario y un líder militar como el general Torres podía parecer el Sujeto portador de una nueva historia^[28]. Ese militar mestizo había llegado al poder en medio de una huelga general de la COB (Central Obrera Boliviana) y enfrentamientos armados en Oruro. Asumió la presidencia a cielo abierto, fuera de la casa de gobierno. Era un gesto frente a las organizaciones que lo sostendrían y lo presionarían en los meses siguientes. Su discurso de asunción definió un frente social integrado por militares, obreros, campesinos y estudiantes: la articulación soñada del nacionalismo antiimperialista.

En La Paz se vivía un estado de movilización que nosotros juzgamos prerrevolucionaria. Mi fascinación por Bolivia tenía un motivo político, porque allí se jugaba el destino de una ilusión. Torres, impulsado por la clase obrera minera, llevado más allá de sus límites, podía convertirse, ante mis ojos, en el líder popular de grandes cambios^[29]. Y no sólo ante mis ojos, que andaban buscando ese líder.

Cuando llegamos a La Paz, en esos primeros meses de 1971, la ciudad estaba llena de manifestantes. Desde las veredas, durante horas y días, los miramos pasar, saludándolos. Envidiamos esos cartuchos de dinamita que llevaban atados a la cintura, cubiertos por el saco o el poncho. Alguien nos dijo que la dinamita, para que no estalle, debe conservarse tibia, cerca del calor del cuerpo. Lo creímos porque todo lo que hicieran esos mineros que desfilaban formaba parte de un designio de la historia.

Entramos a la casa de gobierno, una visita sorprendente pero no tanto. El Palacio Quemado estaba abierto casi todo el día, no se presentaban documentos, nadie controlaba: entraban y salían las manifestaciones de mineros o de campesinos pidiendo las tierras que ocupaban, dirigentes comunitarios, sindicalistas, burócratas, indias de pollera, con sus guaguas. Asistimos a debates en la Confederación Obrera Boliviana y escuchábamos los argumentos como si se tratara de una obra de brechtiano teatro revolucionario, que incluía héroes y traidores, puesta en escena allí, en un país limítrofe con el nuestro. De lejos, lo vimos a Juan Lechín, imponente con su cabellera blanca. Habló durante horas con grupos que entraban y salían en un desorden que, de inmediato, nos pareció propio de un momento revolucionario. John Reed ya lo había percibido así en su crónica de la revolución rusa^[30]. El presente se organizaba en una especie de friso histórico. El clima de insurgencia popular nos entusiasmaba, quizás con un entusiasmo emparentado con el que sintieron los turistas europeos en Buenos Aires, durante la crisis de 2001, frente a los piquetes.

Quería conocer a dos hombres: Augusto Céspedes, el viejo escritor de crónicas históricas ^[31], y Marcelo Quiroga Santa Cruz ^[32], un ideólogo nacionalista radicalizado. Hoy, en el Barrio Charrúa

de Villa Soldati, villa de origen boliviano donde viven hijos y nietos argentinos de migrantes, la biblioteca lleva su nombre.

Quiroga Santa Cruz nos miró con desconfianza y altivez^[33]. Seguramente le parecimos demasiado impulsivos, ingenuos e ignorantes. Era un hombre pálido, un intelectual de clase alta, que quiso precavernos sobre los límites del general Torres, porque percibió nuestro error, producido por las expectativas sin límites. Nosotros lo admiramos a Quiroga Santa Cruz por su inteligencia fría. Él, posiblemente, nos despreciara por nuestro entusiasmo ideológico, tan poco probado que era inmaterial. O quizás haya sospechado que buscábamos en el general Torres una *remake* revolucionaria de Perón. Nosotros no buscábamos a Perón, pero tampoco sabíamos bien qué buscábamos. Nos dijo:

—Aún hoy en Bolivia el factor de poder lo constituyen las Fuerzas Armadas y Torres no es un representante ideológico del ejército. Pero tampoco es el representante político de los sectores populares, ya que no existe una efectiva participación de éstos en el poder.

Nos capturó en esta pinza que mantenía tanto a Torres como a los mineros en vilo y quizás inmovilizados. Quiso convencernos de que toda esa gente en la calle, que a nosotros nos parecía garantizar la revolución, no alcanzaba. Meses después, Quiroga Santa Cruz fundó el Partido Socialista. Lo asesinaron en 1980 y sus restos no fueron nunca encontrados.

El escritor Augusto Céspedes fue más cortés. Antigua gloria nacional, podía vernos como una estudiantina que todavía no se estrelló contra su pared. Aceptó que yo lo entrevistara y que nos sacaran una foto juntos, ambos casi de perfil, aplanados por el *flash*. Respondió con paciencia, porque se dio cuenta de que habíamos leído sus libros *El dictador suicida* y *El presidente colgado*: historias de un país siempre al borde del precipicio. Céspedes nos dijo:

—Esos libros no son biografías sino documentos sobre el motor imperial y colonialista que induce los trágicos y cómicos sucesos de nuestra historia. Los he escrito, además, desde una posición declaradamente comprometida con el nacionalismo revolucionario.

Di vueltas y vueltas a las frases emitidas por Quiroga y por Céspedes. Eran bastante sencillas. Sin embargo, para mí encerraban una profundidad oracular. Pensaba que allí estaba el secreto de una historia que transcurría ante mis ojos.

No quería volver a Buenos Aires. Me fui de La Paz imaginando que, después de conseguir, de cualquier modo, un poco de plata, volvería a Bolivia a lo que fuera. Pensaba que siempre hay lugar en un proceso revolucionario. Allí estaba un camino original de la revolución y no existía razón para verla desde lejos. Enceguecida por el entusiasmo, pensaba que las cosas durarían.

Pero el gobierno de Torres cayó poco después y una noche Jorge Vargas, su secretario de Vivienda, un arquitecto que nos había recibido en el despacho de la casa de gobierno e invitado a su casa, apareció en la de uno de nosotros, con toda su familia, sus chicos, su mujer embarazada, escapando de la represión. Vargas había estudiado en Polonia y su mujer polaca era la hija de una aristócrata devenida funcionaria comunista. Aunque parezca mentira, no tenían un contacto mejor en Buenos Aires. Sólo nosotros, los argentinos crédulos y entusiastas. Los hijos de Vargas comieron todo lo que pusimos sobre la mesa: así de duro fue su cruce por la frontera norte. Bolivia había dejado de ser el porvenir de nuestras ilusiones.

ENTRE LOS JÍBAROS

Las fotografías se abrieron en la pantalla de la computadora, imprevistas como meteoritos que llegaban de otro espacio y otro tiempo. Me las enviaba Alberto Sato, que las había digitalizado para que no terminaran fundidas en un borroneado sepia, que ya estaba avanzando sobre los colores antes nítidos de las diapositivas Ferrania. Habían sido tomadas más de treinta años antes, cuando los que aparecen en ellas tenían veintitantos. Son fotos de «selva tropical» y de «indios», para describirlas con las palabras que se nos ocurrieron entonces. Al final, intento juntar la información a la que accedí tardíamente, cuando las fotografías actualizaron aquel recuerdo amazónico, una aldea, unos indios o campesinos que fueron escenario y personajes de una aventura enigmática. La casualidad jugó un gran papel en ese encuentro. O, mejor dicho, nuestro voluntarismo americanista tomó un camino inesperado. Fue el salto de programa de un viaje exploratorio.

Creíamos estar en el departamento de San Martín o de Loreto. La aldea en la Amazonia peruana no tenía nombre para los cuatro argentinos (dos muchachos, dos chicas) que llegamos allí, sin saber nada. Cuando escribo nada, quiero decir exactamente eso. Interrogados hoy, ninguno de nosotros está seguro ni del nombre de los pueblos, ni de los ríos. Pero esta bruma no es un previsible efecto de las décadas transcurridas, sino de la ignorancia con la que nos movíamos en esos paisajes y entre esas gentes. Confiábamos en que la inmediatez provocaría una especie de contacto empático. Antes del viaje no habíamos leído nada sobre esa selva alta a la que habíamos llegado. No habíamos leído *La casa verde* y eso explica en parte el desconcierto del relato que sigue. ¿O *La casa verde* no se había publicado aún? Probablemente se publicó meses después. Leves desfasajes que impiden, una vez más, saber por dónde estábamos caminando.

Mientras subíamos desde la costa del río donde nos había dejado una lanchita con motor fuera de borda, con la que habíamos navegado una hora, sólo nos preguntábamos si estábamos cerca del Marañón o del Ucayali, los dos ríos que conocíamos por su nombre. La lanchita nos había llevado por un río bastante ancho que en el horizonte parecía estar cerrado por una cadena de montañas. No teníamos cartas detalladas de la región. Sólo un mapa en escala demasiado grande para ubicar algo que sirviera como referencia. Las montañas podían ser los Andes, pero ¿quién sabe? Para nosotros, gente del sur, los Andes eran otra cosa, y no los imaginábamos en el medio de la selva sino con nieve en las cumbres. El patrón de la lancha nos dijo que iba a pasar dos o tres días después y que, si nos encontraba esperando, nos llevaba de regreso. No nos dijo que allí vivía gente. Nosotros no se lo preguntamos. Seguramente creyó que en el almacén habíamos recogido información. O no creyó nada: sólo nos vio raros y se cayó la boca. Estábamos acostumbrados a caminar y, eventualmente, a encontrar una casa o algún poblado, pero si no tropezábamos con nadie, igual teníamos comida y llegamos a la conclusión de que el agua iba a ser un asunto sencillo. Se descargó un chaparrón que nos indujo al optimismo, más aún a la certidumbre de que por allí había cazadores, ya que, en medio del aguacero, prácticamente caímos debajo de un refugio triangular de hojas de palma apoyadas sobre un armazón de cañas y creímos reconocer las construcciones precarias que otros hombres dejaban para cuando los mojara la inevitable tormenta. Dijimos que habíamos tenido suerte y que, por lo poco que sabíamos de climas tropicales, la lluvia tenía que terminar pronto. Así fue, aunque no nos preocupó si eso obedeció a la casualidad o a la meteorología.

Con el fin del chaparrón, sobre la selva cayó una especie de neblina, como si el agua se hubiera convertido instantáneamente en vapor, o, más raro todavía, en gotas que transitaban lánguidamente entre lo líquido y un vaho gaseoso que desdibujaba, a partir del metro y medio de alto, las hojas y los penachos de palma, todos de un verde claro pero saturado e iridiscente. Hoy leo:

«Una clorofila siempre excesiva engendra sin cesar imbos nuevos que visten y esconden las ramas. Las sombrillas de los helechos arborescentes, las filudas palmas, los jirones verde vivo de los

plátanos son los únicos que tienen una apariencia identificable. El resto es madre-selva anónima, convulvulácea indivisible bajo las lianas y el gran escudo de los epifitos. Abajo, el fieltro espeso de una descomposición nauseabunda y prolífica. La muerte, que aquí es sólo necrosis, no está ausente, sino diluida en una química incesante. Activa una polución general que se confunde con una espantosa fertilidad. Por cierto, los árboles mueren, pero su esqueleto permanece revestido de varias túnicas de parásitos tenaces y líquenes desconocidos. Bajo este fardo excesivo, terminan por derrumbarse... Sus raíces, al bascular, arrastran una playa de humus sobrepoblada de semillas germinadas y rizomas ensamblados»^[34].

Algo asqueroso sentimos, sin confesarlo, podredumbre, placentas vegetales, semillas reventadas por la germinación, gusanos.

Seguimos una senda abierta a machete, cuesta arriba, angosta, en fila de uno, de modo que el primero salpicaba al segundo, el segundo al tercero, y el tercero al cuarto. Y cada uno trataba de apartar las ramas curvas y flexibles que volvían a su lugar horizontal sobre la senda, a la altura del cuerpo, como elásticos. Todo era concentradamente vegetal, la selva, el suelo, los ruidos que llegaban de más arriba, no de las copas de los árboles, porque no las veíamos, sino de una altura media, diez metros quizá, donde la selva se borroneaba en una especie de gelatina atravesada por refracciones y ruidos de animales ocultos, camuflados o, simplemente, invisibles para nuestra mirada torpe. Arriesgamos nombres: monos, cotorras, tucanes, boas, panteras. No conocíamos tampoco mucha zoología amazónica. No pensamos en víboras. Las descartamos. A veces resbalábamos en la viscosidad del suelo húmedo, mullido, acolchonado por restos de podredumbre y brotes nuevos que armaban una red de persistencia gomosa. En ese blando espacio vegetal era imposible lastimarse.

De pronto, lo impensado, el salto de programa. Creíamos estar caminando por una soledad de primer día de la creación. Falso. El hombre, con una manta tejida atada a la cintura, a rayas muy finas azules y blancas, un compacto hilado de fibras, y camisa azul de origen urbano, apareció de repente parado en un lugar donde, sin que nosotros lo anticipáramos, la picada se ensanchaba un poco para convertirse en una senda. Tratamos de no parecer sorprendidos. Después de un saludo lleno de gestos y cortesías, le preguntamos cualquier cosa, si era de por ahí, algún interrogante vago y tentativo, sólo para comenzar una conversación que (lo sabíamos por experiencia) tiene comienzos lentos. Pero el hombre no hablaba castellano. Nos interrogó: «English?». Respondimos: «Yes, English, yes», más aliviados por la comunicación que prometía esa palabra que por el hecho de que hubiera sido pronunciada por un hombre envuelto en una manta de telar, el pelo negro recogido hacia atrás en cola de caballo.

Sin embargo, el hombre no hablaba inglés, sólo había preguntado si nosotros lo comprendíamos porque (y la conversación siguió por señas) señaló a sus espaldas, hacia un lugar que no se veía, hizo un semicírculo con las manos (que interpretamos como «paso del tiempo») y volvió a decir «English» en tono afirmativo, que traducimos como una promesa para después. Movimos la cabeza de arriba hacia abajo, esperando que el gesto afirmativo fuera medianamente universal. El hombre giró y comenzó a caminar, se dio vuelta para ver si lo seguíamos y nosotros lo seguimos.

Sin saberlo, habíamos encontrado el primer rastro del Instituto Lingüístico de Verano. *English in the Peruvian jungle*.

Caminamos media hora, hasta un gran claro, despejado de vegetación, sobre el río. El hombre de la manta tejida nos llevó a una casa, translúcida, como si las paredes de cañas no separaran con nitidez el espacio interior del exterior, sino que simplemente lo demarcaran. Nos paramos en la puerta y salió un viejo, que nos recibió con gestos dignos y silenciosos, sin ceremonias superfluas. Sonreíamos como tontos. El viejo señaló el sol, luego giró la mano hacia abajo y la movió como si quisiera abarcar el caserío. Insistió con los dos gestos. Entendimos porque el hombre de la manta dijo de nuevo: English! Repetimos: English. Convidamos con cigarrillos. Fumamos.

Después, dejamos las mochilas a la sombra y nos sentamos. Unas chicas trajeron un cuenco con agua. La vimos turbia, la sentimos espesa, con gusto a tierra. Agradecemos y vaciamos el recipiente, que era de corteza. Volvimos a agradecer reiterando todos los gestos, sobreactuando las sonrisas. Dijimos nuestros nombres señalándonos el pecho. Las chicas se reían, pero tomaron el cuenco y recuperaron distancia.

Estábamos por primera vez en nuestras vidas en una aldea en la selva, que no buscamos. Habíamos pasado por aldeas campesinas de origen quechua, pero esta aldea (unas pocas casas en círculo disperso) no nos evocaba nada. Sólo escenas de películas, pintoresquismo sin precisiones. Discurso colonial, estereotipos. Sin mayor reflexión teórica, rechazábamos esas iconografías. En la reserva de imágenes que teníamos no encontramos nada parecido. Tomamos fotografías, con buenos modales y discreción, que servirían para probar, más tarde, la existencia de lo que estábamos viendo. «Recuerdos aislados de la realidad», ya que afuera no había imágenes sino un escenario enigmático. Ahora, cuando miro esas imágenes me resulta difícil reconstruir qué pensábamos cuando hacíamos las fotografías: «El mismo mundo se ve distinto, pues fue visto en otra época»^[35]. En efecto, las fotos tienen algo de anacrónico, no sólo porque son viejas sino porque cuesta recuperar el tiempo y los sujetos que las hicieron. Como la lengua aguaruna, son un idioma extranjero. Muestran huellas de una mirada que ya no existe, que se transformó precisamente porque hicimos esos viajes.

Si habíamos entendido bien las señas, «English» llegaría más tarde, por eso el viejo había hecho una señal hacia arriba, hacia el sol. Serían las dos de la tarde y el calor nos rodeaba como una lámina de gelatina. Caminamos cincuenta metros hasta el edificio más grande. Era la escuela. Estaba vacía, como si no fuera época de clases.

Uno de nosotros se quedó parado frente al enigma de lo escrito en el pizarrón. Sólo pudo leer bien una palabra que, de todos modos, no comprendía: pujumatájum y abajo a la derecha en trabajosas mayúsculas K PI. Las letras eran grandes. Nos costó decidir si las había escrito el maestro, la maestra, o alguno de sus alumnos. Detrás del pizarrón, sobre una varilla, algunas imágenes en colores: religión y paisajes. La escuela nos sorprendió, porque todo lo que habíamos encontrado hasta ese momento respondía a unas neblinosas hipótesis selváticas. Pero la escuela era otra cosa.

El pizarrón ocupaba casi toda una pared de la construcción rectangular de cañas y techo a dos aguas, hecho con hojas de palma densamente superpuestas. Los lados largos del rectángulo terminaban a un metro y medio del piso. Sobre los lados cortos se apoyaba el techo. La diferencia de altura de las paredes producía un recinto luminoso y fresco, atravesado por el viento. Llevamos las mochilas hasta la escuela. Fue un desplazamiento de equipos impensado, pero que tenía su lógica, porque la escuela nos pareció un edificio público, que no nos denunciaba como intrusos flagrantes. Espontáneamente pensamos a «la escuela» como lugar común. En eso actuábamos con reflejos que teníamos de la Argentina, no con un concepto que pudiéramos hacer explícito, sino con la regularidad impensada de una costumbre.

Al día siguiente tomamos más fotos de la escuela. Dos de nosotros, sentados en los bancos de troncos, el tercero parado, con la camisa abierta. El calor persiste en la imagen como atmósfera de luz, por los destellos a través de las aberturas, por nuestros sombreros de paja echados hacia la nuca y nuestras caras abotargadas. Se ven las mesas de trabajo de los alumnos vacías, salvo el estuche de la cámara apoyado sobre una de ellas. Una de nosotros mira para abajo porque tiene un libro que está tratando de leer; se ve el borde superior de las páginas. Es un *Vocabulario Aguaruna-Inglés*, una rudimentaria maquinita para traducir que no estamos en condiciones de usar, porque no podemos pronunciar lo que vemos escrito en aguaruna. Simplemente recorreremos las páginas del *Vocabulario* como quien observa una tabla de equivalencias entre elementos ignorados. Por suerte, ya había llegado «English», el intérprete. Hoy no recuerdo su nombre: Tasap, Chasap, por ejemplo. Repetimos la palabra «English» en

todos los tonos: cortesía, reconocimiento, alegría, confirmación, pregunta, vocativo. Unimos esa palabra al nombre de cada uno de nosotros, frente a los demás que nos miraban presentarnos por segunda vez. «English» era un muchacho de veinte años, ayudante de los misioneros del Instituto Lingüístico de Verano. Ellos, los misioneros (nos dijo) no estaban en el territorio en ese momento.

Todo lo que nos enteramos sobre la aldea nos lo contó «English». El viejo que nos había recibido era, por supuesto, el jefe de la familia o de la aldea, lo cual resultaba más o menos equivalente. No nos animamos a preguntar por qué nos habían interceptado para llevarnos allí. La cuestión nos pareció demasiado complicada. Finalmente habíamos entrado en un territorio donde no se nos esperaba.

Las conversaciones tenían lugar cerca de las casas, con banditas de chicos que se mantenían a algunos metros de distancia y pares o tríos de mujeres, con chicos a cuestas, que los observaban desde más lejos. El viejo no andaba por ahí. Lo veríamos de nuevo al atardecer porque estábamos invitados como correspondía a sus huéspedes. Mientras tanto, nos ofrecieron un lugar para cocinar y comer, en el extremo redondeado y vacío de una de las casas, sobre un fogón en el piso, armado con tres piedras planas en cuyo centro triangular encajaba perfectamente un recipiente. La casa era muy grande, con mamparas de caña que separaban espacios, y sujetadores de los que colgaban cestos tejidos. No había objetos industriales. Nada, absolutamente nada, de plástico. Alrededor no vimos enseres, salvo una marmita grande, de fondo cónico que, aunque no lo comprobamos porque no nos animamos a tocarla, parecía de hierro fundido, pero también podría haber sido de cerámica oscurecida por el humo.

«English» estaba afuera. Se lo veía a través de las paredes aéreas de cañas separadas. No queríamos hablar de él, porque temíamos que entendiera algo de castellano. Y por la misma razón no queríamos hablar de los demás del caserío. En esas condiciones de reserva, sólo se nos ocurrían comentarios sobre el calor o la simpatía y timidez de los chicos que se acercaban sin cruzar nunca una distancia que les habría permitido huir. En realidad, los que daban vueltas por sus propios medios no eran chicos, sino chicas. Nos hubiera gustado ofrecerles algo, pero no nos atrevimos a darles comida y no teníamos otra cosa. Varias de las chicas llevaban un bebé colgado en diagonal de los hombros, suspendido en un envoltorio que parecía muy sucio. En ese momento sólo había mujeres en la aldea.

Caminamos hasta la costa del río, nos sentamos sobre un tronco blanqueado por el agua; después, como no podíamos quedarnos quietos, nos sacamos los borceguíes y mojamos los pies en las olitas barrosas. Dos chicos desnudos, con grandes panzas, también jugaban en la orilla y les sacamos una foto. Aparecen mirando a cámara, uno completamente de frente, el otro de perfil. Después de disparar la foto, temimos alguna reacción, pero los chicos ni se acercaron ni se alejaron. Estábamos confundidos, con el aburrimiento que produce la duda de no saber hasta dónde podíamos desplazarnos, cuando, paralela a la costa, se deslizó una canoa, ocupada por dieciséis o diecisiete personas, mayormente mujeres y chicos, que venían al caserío. Todos parados, mirando la playa hacia la que apuntó la canoa, justo donde estábamos. Seguramente no llegaban de muy lejos, porque el timonel de la canoa era «English». Los chicos empezaron a correr por la costa. Nosotros, torpemente, intentamos presentarnos. Nadie parecía prestar atención. Pasó un chico, que volvía de una curva del río, con una red atada como medio mundo a una estaca larga. Atardecía rápido.

«English» vino a buscarnos. Dijo que el Viejo nos esperaba. En efecto, en lo que supusimos que era su cabaña (ignorábamos la asignación de las casas), estaba el Viejo, que nos saludó con la cortesía de un recibimiento formal. Atrás, como un friso en el resplandor del contraluz, algunas mujeres jóvenes. Una de ellas trajo un cuenco con un líquido lechoso. «English» explicó que el líquido se llamaba «masato» (entendimos perfectamente la fonética de la palabra que

escuchábamos por primera vez); era su bebida y se hacía con raíces o harinas masticadas que luego se escupían en un cuenco para que fermentaran un poco. Al resultado se le agregaba un poco de agua. Tradujimos rápidamente: «chicha». Nos sentimos halagados de que se nos convidara a beber y el cuenco empezó a circular. Bajaban el calor y la luz, se encendieron uno o dos candiles en el piso, todos se sentaron y trataron de conversar.

Esas conversaciones son difíciles y siguen un esquema muy pautado, además de algunos datos que no teníamos (si estaban plantando o desbrozando, qué se pescaba, esas cosas). No se esperaba de nosotros mucha locuacidad ni muchas preguntas, pero algo había que decir. El Viejo habló, «English» tradujo: ese masato había sido preparado por sus hijas (mucho después nos daríamos cuenta de que éste es un lugar común: se dice siempre que se quiera poner en valor la bebida que se está ofreciendo). Echamos miradas sonrientes hacia la hilera de mujeres que seguían paradas a unos metros del Viejo. Las miradas eran de agradecimiento, aunque también intuimos que al que había que agradecerle era al Viejo y no a las mujeres.

Volvieron a llenar el cuenco. La bebida no era muy alcohólica. De todos modos, aunque lo hubiera sido, sabíamos que era obligatorio aceptar todos los envites que hicieran. Cuando terminó esa segunda vuelta, el Viejo se paró y comenzó a cantar. Escuchamos agradecidos, azorados, sin poder seguir dos notas o dos sonidos. Escuchamos el acto de cantar del Viejo, no la canción o lo que fuera que cantaba. «English» ponía tanta atención como nosotros. No nos miraba ni abría la menor posibilidad de que se le hiciera una pregunta en ese momento. Nosotros tampoco sabíamos qué preguntar. Pero pensábamos de qué modo sería adecuado responder. Vacilábamos si esperaban una respuesta, si el canto debía ser recibido con una sonrisa o con un gesto de aprobación y placer.

De repente, mientras traían otra vuelta de masato, la más espontánea de nosotros tuvo la ocurrencia de ofrecer una especie de retribución. Podría haber sido una catástrofe contraria a todos los usos aguarunas. Nunca supimos si era contraria a los usos aguarunas, pero no fue una catástrofe aunque, sí, el fin del convite. Sin avisarnos, comenzó a entonar una canción folklórica argentina, algo bien alegre, un carnavalito probablemente. Mientras cantaba, se señalaba el pecho para indicar que esa era su música. La escucharon y después todo pareció que había llegado a término. Nos inclinamos, de a uno, frente al viejo y salimos a la noche. «English» no nos acompañó.

Los ruidos nocturnos nos desvelaron. No sabíamos dónde ni qué animales los emitían. Había pocas estrellas, como sucede en los trópicos si se comparan sus cielos con los del sur.

A la mañana siguiente, en el caserío no quedaban hombres, excepto el Viejo. Las mujeres trabajaban a unos cien metros, en una extensión desbrozada y ganada a la selva. Los chicos panzones eran los únicos que nos seguían con la vista. Deambulábamos de acá para allá, sin la brújula de «English». Volvimos a la escuela. En ese lugar percibíamos un orden relativamente conocido aunque no pudiéramos descifrar las palabras escritas en el pizarrón. La escuela era finalmente una escuela: bancos y mesas, tizas, dos o tres láminas. El mundo conocido. Aunque la escuela funcionara de modo completamente distinto en esa aldea aguaruna, sin embargo, conservaba vestigios descifrables. El *VocabularioAguaruna-Inglés* era, también, finalmente un libro, ordenado alfabéticamente, impreso, editado por una institución cuya sigla estaba en la tapa: Instituto Lingüístico de Verano. No nos servía para nada y, además, lo hojeábamos con una desconfianza antiimperialista. ¿Donde estarían esos yanquis invasores y bilingües? ¿English?

Apareció en la puerta el hombre que nos había traído hasta la aldea. Ahora no llevaba la manta alrededor de la cintura, sino un *blue-jean* roto. Por supuesto, iba descalzo. Lo rodeamos, aunque sabíamos que no había comunicación verbal posible. Sacamos la máquina de fotos, hicimos señas (a la máquina, al hombre, a nosotros mismos) para sacarnos una con él. Una chica de tres y un chico de cuatro años, más o menos (él desnudo, ella con un vestido que se le

caía del cuerpo), vinieron corriendo. Uno de nosotros posó al lado del hombre; los chicos, como si estuvieran bien acostumbrados, se acomodaron adelante. Es una especie de foto terrible y anacrónica: el extranjero con borceguíes, camiseta azul, y treinta centímetros más alto que el aguaruna; los chicos panzones; el hombre levanta la mirada hacia la cámara pero tiene la cabeza baja.

A la tarde de ese día o del siguiente, la misma integrante de nuestro grupo que había cantado el carnavalito como agradecimiento, se sentó en la orilla del río y logró atraer a una mujer embarazada, con una panza que levantaba el vestido rosa, y a tres chicos. Otro intercambio que nadie esperaba ni, probablemente, deseaba, excepto nuestra compañera, que hacía una tenaz y conmovedora apuesta a la universalidad de la infancia. Una foto la muestra sentada en el barro, rodeada por algunos chicos, mientras intenta enseñarles un juego, que también creyó universal: entrechocar rítmicamente, cada vez más rápido, las palmas derecha e izquierda, enfrentadas y cruzadas. Nuestra compañera se había propuesto que esas pequeñas manos coordinaran con las suyas que eran grandes, desproporcionadas. Una de las chicas la mira con concentración distante. El principio del escepticismo anula toda espontaneidad y los chicos quedan afuera, a pesar de las sonrisas y de las palmadas rítmicas.

«English» no apareció; tampoco el Viejo. Estamos un poco a la deriva, entregados a lo que se nos ocurra y todo lo que se nos ocurre es desechado porque pensamos que puede ser una ofensa. No queremos cometer una falta de protocolo, pero tampoco nos resignamos a quedarnos como marmotas, cocinando las comidas y mirando el río. Estábamos acostumbrados a un contacto un poco más directo, aunque cometiéramos torpezas, probablemente más de las que nos dábamos cuenta. También estábamos acostumbrados a recibir ayuda, como aquella noche cuando nos recogieron al borde de un camino derrumbado, sobre el que había caído un alud que impedía ir hacia adelante o volver atrás, y estábamos solos, hundidos hasta la ingle en un barro pesado, en el que se mezclaban las piedras y las maderas.

Tomamos la decisión de hacer un postre de chocolate. Pensábamos que la crema dulce y fría de chocolate era un bien absolutamente transcultural, una especie de idea platónica del placer para niños y mujeres. Convidaríamos con postre de chocolate porque no había otra cosa que alcanzara el mismo grado de amabilidad. De antemano descartamos a los hombres, porque teníamos la impresión, demasiado falsa, de que resultaba más fácil comunicarnos con las mujeres. Pedimos permiso para usar una de las cocinas, sacamos la marmita más grande. Hervimos la leche deshidratada con el polvo de cacao y, cuando se volvió espeso, enterramos el postre, envuelto en un repasador que sostenía la tapa, cerca de la orilla para que se enfriara. Comimos cualquier cosa que nos acercaron las mujeres, unas mandiocas y raíces. Esos convites eran parte de un trato amistoso y cortés. Por eso, en una simetría imaginaria, siempre nos parecía apropiado convidar con algo de lo que llevábamos en las mochilas. Una especie de intercambio de extranjerías. Repetimos, sin saberlo, el gesto de los exploradores.

Mientras acondicionamos el postre para que se refrescara, caminamos descalzos sobre el barro de la orilla, porque nos resultaba cansador ponernos y sacarnos los borceguíes. Además, de noche, en la casi intemperie de los techos contruidos con palmas y troncos finos, ya nos habían picado todos esos bichos voladores o rastreros, sin nombre conocido. Difícil que nos agarraran otros insectos más temibles. Éramos tan jóvenes, tan ideológicos y tan enceguecidos por lo que encontrábamos, que pasamos por alto detalles menores, como si fueran un tributo a rendir a la ascesis latinoamericana. Teníamos las piernas y los pies llenos de picaduras y llaguitas. Cuando regresamos a Lima, uno de nosotros estaba infectado. Mientras tanto usamos alfileres de gancho para sacar lo que fuera, larvas, gusanos, huevos, de los agujeros que dejaban los insectos. «Piques», hipotetizó uno de nosotros, «si no se sacan, te desovan adentro y terminás agusanado».

Sólo los chicos respondieron al convite de postre de chocolate. Eximidos de las leyes de

cortesía, habrían respondido a cualquier otra invitación, por curiosidad o por hambre. Nada importa del todo. Apostamos a que nadie se hubiera ofendido. Eso nos preocupaba: acercarnos sin ofender, pero no estábamos seguros de que el intercambio de gestos que creíamos universales alcanzara. Sobre todo, las mujeres mantenían una distancia risueña pero huidiza. Difícil diferenciar entre adolescentes y mujeres. En realidad, tratamos de aplicar a esa población, como si esto fuera posible, nuestras propias divisiones en edades. Desde muy chicas, las niñas llevan a sus hermanos (¿a sus hijos?) colgados con una tela que les cruza el pecho. Tampoco distinguimos quién era madre de qué chicos, ni en qué tipo de grupos se dividía la aldea. Las unidades familiares conocidas no eran las de allí. Hombres y mujeres se movían en dos grupos, separados más por su sexo y ocupación que por las hipotéticas relaciones de parentesco que nosotros les atribuimos. Eso nos confundía en términos de cuáles eran las normas de cortesía para cada momento y frente a quién. Sentimos el temor de ser descortesés o desconsiderados o parecer demasiado audaces, dirigiéndonos a las mujeres cuando es evidente que ellas habían elegido estar un poco más lejos, apartadas u ocupadas en otra cosa. Al día siguiente, todo igual, hasta que llegaron dos hombres. Uno de ellos fue hasta una de las cabañas y regresó con su cerbatana o pucuna (esa es la palabra que escuchamos). Sentimos que nos trataba muy amistosamente. El hombre mostró la pucuna como si fuera una máquina extremadamente compleja. Deslizó su mano a lo largo del cilindro, lo palpó, lo recorrió varias veces de arriba abajo. Luego se la puso en la boca y disparó con un soprido. Después, el hombre permitió que sostuviéramos la cerbatana y probáramos lo difícil que era mantener la vertical. Nada podíamos ofrecer nosotros como retribución de ese momento. Nada. Sólo que iba a permanecer en el recuerdo. ¿Recuerdo de qué? Uno de nosotros se sacó una foto, la mano sobre el hombro de quien disparó la cerbatana.

Pasaron dos o tres días. «English» nos había dicho que podíamos llegar caminando a un lugar de la costa del río por donde también pasaban lanchas. Formamos una hilera para despedirnos, con los gestos más verosímiles que se nos ocurrieron. Se tomaron las últimas fotografías con las mochilas puestas. Empezamos a subir una cuesta. Arriba encontramos un camino.

Al rato, en dirección contraria, como si fuera hacia la aldea, avanzó hasta nosotros un camión del Ejército y nos invitó a subir sin abrir la opción de que nos negáramos. Iba al pueblo nuevo que estaban construyendo los militares (que incluía un rancho donde funcionaba el prostíbulo). Nos retuvieron los pasaportes hasta que, desde Lima, respondieran quiénes éramos. A la noche, en el casino de oficiales, agobiante calor bajo el techo de calamina, un mayor o capitán, ¿quién sabe?, recitó:

Que estará haciendo esta hora mi andina y dulce Rita de junco y capulí...^[36]

Pensamos, con razón, que ningún militar argentino podría recitar a Borges o a Girondo. También pensamos, equivocados, que nos habían confundido con guerrilleros. Pero, no. La zona era próxima a la del conflicto de límites entre Perú y Ecuador. Éramos un grupito fuera de costumbre en ese lugar de aguarunas, comerciantes y soldados. No nos dimos cuenta de que el conflicto de límites nos evitó complicaciones que hubieran podido ser mucho más graves.

Esa noche, algún oficial joven quiso llevar a nuestros compañeros al prostíbulo. Les resultaba difícil negarse. Todos llegamos hasta la puerta; uno de los oficiales trató de empujar a una de nosotras para que subiera la escalerita y pisara la veranda iluminada por su farolito rojo. Otro oficial le pasó un cuchillo a un compañero, con la idea temeraria de que la defendiera. Por suerte, todos estaban muy borrachos y se metieron en el prostíbulo, dejándonos afuera.

A los dos o tres días, una comunicación de radio desde Lima informó que éramos unos «descolgados», de quienes no valía la pena temer nada. El mismo camión militar nos puso en camino de regreso a Chiclayo.

Zócalo

Entre octubre y diciembre de 2012 estuve en Cambridge, Massachusetts. Me llevó allí la

invitación de Mariano Siskind para dar un seminario sobre Eva Perón en Harvard; llegué con el propósito de averiguar, en las bibliotecas de la universidad, todo lo que ignoraba cuando visité la aldea aguaruna. Quería saber lo que había pasado por alto. Lejos de la inmediatez de la experiencia, quería interpretar lo sucedido cuatro décadas antes. Lo que sigue son los hilos de esa reconstrucción tardía que me fascinó casi tanto como el recuerdo de aquel viaje: el zócalo donde descansan ahora los recuerdos.

Stefano Varese fue director de la División de Comunidades Nativas de la Selva, creada durante el gobierno del general Velasco Alvarado, en 1974. Sus palabras explican nuestro desconcierto en la aldea aguaruna:

«A fines de los 60 y principios del 70 los conocimientos sobre la Amazonía peruana eran precarios. El país había vivido de espaldas a la selva durante varios siglos, salvo las “entradas” cíclicas de misioneros y evangelizadores de toda variedad, y de caucheros, cazadores, madereros, ganaderos y militares preocupados —desde la época de Ramón Castilla— por que esta parte del país se adentrara siempre más en el salvajismo. Incluso la antropología académica no se había ocupado de la selva»^[37].

Ni nosotros sabíamos dónde estábamos, ni a nadie en Chiclayo o Nazaret se le ocurrió enterarnos de hacia dónde íbamos. En el almacén de abarrotes donde habíamos encontrado al capitán de la lancha que nos dejó en medio de la selva, no averiguamos quiénes eran esos hombres oscuros, de pelo lacio, que andaban dando vueltas y no hablaban español. Acostumbrados a viajar por zona quechua, esos hombres no llamaron nuestra atención. Como lo señala Varese, los aguarunas no estaban definidos por nadie.

Practicábamos una especie de relativismo cultural espontáneo, sostenido en la admiración folklórica por lo diferente, el respeto a la gente pobre y un latinoamericanismo sostenido como deber ideológico. Preguntar por «esos indios» nos habría resultado de una violencia imposible para el progresismo candoroso que era nuestra ideología. Nos movíamos por Bolivia o Perú o por el norte argentino como si fuera un espacio donde, de algún modo misterioso, iba a producirse en nosotros una iluminación. No lo decíamos, porque no teníamos palabras para decirlo. Era una creencia.

Philippe Descola, que ha estudiado magníficamente a los jíbaros ecuatorianos en *Las lanzas del crepúsculo*, señala que el período de estudio etnográfico de las etnias amazónicas comienza en la década del setenta «con la afluencia de etnólogos de todas las nacionalidades, muy pocos de los cuales, sin embargo, han publicado monografías»^[38]. Nosotros, los cuatro viajeros de las fotografías, estuvimos allí poco antes. No estábamos entrenados para percibir a esa gente de otro modo que no fuera el de una sorpresa proclive a la veneración. Prisioneros de nuestra ignorancia, las fotografías que tomamos permanecieron, hasta hace poco, «como recuerdos mudos de nuestras miradas percederas»^[39].

Buscábamos una experiencia aurática. Estar donde otros no habían estado. Queríamos experimentar una novedad remota, alejada culturalmente hasta volverse incomprensible. El aura tiene esa cualidad enigmática: se presenta iluminando al objeto de un modo que engeuece a quienes lo perciben. O por lo menos, los confunde. Someterse a la experiencia aurática era el *trip* dentro de nuestros viajes. Hoy puedo frasearlo. No habría podido entonces. No habíamos leído a Benjamin pero estábamos sometidos a una metafísica de la presencia, desplazándonos en el espacio con la ilusión de realizar otro viaje, paralelo, en la historia de América. Por eso, nuestro viaje cumplía una función utópica. Dos meses al año, salíamos a caminar. No nos considerábamos turistas ni pensábamos que el espacio recorrido era lo que hoy se llama un «espacio turístico». En esto teníamos razón, porque no lo era: inaccesible, naturalmente hostil por la topología, el agua contaminada, la altura o la humedad, las alimañas. Había sido el espacio de los aventureros (capitalistas, explotadores del caucho, buscadores del «oro de los incas», tratantes de armas) y todavía era territorio de misioneros católicos y evangélicos.

Esa Amazonia era anterior al turismo. Descuidada por los estados nacionales de Perú y Ecuador, que la reivindicaban militarmente como territorio pero la ocupaban institucionalmente de modo precario. Esas dos casi ausencias, o intermitencias guerreras, la hacían propicia a sostener una función imaginaria: la de utopía americana, lugar de las reservas auténticas, aunque los jóvenes viajeros no pudiéramos definir qué riqueza cultural se acumulaba allí. Más bien teníamos una certidumbre sin contenidos. Viajábamos para conocer pero no estábamos en condiciones de entender lo que encontrábamos.

Viajábamos en el momento en que ya se habían dado las condiciones de un conflicto económico, social, cultural y ecológico, producido por una reforma agraria, en Perú, que planeó distribuir tierras en propiedad dividiéndolas en unidades familiares; esa reforma pasaba por alto que los aguaruna y otros pueblos de la Amazonia organizaban su producción agrícola en términos territoriales, comunitarios, tribales, y no de unidad familiar.

Es cierto que, en los años sesenta, estas cuestiones no estaban a la orden del día y que los jóvenes viajeros de las fotografías ignoraban lo que también ignoraba la mayoría de los peruanos, de sus políticos y de sus militares. El progresismo aplicaba a la Amazonia una visión clásica. La realidad, ya desatada en conflictos, no podía ser percibida en los términos más profundos de sus diferencias culturales. Recién sobre el fin de esa década, el saber de algunos antropólogos se injertó en las estructuras de la administración política. Y fue sólo un comienzo, cuya cronología es más o menos la siguiente:

«En 1957, por primera vez el estado toma consideración sobre el territorio de las llamadas “tribus selvícolas” a través del Decreto Supremo 003 que contemplaba la concesión de tierras en posesión sólo a agrupaciones familiares residentes en un mismo área territorial. Esto suponía 10 hectáreas por persona. Se inicia así la división “legal” del territorio nativo en comunidades. Con la Reforma Agraria de 1964, a pesar de que aparentemente se respetó las tierras nativas, en la realidad se inició una de las oleadas más grandes de colonización, trascendiendo en conflictos sociales y territoriales... Urgía entonces la intervención del estado, acción que se posterga hasta 1974, cuando el Decreto Ley 20653 institucionaliza a las comunidades nativas, se les otorga personería jurídica, y se declara dichas tierra como inalienables, imprescriptibles e inembargables»^[40].

Los cuatro viajeros de la historia que he contado desconocíamos este conflicto. La denominación «jíbaro» no cruzó por nuestras cabezas. Todos nuestros reflejos se concentraron en la desconfianza con que examinamos el *Vocabulario Aguaruna-Inglés*, encontrado en la aldea, listos para considerarlo una operación imperialista. Tampoco supimos que los militares, en cuyo destacamento vivimos algunos días, pertenecían al programa «Fronteras vivas», que había sido diseñado como uno de los instrumentos para fortalecer los reclamos peruanos frente a Ecuador sobre esa zona de la Amazonia; aseguraba la presencia del ejército allí donde tuvieron lugar varios conflictos armados entre las dos naciones.

Salvo para historiadores o geógrafos muy especializados y solitarios, América Latina no era un libro abierto, sino un libro que aún debía escribirse. Ni siquiera se había publicado ese evangelio del latinoamericanismo antiimperialista, el *best-seller* de Eduardo Galeano. La revolución cubana había puesto al continente en el mapa político mundial, pero hondas zonas desconocidas, como la Amazonia, seguían guardando sus secretos. Los jóvenes que tomamos las fotografías no éramos excepcionales: alguno había leído a Jorge Abelardo Ramos, aprendiendo en sus textos lecciones de antiimperialismo pero no de etnografía ni de geografía cultural.

En esos mismos años, el Che Guevara desconocía la sociedad campesina boliviana, desconfiada y dispersa, en la que pensó implantar su foco guerrillero. Desconocía más que los misioneros protestantes en Perú quienes, por lo menos, recibían la experiencia de anteriores propagandistas de la Biblia y tenían la ventaja incalculable de que su programa religioso no les impedía construir escuelas y ofrecer medicinas, vender machetes y otras baratijas, utilizar aviones que, en la selva, resultaban portentosos y salvaban algunas vidas trasladando

enfermos.

Hoy se ha acumulado un conocimiento incomparablemente más preciso sobre la etnia jíbara que encontramos en la selva. En síntesis:

«Los aguaruna son una sociedad, basada en el cultivo de mandioca, muy dispersa a lo largo de los mayores ríos del noreste peruano (Alto Marañón, Bajo Santiago, Alto Mayo) y sus afluentes. Tradicionalmente los Aguaruna ocupaban 22 000 km cuadrados de tierras ondulantes en el noreste de la Amazonia. Este territorio está entre 200 y 1000 metros sobre el nivel del mar y comprende la base irregular de los Andes, los bosques tropicales y los rápidos de aguas claras. La población aguaruna se estima en 25 000 personas, que viven en 170 comunidades»^[41].

Los «indios» de las fotos

Escrito en la tapa del *Vocabulario*, lo único que entendimos enseguida es que estábamos en una aldea aguaruna. Ese nombre no nos remitía a nada. El aguaruna es de la familia de las lenguas jíbaras. Sin embargo, el nombre de la etnia viene del quechua, *awajun*, y quiere decir «tejedor». Los hombres de la etnia son, en efecto, tejedores y cazadores; las mujeres, cultivadoras y alfareras. Tuvieron un pasado belicoso, combativo y valiente, cuyas comunidades, hasta 1945, no conocieron la sujeción, ni respetaron las fluctuantes fronteras nacionales entre Perú y Ecuador.

Cazadores, pescadores, trabajan la madera y las hojas de palma para sus embarcaciones y sus enseres domésticos. Las mujeres se encargan de una agricultura compleja, con muchas variedades vegetales que cultivan en espacios ganados a la selva por los hombres, en una división del trabajo que se mantuvo y nosotros pudimos comprobar.

En los años sesenta, los últimos llegados éramos nosotros, esos cuatro porteños, que cocinábamos nuestro almuerzo en la casa de la aldea que nos habían ofrecido, maravillosa y aérea construcción, liviana, casi flotante, propicia a los cambios y al clima, pensada para que se destruyera y se volviera a levantar allí o en otra parte. Adentro, dos tipos de muebles:

«*Plataformas*: las más grandes sirven como camas, adosadas a las paredes. Consisten en una estructura de madera... Aparte de las camas, hay varias plataformas altas y estrechas para el almacenaje de productos de valor y plataformas bajas para las ollas y el ajuar doméstico. *Banquillos*: hay dos tipos de banquillos o sillas portátiles: el banquillo común y el banquillo del amo de casa. El banquillo común es fabricado de una madera liviana y tiene varios tamaños. Lleva un tipo de tirador, con el cual se lo puede llevar de una parte a la otra de la casa. Un hombre puede fabricar un banquillo en pocos minutos. Mucho más difícil es la elaboración del banquillo utilizado por el amo de la casa. Se hace de una madera pesada y dura»^[42].

Interrogados hoy, aquellos viajeros no recordamos las plataformas más grandes, ni el banco del dueño de casa. Pero ¿cómo confiar en esos pedazos de recuerdo?

Cuando nos convidaron con «masato», pasamos por encima de la explicación que nos dio «English», el muchacho bilingüe, probablemente para estar en condiciones de hacer honor a la bebida. La palabra, en cambio, nos resultó inolvidable y, desde ese momento, llamamos «masato» a cualquier sustancia desconocida que bebíamos o comíamos.

«Posiblemente la preparación más complicada de alimentos está relacionada con el masato (en aguaruna *nijamánch*), una bebida fermentada hecha de yuca. El primer paso en la preparación del masato consiste en limpiar los tubérculos de la yuca después de haber sido cosechados. La mujer quita la piel rugosa que cubre el tubérculo y después lava la yuca en una quebrada. A continuación regresa a la casa con ella, corta los tubérculos en trozos y los hierva en agua hasta que estén blandos. Una vez cocidos son puestos dentro de una gran batea y desmenuzados con una maza de madera. Masticar la yuca acelera su proceso de fermentación, pues las enzimas de la saliva cambian algunos de los almidones en azúcares. Las partes fibrosas del centro del tubérculo se descartan. Una vez que toda la yuca ha sido amasada y masticada, se guarda en una tinaja grande y se cubre con hojas de plátano limpias. La fermentación empieza inmediatamente y dentro de las 24 horas la masa se torna ligeramente fermentada. Para poder servir el masato se le echa agua a la masa y esta

mezcla se cuele con un colador de calabaza y se sirve en una taza»^[43].

Los aguaruna son amazónicos y viven allí donde los encontramos, en el norte del Perú y el sur del Ecuador, en las cuencas del Marañón, del Santiago, del Nieva. Los dirigentes de la comunidad afirman que hoy está consolidada en unos 70 000 miembros^[44]. La historia de la región hoy es conocida y, además, los aguaruna son visibles con sus reclamos. Pero recién comenzaba esa nueva etapa justamente en los años en que llegamos nosotros. Ellos estaban pisando la bisagra de un nuevo tiempo:

«En los últimos 60 años, el Estado Peruano ha considerado la integración amazónica como parte de la estrategia de modernización y de desarrollo del país. En 1960-1970 la producción agrícola de la Amazonía peruana se volcó hacia el mercado nacional, abriéndose nuevos frentes productivos como el arroz. Las actividades extractivas de tipo forestal continuaron teniendo mucha importancia en la selva baja, mientras que en la selva alta continuó el cultivo del café y de los cítricos. Es en este periodo cuando se empiezan a sentir los impactos negativos de las actividades extractivas en el medio ambiente. El Estado se plantea una distribución más equitativa de la población sobre el territorio, razón por la cual la selva era propicia por su disponibilidad de tierras. Entonces se plantea con mayor claridad el proyecto de integración de la región amazónica al Estado. La extracción petrolera constituye otra causa fundamental de deterioro creciente de la Amazonia peruana. Entre 1960 y 1970, comenzó la explotación de yacimientos petroleros en territorios indígenas. Los campamentos petroleros se instalaban en tierras indígenas, desplazándoles e ignorando sus derechos sobre sus tierras. Ello generó graves impactos sobre sus medios de subsistencia, ya que implicó el desmonte de amplias áreas de selva y la contaminación química de los numerosos ríos que la atraviesan. Entre 1970 y 1980 ocurre la Reforma Agraria (iniciada en 1969 por el gobierno militar de Velasco Alvarado), en la que el rol del Estado estuvo orientado a aumentar su intervención directa tanto a nivel económico como civil. Por primera vez se reconoce la existencia legal y personería jurídica de las comunidades nativas, y se establece el reconocimiento, demarcación y titulación de la propiedad de las tierras agrícolas, así como el otorgamiento de contratos de concesión de uso forestal, entre otros aspectos. A partir de 1980, la violencia subversiva y el narcotráfico tomaron a la Amazonía como zona de acción, lo cual estancó el proceso de incorporación política y económica iniciado en 1940 con la construcción de carreteras de penetración. Aparece una serie de frentes productores de coca, volviéndose dicho cultivo una suerte de “boom” económico. Es preciso subrayar que la población indígena ha sido especialmente afectada por la violencia desatada por el terrorismo y el narcotráfico. Así, poblaciones enteras fueron esclavizadas y amenazadas por los terroristas. Hoy en día, los indígenas de la Amazonía igualmente ven amenazada su supervivencia por las concesiones forestales y la invasión de sus territorios. Se encuentran bajo asedio de madereros ilegales y “legales”, igualmente destructivos»^[45]. Cuando llegamos a la Amazonia no podíamos adivinar lo que recién estaba emergiendo (las exploraciones petroleras, por ejemplo). Todavía no formaban un sistema visible y, por otra parte, concededores de la zona como Stefano Varese tampoco podían prever lo que iba a suceder dos o tres años después. Lo que previeron, y allí está el saber jugando su mejor juego, es que la «reforma agraria» tal como se dio en las zonas quechuas y aimaras era impracticable en la selva, con la cultura de los pueblos amazónicos, que se había mantenido al mismo tiempo asediada y aislada, aunque los aventureros europeos, esos viajeros fáusticos, exploraran la zona siglos antes y mezclaran codicia y conocimiento.

Aventura, comercio y ciencia

Charles-Marie de la Condamine nació en París en 1701. Apasionado de las ciencias exactas y naturales, formó parte de ese contingente de viajeros ilustrados (del que Humboldt es el más genial ejemplo) que, en una mezcla de riesgo aventurero y convicción de que encaraba una ininterrumpida lucha por el saber, se lanzó a recorrer el mundo, anticipando las misiones comerciales y produciendo mapas indispensables para las invasiones europeas. Hacerlos responsables de las consecuencias de su saber es un gesto anacrónico. Mantenerlos ajenos a

ellas, también. Estamos encerrados en esa doble anacronía: entender sin justificar las consecuencias de lo que entendemos; y juzgar esas consecuencias sin buscar como perros de presa las huellas en cada uno de los actos y de los dichos que, hipotéticamente, las provocaron. El anacronismo achata el pasado, lo hace poco interesante porque encuentra en él siempre la misma repetición. Viajeros como La Condamine querían conocer el mundo, aunque el conocimiento que produjeron fue a puesto a funcionar en otras máquinas que no eran sólo epistemológicas, sino de explotación y expoliación.

La Condamine desembarcó en Cartagena de Indias en 1735. De allí fue a Manta, Quito, Guayaquil, Zaruma, Loja, Borja, La Laguna; navegó por el Ucayali, el Napo y el Marañón; llegó a los territorios de la corona portuguesa, pasó por Manaos y terminó en Pará, donde se embarcó y costó el Atlántico hacia el norte. El 1745, de regreso en París, presentó ante la Academia de Ciencias su «Relación breve de un viaje realizado por el interior de la América Meridional, desde la costa del Mar del Sur hasta la del Brasil y la Guyana, descendiendo el río de las Amazonas».

Sólo dos citas del detalladísimo informe. Una concierne a las capacidades mentales de los indios que La Condamine encuentra en su viaje por «los ríos de las Amazonas» (en lo que concierne a la cita se trata del Ucayali, pero se la postula como principio general):

«Todos los indios americanos que tuve ocasión de encontrar en el curso de mi viaje me parece que guardan ciertos rasgos de parecido... La insensibilidad es su base. Dejo para que otros decidan si se la debe honrar con el nombre de apatía o humillarla con el de estupidez. Nace, sin duda, del pequeño número de ideas que tienen, que no se extiende más allá de los límites de sus necesidades. Glotones hasta la voracidad, cuando tienen con qué satisfacerla; sobrios, cuando la necesidad los obliga, pueden prescindir de todo, sin dar muestras de desear nada; pusilánimes y perezosos en exceso, si no los transporta la embriaguez; enemigos del trabajo, indiferentes a todo motivo de gloria, honor y reconocimiento; ocupados sólo con el presente y siempre determinados por él; sin inquietudes por el futuro...»^[46].

La segunda cita se refiere a la sustancia maldita que desencadenó el primer azote de la civilización sobre estos indios que, de creer a La Condamine, poco iban a perder si se perdían a sí mismos. En su viaje, el hombre de ciencia encuentra el caucho, pero, antes, reconoce un elenco de plantas a las cuales esos indios atribuyen cualidades:

«Probablemente la ignorancia y el prejuicio hayan multiplicado y exagerado sus virtudes; pero la quinquina, la ipecacuana, la simaruba, la zarzaparrilla, el guayac, el cacao, la vainilla, etc. quizás no sean las únicas plantas útiles que la América encierra en su seno... Las gomas, las resinas, los bálsamos, todos los jugos que supuran de las incisiones de diversos árboles, así como los diferentes aceites, son innumerables. El aceite que se extrae del fruto de una palmera llamada unguiravé es, según dicen, tan dulce y bueno como el de oliva. Otro, como el de la andiroba, da una luz muy hermosa, sin ningún olor desagradable... La resina llamada cahuchu en los países de la provincia de Quito cercanos al mar y en las orillas del Marañón, cuando está fresca, acepta la forma que se quiera darle; es impermeable a la lluvia, pero lo que la vuelve más extraordinaria es su enorme elasticidad»^[47].

Esta resina, siglo y medio después, llevó a centenares de aventureros a la Amazonia.

En 1895 y 1896, Fritz W. Up de Graff vivió en la selva amazónica, justo en el apogeo del caucho (1880-1920). Audaz joven norteamericano, era un prototipo, sin saberlo, del burgués mercantil guiado por un ciego pero calculado impulso de expansión. Buscaba el oro de los incas o comerciar con caucho, lo que se le diera primero. Con un sentido pragmático admirable para sus objetivos, su moral mezclaba la flexibilidad y la obstinación; tenía una visión más moderna que la de sus socios locales. Era tan sólido como la decisión de que nada pudiera detenerlo. Definirlo como norteamericano típico no sería una generalización abstracta: hijo de buena familia que se lanza a una aventura para conocer mundos salvajes, probarse a sí mismo que tiene temple, y, si fuera posible, volver enriquecido a sus orígenes.

De Graff ingresó a la Amazonia por Ecuador, desde Cuenca. Percibió de inmediato que esas

tierras no habían sido incorporadas a los estados nacionales; que la autoridad oficial y militar estaba ausente o intermitente y que los límites entre naciones eran tan intrincados como un tejido de lianas:

«Conviene saber (escribe) que las fronteras del Brasil, Ecuador, Perú y Colombia adyacentes con el Amazonas, y cuya longitud es de muchas miles de millas, son puramente imaginarias... Los límites de esta región varían según la procedencia del mapa... Un americano, llamado Wolf, hizo una vez un mapa para el gobierno ecuatoriano y, pasando el lápiz por una gran extensión del este de los Andes, que se disputaban varios Estados, la pintó de verde (el color corriente con que se ilumina el Ecuador). ... Este fue el mapa cuya copia me enseñó el presidente de la República del Ecuador en persona, señor Eloy Alfaro».

Naturalmente, para De Graff, la solución es que activos y modernos capitalistas extranjeros hagan base en estas tierras. Entre sus rasgos debía figurar que no temieran el recurso a la fuerza:

«Probablemente la verdadera solución de este complicado problema llegará cuando algún extranjero emprendedor encuentre oro o algún otro producto apreciado en aquella tierra ignorada y empiece una rápida invasión al nuevo Eldorado. Entonces, bajo el recurso de las armas, en el cual las tribus salvajes probablemente jugarán un papel nada inferior, los países interesados zanjarán la cuestión con la guerra»^[48].

Esas extensiones selváticas, donde no se descubrían rastros nacionales, ya que las etnias los desconocían y, de haberlos conocido, los hubieran ignorado, eran el espacio de la violencia, combinada con el comercio y la negociación. El capitalismo antes de la Nación.

Nadie se midió en el recurso a la fuerza. Las armas de fuego tuvieron un efecto devastador en grandes extensiones de la Amazonia, incluyendo los territorios aguaruna. El acceso a las armas intensificó los encuentros hostiles y el dominio de quienes las usaban sobre sus vecinos todavía desarmados. Sin embargo, algunos investigadores señalan que, aunque las armas cambiaron el estilo y aumentaron la ferocidad de las guerras intertribales, los aguarunas no fueron el pueblo más afectado.

Hubo enfrentamientos; uno de ellos tuvo como final las cincuenta cabezas reducidas de cincuenta prisioneros. Esas *tsantsa* (el nombre de las cabezas reducidas) ya formaban parte de un siniestro comercio con los traficantes de armas. La herida de esa nueva conquista fue civilizatoria^[49].

Misioneros y lingüistas

Cristianos de diferentes persuasiones también habían pisado esos territorios. En 1925, se fundó una misión estable de los protestantes nazarenos. Veinte años después, «esos indios eran todavía concebidos como ejemplo de gentilidad rebelde, en guerra siempre contra los cristianos», escribió el jesuita José Martín Cuesta, que decidió internarse en su territorio y conocer una lengua de la que, según afirma, no existían registros escritos.

«En aquella primera tarde inolvidable de noviembre de 1945 fue cuando yo pude percibir de boca del cacique Isámat las primeras palabras aguarunas... y para no olvidarlas las fui anotando en una pequeña libreta de 34 hojas, compañera de mis viajes».

Casi cuarenta años después el jesuita publicó su vocabulario, sistema pronominal y verbal aguaruna-castellano, con el poético título de *La lengua del cóndor*^[50].

En 1947, el Instituto Lingüístico de Verano envió a un grupo de lingüistas al territorio aguaruna. Eran misioneros protestantes, de origen norteamericano, entrenados en las técnicas de la conversión de «infieles»^[51]. ¿Cómo llegaba hasta el fondo de la Amazonia esta gente de Kansas o de Oklahoma? Frank y Marie Drown (que se casaron muy jóvenes, llamados por la vocación evangelizadora de misionar en tierras «salvajes»), describen las etapas del entrenamiento que los llevó a la Amazonia ecuatoriana en 1945:

«Durante este período de aprendizaje se nos enseñaba especialmente cuál debía ser la principal tarea de un misionero. Se trataba de algo más que de aprender una lengua extraña y dar clases de

Biblia, o que ganar almas para Cristo. La principal finalidad de un misionero debía ser establecer iglesias: iglesias indígenas, capaces de gobernarse, sostenerse y propagarse por sus propios medios... Comprendimos que éste había sido el método del apóstol Pablo, y con la ayuda de Dios también sería el nuestro. Durante el mes de enero siguiente nos dirigimos a California del norte para completar la segunda parte de este curso de entrenamiento para misioneros "al pie del cañón". Allí aprendimos el lado práctico de la labor: todo desde los principios de lingüística hasta medicina básica, carpintería, corte de carne, horneado de pan, corte de pelo, etc. Nos sentimos felices de aprender estas habilidades que resultarían útiles para ayudar a algún pueblo primitivo de la jungla. Hasta mi propia vida habría de ser salvada un día gracias a lo que Marie aprendiera entonces respecto de la forma de tratar enfermedades tropicales»^[52].

Ese entrenamiento es un borrador muy aproximado de lo que serán sus vidas en la Amazonia. Con el «método del apóstol Pablo» se han fortalecido para una interminable serie de pruebas: decisiones que deben cambiarse sobre la marcha, fracasos en cascada, promesas incumplidas, malos entendidos, sufrimientos físicos. Pero cualquier pequeño signo de «conversión» es un signo de triunfo. La magnitud del esfuerzo es desproporcionada con la exasperante lentitud de cada día.

Pero el espíritu misional comparte algo con el fundamentalismo revolucionario. Se entienden a medias con los habitantes de la selva, pero piensan que esa parcial comprensión es suficiente. Lo es, sin duda, para la atención médica elemental o para limpiar bosque y ampliar una chacra donde se siembren alimentos para las niñas que reclutan como alumnas en la escuela de la misión. Más allá de eso, imposible saber qué sucedía, qué cálculos y qué intercambios simbólicos acompañaban a los trueques materiales, las dependencias, los favores.

En la década del cincuenta, para las ceremonias de clausura del «año lectivo», algunas veces, llegaban a la Amazonia las autoridades del Ministerio de Educación nacional. Eso indica una trama complicada de alianzas, dependencias y necesidades en común. También la bandera ecuatoriana flameó en la Amazonia, en zona jíbara. No se trataba solamente de una identificación nacional en una región de conflictos limítrofes, sino de un acto que los misioneros reivindicaban como victoria propia:

«Al recordar ese año 1960, algunos días acuden más vivamente a nuestra memoria, por habernos acercado más a nuestra meta de establecer la iglesia de Jesucristo entre los jíbaros y los atshuaras. Una de esas jornadas fue la de los exámenes de julio... La bandera ecuatoriana llevada orgullosamente por el primer niño jíbaro en una larga hilera de escolares esmeradamente uniformados, se agitaba en la brisa»^[53].

Conflictivas pero mutuamente funcionales, las misiones negociaban con el Estado peruano: banderas, himnos y canciones patrias a cambio de permitir el asentamiento de una religión no católica que mantenía con los nervios de punta a los obispos.

Pero no fueron los evangelizadores protestantes los primeros blancos establecidos en la Amazonia en el siglo xx. Llegaron antes algunas misiones católicas y, como se vio, los explotadores del boom del caucho. Después de ellos, bajo la figura del investigador y folklorista Efraín Morote Best, llegó el Ministerio de Educación peruano. Vargas Llosa conoció la localidad amazónica Santa María de Nieva con un grupo del que formaba parte Morote Best:

«Más que un inspector de educación Morote había sido en esos dos años un cruzado de las tribus. Los ministerios de Educación y de Guerra y las prefecturas y subprefecturas de la selva habían sido bombardeadas durante esos veinticuatro meses con cartas e informes de Morote denunciando raptos, robos, abusos de autoridad, atentados contra las escuelas... Había recibido amenazas, había sido advertido que si se acercaba a ciertas regiones sería eliminado»^[54].

Instituto Lingüístico de Verano, la máquina de traducir

Los Drown y muchos otros de sus camaradas en esa batalla interminable por la fe evangélica comenzaron su misión cuando también llegaron los primeros traductores bíblicos del Instituto Lingüístico de Verano. Su proyecto era gigantesco: una versión de la Biblia en varias lenguas

amazónicas, entre ellas el aguaruna. Deseaban erigir una especie de Babel sagrada, la revancha del plurilingüismo.

Lisa Wistrand Robinson menciona y describe las dificultades casi insuperables que siempre encontró esta traducción múltiple, no sólo en la Amazonia, sino también en México, otra de las bases del Instituto. En 1956, Robinson y Lorie Anderson, estadounidenses e interesadas en la traducción de la Biblia, llegaron a territorio aguaruna, en un hidroplano, después de un vuelo con imprevistos aterrizajes forzosos en la selva. El inicio del libro que escribió Robinson (un libro de viajes, *best-seller* en su momento que combinaba la proeza con el exotismo en proporciones dignas de un film de aventuras) es una descripción cruda de la etnia que encontraron allí:

«Muchos han oído sobre los reducidos de cabezas sudamericanos, pero nunca de la tribu aguaruna. Los jíbaros de Ecuador y los aguarunas del noroeste de Perú son miembros de la familia lingüística jíbara. Sus antepasados fueron cazadores de cabezas, que mataban a sus enemigos, les cortaban la cabeza y la sometían a un proceso por el cual le retiraban el cráneo. La piel se encogía junto con el cuero cabelludo, pero la cara permanecía intacta y reconocible, aunque con el tamaño de una pelota de base-ball. Las leyes peruanas no autorizaban esta práctica en 1956, cuando yo llegué a esa región, y los aguarunas sabían de la prohibición, especialmente quienes vivían a lo largo del río Marañón. Sin embargo, en las laderas de las montañas y en los afluentes superiores, algunos continuaban realizándola. La finalidad era apropiarse de la fuerza espiritual de hombres que hubieran poseído una fuerza o un conocimiento especiales, principalmente de guerreros exitosos en sus incursiones de venganza»^[55].

Las dos mujeres llegaron a Nazaret (quizá, muy probablemente, la misma aldea a la que llegamos nosotros diez años después). Encontraron a otras dos que estaban allí desde 1954: la lingüista Mildred Larson y la enfermera Jeanne Grover (cuyos manuscritos sobre la experiencia en esa zona se encuentran en la Biblioteca Nacional de Lima). El pionero en la región había sido Roger Winans, misionero de la Iglesia del Nazareno, que estuvo desde 1932 a 1948. Y poco después, Elvin Douglass. Pero esos primeros misioneros no tenían entrenamiento lingüístico y Mildred Larson, una graduada en esa disciplina, estaba comenzando una síntesis bíblica en lengua aguaruna y una gramática, antes de encarar la tarea definitiva de la Gran Traducción. Los efectos de la catequesis bilingüe inglés-aguaruna los íbamos a encontrar nosotros, una década después, cuando tuvimos ante los ojos el *Vocabulario Aguaruna*.

Las recién llegadas debían reemplazar a la enfermera Grover y aliviar las tareas de la traductora para que ésta pudiera concentrarse en su misión lingüístico-religiosa, singularmente difícil por la asimetría entre el texto sagrado y las creencias de los aguaruna a quienes se intentaba ganar para el verdadero Dios, ignorando parcialmente su lengua y por completo su cultura. El encuentro de dos imaginarios habría sido imposible si la realidad material de la asistencia sanitaria y el voluntarismo paroxístico no hubieran tendido un puente.

Durante semanas, la lingüista Larson les enseñó a las recién llegadas las frases más necesarias de una lengua que desconocían por completo. El lado material de la misión facilitaba las cosas: «Teníamos muchas oportunidades para practicar porque los aguarunas venían todo el tiempo en busca de medicinas»^[56].

El de Robinson es un relato misional típico. Todos repiten esos tópicos y las mismas (exactas) descripciones de las casas desprovistas de todo objeto de origen mercantil; de los grupos de mujeres que atendían las huertas; de la reserva orgullosa de los hombres; de los métodos de pesca y de desbroce. Pero el personaje siempre presente es la mujer traductora (y otros traductores que se mencionan), comprometida, por razones religiosas y profesionales, en una tarea inconclusa hasta hoy.

El Instituto Lingüístico de Verano (IVL, siglas de la traducción de Summer Linguistic Institute) se originó en el trabajo misionero de William Cameron Townsend (1896-1982) que comenzó en Guatemala en 1919. Estaba convencido de que los misioneros debían vivir en las aldeas

indígenas, aprender sus lenguas y, de ese modo, sumarse al gran proyecto de traducción de la Biblia a todos los idiomas. En 1935, Townsend y un pequeño grupo de cinco personas se estableció en Oaxaca, México.

La gran ola misionera que le siguió llegaba de Estados Unidos. La traducción de la Biblia era su «costado científico», lleno de dificultades porque en la mayoría de los casos era la primera vez que se abordaba esas lenguas locales, que carecían de alfabeto. Y, muy especialmente, porque los traductores eran especialistas o pastores formados en el *bible belt* norteamericano. No tomaba en cuenta que la traducción de un relato mítico judeo-cristiano iba a entrar en colisión con el sistema de creencias de sus destinatarios amazónicos. Ellos eran fundamentalistas de la Biblia, no relativistas de todas las religiones. En consecuencia, creían que los relatos maravillosos de su Libro eran completamente autoevidentes aunque chocaran con la idea de lo maravilloso deseable y del peligro mágico de los destinatarios amazónicos.

Por lo tanto, el avance fue lento y penoso. En México y en Perú, el ILV firmó acuerdos con los gobiernos que le permitieron operar libremente en territorios casi inaccesibles, a los que llegaba con aviones puestos al servicio de la organización o comprados con sus fondos.

El misionismo protestante, las escuelas bilingües, la asistencia médica, formaban una unidad de acción: «Los alimentos, la ropa y las medicinas constituían factores convincentes para conseguir que los indios enviaran a sus niños a la escuela». Los jíbaros de Macuma, evangelizados por el matrimonio Drown, deliberan de manera impecable sobre este tema:

«—¿De qué sirve bautizar a las niñas? Sólo para volverlas perezosas y desobedientes...

—Es mejor que asistamos a la ceremonia. Si no hacemos lo que dice Panchu (el misionero), él se irá a otro lado. Y entonces, pregunto yo, ¿de dónde sacaremos los remedios, las ropas y los machetes?»^[57].

EL ILV procuró presentarse ante la opinión pública y los gobiernos como una organización científica, que realizaba también algunas actividades asistenciales. En Perú, la jerarquía católica disintió con esta perspectiva y consideró al ILV la cobertura del misionismo protestante. Según palabras de un obispo peruano, los traductores llegaban para «protestantizar nuestras montañas».

Townsend le respondió al obispo:

«Admitió que sus lingüistas estaban motivados por un profundo amor a Dios; confesó que estaban vinculados a unos Traductores Wycliffe de la Biblia; declaró que intentaban traducir la Biblia. Pero no admitió que fueran misioneros, menos aún misioneros evangélicos. Todo lo contrario: “Ningún pastor, sea protestante, sea católico, puede ser miembro... salvo que [tenga voluntad de] abandonar su carrera [para] seguir la nuestra... No nos llamamos protestantes sino simplemente creyentes en Cristo... Más allá de las enseñanzas de la Biblia Católica no vamos... Nosotros no somos responsables por la enseñanza de ritos y sistemas eclesiásticos de ninguna índole en razón de no ser sectarios. Los misioneros, ya católicos ya protestantes, son los que habrán de encargarse de dichas enseñanzas religiosas”»^[58].

Mientras este conflicto se desarrollaba en las sedes políticas y episcopales, el ILV formaba maestros bilingües en Perú, con consecuencias no calculadas. La traducción de la Biblia a las lenguas indígenas (una tarea por definición casi interminable), permitió desarrollar instrumentos de análisis lingüístico aplicados con éxito a la enseñanza en las escuelas de la Amazonia. Mildred Larson, la lingüista que entrenó a las misioneras llegadas a zona aguaruna, recopiló, organizó y ordenó un *Vocabulario Aguaruna de Amazonas* que, desde su carátula, muestra la cooperación entre el ILV y el gobierno peruano. El libro es de 1966 (seguramente la versión que nosotros vimos en la aldea de la selva era anterior, pero del mismo origen) y lleva la siguiente declaración de intenciones:

«Esperamos que este pequeño vocabulario, con su apéndice, interese y sirva a los indios que deseen aprender el castellano. Pensamos principalmente en los maestros y alumnos de las escuelas bilingües. Esperamos también que ha de servir a quienes tengan interés en aprender el aguaruna. Y

finalmente a lingüistas y antropólogos»^[59].

El *Vocabulario* tiene encantadoras ilustraciones que parecen provenir de un aficionado naïf, un aguaruna escolarizado en los libros de lectura, un maestro.

Ocho años después, en 1975, Mildred Larson publicó una *Introducción al idioma aguaruna*, en cuya portada se indica que fue preparada por Gerhard Fast y Larson, del Instituto Lingüístico de Verano, bajo convenio con el Ministerio de Educación. El *Vocabulario* de 1966 indicaba que hablaban aguaruna 12 000 personas. En esta *Introducción* se afirma que los hablantes son 18 000, un crecimiento inexplicable por la demografía. Como sea, lo que ha crecido es el conocimiento de Larson, ya que la *Introducción* es una gramática y sintaxis, una guía para construir diferentes modalidades enunciativas (órdenes, deseos, etc.) y un paradigma de los verbos. Las traducciones léxicas indican un trabajo de contexto que ha permitido pasar de la equivalencia palabra a palabra del *Vocabulario* a una serie de variaciones semánticas. El IVL se hizo cargo de un trabajo práctico que no había sido encarado. Su misión era extraterrena (ganar esas almas para Dios y ofrecerles la Biblia en su lengua), pero sus armas eran de este mundo.

En 1971, escribió Mario Vargas Llosa:

«En el Alto Marañón la explotación del hombre por el hombre alcanzaba unos límites de violencia bestial... Dentro del “Plan de educación” para la selva, se había ideado en esos años un sistema que consistía en llevar los hombres más despiertos y animosos de las tribus a seguir un curso de unos meses en Yarinacocha (cerca de Pucallpa), donde está la central del Instituto Lingüístico de Verano, para que luego volvieran a sus tribus y abrieran escuelas. [...] No sé si esa temporada en la “civilización” hizo del grupo de aguarunas buenos maestros. Pero a algunos les abrió los ojos sobre un problema muy concreto: comprendieron, al averiguar el verdadero valor del dinero y de las cosas, el abuso de que eran víctimas por obra de los “patrones”. Descubrieron que si en vez de vender las bolas de caucho y las pieles a los intermediarios, las vendían directamente en las ciudades, obtendrían beneficios muchísimo mayores; y, también, que los objetos que recibían de los “patrones” a cambio del caucho, les costarían mucho menos comprándolos en las tiendas»^[60].

Vargas Llosa conoció la zona aguaruna en 1958, acompañando a un antropólogo mexicano, cuya expedición a la Amazonia fue preparada por la Universidad de San Marcos y el Instituto Lingüístico de Verano. «Así fue que conocí a esa pequeña localidad, Santa María de Nieva, el otro escenario de *La casa verde*»^[61]. Según Vargas Llosa, en Santa María de Nieva se había establecido, en la década del cuarenta, una misión católica. De modo que el antropólogo auspiciado por el Instituto Lingüístico de Verano llegaba a una región en disputa religiosa, ideológica y de jurisdicción espiritual, en la que los protestantes vencieron por ser más eficaces, más modernos, mejor equipados, con mejores apoyos públicos, y más atinados en los servicios materiales que ofrecían a las etnias.

Los métodos para reclutar infieles utilizados durante décadas por algunas avanzadas católicas son sobrecogedores por su inconsciente crueldad. El comienzo de *La casa verde* narra una cacería de niñas aguaruna por dos monjas de la misión de Santa María de Nieva. La soberbia ignorancia de una ideología salvacionista da legitimidad a una invasión blanca que desembarca en la aldea para raptar a dos niñas, llevarlas a la misión y entrenarlas en la verdadera religión y el verdadero trabajo. Esos aguarunas son llamados «paganos» y hablar su lengua es «hablar en pagano». Así se describe a los aguarunas invadidos:

«Eran seis. La vieja, melenuda, lleva una pampanilla blancuzca y dos tubos de carne blanda y oscura penden hasta su cintura. Tras ella, dos hombres sin edad, bajos, ventrudos, de piernas esqueléticas, el sexo cubierto con retazos de tela ocre sujetos con lianas, las nalgas al aire, los pelos en cerquillo hasta las cejas. Cargan racimos de plátanos. Después hay dos chiquillas con diademas de fibras, una lleva un pendiente en la nariz, la otra, aros de piel en los tobillos. Van desnudas como el niño que las sigue».

Las monjas reparten regalos y comida. Después, dos tripulantes de la lancha que las ha llevado hasta allí, arrebatan a las niñas y se desata la turbulencia del religioso secuestro. Las niñas

aguaruna son como animalitos que no tienen conciencia de que las secuestran por su hipotético bien. En *La casa verde*, la violencia simbólica es más fuerte que la dominación física. Las niñas robadas en nombre de la civilización evocan el erotismo clásico de una salvaje en disponibilidad. Se las desea y, al mismo tiempo, se piensa que padecer o soportar ese deseo es el pago que ellas deben tributar a su proceso civilizatorio y a la cualidad pecaminosa de sus cuerpos salvajes:

«El Pesado, en cambio, les haría unos cariñitos, y se rió, mi Sargento: ¿no es cierto que las mayorcitas ya estaban a punto? ¿Las habían visto, los domingos, cuando iban a bañarse al río?

—No piensas en otra cosa, Pesado —dijo el Sargento—. Desde que te levantas hasta que te acuestas, dale con las mujeres.

—Pero si es cierto, mi Sargento. Aquí se desarrollan tan rápido, a los once años ya están maduras para cualquier cosa».

Hay otras versiones sobre este choque desigual de culturas. Un argumento expone que los misioneros abiertos o encubiertos y los comerciantes y aventureros, convertidos en exploradores «schumpeterianos», llevaron capitalismo a la Amazonia. El proceso se puede mirar de modo crítico:

«Son las consecuencias de la convivencia con colonos, madereros, cuereros, camioneros, etc., únicos, pero muy poco decorosos ejemplares de la sociedad blanca, que se encuentran en la vecindad de las comunidades indias recién concentradas. (Ellos mismos no son sino víctimas o desperdicios de la sociedad dominante). En todos los casos, misioneros y educadores son unánimes en lamentar las consecuencias negativas de ese contacto. Pero no deberían de olvidarse que fue a iniciativa de ellos que los indígenas fueron desplazados hacia esas zonas, donde la intervención de esos blancos entre ellos era inevitable. Ahora bien, aparte del alcoholismo esos blancos nada tienen que ofrecer ni enseñar al indio. Pero se llevan muchas cosas de ellos: bienes que obtienen a cambio de baratijas o alcohol, hombres aptos que contratan a bajo precio y mujeres jóvenes que, después de haber vivido con ellos, no quieren volver más a convivir con sus paisanos»^[62].

Stefano Varese (recuérdese: gran conocedor de la zona como investigador y como responsable de la reforma agraria de Velazco Alvarado) en 1987 balancea dilemas y propone salidas que hoy han demostrado ser tan correctas desde una perspectiva cultural como conflictivas en la coyuntura sociopolítica:

«Hay algunas preguntas que cabe formularse ahora desde una perspectiva “desarrollista”: ¿qué es lo que se pretende salvar en la Amazonia a través de las propuestas conservacionistas?; ¿más allá de preocupaciones moralistas, qué razones hay para proteger a las poblaciones indígenas preservándolas y aislándolas de un “natural” proceso de integración a la nacionalidad y su desarrollo?; ¿las acusaciones de colonialismo no responden a una visión idealizada, antropológica y ecologista de la Amazonia y sus habitantes? Los interrogantes pecan de algunas imprecisiones. La alternativa no se reduce necesariamente a una disyuntiva entre las proposiciones extremas: explotación indiscriminada de la Amazonia o conservación a ultranza del hábitat sin ninguna intervención externa alteradora. Las propuestas son de uso, aprovechamiento y desarrollo racional a partir de las condiciones específicas del ecosistema y de los estilos de civilización que allí se desarrollaron. Por otra parte, no se trata de proposiciones aislacionistas y proteccionistas de las poblaciones indígenas, sino de una opción de desarrollo regional y nacional que reconozca la posibilidad de participación activa de las etnias amazónicas con sus conocimientos, sus soluciones, sus organizaciones y sus aspiraciones»^[63].

Desde 2008 un conflicto está en marcha en la Amazonia que reclama tener voz y decisión en las concesiones mineras, agrícolas y de reforestación industrial^[64]. La violencia de una ocupación nacional y capitalista de los territorios comunitarios ha empujado dentro de la historia, para siempre, a los jíbaros.

Un desenlace de tantos posibles

Otro viajero, etnógrafo, discípulo de Lévi-Strauss, Philippe Descola, comienza así un libro

esplendoroso y melancólico sobre los jíbaros de Ecuador:

«Aun para quien las aborde sin prevenciones, las fronteras de la civilización ofrecen raramente un rostro amable. Es verdad que en esos lugares tan poco civilizados se juega a escala planetaria un conflicto muy real. Iniciado hace ya más de un siglo, enfrenta a un puñado de minorías tribales con el gran número de los que aspiran a desalojarlos de sus últimos refugios, legión dispar en la que se mezclan y se oponen campesinos miserables necesitados de tierras y grandes propietarios de ganado y plantaciones, buscadores de oro o de piedras preciosas y multinacionales del petróleo, de la explotación forestal del trópico o de la extracción minera»^[65].

Una noche, en Chilecito, después de bajar del Famatina, yo le conté mi historia aguaruna a Ada Solari^[66]. Fue ella quien, sorprendida por la semejanza de mis indios y los jíbaros, me regaló el libro de Descola.

Construí brevemente el zócalo sobre el que hoy se apoya mi comprensión de las fotografías tomadas hace varias décadas. En ese momento, «los jíbaros presentaban la curiosa paradoja de permanecer en los márgenes del conocimiento etnográfico, mientras despertaban con su nombre un eco familiar a toda Europa»^[67]. Nada de extraño, entonces, que los cuatro jóvenes que llegamos a la aldea jíbara desconociéramos todo de los aguaruna. Probablemente, eso ayudó a que nos condujéramos como amigos lejanos y que nuestra candidez fuera tomada por los de la aldea como signo de ausencia de peligro. Unos y otros, sin entendernos en lo más mínimo, nos sentimos benevolentes.

Hoy esa experiencia no sería posible. Se extrae petróleo en esa zona amazónica, que también se ha incorporado al mapa de la producción de droga. Hoy, también, los aguarunas tienen un primer representante en el congreso peruano. Su nombre es Eduardo Nayap Kinin. Es teólogo (recibido en la Universidad Nazarena de las Américas de Costa Rica) y ha trabajado en distintas organizaciones sociales internacionales. Nació en 1956. Seguramente fue muy parecido a cualquiera de esos niños que nos miraban, semidesnudos, desde las orillas barrosas del río, mientras nosotros les sacábamos algunas fotos.

HACIA EL FUTURO DEL PASADO

Remontamos el Paraná en una barca que transportaba madera, troncos y tablas aserradas. Apoyados contra esa carga, sobre cubierta, pasábamos las horas en una especie de asombro adormecido por el calor, la humedad, los ruidos de animales que llegaban desde la costa. Más arriba de Foz de Iguazú, nos habían aceptado en ese barco, al que subimos con nuestras mochilas, tímidos, porque era la primera vez que algo había resultado tan sencillo. El capitán dijo que sí, simplemente que sí, que nos llevaba. Casi antes de acomodarnos, sacamos una foto en cubierta, con los cinco tripulantes, navegantes de río, hombres reservados, que hablaban un portuñol difuso, parecido al que nos esforzábamos nosotros por practicar: lenguas de frontera. De todos modos, no se interesaron mucho por estos jóvenes evidentemente ciudadanos, estudiantes universitarios.

Enseguida aprendimos lo esencial: se comía cada cuatro horas, cuando cambiaban los turnos y el cocinero hacía sonar una campana. El atardecer traía una nube de mosquitos y los ruidos de monos y pájaros invisibles cambiaban de tono, como si tocaran otra partitura diferente de la música diurna. Casi no hablábamos ni entre nosotros, ni con la tripulación, apenas gestos de cortesía, dar las gracias todo el tiempo, cosas así. En alguna foto desvaída adivino que tenemos cara de felicidad. Con buen tiempo y sin nada que hacer, la navegación es plácida. Fumábamos y comíamos grandes pedazos de dulce de guayaba y bollos de pan medio húmedo, guiso de arroz y porotos con trozos de carne y grasa. El cocinero subía a cubierta con una lata de cuarenta centímetros de diámetro y un cuchillo. Cortaba grandes porciones de ese dulce perfumado y demasiado tropical para nuestro gusto. Pero no queríamos ofender y lo tragábamos, empalagados, acopiando calorías para circunstancias menos afortunadas.

Entregados al sopor del ocio, sin embargo éramos conscientes de algo fantástico, una peripecia de ciencia ficción. Creíamos que, en pocos años más, todo el Paraná iba a ser una gigantesca autopista de represas. La iniciativa se la confiábamos a Brasil, por supuesto, que ya entonces respondía a una mitología técnica y futurista mucho más que la Argentina, que daba la impresión de estar detenida, porque su «destino evidente» no se había cumplido. Brasil, en cambio, tenía una potencia arrolladora y allí se había elegido a la arquitectura moderna como «arquitectura de Estado»^[68].

Nuestra representación de la futura Itaipú era fantasiosa, pero incluía, sin que nos estremeciera demasiado, el destino ingenieril y distópico de que todo el Paraná, de arriba a abajo, mutara drásticamente. Nos anticipábamos a ese progreso, porque éramos desarrollistas sin saberlo, gente de izquierda o peronistas nacionalistas con un sustrato desarrollista. Repetíamos «Urubupungá / Urubú-pungá / Jupιά / Urubupungá»^[69], como una fórmula mágica. Ninguno de nosotros había escuchado jamás la palabra «ecología» y nuestro costado marxista hacía que no se nos cruzara por la cabeza que muchos pobladores iban a ser relocalizados, que se inundarían kilómetros y kilómetros de territorio. Tales cosas no eran tema de la cultura de izquierda en aquella época.

Así, mientras navegábamos por el Paraná, a bordo de una tradicional chata carguera, enorme es cierto, imaginábamos que estos serían los últimos viajes fluviales. ¿De dónde nos venían estas creencias y supersticiones futuristas? Seguramente de la ciudad que era el destino del viaje: Brasilia. La nueva capital, inaugurada en 1960, magnetizaba todo lo que veíamos. Apenas si conocíamos algunas fotos, pero Brasilia ordenaba todo lo que se nos ponía por delante desde Foz de Iguazú. El presente se ordenaba desde el futuro. Una revolución de los tiempos. Sin duda, una revolución juvenilista.

Los yacarés que venían de otras eras zoológicas, con sus pieles pétreas, iban a desaparecer. Nosotros les tomábamos las últimas fotografías, en ese pueblo de costa y de frontera donde esperamos un transporte fluvial Paraná arriba. Nada en ese pueblo anunciaba el futuro: ni los techos de tejas, ni la tierra rojiza que lo manchaba todo, ni las cortinas de cañas de las verandas en las que pasamos algunas noches, ni la hospitalidad campesina, que mandaba a algún chico a

ofrecernos un cafecito porque nos veían raros, difíciles de ubicar, porque no éramos ni vendedores ambulantes, ni misioneros. Mucho menos anunciaba el futuro ese Ford a manivela, pintado de verde, que ayudamos a empujar porque se había empacado en medio de una calle. Sin embargo, impertérritos ante estos datos de la realidad, nosotros nos movíamos desde esa selva subtropical hacia Brasilia. Los tiempos estaban mezclados.

Desembarcamos antes de Jupia y seguimos camino por tierra, en ómnibus y camiones sucesivos. Así llegamos a Río de Janeiro. A diferencia de todo sentido común turístico, casi no nos ocupamos de la bahía ni de las playas. De la rodoviaria fuimos directamente al Ministerio de Educación. En Buenos Aires no había ningún edificio público que pudiera compararse. De ese modo extraño se cumplía el propósito general de todo viaje, ya que llegábamos para conocer aquello que no se encontraba en otra parte y ciertamente no se encontraba en nuestra ciudad natal.

Es cierto que tampoco la bahía de Guanabara se acercaba a nada que conociéramos, pero no entraba en nuestra lista que seguía la norma de rechazar los «lugares comunes». No buscábamos «bellezas naturales». Nos fanatizaba la intervención sobre el territorio, el gran monumento del paisajismo y la arquitectura. Río para nosotros, aunque parezca necio y ciego, era Lucio Costa, Niemeyer y Burle Marx. Movidos por ese deseo, practicábamos una especie de snobismo modernista. Los pilotes del Ministerio de Educación eran las columnas clásicas de nuestra cultura visual, que empezaba en el presente y se reducía casi enteramente al presente. Sólo recuerdo vagamente una mañana en la barra de Tijuca, donde nos llamó la atención que el mar fuera caliente ya que sólo conocíamos el Atlántico al sur; y una noche de ensayo de una escuela de samba, en un barrio al que llegamos sin saber ni dónde estábamos ni qué íbamos a ver. Comíamos lo que se podía comprar en la calle: pollo o bollos fritos rellenos de sustancias que no reconocíamos, y rodajas de abacaxí. No prestábamos atención, en primer lugar porque tampoco teníamos dinero para elegir demasiado.

Este viaje, a principios de la década del setenta, quizás en enero de su primer año, confirmaba ideas recibidas y anticipaciones. Habíamos ido a Bolivia y a Perú no en busca de la modernidad, sino de la resistencia inmovible de campesinos o mineros, de militantes trotskistas o nacionalistas, a los que inscribíamos en una línea de tiempo que se hundía en el pasado y nos comunicaba con las culturas originarias, anteriores a la llegada de España a América. En Bolivia y Perú buscábamos formas «progresistas» del pintoresquismo latinoamericano. Buscábamos la resistencia o la revolución en sus estilos campesinos e indígenas, estilos ancestrales sojuzgados por la colonización y luego por el imperialismo. Eso es lo que creíamos encontrar en la América andina y esas eran las palabras que usábamos.

En Brasil no buscábamos nada de eso, aunque nuestra idea era igualmente fantasiosa. Ignorábamos todo sobre la Amazonia (que habíamos pisado en la frontera entre Perú y Ecuador uno o dos años antes) y pasábamos por alto Salvador de Bahía y lo que está al norte de Río de Janeiro sobre la costa del Atlántico. La línea maestra de nuestro viaje era, primero, el Paraná (el futuro energético de las represas, apurarse para ver los grandes saltos antes de que los aplanaran para construir los lagos artificiales y los reservorios); después, Río de Janeiro y de allí, en ómnibus, lo más directamente posible, Brasilia. En el medio vendría una sorpresa inesperada, un azar benevolente con nuestra fijación modernista.

Fue una noche. Viajábamos en ómnibus por el medio del continente y en el horizonte apareció un resplandor móvil que, poco a poco, se convirtió en el sky-line de Belo Horizonte. Muchos años después, tuve la misma impresión de fuego en el desierto cuando me acerqué, en auto, a Las Vegas. La llegada nocturna contradecía algo que yo no había leído aún. En *Tristes trópicos*, Lévi-Strauss anota, con alguna ironía: «Los trópicos son menos exóticos que pasados de moda». Por el contrario, el fuego eléctrico de Belo Horizonte era futurista: la ciudad amontonada en el desierto, de hoy para mañana, con derroche y deseo fáustico de modernidad.

Por primera vez en nuestra vida veíamos rascacielos que emergían, como menhires técnicos, de un paisaje mediterráneo. Habíamos vivido exclusivamente en Buenos Aires e imaginábamos las ciudades de altura invariablemente en la costa: grandes puertos o capitales. Belo Horizonte contradecía, de modo inesperado, esta certidumbre obtusa. No esperábamos nada de la ciudad. Encontrarla fue nuestra fortuna, ciertamente.

Esa noche dormimos en el leprosario. Nos sucedían cosas inverosímiles. Cuando bajamos en la rodoviaria, se nos acercó un policía de civil que se definió como investigador. Nuestro grupo era extraño: tres muchachas jóvenes y un muchacho, con mochilas (que no eran, en esa época, una forma usual de llevar carga) y borceguíes (que tampoco eran, como ahora, los zapatos típicos del joven *cool*). Un cuarteto de argentinos medio dormidos y todavía desconcertados por la dimensión inaudita de la ciudad mediterránea.

El policía era, evidentemente, un oficial. No se identificó ni a nosotros se nos cruzó por la cabeza pedirle que lo hiciera. No se usaba entonces tal ejercicio de derechos. Le preguntamos, en cambio, si tenía idea de algún albergue, hotelucho, lo que fuera, donde pudiéramos pasar la noche de la manera más austera. El tipo nos miró de arriba abajo y fue evidente que le resultamos interesantes por lo insólitos. «Los invito a un trago», nos dijo mientras abría la puerta de su Volkswagen. Veinte minutos después nos sentamos en la barra de un bar desde donde se veía la ciudad entera, iluminada, incandescente. Nos explicó donde estábamos; nos dijo que seríamos más que tontos si seguíamos camino a Brasilia sin conocer, por lo menos, el barroco de pequeñas ciudades como Sabará. Mientras tomábamos jugo de coco en su recipiente original, un exotismo para nosotros que, hasta ese momento, lo más tropical que conocíamos era el ananá, nos desvió de la ruta a Brasilia por dos días y, en el mismo cuarto de hora, solucionó la cuestión de nuestro alojamiento.

Horas después dormíamos en el leprosario de Belo Horizonte, en un cuartito con dos elásticos, sin colchones ni mantas ni ventana. La puerta daba a un patio oscuro y desierto. Al ver que todo estaba desnudo, impecablemente rasquetado, suspiramos con alivio. Nos serenó el olor de los desinfectantes. Años atrás yo había leído una novela de Jack London donde el protagonista se contagiaba la lepra y los primeros signos aparecían como algunas manchas en el entrecejo: la faz leonina. En fin, mejor no pensarlo allí, en ese momento.

Al día siguiente, salimos hacia Sabará. El barroco mineiro se metía de este modo, por consejo policial, en nuestro camino hacia la Meca modernista de Brasilia. Muchos años después, de regreso en Belo Horizonte, tuve que confesar que apenas me había detenido en la Iglesia do Carmo. Todo sucedía como si la dirección de aquel viaje (que era un vector hacia el futuro) borrara sigilosamente la historia. Los ojos no pueden ver lo que no desean. Ni desear aquello que ni siquiera se conoce de nombre.

Por eso, no recorrimos los 290 kilómetros que separan a Belo Horizonte de Diamantina, la pequeña ciudad barroca donde había nacido Kubitschek, el presidente que imaginó Brasilia. Muchos años después, estuve en Diamantina y traté de hacer un ejercicio difícil: mirarla como la hubieran mirado mis ojos cuarenta años antes. Si hubiéramos ido a Diamantina, allí se habría producido el salto de programa que nuestra obsesión modernista le negaba al viaje. Quizá, al llegar a Brasilia, habríamos podido reconocer (como hoy reconozco) en los muros blancos de la ciudad nueva, los blancos resplandecientes de las casas y las iglesias de Diamantina, que es, a su modo, una ciudad blanca, donde sólo los marcos de las puertas o ventanas y los bordes de las molduras llevan color: azules electrizados, rojos, sepías intensos, amarillos. Hoy reconozco ese diálogo entre blancos puros. Y más: se dice que Niemeyer se inspiró en los arcos del mercado de Diamantina para sus arcos de Itamaraty. Pero, entonces, cuando corríamos hacia Brasilia, no teníamos ojos para ver Diamantina. Nada hay tan difícil y raro como el barroco.

Más raro es que, hasta llegar a Belo Horizonte, hubiéramos pasado por alto que en esa ciudad se conocieron su alcalde, Juscelino Kubitschek, y el futuro arquitecto de Brasilia. Belo Horizonte

fue casi una casualidad, cuando debió haber estado en nuestro itinerario desde el principio. Al regresar de Sabará visitamos Pampulha. En apariencia, todo volvía a ponerse en orden: íbamos de Niemeyer a Niemeyer, de Kubitschek alcalde y gobernador a Kubitschek presidente. Pero la obsesión con Brasilia producía una especie de ceguera. La visita a la iglesia de Pampulha fue un tributo apresurado a Niemeyer, algo que se acepta porque es inevitable pero que, a fin de cuentas, se convierte en obstáculo.

Décadas después volví a Pampulha. En mi recuerdo sólo habían quedado los colores y la transparencia vítrea de los azulejos de San Francisco. Me resultó difícil imaginar quién había sido esa muchacha obsesionada, insensible y distraída, que en Pampulha sólo pensaba en otra cosa.

¿Qué significaba todo este esfuerzo físico, este arrastrar de mochilas bajo el sol, atosigados por el calor y la humedad, las noches a la intemperie, los mosquitos, los piques bajo las uñas, el suspenso un poco siniestro del leprosario, la comida escasa salvo en los días muníficos del barco por el Paraná? ¿Por qué esta peregrinación que parecía una performance *hippie*?

Era un capítulo del viaje iniciático. Avanzada la década del setenta, poco después de nuestros viajes por América del Sur, esos recorridos de aprendizaje se clausuraban definitivamente. Pero en los últimos años de la década del sesenta y los dos primeros de la siguiente todavía quedaba, entre la violencia revolucionaria y la represión, un resquicio para estos desplazamientos ingenuos y pedagógicos. Ese resquicio, sin embargo, ya estaba acechado por el peligro. Cuando en la frontera peruano-ecuatoriana, en plena Amazonia, nos detuvo el ejército, ese pudo ser el primer signo de que la «formación del joven latinoamericano» debía encontrar otras modalidades y otros escenarios.

Profesábamos la fe ultraempirista de que para conocer América Latina había que desplazarse de ser posible a pie, por tierra; en barcas no preparadas para el turismo por agua; pegados a la superficie, hablando con aquellos que el azar nos ponía por delante, campesinos quechuas, jíbaros amazónicos, pobres de las barriadas, mineros, sindicalistas, intelectuales, cazadores furtivos, probablemente sin entenderse y, muchas veces, sin conocer la lengua de unos y otros. Éramos ciudadanos que vivíamos la fantasía de que el viaje nos transformaba de manera instantánea. Recibíamos una formación ideológica en estado práctico, que saltaba sobre las barreras culturales y lingüísticas.

Hasta llegar a Brasil, los desplazamientos habían tenido dos vectores: la historia y la pobreza latinoamericana, una línea de tiempo y un mapa social. Pero Brasil nos parecía diferente: fortalecía el imaginario tecnológico que convertía al Paraná en un curso de gigantescas represas de donde fluiría electricidad para millones; había construido la ciudad más moderna del continente y, claro está, del mundo. Sólo sabíamos de Brasil que era el futuro (quizás en eso no estábamos tan equivocados). No buscábamos ni historia ni color local, ni costumbrismo ni pintoresquismo miserabilista. Brasil era una nación del porvenir. Habíamos visto *Deus e o Diabo na Terra do Sol* y, sin embargo, no podíamos incorporar esas imágenes de Glauber Rocha a nuestra fantasía brasileña.

Por otra parte, en un impulso de soberbia, queríamos corregir la «versión argentina» de Brasil, un insultante prejuicio turístico sintetizado en Río de Janeiro, los carnavales, color-ritmo-buena-onda-jogo-bonito. Rechazábamos esa versión por racista y estrecha. A la postal del Cristo sobre el Corcovado y la bahía, le oponíamos nuestra fotografía de los bellos pilotes del Ministerio de Educación de Río de Janeiro. Por eso, el destino era Brasilia.

Sucedió de mañana, muy temprano. Uno de nosotros recuerda que llegamos en camión, montados sobre la carga^[70]. Yo creo que fue en ómnibus y que bajamos en la rodoviaria, adormilados pero victoriosos. No conocíamos a nadie que hubiera estado en Brasilia. Nos sentimos los primeros de una serie latinoamericana que sería, de allí en más, infinita. La rodoviaria nos pareció sucia, ruidosa, caótica por la falta de indicadores, pero lo pasamos por

alto. No queríamos hacer comentarios de estudiantes pequeño burgueses justamente cuando estábamos frente a las puertas del Xanadú modernista. Buscábamos el asombro.

Con una seguridad inamovible, fuimos en ómnibus hasta la universidad y dimos vueltas hasta encontrar el local que, en nuestra cultura política, debía corresponder al centro de estudiantes. Un trámite sencillo, como registrarse en un hotel que se ha reservado. Explicamos que éramos argentinos, que veníamos a conocer Brasilia y que necesitábamos dormir algunas noches. Un estudiante abrió la puerta de un depósito, donde había resmas de papel y probablemente algún mimeógrafo, mientras nos contaba la lucha contra la dictadura. Con sencillez poco interesada en la respuesta, nos preguntó si nos arreglábamos bien allí.

De la inmensa cantidad de cosas que desconocíamos por completo, la Universidad de Brasilia era una excepción. Yo trabajaba en editoriales de libros y fascículos donde se mencionaba con frecuencia el nombre de Darcy Ribeiro. Sabíamos que muchos profesores de esa Universidad habían sido cesanteados o habían renunciado después del golpe de 1964. Esos avatares eran parecidos a los de la Universidad argentina, en 1966, después del golpe de Onganía. Sobre todo, tenía una idea somera de que la organización de la Universidad de Brasilia había sido (¡naturalmente!) muy moderna, superadora de la división tradicional por carreras profesionales y departamentalizada según disciplinas. Esa organización también fue explorada en la Universidad de Buenos Aires desde 1956 hasta el golpe de estado, que también había empujado a la renuncia y al exilio a casi todos los investigadores en ciencias sociales y exactas. Sabía, más o menos, de qué hablaba el estudiante que nos recibió. Tenía noticias de las movilizaciones estudiantiles. En fin, existía un terreno de experiencias comunes.

Pero no habíamos viajado hasta Brasilia para debatir la «cuestión universitaria», de modo que guardamos nuestras mochilas y salimos, como quien, por fin, ha alcanzado su objetivo. Por primera vez en varias semanas estábamos tranquilos. Caminamos hasta la Plaza de los Tres Poderes, que era la imagen de Brasilia que mejor conocíamos por fotografías.

Nuestra idea de espacio público se había limitado, hasta pisar la Plaza de los Tres Poderes, a la Plaza de Mayo de Buenos Aires. Las diferencias son evidentes, pero recién allí tuvimos conciencia de ellas. Plaza de Mayo es el producto de una superposición de modificaciones, cambios, reconstrucciones y demoliciones realizadas a lo largo de dos siglos. No surge de un solo gesto sino de una suma estilística y paisajística, de la coexistencia desperejada de los edificios neoclásicos, italianos y modernos que la rodean. Es heterogénea; sus cualidades no provienen de una sola concepción urbanística ni arquitectónica, sino de agregados y correcciones. Fundamentalmente, su sentido se lo dan los acontecimientos que sucedieron y suceden allí. Plaza de Mayo está, casi siempre (incluso bajo dictaduras militares) llena de gente, curiosos, manifestantes, vendedores, turistas, mendigos, veteranos de Malvinas.

En 1970, la diferencia con la Plaza de los Tres Poderes no provenía sólo de la belleza que, por supuesto, nos dejó atontados, mientras caminábamos de un extremo al otro por las explanadas. La diferencia era que la Plaza de Brasilia estaba desierta. No había nadie allí. Su simbolismo se originaba en la potencia del gesto arquitectónico y constructivo, en la confianza política fundacional, no en las capas de pasado que todavía no habían tenido tiempo de depositarse sobre esas superficies perfectas. En la Plaza de los Tres Poderes, la decisión de un Estado y el genio de Niemeyer habían reemplazado a la historia que es la gran arquitecta de las otras plazas latinoamericanas.

Todo estaba vacío. Una fotografía muestra a dos de nosotros, alejados varios cientos de metros del Palacio del Planalto. La extensión registrada es enorme. Sobre la llanura de cemento están solamente esos dos argentinos, contra la silueta del Palacio. Es cerca del mediodía y no se ve a nadie más. Apuesta máxima de la arquitectura moderna: sostenerse sobre el vacío. Chandigarh, Brasilia, autofundarse con un doble gesto material y simbólico.

Hoy las imágenes son bien diferentes. Centenares de presidentes, ministros y embajadores han

recorrido esa extensión, registrados en miles de fotos periodísticas y de secuencias televisivas. Cuando nosotros llegamos, en cambio, la fenomenal y desmesurada apuesta estaba al desnudo. Entonces podía formularse la pregunta: ¿qué será mañana, dentro de veinte o treinta años, de esta explanada desierta?

No nos hicimos esa pregunta. Aparentemente sencilla, era, sin embargo, demasiado complicada para nosotros. Discutimos otras cosas. Habitados a las movilizaciones en la plaza pública, nos esforzamos por imaginar cómo sería una hipotética movilización popular en la Plaza de los Tres Poderes. Sentados sobre el cemento, al sol, sólo pensábamos a partir de lo que creíamos una especie de norma universal: las plazas se diseñan para que las ocupen los manifestantes. La claridad del Plan Piloto acentuaba nuestro error: como si Lucio Costa (al revés del barón de Haussmann) hubiera decidido una traza urbana especialmente propicia para multitudes encolumnadas que avanzaran por la avenida de los ministerios hasta la Plaza.

Así desvariábamos, impactados por una obra todavía desnuda de las imágenes que iban a rodearla con el paso del tiempo. Al mismo tiempo, tenía algo irreal, como si estuviéramos paseando por una escenografía de la historia futura. Las dos cúpulas invertidas, las dos torres brillaban con el aura de lo nuevo. No había acontecido aún el lento, inexorable y desgastante proceso que convierte a las imágenes, a los edificios, a los paisajes, en familiares. Todo explotaba ante los ojos.

«Brasilia era, en verdad, un inmenso cartel anunciando al mundo, en letras gigantes, que Brasil era capaz de realizar esa empresa. Y ese destino simbólico era coherente con el devenir de la propia arquitectura moderna brasileña que, desde el proyecto del Ministerio de Educación y el de Salud Pública, floreció, bajo el patrocinio estatal, con la enorme responsabilidad de representar la modernidad nacional»^[71].

Equivocados, o no, nosotros veíamos exactamente eso.

Esta experiencia hoy no puede repetirse. Entonces, la ciudad sólo tenía diez años. Caminamos desde la Plaza de los Tres Poderes, a lo largo de la avenida bordeada por los ministerios. De nuevo, solos. Brasilia nos daba la rara imagen de una ciudad nueva, sin pasado. Interpretaba, por eso mismo, una de las altas utopías de la modernidad. La ciudad es siempre una historia. Pero, en Brasilia, todavía no había transcurrido el tiempo necesario para que el presente dejara de ser presente, y sobre lo construido se depositaran capas de tradición y de recuerdos. El gesto urbanístico de Lucio Costa y el gesto estético de Niemeyer eran pura actualidad.

¿Por qué una catedral en esta ciudad del futuro?, me pregunté de pronto. Yo había decidido, antes de llegar, que la catedral de Brasilia no me gustaba del todo, y ni siquiera Niemeyer podía persuadirme. La catedral, pensaba, era demasiado tributo al pasado. Alguno de nosotros dijo que, eventualmente, podía convertirse en auditorio y bromeó: «Las iglesias siempre tienen buena acústica». No me pesaba el simbolismo de Brasilia; me molestaba en cambio que un arquitecto comunista hubiera ofrendado a Dios un edificio de significado tan explícito. Por supuesto que todavía no sabía nada sobre la Iglesia en Brasil ni, mucho menos, sobre la religiosidad popular. Simplemente me rebelaba ante ese gigantesco doble cáliz. A las iglesias viejas las explicaba la historia. A las nuevas, sólo las sostenía la arquitectura, cuando menos enfática, mejor.

Itamaraty, en cambio, podía cambiar de manos, de un régimen político a otro. Bordeábamos el espejo de agua sobre el que se apoyan las columnas. Estábamos contentos porque el reconocimiento de ese peristilo rectangular, en medio de tal vendaval de novedades, causa placer incluso a quienes, como nosotros, buscaban ser sorprendidos todo el tiempo. La diferencia entre Itamaraty y los otros ministerios nos parecía una alegoría arquitectónica de que Brasil encaraba sus relaciones exteriores a largo plazo, con el clasicismo que merecen las políticas de Estado. Este era un lugar común muy repetido en la Argentina. Que nosotros leyéramos las columnas de Itamaraty como una representación estética de esa política muestra

hasta qué punto estábamos tejidos por preconceptos. Aunque corriéramos una carrera contra ellos.

Llegamos a las super-cuadras de viviendas. Algunos autos estacionados. Silencio y vacío. Al revés de todas las ciudades chicas y grandes que habíamos visitado, orden y casas recién pintadas. No puedo recordar dónde comprábamos lo que comíamos. No puedo recordar un solo negocio o fonda al que hayamos entrado, ni un carrito en las calles. Seguramente comíamos en el predio de la Universidad, pero tampoco puedo recordarlo. Ese agujero en la memoria contrasta con la precisión con que veo al cocinero del barco, recortado en cubierta contra la orilla selvática del Paraná, con su cuchilla en la mano, en el momento de repartir pedazos de dulce.

Brasilia, para nosotros, era todo lo contrario de aquella realidad concreta. Pero no nos sorprendía la ciudad desierta. Por el contrario, enfatizaba la desnudez de lo que acaba de materializarse y no ha terminado de asentarse sobre la tierra, el momento del aura. Flamante y blanca, era un gigantesco holograma de sí misma. Como en un libro de arquitectura tridimensional se mostraba como el monumento de la arquitectura modernista. Estar en Brasilia era pisar una frontera. Nunca, en ningún lugar, se había llegado tan lejos en la voluntad política de dar forma a un territorio e impregnar una ciudad con una estética. Chandigarh, es cierto, pero estaba en la India y era más pequeña.

No regresé a Brasilia. Quizá no volví para conservar intacto el recuerdo joven de la ciudad resplandeciente, recién construida, ese proyecto voluntarista y materialista al mismo tiempo, surgido del desarrollismo y de la conciencia de que una nación también se manifiesta en sus símbolos. Conozco las críticas a la ciudad y los argumentos que la defienden. Hace dos o tres años, caminando por Chicago con dos amigos brasileños, y hablando de ciudades, la mujer me dijo: «Viví en Brasilia». La miré ansiosamente, como quien espera una revelación temida. «Me gustó mucho vivir allí». Y comenzó a contarme su experiencia.

UNA EXTRANJERA EN LAS ISLAS

Nunca pensé viajar a las Malvinas. La ocupación argentina de 1982 fue uno de los hechos más traumáticos de mi experiencia política durante la dictadura. Estuve en contra en ese momento, cuando estar en contra implicaba formar parte de un grupo casi invisible. Al final se transcriben un par de documentos hasta ahora desconocidos^[72]. El lector que quiera leerlos quizá adivine la importancia que tuvo escribirlos en esos meses de 1982, y también el temblor y la cólera de todos quienes estábamos contra esa guerra, que se había convertido en causa nacional. La cuestión de las Malvinas siguió persiguiéndome durante muchos años y yo seguí criticando el triunfalismo ciego y el desorbitado nacionalismo sin principios. Nunca me sentí más lejos del país donde vivía que en esos meses donde todo había sido eclipsado por la ilusión de que, guiada por la dictadura, la Argentina vencía a Gran Bretaña. Esa fantasía colectiva fue mi pesadilla.

Por eso, nunca pensé en viajar a las islas, que eran para mí un lugar crepuscular: el crepúsculo de la dictadura, el de la muerte de cientos de soldados argentinos, el de un nacionalismo territorial que no me interesaba y que la guerra de Malvinas me había mostrado como una desmesurada equivocación no sólo de los militares sino de un avatar de la ideología argentina. No tenía nada que comprobar en las islas.

Sin embargo, los viajes comienzan de maneras no planeadas, salvo en las guías para el turismo, y mi viaje a Malvinas fue un salto de programa. En 2012, se cumplieron treinta años de la guerra y firmé un documento que el lector también podrá encontrar al final del libro. La repercusión de ese texto político fue grande, en la Argentina y, como me fui dando cuenta poco antes del viaje, en las islas^[73].

Por eso, cuando se anunció el referéndum en el que participarían los isleños el 10 y 11 de marzo de 2013, como si hubiera sido desde siempre algo deseado, me propuse viajar y elegí una manera que no me obligara a explicar todo el tiempo qué estaba haciendo allí. Le propuse a Jorge Fernández Díaz que *La Nación* me mandara para cubrir el referéndum. La tarde anterior a mi viaje, pasé por el diario. Cuando nos despedíamos, Jorge me dijo: «No sólo vas a escribir las notas; vas a escribir un libro». Le dije que no, que no veía un libro pero tampoco adivinaba en ese momento este último capítulo.

El viaje a Malvinas quizás haya sido mi último viaje importante y forma sistema con los viajes de la juventud: el último viaje durante el cual la experiencia fue inesperada, reveladora, fuera de programa. Me trasladó no sólo a la pesadilla de la guerra de 1982, sino, mucho antes, a días muy lejanos. Fui a Malvinas casi por una improvisación impulsiva. Pero hice mi trabajo y escribí las notas. A la primera, que mandé el mismo día de la llegada, le puse un título cuyo significado yo conocí del todo sólo al final: «La experiencia inconmensurable»^[74].

El avión, con ruta Buenos Aires-Santiago de Chile-Punta Arenas-Stanley, estaba lleno de periodistas y de observadores internacionales. El referéndum era un acontecimiento no sólo para la Argentina ni sólo para los isleños y Gran Bretaña. También había a bordo turistas, cuyo destino final eran las islas o el sur de Chile. De Santiago a Punta Arenas me senté entre una norteamericana y un canadiense. Ella leía una novela de Charlotte Brontë en su Kindle y me dijo que iba a hacer 8 días de *trekking* en Torres del Paine. El canadiense, entretenido en su novela policial, entre cuyas páginas llevaba fotocopias de una guía de Punta Arenas, me indicó un tramo en el mapa: «This should be a nice walk». Antes, en el embarque, dos franceses. Pensé que eran observadores internacionales del referéndum. Finalmente, cuando uno de ellos se fue a buscar un café, le pregunté al otro: «Excusez-moi, Monsieur, vous allez aux Malouines?». Contestó: «Bien sur». Me animé entonces: «En ce cas, êtes-vous du comité international d'observateurs?». Resueltamente: «Pas du tout. Nous allons faire le tour des îles en bateaux à voile».

Yo creía que todo el mundo se estaba moviendo hacia el centro donde me dirigía yo, el referéndum. Sin embargo, pensé: yo también voy a una isla fabulosa donde a las ovejas las

arrear en moto o en cuatriciclo.

Bajamos en Punta Arenas para pasar migraciones. Cuando volvimos a embarcar, se sentó a mi lado un chileno empleado en la base británica de Mt. Pleasant como mozo del casino de suboficiales, donde se sirven 500 comidas diarias. Una mujer, amiga suya, también viajaba en este avión, para retomar su puesto de barman en el casino de oficiales, donde se sirven 150 comidas diarias. Ambos regresaban de sus vacaciones, que duraron un mes. El chileno que me da estos datos, parece contento: trabaja desde hace tres años en las islas y calcula que dentro de dos ya tendrá la plata para casarse, comprar una casita y un taxi en Antofagasta. No piensa en el referéndum. Lo que le preocupa es un cambio anunciado en la empresa concesionaria del *catering* para la base militar. Treinta chilenos se ganan la vida allí. Dos aviones semanales transportan la verdura y la fruta desde el continente.

Mi amigo John King, llegando desde Londres, describía así su aterrizaje:

«Cuando estábamos por aterrizar, con el ejército, en 1991, yo miraba por la ventanilla en el momento en que dos cazas aparecieron de pronto y nos flanquearon. Los pilotos flotaban afuera, a nuestro lado. Nos acompañaron un trecho y después, con una especie de suspiro, desaparecieron. En cuanto aterrizamos, un militar nos dio instrucciones sobre cómo debíamos identificarnos y tener cuidado con las minas enterradas»^[75].

Nosotros, en cambio, tocamos tierra de manera normal, sin aviones caza a los costados.

De aquel viaje de 1991, John King me trajo un reloj azul, redondo, con cuadrante blanco, un pingüino en el tercio superior y la inscripción, en letras pequeñas: «Visit the Falklands». Lo usé muchos años y terminó rompiéndose. El relojero lo miró con tristeza y se declaró incapaz de arreglarlo. Ahora, yo quería encontrar un reloj como ese y mandárselo a John. No lo conseguí. Se multiplicaron las tiendas que venden *souvenirs* a los turistas de los cruceros, pero no hay más relojes azules con pingüinos.

El taxista que nos va a buscar al aeropuerto es un argentino, que ha decidido quedarse a vivir en las islas. Acaba de recibir un crédito de 95 000 libras a treinta años y está construyendo su casa en las afueras de Stanley. Lo acompaña un hermano mucho más joven, que llegó de visita. Durante el viaje en la cuatro por cuatro hasta Stanley nos cuenta de otros migrantes: no sólo chilenos, sino también nativos de Santa Helena (la isla en el medio del Atlántico donde Napoleón fue prisionero de los ingleses) y Ascensión. El taxista me deja en 11 Ross Road West, la casa de Joost Pombert, a quien conoce perfectamente.

Pocos días antes de partir, me enteré de que algunas familias ofrecían su casa, ya que el Malvina Hotel (en singular) estaba completo. Aunque tenía una habitación reservada en el hotel, se me ocurrió que lo mejor sería vivir en casa de una familia isleña. La tarde del sábado, cuando el taxi me dejó allí, frente al cerco y la extensión verde que debí atravesar para llegar a la gran casa blanca, mientras saludaba al dueño que salió a recibirme, tuve la impresión de llegar a un sitio extraño y familiar al mismo tiempo. No pude confirmarla en las primeras dos horas, porque me encerré a escribir la nota de llegada para enviarla al diario esa misma noche. Pero después, a las ocho, con luz todavía diurna que entraba por la gran ventana del *living-cocina* donde estaban Joost y sus dos hijas, mientras tomaba el trago de bienvenida, confirmé que no me había equivocado. Frente a la casa, un barco semihundido, desteñido por la marea salina y las olas, era el ícono isleño que alguien de tierra firme, como yo, necesitaba para confirmarse. Ya sabía que Janet, la mujer de Joost, estaba en viaje de negocios y que no nos conoceríamos. Me había escrito antes de mi partida.

La luz caía. Lentamente todo iba cubriéndose con una película translúcida y gris. Afuera hacía, como siempre allí, mucho frío. Comimos carne con unos vegetales extraños y duros que son los que se consiguen en las islas, donde todo lo que crece parece petrificado o electrizado. Joost cultivaba algunas verduras en el fondo. Después fui a mirar esas plantas que crecían contra el viento como ejemplares minerales de una botánica original o sobrevivientes en una naturaleza

hostil. Como un bajo continuo, recordaba que ese frío y ese viento y esa superficie rocosa había sido el paisaje para los soldados argentinos, sin comida y sin ropa adecuada, en la aventura de 1982.

Joost es buen cocinero y esas verduras peculiares, esas hojas retorcidas se habían convertido en nuestra cena. Las hijas, de trece y quince años no se mostraron interesadas en colaborar en lo que era uno de mis objetivos: hablar con un grupo de sus compañeros. Fue una misión deseada e imposible.

Acompañé a la escuela a Sophie, la mayor, para ver si nos encontrábamos por el camino con sus amigos. Nadie habló con nosotras. Sophie caminaba rápida, cortando distancia en la pendiente que sube desde la costa. Hablamos de su próximo viaje a Inglaterra, donde terminará el secundario, que en Malvinas llega sólo hasta el cuarto año. Vacila entre la matemática y la filosofía. Se alegra cuando le digo que quizá descubra que ambas pueden estar muy próximas. Cuando llegamos a la puerta de la escuela, me doy cuenta de que quiere deshacerse de mí lo más rápido y discretamente que sea posible sin torcer sus buenos modales. Me doy cuenta de que no quiere que la vean conmigo. Sin embargo, me agarro a ella y le pido que me presente al director.

Entra, decidida, casi imperiosa, a la secretaría, y allí me presenta. Dice: «Journalist from Buenos Aires. She is living at home». Una vez más compruebo que sus compañeros sólo han hablado y hablarán con medios británicos. Durante todos estos días no encuentro un tema con Sophie que me permita mencionar la Argentina.

El director de la escuela me miró con desconfianza y sólo autorizó una visita para cinco días después, que consistió en una carrera de él y yo, a toda velocidad por los pasillos y aulas de esa escuela secundaria luminosa, limpia, llena de aparatos y libros, proyectores, salas de música^[76].

El director se llama David Tongue y es nervioso, cortante, suspicaz, en el límite de la descortesía. Llegó de Londres y tiene algo más de cuarenta años. Todavía no ha perdido el aire perentorio de la gran ciudad, un estilo seco e imperioso que no encontré en otros isleños. No me permitió detenerme en ninguna parte ni hablar con nadie. De todos modos, no había muchos con quien hablar. El director había elegido el momento en que los estudiantes tenían su recreo más largo y, cuando ese tiempo se acercaba a su fin, también dio por terminada mi visita. Los estudiantes sólo hablaron con diarios británicos. Debía tachar de mi libreta de proyectos el de una nota con los jóvenes.

Mis borcegués rojos que, fuera de Buenos Aires, siempre provocan comentarios y, meses antes, en Harvard, habían sido un infalible «conversation piece» con desconocidos de toda especie, eran pasados por alto, con disciplinada indiferencia, por las hijas de Joost. Sabían que, si decían algo, me habrían permitido hablar sobre la Argentina. Inteligentes, se precavieron. Comentaban lo difícil que es conseguir buena ropa en las islas, pero nunca me preguntaron por la ropa en el lugar de donde yo venía. Entendí que nadie les había enseñado eso. Que, simplemente, la Argentina se había convertido en algo amenazador e impronunciable. Antes de 1982, las cosas no habían sido así. Joost se refería sin dificultad a la Argentina, país con el que (fui descubriendo) esa familia tenía largas relaciones. Las chicas, en cambio, se habían resistido a aprender castellano en la escuela. Me dijeron que no les gustaba el profesor, un español, pero esa no era la única razón. La cautela que mantenían conmigo indicaba una distancia más profunda. Yo había llevado un CD de Spinetta, con la idea de dejárselo y decirles quién era. Me di cuenta de que no debía intentarlo.

La casa de Joost queda muy cerca de la del gobernador de las islas, sobre la calle más importante de Stanley, casi a la salida. Es una avenida costanera, donde cada doscientos o trescientos metros hay un monumento histórico. Durante siete días camino a lo largo de esa costanera bajo el viento, la llovizna, la nevisca, algunos rayos intermitentes de un sol que parece apagado, nuevamente la llovizna y, siempre, el viento que casi no deja avanzar. A veces,

las ráfagas me doblan y me desplazan hacia los costados. Subo el cierre de mi campera con forro de piel y pienso en los soldados argentinos de 1982. Los hombres y mujeres con quienes me cruzo a lo largo de la avenida me miran y enseguida diagnostican mi extranjería. Los saludo y me contestan con una media sonrisa o una inclinación casi imperceptible de la cabeza^[77].

El domingo a la mañana, es decir el primer día que amanecí en Malvinas, Joost me llevó hasta la iglesia catedral. Supuse que algo podía suceder allí, pero estaba casi vacía porque todo Stanley vive pendiente del referéndum. En vez de encarar directamente hacia el Town Hall, donde están las urnas, decidí quedarme un rato. En la puerta, el reverendo Richard Hines estrechaba las manos de quienes iban entrando. Precaviéndose, me dice: «Quizás hoy seamos pocos». Luego, en castellano, porque fue misionero en el Chaco, me da nuevamente la bienvenida. Me siento bajo la alta nave de madera oscura, una quilla de barco invertida, y miro a mi alrededor: en las paredes, las chapas recuerdan a malvinenses muertos en los comienzos del siglo xx. Espero el sermón. Seguramente, el reverendo Hines sospecha que he venido a su iglesia por esa causa. Pregunta: «¿Qué día es hoy? Un día muy importante porque es el comienzo de nuestro referéndum». Esa fue la única mención.

Suena un armonio y la hermosa voz de una soprano canta el primer himno, alusivo a Mateo 7.24.

*The wise man builds his house upon the rocks
And the rain came down but the house kept firm.
But the foolish man built his house upon the sand
And the house on the sand came down*^[78].

La segunda parte del sermón es sobre el Día de la Madre. Me siento un poco defraudada y corro hacia el centro de Stanley, donde están las filas para votar.

Neville Hayward, gerente de supermercado, viste un traje hecho con la bandera británica: chaleco y pantalón, ensamblados para que las banderas coincidan en las costuras y los dobladillos, moño al cuello de la camisa blanca; su mujer, con túnica amplia, sobre cuyo borde inferior el rojo y el azul se deshacen en pequeñas manchas, como un juego óptico. Cuando, horas después, lo entrevista un canal argentino, el hombre dice, como era de esperar, que su disfraz es una afirmación de su patriotismo. Su patriotismo y el de su mujer quedan demostrados porque aguantan el frío en mangas de camisa. En el frío de la mañana, saltando y riéndose, esperan su turno.

Todos los que andan por la calle giran alrededor del referéndum. Un inmigrante de Santa Helena acompaña a su rubia mujer a votar. Harán una cola que da vuelta la esquina: gente que se conoce y responde a la prensa extranjera como si supiera qué quieren escuchar los periodistas. Nos informan cuándo llegaron a las islas o a qué generación de isleños pertenecen. A algunos es innecesario preguntarles: la remera blanca tiene un mapa de América Latina donde la superficie de la Argentina está ocupada por el Atlántico (país hundido en el mar), con la leyenda «Británico hasta la médula». Equivalente del cartel «Falk U Argentina» que, debidamente ilustrado, adorna algunos autos.

Un hombre de cincuenta años me explica la política argentina. Yo callo y él, como si hubiera pensado que fue demasiado cortante, abre el envoltorio de papel blanco que estuvo sosteniendo todo este rato, y me dice:

—En señal de amistad, quiero convidarla con un arrollado de salchicha; hace demasiado frío para usted.

Agradezco sinceramente porque el frío es, para mí, difícilmente tolerable. Enseguida, el hombre vuelve a cubrir la generosa bandeja de arrollados y recupera el aire severo. Mientras yo como, escucho su argumento bien organizado:

—No podemos independizarnos de Gran Bretaña porque no nos alcanzaría la plata para pagar nuestra propia defensa. No podríamos pagarles, por ejemplo, a los rusos, ni a ningún otro. Y la

Argentina se nos echaría encima.

—¿Entonces seguir siendo territorio británico es la única manera de no volverse territorio argentino?, le pregunto.

—Exactamente.

Para este hombre, el Reino Unido es, en primer lugar, una necesidad geopolítica, antes que la lejana patria de una identidad. Para la mayoría, en cambio, hay algo identitario en juego: una mezcla de dos islas en hemisferios diferentes. Algo rural británico define el paisaje y algo patagónico lo marca con la misma intensidad. Con esas dos notas defino provisoriamente una identidad isleña, a la que se acopla la isleña identidad de los migrantes que llegan del medio del Atlántico. «Lo isleño»: las hijas de Joost, Sophie y Sorrel, nadadoras, participan en los Juegos Olímpicos de las Islas que han sido o son territorios británicos.

Quiero hablar con una chica de nueve o diez años, muy linda, su pelo recogido hacia atrás con una vincha también patriótica. No me contesta. Mi acento seguramente me delata, y la madre la toma de la mano como para sustraerla. Me siento particularmente consciente de mi acento, algo que no me sucede en otros lugares donde se hable inglés. Después se va a fortalecer mi impresión de que muchos isleños, en otras circunstancias, es posible que hablen un poco de castellano. Pero no ahora. No con alguien que llega de la Argentina. Un paso adelante, está haciendo la fila una de las representantes en la Asamblea de las islas, que entrevistaré días más tarde. Casi en la puerta de entrada al Town Hall, otro miembro de la Asamblea. Un hombre me lo señala. Imperioso y convencido, me ordena:

—Con ese tiene que hablar. Vaya, hágale sus preguntas.

Mi aspecto no británico es inocultable. Salvo a los migrantes de Chile o Santa Helena, a todos los veo rubios aunque no lo sean. Después pienso que mis ojos tienen una especie de racismo defensivo: todos me parecen blancos y yo me siento morochita. Mi autoconciencia se traslada a mi ropa y mis zapatos, porque, si se excluye a los vestidos con la bandera británica, los isleños tienen un estilo atemporal, sin casi ninguna marca de la moda. Sintíendome doblemente extranjera, por mi origen y también por el juicio que, en esta mañana de referéndum, atribuye a todo argentino la idea de apoderarse de las islas, recuerdo la extraña historia de Alejandro Betts, el único isleño que eligió vivir en la Argentina. Consiguió trabajo en el aeropuerto de Córdoba y ahora sostiene los derechos argentinos a las islas. Es el único caso que se ha conocido. ¿Se inscribe en una iluminación histórica o en las peripecias de la vida de un hombre? Betts hoy está en Agua de Oro, Córdoba, y no votará junto a quienes fueron sus vecinos hasta que dejó las islas, a los sesenta años.

Los números del censo de 2012, publicado por *PenguinNews*, son elocuentes en lo que concierne a la autodefinición de los censados. Entre los votantes, más de la mitad, casi un 70%, nombra su identidad como pueblo: isleños de las Falklands (si se lo quiere traducir a una denominación argentina: malvinenses). Me explicaron que «kelper» es un adjetivo sólo aceptable si quien lo utiliza para designarse es un isleño. Impropio en quien no lo sea. La nacionalidad argentina no aparece en estas opciones. Sería extrañísimo que apareciera.

En la memoria, está el desembarco de abril de 1982, no la épica de algunos gauchos precariamente asentados en las islas en 1830. Su historia no comienza con la corona española, ni con el gobierno de Rosas. Habría que someterlos a un aprendizaje que no desean, más parecido a un adoctrinamiento que a la recuperación de cualquier pasado perdido. Y además se trataría siempre de un pasado con el cual ellos no tienen nada que ver. La identidad no es simplemente un dato establecido en leyes y tratados. Hace décadas que las ciencias sociales han valorizado la cultura, las costumbres, la lengua, la organización familiar, las religiones, las formas del trabajo y del ocio como hilos que tejen la trama de la identidad.

Los habitantes de las islas se declaran isleños más que británicos. Todos acá hablan de «generaciones» acompañando la palabra con algún número ordinal y eventualmente, el origen

del antepasado pionero (migrante, según mi juicio; pirata, según el nacionalismo argentino): tercera generación, Gales; quinta generación y prisionero de la Argentina durante la guerra; tercera generación, Escocia; británico de las Falklands, cuarta generación; una mujer de Gales se define «isleña británica»; otra: «isleña que vino de Escocia». Las respuestas que obtuve en la fila de los votantes en el referéndum parecen pergaminos de un torneo genealógico. Son días de patriotismo. Nadie desconfía del resultado del referéndum. El único suspenso es si votarán más que en la elección de miembros de la Asamblea local^[79].

La pregunta a la que los isleños responden por la afirmativa o la negativa es la siguiente: ¿Desea usted que las islas Falklands conserven su actual estatuto político como Territorio de Ultramar del Reino Unido? La respuesta afirmativa abre dos posibilidades: las islas preservan, como Territorio de Ultramar, el derecho a plantear en el futuro la autodeterminación; y también podrían no plantearlo nunca. O ser presionadas económica y políticamente por el Reino Unido para que no lo hicieran. Como Territorio de Ultramar Gran Bretaña se hace cargo de la defensa y de la política exterior de las islas. Este último punto es importante cuando alguien considere la autodeterminación. ¿Estas islas se pondrían en la obligación de enfrentar esos gastos inevitables?

Si retienen el *status* actual, el gobernador de las islas seguirá siendo designado, como lo indica el Orden Constitucional aprobado en 2008, por su Majestad, la reina, y permanecerá en funciones hasta que ella lo revoque. Se elige una Asamblea Legislativa compuesta por ocho miembros electos por los ciudadanos y dos miembros que se incorporan a ella por el cargo que desempeñan como Jefe de finanzas y *Speaker*, sin derecho a voto. Duran cuatro años en sus funciones. Asiste al gobernador un Consejo Ejecutivo integrado por tres miembros de la Asamblea entre otros funcionarios.

Esto es lo que se vota. Pero, como en toda elección, el voto no está totalmente sustentado en estas razones institucionales.

El referéndum puede ser vivido como el capítulo final de una victoria de los isleños. Cuando a un conjunto de personas que viven en comunidad se les hace una pregunta de este tipo, esa comunidad ejerce una opción política trascendente: ¿qué somos? ¿Cuál será nuestra inscripción en el mundo? ¿Qué relación se reconstruirá con la Argentina, si es que se reconstruye algún vínculo?

Debajo de las prescripciones legales hay un modo de vida, que ellos sabrán cómo definen y cuya definición siempre será respetable. Sería una buena idea que los argentinos supiéramos qué quieren decir exactamente estas mujeres y estos hombres cuando se llaman a sí mismos «isleños de las Falklands», en lugar de corregirles la plana para explicarles que lo que ellos llaman Falklands se llama Malvinas, porque en 1833 los ingleses desalojaron al gaucho Rivero e implantaron una dominación colonial. A lo segundo, los isleños responderían que ellos no son una colonia sino un territorio de ultramar. Así, más de 2500 personas refutan el modo en que los argentinos caracterizan el régimen político en el que viven. Los argentinos que reivindican las islas les dicen a los isleños: «Aunque no se den cuenta, ustedes viven en una colonia, alcanzada por las resoluciones de la ONU sobre descolonización. Ustedes creen vivir en un territorio de ultramar, pero, considerado el pasado colonial de Gran Bretaña (ahí se pueden enumerar casos como la India y su lucha por la independencia, donde sus habitantes, por cierto, no querían ser territorio británico), la invasión de 1833 a las islas define su presente». No es un argumento que ellos juzguen verosímil. Además, después de 1982, en la memoria de estos isleños, fue la Argentina la que ocupó el lugar del invasor^[80].

Con los pies y las orejas heladas, sigo recorriendo la fila de votantes. Hace demasiado frío y los periodistas no estamos autorizados a entrar al Town Hall hasta mañana a la noche, cuando se den los resultados. Afuera, dos cabinas de teléfono en hierro rojo, idénticas a las de Londres, parecen un signo turístico tanto como una afirmación de identidad. Me siento tentada a entrar

en una cabina y llamar a Buenos Aires, pero no lo hago. Recuerdo una noche: estaba en New York, en un club de *jazz*. Tocaba un pianista blanco, cuyo nombre me era desconocido. Me aparté del bar, caminé entre las mesas hasta donde estaba el teléfono público (no habían llegado aún los celulares) y llamé a Buenos Aires. Cuando atendieron allá no supe qué decir, ni por qué estaba llamando. Necesitaba una conversación que no podía obtener por teléfono. De alguna manera, la fila de votantes con diversos distintivos británicos acentuaba mi extranjería, porque después de interrogarlos encontraba el mismo stock de respuestas: no había conversación posible.

Me fui caminando al Malvina House, pensando, para serenarme, que el hotel estaría lleno de extranjeros como yo, todos los que venían a presenciar el referéndum y, después de seguir la fila durante dos horas, con el mismo frío que yo sentía, daban la vuelta y tomaban la calle costanera con el mismo destino.

Frente al Malvina House están las oficinas del *Penguin News*, una casita de madera, de techo bajo. Entré sin llamar. No estaban ni la directora ni John Fowler, el columnista principal. En la pequeña recepción, un pingüino parado sobre su pedestal, cubierto de recortes del diario, aprieta un ejemplar debajo del ala; lleva anteojos y sostiene un lápiz. Es una escultura pop, graciosa y atinada. Después me entero de que la hicieron los estudiantes de la escuela secundaria. El pingüino blanco y negro es, para una argentina, tanto las Malvinas como los Kirchner. Se me ocurre la imagen surreal de un pingüino kirchnerista cubierto de recortes del diario de las islas: un oxímoron para los nacionalismos.

Se ingresa al Malvina House por una escalinata también de madera (todo parece de madera en las islas). Por las ventanas del bar se ve la bahía plomiza y quieta, con una línea de costa que cierra el horizonte. Y se ve el cielo, bajo, plomizo y quieto, pese al viento que, en cualquier otro lugar del mundo, merecería los adjetivos: furioso, enconado, persistente, glacial y húmedo. Pero en Stanley es sencillamente normal. Escribo la ristra de adjetivos y pienso en los soldados argentinos de la guerra del 82. Siento una especie de furia ante caras desconocidas de chicos de Jujuy y Corrientes (repito los nombres de esas dos provincias pobres) en el paisaje odioso y maléfico que deben haberle parecido las islas.

En el bar del hotel, rodeada de periodistas de todas partes, mi amiga brasileña, tres expertos ingleses, un profesor también inglés, cada uno en lo suyo y, al mismo tiempo conversando, con la atención dividida entre la nota que tenemos que mandar a São Paulo, Río o Londres, a Buenos Aires o Tokio, y fogonazos de conciencia que me hacen pensar: estoy en Malvinas, estoy en las islas, en Stanley, el lugar que fue invadido durante la dictadura, el hecho más traumático de esos años para mí, que no podía aceptar ni esa guerra ni ese nacionalismo ni esos compatriotas que lo apoyaron y creyeron. Estoy acá y pienso: hace treinta y un años, cuando los argentinos desembarcaron en Stanley, yo era joven y nunca imaginé que pisaría estas islas.

Entran al bar unos veteranos de 1982 que han venido a visitar el cementerio. Los saludo y les pregunto por qué viajaron justamente ahora, en los días del referéndum, pero ellos no quieren hablar, como si la discreción fuera una consigna que también comparten con los isleños. Así no voy a enterarme de nada, pienso. Y de inmediato me doy cuenta de que no es cierto. Me doy cuenta de que ya he aprendido mucho: el viento, el gris pesado del mar, el cielo bajo, la resistencia de los isleños a contestar demasiadas preguntas. Son afirmativos, decididos en la primera respuesta y luego parcos, como si ya no hubiera nada más que comunicar a la extranjera. Por suerte, esta tarde hablaré con Joost en la casa donde me alojo, frente a ese barco semihundido, que parece una pieza de utilería onírica: escorado, carcomido por la sal, más gris que el mar y el cielo, preso en las aguas, el barco las detiene en impalpables elipsis a su alrededor.

A las dos y media de la tarde, los isleños conducen más de trescientos autos por el camino rural

que va del puerto a las alturas de Moody Valley, flanqueadas por los sitios de dos emblemáticas batallas: Mount Longdon y Twin Sisters. A tres ocupantes por auto, se han movilizado 900 personas, un tercio de la población. Desde las bardas, siete jinetes (que, de lejos, parecen criollos, sobre sus criollas monturas de bastos) y un camión cargado de ovejas encabezan la bajada hasta el puerto. Muy lentamente, los autos embanderados recorren la aldea siguiendo el dibujo de la costa. Quien no está en la caravana, está fotografiándola. El gobernador, vestido con remera amarilla, la mira sonriendo tranquilo en la entrada de su casa.

Camino hasta el extremo de Stanley, por la costanera. Sé lo que busco: ese reloj azul con el pingüino, que me trajo John de estas islas. Quiero conseguir otro igual, del mismo tamaño, un poco grande para mi muñeca, con la misma esfera blanca, casi luminosa en la noche, con el pingüino y la inscripción: «Visit the Falklands», que yo vine a cumplir casi treinta años después de recibir el regalo de mi amigo. No quiero este reloj nuevo, pero idéntico al otro, para mí, sino para dárselo a él, como si fuera una secreta cadena de entendimiento entre los dos. Visito todas las tiendas de *souvenirs*, pregunto, examino. No hay relojes, ni siquiera diferentes al que estoy buscando. Inasible pasado. Como el resto de una iconografía onírica, el reloj adquiere un sentido que es diferente al que puedo conocer. Lo busco como si fuera mucho más importante, el signo de algo en mi pasado. Si se lo quiero entregar a John es porque también allí tengo algo que devolver, alguna deuda que pagar. Dos días después me daré cuenta de que hay otras cuentas ignoradas.

Al atardecer, en el bar del Malvina House todos tipeamos en nuestras laptops. Cuando termino, y ya ha anochecido, me voy caminando a la casa de Joost. La costanera sube hasta que se alcanza una escalera, que también hay que subir, mientras que los coches siguen por abajo; luego vienen unos metros de parque duro y espinoso, y de nuevo se desciende. Camino por la veredita estrecha de casas con parquécitos de un verde piedra al frente y huertos lunares de raras botánicas, que asoman por los costados. Casas blancas y verdes, con banderitas, parecidas a la de Joost. Es casi de noche y el perro ladra cuando yo abro la verja del jardín. Adentro hay una estufa prendida y está Joost, que me ofrece un martini o un *whisky*. «El viernes viene mi suegra de visita. Le gustará conocerte». Doy una respuesta cortés, porque no me imagino qué pasará el viernes.

Desde mi habitación se ve el jardín-huerta, detrás de la casa. Y los jardines de las dos casas linderas. Cae la noche, mi segunda noche en las islas, y todavía no puedo dar un orden a mis ideas. Sobre todo, no alcanzo la verdadera razón por la que estoy aquí. Durante años la invasión argentina me obsesionó y me hizo enfrentar los variados nacionalismos territoriales. Pero, poco a poco, las islas, que habían sido uno de mis temas fijos en los ochenta, comenzaron a alejarse. Cuando se anunció el referéndum, volvieron a primer plano como si alguien hubiera accionado un teleobjetivo histórico. Las islas se aproximaron y quise estar acá cuando se votara. No encuentro otro pretexto más verosímil que el de escribir las notas sobre el acontecimiento. Miro por la ventana y me repito: «Acá estoy», como si estar acá hubiera sido algo preparado durante años, un proyecto. Y yo sé bien que no tenía ese proyecto.

Stanley es británico y patagónico. Por momentos tengo la ilusión de que el paisaje es el mismo: extensiones áridas, paja brava o como se llamen esas matas erizadas y puntiagudas, mucho amarillo, verdes que viran al marrón, algunas bardas en el horizonte cercano. La luz es oblicua y el sol, que fugazmente se ve entre las nubes, parece un astro frío.

Dos veces por día voy caminando hacia el Malvina House, y cada vez me intrigan más los jardines que parecen complicados origamis pétreos. Por la costanera, el único color vibrante y definido es el de las banderas y el de las coronas de *poppies* de papel que están como ofrendas en los monumentos. Conozco a esos *poppies* desde mi infancia. La comunidad británica de Buenos Aires los distribuía en octubre y noviembre, como ofrenda a la memoria de los muertos en las guerras del reino. El memorial a los soldados británicos caídos luchando

contra las fuerzas argentinas en 1982 tiene sus zócalos y su muro de piedra adornados con coronas de *poppies* y la cinta negra que indica a la memoria de quiénes están dedicados. El rojo de estas sencillas flores artificiales destella sobre los grises de la piedra monumental, el gris del cielo, y las oscuras variantes del mar en la costa. El jardín de las casas, en cambio, es melancólico, endurecido, para una mirada acostumbrada a la latitud de Buenos Aires.

La costanera es una avenida de monumentos. A la derecha está el Monumento a la Royal Marine. Prefiero dar vueltas por el pueblo que ir a avistar pingüinos a Gypsy Cove. De todas formas, creo que ya no es época. Sin estos monumentos, Stanley se parecería mucho a lo que muestra la acuarela del italiano E. de Martino, fechada en 1866. La bahía muy cerrada, de aguas grises y quietas, la barda que marca el horizonte, el cielo sin color, las casitas de paredes claras y techos a dos aguas con chimeneas. Han cambiado los colores de los techos: hoy son más vibrantes y variados, pero esa acuarela de 1866 da bien la idea de un conjunto pequeño y extendido a lo largo de la orilla, con sólo doscientos o trescientos metros de profundidad en subida. Fue el casco urbano de una inmensa extensión rural: ovejas y ovejas. Todas las ovejas y los peones ovejeros están en las fotos del museo. Todos los días se come cordero en Stanley, que conserva la cultura de la carne y no coquetea con la del pescado. De nuevo, la Patagonia.

Esa noche, Joost, mientras sirve su cordero estofado, me habla de la estancia de ovejas de su suegra y me muestra fotos de hombres rudos, que parecen gauchos y en muchos casos son criollos del Uruguay, paisanos de bigotes lacios, sombrero hasta los ojos y esa mirada ladina típica de las fotografías de fin de siglo XIX, que tenían siempre, en cualquier lugar de la tierra, una óptica atenta a la particularidad racial.

Por la ventana, los restos del naufragio nuevamente le dan un carácter onírico a la conversación, aunque mis preguntas sean muy precisas, profesionales, y las respuestas de Joost estén llenas de referencias concretas. Sus hijas interrumpen muy poco. Yo desearía que me hablaran. Pero el territorio de la adolescencia es difícil y quizá no se trate simplemente de que sea una extranjera y de que no se interesan en mi país. Joost sabe todo sobre las islas, presente y pasado, quizá porque él mismo es un extranjero acá. Llegó como un holandés aventurero, *der fliegende Hollander*, muy joven; trabajó para varios patrones, se enamoró de Janet Robertson y se quedó. O sea, historia de migrante, aunque Joost venga de un país rico y fuera su espíritu viajero, mercantil y *hippie* el que lo trajo a las islas. Sus hijas son, por parte de padre, primera generación.

Joost no tiene ninguna duda sobre el resultado del referéndum. La economía doméstica descansa sobre la pesca: él es funcionario de un organismo gubernamental que controla a los barcos pesqueros; su mujer es ejecutiva de una empresa de pesca. Las autoridades supervisan hasta el último kilo de pescado que se llevan los barcos y cobran las regalías. Las islas defienden su patrimonio marítimo y los ingresos de sus habitantes. Están orgullosos de su eficiencia. Sophie, la hija mayor, en cambio, mira las cosas desde otro lado: para seguir estudiando se va a Gran Bretaña, algo que despierta toda su expectativa adolescente; los quince años que vivió en las islas le enseñaron que allí no hay buena ropa, ni la que a ella le gusta; que también para sus cosas depende de un viaje a Gran Bretaña.

En la mesa de esa comida singular, donde el cordero sobresale como una imposición geopolítica además de pertenecer a una tradición culinaria, hay poca verdura y unas manzanas arrugadas, pequeñas y muy caras. Cuando recorro el supermercado: todo parece racionalmente adaptado a las posibilidades de conseguir comida desde lugares que están separados de las islas por cientos (Chile) o miles de millas. Una argentina de capas medias pasea entre ofertas escasas, pocas marcas, polvitos en lugar de líquidos y sólidos.

La mañana siguiente al referéndum escucho que la presidenta Kirchner ha llamado a los isleños «squatters»: ocupadores. Tengo una medida precisa del insulto. La palabra suena más fuerte en inglés que en castellano. Todos acá mencionan la cuestión de la defensa de las islas y los

argentinos son el término de esas conversaciones. Subtexto del referéndum: una comunidad próspera y que será más próspera después de 2017, cuando empiece la explotación de petróleo, cuyos ingresos no le alcanzan para reemplazar a Gran Bretaña, si este país los abandona y decide que sus intereses en el Atlántico Sur pueden cubrirse desde las Georgias. Los isleños son ciudadanos de una aldea que puede comprar lo que necesita menos pertrechos bélicos y soldados que los manejen. Tal como están, evocan la figura arcaica del protectorado y uno no puede dejar de entenderlos: vivir en el otro extremo del mundo, recibir visitas interesantes, custodiar bien sus recursos pesqueros, empezar la explotación de petróleo en poco tiempo más y dejar que la vieja Inglaterra se ocupe del resto de las cosas (en primer lugar de los vecinos argentinos de la costa oeste).

A la tarde fui a Deano's, el *pub* popular de Stanley. Sólo había hombres de este lado de la barra. Del otro lado, una morocha, lenta pero sonriente, y un barman de Santa Helena. Al principio no me di cuenta, pero sentí alguna incongruencia. Era el sonido del televisor, que transmitía en castellano del Río de la Plata. «Desplazamientos largos de pelota a los volantes». Las islas toman esas señales de televisión en castellano en lugar de pagar un satélite. Muy raro: esos obreros que acababan de terminar la jornada de trabajo, corpulentos, vestidos de azul y con gorra, escuchan el fútbol como si estuvieran en un boliche de estación suburbana en el Gran Buenos Aires.

Al rato, un hombre me tocó el hombro, suavemente. Antes de que empezara a hablar yo me alegré porque los *pubs* de tradición inglesa o americana son lugares seguros para hacer una conversación. Llevaba días intentando hablar con gente que no fuera un funcionario o un periodista. Dios me mandaba este obrero de cincuenta años, con la cara poceada, barba rala y pelo rojo. Pensé: un irlandés. Y los irlandeses son conversadores. Apoyados ambos de perfil en la barra, quedamos frente a frente. El hombre terminó de decidir el comienzo, usando el tú, pero con una pronunciación que no era española:

—¿Vienes de Buenos Aires?

No estoy traduciendo. Me dijo exactamente eso: ¿vienes de Buenos Aires?, en castellano, con acento pesado y lentamente. Era la primera persona que me hablaba en castellano en Stanley. Salto fuera de programa, el momento en que se rompe una lámina.

—Vengo de Buenos Aires.

—¿Lo conoces a ese que entró?

Se refería a un periodista de TN que rato antes había llegado a pedir permiso para filmar un torneo de dardos que tendría lugar allí esa noche.

—Sí, lo conozco. Somos todos periodistas.

—Ah, pertenecen todos al mismo...

Hizo un gesto como el que rodea un espacio circular y dejó la palabra no pronunciada en suspenso. Yo seguí mirándolo. Cuando me pareció que ya no iba a tomar ninguno de los caminos que había abierto, le pregunté:

—¿De dónde sacaste el español?

Pensé: si no se interesa en mi biografía ni en mi oficio, seguramente se interesará en contarme la suya. En efecto, el pelirrojo no tenía nada que preguntar, pero podía entregarme un relato.

—Lo aprendí en Córdoba.

—¿En qué lugar?

—Cruz Grande, Cruz Chica...

—La Cumbre. Hay muchos ingleses allí. Pasé al inglés: How did you get there?

—Four years, with a scholarship.

No me dice cómo consiguió su beca ni qué aprendió en Cruz Grande y Cruz Chica. Me mira con sospecha.

—I came back because I was born here, best place in the world.

—Sure. By the way, do you always watch foot-ball like this, I mean, a Spanish speaker?

—It doesn't matter at all.

Creí que allí empezaba otra conversación, pero me equivoqué. Allí terminaba. Le pregunté, después de que el pelirrojo mirara otro rato el partido, de qué trabajaba.

—Building. I drive huge machines, cranes and the sort.

Lo dijo con orgullo, una especie de gran gesto que indicaba un trabajo complicado. Eso fue todo. Después de un rato, pagué y dejé algunas monedas sobre el mostrador, como se hace en cualquier parte. El pelirrojo me advirtió:

—You are leaving your coins.

—Thought I had to leave them as a tip.

—No tip here. Take care.

A la noche, Joost y Ann me informan que mi amigo de Deano's es bien conocido en Stanley (todo el mundo es bien conocido aquí). Un chico inteligente a quien sucedió una tragedia: el padre mató a la madre. Como en esa época había becas baratas, le dieron una, pero quiso volver. Ahora, me dicen, tiene un problema con la bebida.

Al día siguiente, fui al otro de los dos *pubs*, el Victory Bar, separado de Deano's por una clara línea de clase. Hogar con fuego de leños, gran barra en ángulo, público de comerciantes y empleados. El televisor no transmite deportes en español sino videos musicales y ráfagas de informativos. En las estanterías, cuyo fondo cubre la bandera británica, hay una incongruente máquina de humidificar cigarros y *souvenirs* de las islas, la mayoría con ironías o maldiciones dirigidas a los argentinos. El menú de mediodía trae chicken curry y chile con carne. Sobre el bar, justo encima de mi cabeza, cuelga una chapa de auto: Montevideo 207-331. En el bar, a mi izquierda, un gigantesco borceguí negro, del que sale una gran medalla de guerra: una escultura patriótica. Contra las paredes, dos tragamonedas. La mujer que me atiende ha reconocido de inmediato que soy extranjera. No me dirige la palabra, ningún comentario que haga posible una conversación. Mientras espero el chicken curry, camino hasta la ventana en el extremo opuesto a la barra; bajo la ventana hay una mesa de pool y un cajón cuyos letreros dicen: «Elvis Presley» «3764 Hwy 51 Memphis». Afuera, un gato gris, sentado sobre el cerco, mira hacia el mar, también gris. A través del vidrio, tomo una foto.

A la salida, encuentro los únicos grafiti que vi en Stanley. Sobre la pared de listones verdes de una calle secundaria que desciende hacia la costa, han escrito Falklands en cursiva amarilla, con látigos en los que se entrelaza una gran flor. No es escritura de grafiti, sino la gigantografía de una página de cuaderno escolar. Imagino un grupo de niños con su maestra. Imagino el momento en que decidieron agregar las cabezas de dos pingüinos o lobos de mar, con las bocas abiertas y unas inesperadas lengüitas rosa claro.

Es jueves. Pasado el referéndum, comienzo a inquietarme. Una periodista me dice que, cuando se acerca el día del regreso, eso les sucede a todos. El trabajo que nos trajo acá está casi terminado; se ha cumplido con el objetivo y los visitantes quieren irse. La noche anterior, Joost me dijo que ellos, los habitantes de las islas, no se sentían aislados. «Estás en mi casa, hace días que hablamos de cosas diferentes; mis hijas te han conocido. Como viniste, vendrán otros. Todo el tiempo está llegando gente, aunque sea de paso. Incluso en el *camp*^[81], todo el tiempo están pasando pintores, o geógrafos o fotógrafos o gente del cine. Mi suegra, que vive en el *camp*, y sus amigas, cuentan historias de esos visitantes que vienen de bastante lejos. Además viajamos. Mis hijas se van ahora a las olimpiadas de las Islas, ya fueron el año pasado. La mayor irá a Londres. Como la mayoría de los chicos de acá que van a GB a terminar el secundario, seguramente pasará ocho o diez años afuera y, quizá como la mayoría, volverá a Stanley con una experiencia del mundo. Las islas son cosmopolitas, no provincianas».

¿Vine para enterarme de eso? Entre martini y martini, Joost me va dando lecciones prácticas, en un tono pausado y poco partidario. Después comemos el cordero inevitable, signo del

anclaje de Stanley en su aislamiento suratlántico.

Voy a Gilbert House a entrevistar a los representantes en la Asamblea de las islas. Llego por la avenida de la costa buscando algo que me evoque una tipología estatal. Nada. Estoy perdida, aunque sea imposible perderse en Stanley y le pregunto a un hombre que sale de un chalecito de madera blanca con techo verde a dos aguas. Extrañado de que la bandera y el mástil no me hayan avisado de que es allí, me dice: «Ha llegado a Gilbert House». Allí trabajan los ocho asambleístas, elegidos por voto. Más que la sede de la Asamblea parece la casa de un guardaparque en la Patagonia, cerca de algún lago: iguales canteros con flores laboriosas y pinchudas, igual camino de piedras blancas, estilo rural, de frontera, comodidad austera de colonos, como si se tratara de algo recién hecho, sin esas perspectivas «estatales» que caracterizan casi todas las sedes de gobierno en la Argentina. Gilbert House parece el juzgado en una aldea del oeste norteamericano, reconstruida como set de un film de John Ford. Si hubiera un palenque con caballos, la ilusión de un lugar arcaico sería completa. La ausencia de imagen «estatalista» refuerza la impresión de que los lazos comunitarios son tan fuertes como los cargos oficiales. En un lugar tan pequeño, los asambleístas siguen siendo vecinos.

Vuelvo a la catedral, donde se festejó el resultado del referéndum, y camino a lo largo de la costa. Hay pájaros blancos, albatros, me digo, pensando en el remotísimo poema de Baudelaire. Pese al frío, me animo a sentarme unos minutos en un banco que lleva, como otros, la leyenda que recuerda a quienes salvaron a Stanley de los argentinos: «From the Sea, Freedom». Dos kilómetros más adelante, en dirección a la casa de Joost y del gobernador, un monumento recuerda otras fechas en que las islas fueron defendidas desde el mar: el 8 de diciembre de 1914, las fuerzas navales británicas salvaron «this colony» de un ataque alemán dirigido por el Vicealmirante Graf von Spee. Ese nombre suena en la batalla del Río de la Plata durante la segunda guerra: en 1939, la única batalla que enfrentó a británicos y alemanes en América del Sur tuvo como protagonista al acorazado Graf Spee. Esos ciclos arbitrarios de los nombres, sobre los que sé muy poco, me dejan pensando. Tercera estación del *via crucis* patriótico, el monumento con bajorrelieves de batallas aéreas y terrestres cuya inscripción es: «En memoria de quienes nos liberaron. 14 de junio de 1982». Anillos de tiempo. Estos tipos están obsesionados con su defensa. Temen que a Gran Bretaña les resulte demasiado caro mantener la base en las islas (3000 millones de dólares anuales) y que los abandonen. Me resulta extraño: ¿estos tipos temen a la Argentina?

Leona Roberts, la directora del museo de Stanley, me cuenta su historia sobre argentinos (casi todos tienen una). En 1982, ella tenía 10 años, un padre chileno ausente y una familia de doce hermanos. Durante meses había deseado, pedido, reclamado infructuosamente que su madre le comprara una muñeca. Eran pobres y su pedido no tenía lugar en el presupuesto. Cuando los argentinos marcharon por Stanley, ese mismo día, la madre llegó de regreso a la casa con la muñeca nueva. Una semana después, la docena de hermanos Roberts estaban preparando huevos de pascua. Por la ventana, miraban dos conscriptos hambrientos. Sintiendo culpable, explicándolo como pudo a sus hijos, la madre les pasó las sobras que guardaba para las gallinas. Todas las anécdotas sobre soldados argentinos hablan del hambre^[82].

Mientras camino hacia el museo, antes de que Leona Roberts me contara su historia de la muñeca, un regalo que le gana la mano a la disciplina de austeridad y ahorro que solo tiene sentido en tiempos de paz, tengo mucho frío y pienso en los meses, abril como hoy mismo, de 1982. Es un frío ingobernable. Mi campera impermeable forrada de piel no me sirve. Como si mi ropa fuera inmaterial, tengo el cuerpo y los pies helados.

Al museo se entra por una pasarela blanca, sobre el costado de la casa de listones. Una cabina de teléfono roja significa tanto el servicio público como la identidad. Frente a un espejo me saco la única fotografía que me muestra en las islas. Atrás de mí hay una vitrina con dos viejas máquinas de escribir y, más atrás, las ventanas abiertas a la calle. Un aviso de 1932 ofrece

calendarios pintados a mano para el nuevo año. Otro aconseja a los posibles clientes: «¿Por qué comprar en Londres y esperar a que llegue lo encargado allí, muchas veces fuera de moda porque tarda tanto? ¿Por qué no comprar sombreros, trajes de novia y de bautismo, guantes, botas para caballero acá mismo en el almacén de ramos generales de John Kirwan?». A pocos metros, una fotografía de tres jornaleros rurales cuyo epígrafe es «Three gauchos at leisure». El epígrafe de los tres «gauchos» puede ser interpretado como levemente irónico. De los personajes, dos parecen efectivamente criollos (aunque los ojos claros de uno de ellos hacen pensar en una mezcla con británicos). Son, seguramente, de origen rioplatense y, más ciertamente, de origen uruguayo, como muchos «gauchos» de las islas. Están parados a uno y otro lado de alguien evidentemente diferente, vestido con saco de pana, cadena de reloj en el bolsillo del chaleco, gorra con visera rígida, camisa y corbata blanca, bigote recortado a la inglesa y una pipa. Los dos «gauchos» parecen los capataces de un *farmer*.

Sobre esto quiero hablar con John Fowler, del *Penguin News*. Paso a buscarlo por el periódico y nos vamos a comer enfrente en el Malvina House. Antes de este viaje a las islas, yo había leído las columnas de Fowler y le había escrito para asegurarme que lo encontraría aquí. Hice bien en asegurarme, porque el hombre es, a su manera, un viajero: llegó a las islas como profesor del colegio secundario en los años setenta, las abandonó dos veces creyendo que lo hacía para siempre y volvió las dos veces. Fowler no es, por lo tanto, uno de esos interlocutores que, antes de empezar a hablar, ponen tres, cuatro o cinco generaciones sobre la mesa (sobre todo si van a conversar con una argentina, aunque yo me encargo de tranquilizarlos diciéndoles que, por el lado materno, soy apenas segunda generación).

Fowler me observa desde una distancia sonriente. Da la impresión de que esa es su mirada sobre el mundo, la del clásico personaje literario inglés, alguien que sostiene un delicado equilibrio entre su escepticismo y sus principios. O más bien, alguien que sostiene sus principios y creencias con un estilo escéptico que, casi siempre, los mejora. Este estilo es difícil de cultivar y en él se reconoce una marca de clase social, no necesariamente de clase de origen, sino del paso por buenos y viejos colegios. Fowler es un hombre de más de sesenta años. Sin levantar el tono, expresa una completa convicción de que las islas tienen el derecho a decidir su destino.

Cree que los destinos no se sostienen únicamente en el pasado. Los destinos que sacan su impulso sólo del pasado son trágicos. Y, sin embargo, el pasado le fascina a Fowler. Su tesis, no expresada como tesis porque no hay nada más alejado de esa formalidad que un espíritu inglés, es que las islas y la Patagonia forman parte de una misma región. De uno y otro lado del Atlántico la economía desde mediados del siglo XIX fue la de la cría; de uno y otro lado las ovejas reemplazaron a los vacunos que Darwin contó en miles. De uno y otro lado, se usa el apero criollo. Hace dos días, mientras yo señalaba el apero de los jinetes que encabezaban la movilización por el referéndum, una adolescente recordó las palabras en castellano que había aprendido en la escuela: bozal y cabestro, bastos y cojinillo. Siguen usándose hasta hoy en el *camp*.

Fowler me cuenta que cuando un grupo de colonos escoceses llegaron al interior de las islas a criar ovejas, actividad que conocían a la perfección, se entusiasmaron al ver paisanos a caballo, porque ya no iban a caminar más detrás de los rebaños. «Pero no tenían el vocabulario para designar los monturas». Adoptaron las palabras en español, escuchadas por cuantos viajan por el *camp*. Allí también se encuentra el «che» rioplatense y una lista bien larga, encabezada por la frase que me suena más simpática: «let's go pasear».

Fowler le da un giro particular al asunto. Sin hacer afirmaciones taxativas, a partir de estos «préstamos» sostiene su idea de una región cultural, natural y agraria. En el cuasi desierto habitado por los aventureros que encontró Darwin, hoy están las explotaciones hipertécnicas, donde las ovejas son reunidas, cuidadas y separadas en sus potreros por jinetes en motocicletas. Lo mismo que en la Patagonia. Y muchos apellidos británicos coinciden de un lado

y otro del Atlántico Sur.

Darwin llegó a unas islas llenas de vacas salvajes, conejos y buena pesca. La descripción parece más la isla de Robinson que lo que estoy viendo ahora. En el medio, siguiendo el relato amable de Fowler, están las décadas en que la mayoría vivió en el *camp*, en casas cuya disposición jerárquica también recuerda las de la Patagonia argentina.

El viernes a la noche, comí en lo de Joost con su suegra y sus amigos. Me dieron una prueba del cosmopolitismo isleño desplegado en el ir y venir de una conversación en la que todos mencionaban lugares lejanos, donde adquirieron experiencias, juntaron anécdotas, hicieron estudios e investigaciones o reuniones de negocio. La que menos ha viajado de toda esa mesa soy yo, que no ha llegado, por ejemplo, a Australia, adonde los más diestros de las estancias del *camp* se perfeccionan en la técnica de esquilar ovejas y en los torneos de ese oficio. Hasta 1982, esos desplazamientos incluían la Argentina. Joost estuvo con su mujer varias veces de vacaciones, como turistas que cruzan al país vecino.

Pero fue la suegra de Joost quien me ofreció, sin quererlo o quizá con astucia, la mejor historia. El jueves a la noche, cuando llegué a la casa ya estaba ella, Ann Chiswell, tomando un martini en la cocina. Durante los primeros minutos algo en la conversación tenía para mí un eco muy lejano, que pedía ser reconocido, al que primero no di importancia (debo estar cansada, me dije, y comienzo a percibir entonaciones difusas del inglés) y luego me intrigó. No podía separarme de los sonidos que pronunciaba Ann y sólo seguía lo que estaba diciendo como si sucediera en un segundo plano, un plano menos importante. De pronto, en español, Ann me preguntó:

—Decime, ¿vos de qué barrio sos?

Nada más. Sólo esas frases que las chicas no entendieron. Como si me hubieran iluminado, entendí todo. Ann hablaba inglés con el mismo acento con que lo hablaban mis profesoras del Belgrano Girls' School, el acento del inglés de Belgrano, un poco arcaico, hipercorrecto, donde no se perdía un sonido y todo era filoso y límpido. Y el castellano que usó para hacerme la pregunta también era el viejo castellano de Belgrano, de esas familias de origen británico, cuyas hijas cabalgaban entre dos culturas mientras enseñaban la lengua de sus abuelos. Era Belgrano English y Belgrano Spanish, dos lenguas muertas, que revivían para mí en Stanley, habladas por una mujer poco mayor que yo que, durante dos años, hasta que la cambiaron al Northlands, había sido alumna del mismo colegio al que fui once años.

Ann Chiswell, la suegra de Joost, me había maliciado. Ella fue la primera en darse cuenta de que algo en los sonidos que yo pronunciaba la llevaban a un barrio preciso de Buenos Aires, no a un lugar cualquiera de la ciudad de donde ella sabía que yo llegaba, sino a ese barrio y creo que ya había adivinado que a esa escuela de Melián y Pampa. Traté de disimular como pude el impacto de ese ramalazo de pasado remoto que me atravesaba en una casa de Stanley. Pero, hacia el final de la noche, Ann pidió que nos sacaran una foto, me tomó del hombro y recordó que ella (y no yo) había sido excelente jugadora de hockey. Es difícil asegurarlo, pero también estaba bajo el influjo de esos sonidos del español y del inglés que hoy ya no se escuchan en Buenos Aires.

Yo no imaginaba que iba a encontrar esos sonidos en las islas. Seguramente Ann no adivinó que la argentina que se alojaba en la casa de su hija y tomaba los extraordinarios martinis de su yerno, mientras trataba de hablar, sin mucho resultado, con sus nietas, sesenta años atrás había estado tan cerca de ella en el espacio de un barrio y en una geografía cultural. Yo tampoco lo había previsto.

La historia de Ann es una típica historia de las islas, que hasta 1982 mantenían nexos fuertes con la comunidad británica de la Argentina. Su hija Janet Robertson la resume cuando, ya de regreso en Buenos Aires, le pido detalles:

—El nombre de mi madre es Ann Chiswell. Tiene una hermana, Sally, que también fue al

Northlands. Hace muchos años, cuando recibí una gentil invitación para ir al campo del senador Hipólito Solari Yrigoyen, él me preguntó sobre mi familia. Le dije que mi tío Jonathan (hermano mellizo de mi madre, que ahora vive en City Bell) había estado en la Escuela Naval. Uno de los invitados dijo: «Ah!, ¿el inglés? ¿No te acordás del inglés, el rubio Cheeswell?». Divertido. El mundo es realmente chico. Hasta los años cuarenta o cincuenta, un negocio en la calle Florida se llamaba «Chiswell Hnos.» y vendía ropa de hombre, muy elegante. Cuando era chica, una vez encontré un sombrero fedora, en un armario de mi escuela en La Cumbre; lo usábamos para disfrazarnos. Adentro tenía la etiqueta de «Chiswell Hnos.» y me sentí orgullosa de mi abuelo. El Northlands, las escuelas inglesas de La Cumbre: tiempo pasado.

Durante mi última tarde en las islas voy a despedirme de Fowler. De nuevo, lo busco en la redacción del *Penguin News*. Le tomo una fotografía al lado de la escultura del pingüino y ambos nos reímos con la sugerencia de enviársela a la Presidenta argentina como signo de buena voluntad de los isleños. Me siento frente a Fowler en el único escritorio de la redacción y, de repente, como si hubiera estado preparado para mí, entra un hombre vestido de militar, muy rasurado, de unos cincuenta años, con boina negra, de la que se eleva un rígido penachito azul y rojo. Es el jefe de la base, o algo por estilo. No me lo presentan. Quedo, en verdad, fuera de una conversación que gira sobre la maratón que se va a correr unos días después. El militar, que me pone muy nerviosa aunque evidentemente yo no exista para él, no está en condiciones de correrla por algún esguince o cosa por el estilo. El rango que le atribuyo se confirma cuando le dicen: «Bueno, vas a esperar con el gobernador en la línea de llegada».

Afortunadamente, el militar desaparece, y Fowler me cuenta que pasa varios meses al año en una casa que tiene en el sur de Francia: «Si vas por Perpignan, no dejes de avisarme», me dice. No le aclaré que no conozco el sur de Francia y que, muy probablemente, no lo conoceré nunca. «Es por mis huesos», me explica, «no puedo pasar todo el invierno en las islas». Sharon, que ha trabajado en las Relaciones Públicas y la Prensa del referéndum, me cuenta que ella pasa su tiempo libre en las islas, andando a caballo. Muchos me han comentado que son jinetes, que poseen caballos o que no los tienen porque es mucho trabajo ir hasta el campo a cuidarlos. Pero se habla de equitación.

La noche anterior a mi despedida, Fowler me envía una tarjeta. El intermediario es su hijo, uno de los invitados a comer conmigo en la casa de Joost. Es una tarjeta para turistas que quieran saber algo más de las islas. Sobre una cartulina apaisada y blanca, lisa y pesada, hay un dibujo de un caballo que yo llamaría criollo, por la relación entre la altura de las patas y la alzada y por el cuerpo ancho, robusto. Lleva montura que aquí llamaríamos criolla: bastos sobre cojinillo. Al dorso, los nombres en un arcaico o deformado castellano, con su correspondiente explicación en inglés. Obviamente, esos nombres en mi lengua son los que se usaron o se siguen usando en las islas, ya que cada uno de ellos no tiene traducción sino una paráfrasis descriptiva (por ejemplo: bastos: saddle made of two pads laced together and covered with a cojinillo or sheepskin). El dibujo y los nombres son un fuera de programa que me manda directamente a mi infancia: son las palabras que yo usaba para designar cosas iguales y ponerlas, en orden riguroso, sobre caballos muy parecidos a los del dibujo.

Hasta los años ochenta, me había dicho Fowler, las islas eran una sociedad clasista, dividida a la inglesa con esas barreras tanto visibles como invisibles, hechas de fonética y modales. Hoy Stanley parece una aldea donde sólo viven miembros respetables de las capas medias. Me doy cuenta de que esto es una impresión equivocada, que las cuatro ruedas y los rovers pueden conducir a capataces o a los millonarios dueños de enormes extensiones en el *camp*, donde las ovejas son decenas de miles. Por otra parte, no se puede ser pobre en un lugar donde hace tanto frío. No se puede ser pobre aquí, pero todos son parecidos: las camperas son una especie de recurso igualador isleño.

Por momentos tengo la impresión de que entiendo. Hablo con los asambleístas y entiendo.

Hablo con la gente del *Penguin News* y creo entender. Voy por la calle y saludo como si conociera a quien se cruza conmigo. Entro en el supermercado, recorro las góndolas, donde no hay ni mucha variedad ni muchas marcas diferentes y creo entender por qué. Pienso que estos isleños comerían mejor si las relaciones con el continente fueran como antes de 1982. Sophie y Sorrel, a la mañana se preparan su yogur con agua y un polvito. Meten todo en una botella, la sacuden y se lo toman. Me resisto a ese yogur y temo que se den cuenta de que me parece una especie de preparado para astronautas.

En realidad, la astronauta soy yo. No puedo contarle a esta gente la violencia de mis sentimientos sobre las islas. No las quiero como territorio argentino. Las querría en cualquier otro lugar del planeta, allí tan lejos donde no hubieran podido ser un objeto de este conflicto territorial abierto. Simpatizo con el espíritu de independencia de la gente con la que hablo: tienen algo de pioneros, vivir bajo este cielo plomizo, con este viento que no ha dejado un solo momento de soplar. Son como expedicionarios de una novela de aventuras, que se han vuelto burgueses pero conservan algo del temple sacrificado en sus cuerpos. Sophie y Sorrel nadan algunas mañanas muy temprano, antes de entrar a la escuela. Se entrenan para las olimpiadas de las islas. Yo sólo puedo imaginar con un escalofrío cómo será salir de esa piscina, y caminar hasta la escuela después. Siento frío todo el tiempo, en todas partes. Cuando regresábamos, subió al avión en Punta Arenas un inglés que llegaba de una base en la Antártida. Le pregunté sobre el frío allá y me dijo: «Viniendo de las Falklands, la Antártida te parecería mejor». Le creí. Soy una extranjera. Durante el referéndum, algunos de los periodistas y observadores recibimos un sobre de parte del gobernador de las islas: «His Excellency the Governor and Mrs. Louise Haywood request the pleasure for the company of (y aquí mi nombre) at a dinner at Government House». Lo primero que pensé fue que la casa del gobernador está muy cerca de la de Joost y que no me iba a congelar ni al llegar ni al salir. Después me di cuenta: no puedo ir a esa comida, no puedo correr el riesgo de una foto social, sacada y colgada por cualquier otro de los invitados en su muro de Facebook. Estoy en una pinza. Tengo que saber disculparme. Pero ¿cómo se disculpa uno en casos así? Camino por la avenida y voy inventando fórmulas decorosas, educadas y ridículas. Incluso imagino, absurdamente, que puedo decirles la verdad de mis razones al gobernador y su esposa. Escribirlas en el dorso de la tarjeta de excelente cartulina blanca. Ser franca con quien no ha pedido ni espera franqueza. Mentalmente escribo varias tarjetas con mis excusas. Todas finalmente son alambicadas o fuera de lugar, porque, además, nunca escribí una tarjeta excusándome de asistir a una comida en casa de un gobernador. Debería consultar una novela de Graham Greene o un manual de buenos modales. Soy plebeya. Mis reflejos son plebeyos frente a los de alguien que pertenece al Foreign Office. Pienso pedirle auxilio a mi amigo John King. Pedirle que él escriba mis excusas, me las envíe por correo electrónico, y yo las copie con buena letra, redonda y erguida. Me doy cuenta de que John se va a burlar de mí y que encontrará pruebas suplementarias a su idea de que los argentinos tenemos un carácter nacional paranoico.

Por otra parte, quisiera ir a la casa del gobernador para ver quiénes somos los invitados y cómo es una comida con un gobernador inglés, algo que sólo he visto en películas. ¿Cómo es la socialibilidad en una situación como esa? Páginas podría escribir, pienso.

Finalmente, la noche en que se abren las urnas, escuchándolo justamente al gobernador, decido disculparme del modo más informal ante Sharon, la persona de relaciones públicas que me había pasado el sobre. Le digo la verdad sobre cuál puede ser la reacción en mi país si se conoce mi visita a la Governor's House. Me da vergüenza decir lo que digo. Y ella se da cuenta. Una especie de confesión política sobre la argentinidad de nuestras costumbres. Conservo la invitación con su escudo dorado, abajo del cual mi nombre está dos veces mal impreso. Finalmente, no debo estar en los registros del Foreign Office y eso me divierte. El gobernador parece un tipo simpático y, después, me entero de que toca algún instrumento, no recuerdo

cuál, en una banda donde Joost toca la flauta. Y yo sigo preguntándome cómo será la casa del gobernador. Hice bien en no ir. Lo pongo como sacrificio de mi curiosidad ofrecido a quienes fueron víctimas de una implacable sociedad de clases que se sostuvo en las islas hasta los años ochenta.

Soy una extranjera: no tengo origen británico ni vengo de las islas del Atlántico Norte; nadie podría confundirme con una habitante de Stanley. Yo tampoco podría imaginarme aquí, como uno puede imaginarse en lugares por los que ha pasado, incluso los menos diferentes del lugar de origen. Permanentemente tengo la sensación de entender y no entender. Yo soy un malentendido también para los otros, que me entienden pero nunca sé hasta qué punto entienden la razón de mi llegada, de mi simpatía por su derecho a decidir. Yo misma no sé si defiendo ese derecho porque en la Argentina una dictadura me obligó a defenderlo. O sea que, paradoja final, la dictadura me obligó a entender a estos isleños. Eso es lo que tenemos en común.

Es una sensación sostenida por la posición de una argentina en las islas. No la posición frente a los isleños, sino la percepción que tengo de mí, allí, en ese lugar que no quise visitar y que, de pronto, se volvió indispensable: y para siempre formará parte de mis itinerarios. Antes de partir, hago la resolución de volver a las islas para conocer el *camp* y visitar una estancia de ovejas donde los esquiladores hayan estudiado su oficio en Australia y participen en campeonatos mundiales de esquila. Pero, al mismo tiempo, me doy cuenta de que es sólo un gesto privado, que hago para mí, para asegurarme de que el viaje tiene sentido cuando se toma la resolución de repetirlo. Se vuelve allí donde uno ha dejado algo por conocer o algo que quiere demasiado. Yo no estoy segura de que quiera conocer más las islas. Y tampoco las quiero, porque quererlas me acerca peligrosamente al nacionalismo del que he tratado de apartarme. Quizá volvería para escuchar una vez más el Belgrano English y el Belgrano Spanish de Ann Chiswell. Esos idiomas de infancia.

Quizá sólo vine a las islas para escuchar esas lenguas perdidas. Sólo vine para el fuera de programa.

LAS LIBRETAS PERDIDAS

En alguna mudanza perdí todas las libretas que había escrito durante mis viajes por la Argentina, Bolivia, Brasil y Perú. No se perdió nada valioso, si se piensa en comentarios, descripciones o cualquier otro género típico del diario de viajes. Esas libretas eran simplemente una lista de fechas y una lista de lugares. Pero los lugares estaban mencionados con precisión porque llegaba a ellos recorriendo distancias de muchos kilómetros a pie, por sendas, picadas o caminos difíciles, o en medios de transporte de los que lo menos que puede decirse es que se apartaban de lo convencional. Otro de los que conmigo realizó esos recorridos (éramos varios), que había quedado como depositario de la mayor parte de las fotos, tuvo el cuidado de no perderlas, incluso de conservarlas durante un exilio prolongado y dos cambios de país^[83].

Tengo hoy esas fotos digitalizadas. Sobre muchas podría hablar largamente, recordar el lugar, la hora, el nombre del campesino que aparece junto a nosotros, qué hicimos ese día después de tomar la fotografía o qué comimos esa noche. Sobre otras no puedo decir casi nada. Hay decenas de imágenes de un viaje por La Rioja cuyos detalles se me han borrado por completo y sólo puedo recordar que al regresar a Buenos Aires en un camión que nos había levantado en Córdoba, comimos *pizza* en algún lugar cercano al acceso norte, nos separamos, llegué a mi casa y me enteré de que me esperaban en el velorio de un viejo a quien yo quería mucho. Sobre otras fotos, no recuerdo las circunstancias, pero reconozco los edificios porque los he seguido viendo en libros. El extravío de mis libretas privó a muchas de esas imágenes de un soporte de recuerdos. Mientras las conservé con algún detalle, no tuve conmigo las fotos. Ahora sucede exactamente lo opuesto.

Después de que se perdieran las libretas de esos primeros viajes, pasaron años antes de que pudiera viajar de nuevo. La primera vez que lo hice en esta segunda etapa pensé en volver a comprar una de aquellas libretas, como las que había perdido. Pero un principio de saludable escepticismo me hizo desistir. Adopté otro método. Como en estos nuevos viajes se trataba de recorridos o estancias en ciudades a las que llegaba casi siempre para trabajar y donde me quedaba algún tiempo, compré calendarios de esos que tienen un cuadrado grande y en blanco para cada día. Pensé que, permaneciendo más o menos anclada en una ciudad, lo que valía la pena era anotar qué músicos escuchaba o qué películas u obras de teatro veía. Todavía no perdí esos calendarios que prueban que vi más obras de teatro y escuché más música de las que puedo recordar, sometida a una especie de régimen de atosigamiento. Si reviso los calendarios, me resultan desesperantes, a veces porque me doy cuenta de que hacía apuestas insensatas, a veces porque veo que iba a tres lugares diferentes el mismo día, y lo desesperante es comprobar que sigo haciendo lo mismo desde hace décadas. Voracidad ciega o snobismo hambriento, como se elija llamarlo. La existencia de estos calendarios de viaje se corresponde con las cajas llenas de programas locales: la historia de una especie de persecución obsesiva.

En un viaje reciente, en cambio, sin que lo previera, sucedió algo distinto. Estaba sola y por primera vez en Santiago de Compostela; había llegado esa tarde y, horas después, me senté a comer en un restaurant. Casi todas las mesas ya estaban vacías, y en el dorso de unas hojas que detallaban las maravillas que vería al día siguiente, comencé a escribir, casi en tiempo real, lo que estaba haciendo. Creí que se trataba sólo de pasar el rato hasta que llegara la comida.

Sin embargo, al otro día, mientras almorzaba, escribí dos páginas más. Y así me di cuenta de que me estaba imponiendo un compromiso con el género: el diario de viaje, un *blog* privado que crece independiente de la tecnología de la computadora y del espacio de internet. Al terminar esas dos páginas, decidí comprarme una libreta. Con ese gesto, daba el paso fatal. De allí en más, estaba obligada a recordar todo lo que me pareciera raro, interesante, pintoresco, típico, desusado, inesperado o inaudito. Era esclava de los nombres de las calles y de los nombres de las comidas, de los carteles en los bares, y de lo que había escuchado mientras tomaba algo en una barra: todo era parte del viaje, todo estaba para terminar en mi libreta.

Escribí, por ejemplo:

«En La Coruña tomo el tren de las seis de la tarde a Santiago. Desde la estación, camino hasta la Plaza Galicia, por callecitas con soportales en las que me pierdo. Bares, librerías. Paso por un café donde un hombre muy viejo está leyendo el diario. Cuando creo que me he alejado, me encuentro con la otra entrada de ese café. Me siento. En Compostela se fuma en todas partes. Anoche el mozo me dijo: “Si quienes trabajamos aquí tenemos derecho a fumar un pitillo, ¿por qué no lo van a tener los clientes?”. Se está bien en este café cuyo nombre invertido sobre el vidrio de la puerta no alcanzo a descifrar».

Al día siguiente escribí:

«Voy al mercado. Los jueves llegan las mujeres del campo con sus verduras: grelos, coliflores, cebollas brillantes como celofán, castañas. Se sientan en banquitos, las canastas apoyadas en el suelo. Pimientos verdes muy chicos, tomates, cada uno con su forma diferente, frutas que no parecen enceradas, sino percutidas por la lluvia, el granizo y el aire frío. Pañuelos en la cabeza y balanzas de mano. Puestos de pescados asombrosos, con ojos relucientes, mariscos largos como lápices de cuyo extremo sale una lengüita blanca, pulpos. Afuera, monte de castañas y flores».

El día anterior a mi partida, escribí:

«La dueña del hostel mira mi pasaporte y señala, como si hubiera debido avisárselo antes: “Usted tiene un abuelo gallego”. Le explico, porque parecía ofendida con mi silencio sobre el punto, que el apellido de mi padre y de todos sus hermanos era Sarlo Sabajanes; y que el padre de mi padre también usaba esos dos apellidos. El segundo, Sabajanes, fue siempre una molestia y un misterio. Yo acabé por no usarlo, pero es el que figura en mi pasaporte, que la dueña del hostel sostenía en ese momento. En mi infancia escuché que era el nombre de una aldea en Galicia, pero esa rama paterna de mi familia tenía a la inmigración muy lejos, a mediados del siglo XIX, de modo que no había pruebas, ni recuerdos. La dueña de la pensión responde a esta complicada explicación que, me doy cuenta, no tiene mucho sentido para ella: “Cerca de Compostela está Sabaxáns, un paraje, o una parada de ómnibus, municipio de Brión, parroquia de Bastavales”. Tengo poco tiempo y pacto con un taxi el viaje hasta allí: 30 euros, que finalmente fueron 25. Me dijo que no podía esperarme allá. Lo tranquilicé: no iba a tener que esperarme, no conocía a nadie en Sabaxáns, que era solamente mi segundo apellido y, posiblemente, la aldea de donde llegó a América algún antepasado bastante lejano. No era un lugar conocido. Por teléfono, el taxista llamó a una compañera que le indicó que debíamos pasar una iglesia por la izquierda y que allí mismo habíamos llegado. La iglesia era mínima, nada, un campanario bajo y plano. Poco más lejos, pregunté en un bar y me dijeron que Sabaxáns estaba más adelante, a un kilómetro. Era un refugio de ómnibus, con cinco letras “baxáns”. La primera sílaba había caído del frente del refugio, pero permanecía en un lateral. El taxista me sacó una foto. Yo no tenía recuerdos de nadie para evocar. Sabaxáns era eso: unas casas al borde del camino. Regreso a Compostela, medio atontada y camino por la Alameda. Estatua de Rosalía de Castro, que escribió “Campanas de Bastavales”, justamente las campanas del lugar de donde vengo. Sigo entre los árboles y se escucha un sonido que me parece una gaita. Voy bajando y allí está un viejo, sentado solo en los escalones de un hemisiclo, tocando una especie de flauta. No pide, está practicando; tararea el comienzo de la melodía y arranca. Luego otra y otra, reconcentrado».

Ese mismo año 2009, en febrero, escribí en mi diario de Berlín:

«Dedico la mañana a sacar fotos que, en realidad, corresponden a la estadía en Berlín del año 2003, cuando era para mí una ciudad por descubrir: Wittenberg Platz, a la que llego en el 119, KaDeWe, el sexto piso con los puestos de salchichas, pescados, verduras y pollitos franceses inigualables. Voy a la Neue Galerie y me pongo melancólica frente a la Philharmonie. De nuevo en ómnibus al Volksbühne. Compro la entrada para la noche y, justo enfrente, en el cine Babylon, a las cuatro, dan una película de un húngaro, Jan Lorenzen, cuyo título es *Bartók's Requiem*. Lorenzen fue al pueblo que había visitado Bartók buscando unas canciones folk cuya extrañeza le había llamado la atención al escucharlas en Budapest, cantadas por una muchacha de origen campesino. Antes de la película, dos mujeres y dos chicos tocan al piano piezas breves de Bartók, Takács y Ligeti. Algo casi solemne, emotivo, sentimental y también un poco provinciano. Cruzo la plaza caminando sobre la nieve y entro al Volksbühne. En la puerta, las canastas de pretzels y *baguettes* me recuerdan las canastas de la Staatsoper en 2003. Esta puesta de *Lulu*, por casualidad, también es dirigida por un húngaro,

Marton, que vive en Berlín, ya hizo *Wozzeck* y tiene 35 años. Tres actrices representan a Lulu: una serbia, una japonesa y una alemana. La serbia tiene el pelo cortado al rape y canta maravillosamente la música de Berg y blues, canciones pop, baladas. Tengo la impresión de que, cuando se canta Berg, se produce un túnel de sonido perfecto. Las otras son músicas convencionales, suenan a comedia-rock, aunque la serbia canta un blues formidable».

En 2009, en Berlín o en Galicia, escribí muchas páginas como las que acabo de citar. Por suerte, pensé, cuando me vaya de acá y llegue a la ciudad donde tengo que trabajar varios días, ni me voy a acordar de esta libreta ni voy a tener tiempo de hacer anotaciones. Eso me tranquilizó, hasta que llegué efectivamente al lugar donde pensé que la libreta quedaría cerrada.

Sin embargo, seguí escribiendo porque ya estaba capturada por una manía de registro; y, en esas circunstancias, todo parece significativo, todo puede demostrar su importancia más tarde (¿cuándo?). El diario de viaje me volvió desconfiada de mí misma. Dejé de saber lo que me interesaba y lo que no, lo que valía la pena y lo que mañana mismo iba a parecerme una banalidad. Mi viaje se había convertido en el motivo de un diario cuyo detallismo extremo lo volvía inmediatamente aburrido para mí misma.

Dejé de escribir diarios y libretas de viaje. Abandoné sin remordimientos la fantasía del recuerdo-con-escritura cuando leí un artículo del antropólogo Michael Taussig que compré por casualidad en la librería del New Museum de Nueva York pocos meses antes de terminar este libro. Es un folleto que lleva el número 001 de una serie que promete, o quizá ya haya publicado, 100. El número me pareció auspicioso: nunca había ido antes al New Museum, era mi visita 001 y correspondía comprar un folleto de Taussig que llevara el mismo número. Su título también tenía que ver con lo que me preocupaba: *Fieldwork Notebooks*. Taussig me ofrecía una coincidencia fuera de programa como corresponde a una visita turística que pueda enorgullecerse con un suplemento inesperado de acción o de discurso. Escribe «A las libretas les gusta viajar a nuevos lugares y a nuevas ideas. Mis propias libretas tienen un ritmo intranquilo. Las escribo sólo cuando viajo, cuando estoy haciendo trabajo de campo. No las continúo como diario cuando estoy en casa»^[84]. Para un antropólogo esta es una opción razonable: hay regiones donde la libreta podría ser irremplazable frente a lo desconocido; y lugares donde sería superflua. Aunque esto no funcione invariablemente así, se trata de una clasificación lógica de escritura y espacio.

Como cualquier objeto, la libreta puede perderse, y esa pérdida desencadena la experiencia del objeto mágico irrecuperable. Allí seguramente estaba lo que ya no se recuerda; allí se había registrado una proximidad con lo real, con el suceso, que por algún milagro la escritura capturó. La libreta tiene un valor de fetiche. De todos los viajes en este libro, las libretas se han perdido. Y de otros viajes más recientes, existen las libretas, pero los viajes no serán escritos. Como Taussig, puedo suponer que en las libretas perdidas había evocaciones de «sensaciones silenciosas» que nunca serán recuperadas. La pérdida de las libretas está acompañada por una idea tranquilizadora: en algún lugar tuve una «sensación silenciosa» que valió la pena. Y tanto que se borró para siempre. O tan poco valor tenía que se borró para siempre.

El relato del viaje es siempre un *a posteriori*, aunque exista la libreta materialmente intacta sobre la mesa de quien lo escribe. Su pretensión y su razón de ser es reconstruir un pasado en una situación de escritura alejada del momento de los sucesos: remota, apartada, en un tiempo diferente. Entre la libreta escrita casi en paralelo al suceso y el relato hay un mar de inexactitudes y de olvidos: ¿qué se pasó por alto en la libreta, eso que el relato no podrá restituir o deberá reemplazar inventándolo? Y, aunque existan las libretas, volver a la experiencia del viaje es un deseo irrealizable, porque aquel presente es, ahora, pasado; y, sobre todo, porque el sujeto ha dejado de viajar y se ha puesto a escribir. Taussig, citando a Barthes, admite la posibilidad de que una sensación anotada en la libreta pueda recapturarse: la ilusión proustiana de una experiencia recobrada.

También sucede que quien escribe el relato de viajes juzga a quien escribió la libreta como un «yo» que es otro, alguien que no sabía, que malinterpretaba, que se apuraba a juzgar. Más difícil que escribir el relato es reencontrar a quien atravesó los sucesos que se narran. Yo no soy la que escribió las libretas. Perdidas o guardadas, son tan remotas como la mujer que hizo esos viajes. Y, sin embargo, pese a todo, insistimos en escribir esos relatos. Se sabe, se sospecha, que no serán fieles a aquel pasado ocurrido hace tiempo. Pero de ese pasado sólo tenemos esta historia de la que, al mismo tiempo, sospechamos. Escribirla descansa sobre dos hipótesis (o dos ilusiones): que la historia es única o primera; que la historia es representativa y que, pese a las distorsiones, mantendrá un tenor de verdad.

La historia es única o es la primera y lo que se cuenta tiene un valor de novedad aunque haya pasado mucho tiempo. Ese valor puede resultar de su rareza: ¿por qué esta gente hizo esto? ¿Por qué fue a tal lugar? ¿Cuál era su impulso, su deseo, su fantasía? También, si la historia es remota, su valor de única se sostiene en que el lugar donde ocurre, y los sujetos que menciona ya no son los mismos o ya no existen. San Juan de Oros ya no es ni volverá a ser el pueblo y la iglesia que conocí. La historia, entonces, como la fotografía de un muerto, cumple la función de representar lo que ha desaparecido. El relato del viaje transcurre en pasado absoluto.

Las historias narradas son, sin embargo, representativas: de una región, de unas gentes, de la mentalidad de quienes realizaron el viaje. Moverse para conocer América Latina en los años sesenta tenía un sentido que el relato puede restituir, así como quizá pueda restituir el conjunto de sentimientos y prejuicios de los viajeros frente a quienes encontraban en su camino. El relato puede presentar un capítulo de las ideologías pequeñoburguesas: viajar para seguir las vías de la revolución futura o viajar para conocer a sus futuros protagonistas. Ese era el sentimiento que llevamos a Bolivia y a Perú. Un prejuicio en positivo.

Los lectores podrán aceptar estos supuestos y darle un grado de confianza al contenido del relato. O examinarlos con severidad y sospechar de la perspectiva de quien los escribe. La antropología ha sometido a crítica toda idea ingenua de una ciencia objetiva. Los relatos de viajeros hoy se leen buscando el punto donde toda objetividad colapsa por ideología^[85]. No hay relato intocable frente a las epistemologías de la sospecha que dan forma a nuestro modo de leer cualquier texto. De Marx a Freud, de la crítica del sujeto a la crítica de la ideología, todo relato, en un momento, colapsa bajo una culpa que se presupone originaria y que, si se la pasa por alto, provocaría una lectura crédula, cuyo destino fatal no sólo sería la ingenuidad sino el partidismo de quien habla y que se considera autorizado a hablar.

Los adjetivos que se usan en un relato de viajes pesan como pruebas irrefutables de la ideología con que se rodea a los sustantivos. Y los mismos sustantivos se vuelven sospechosos siempre: escribe «choza» en vez de casa, por ejemplo, negándole a la «choza» el carácter completo de un abrigo como el que se le reconoce a la vivienda en el lugar de origen. Sustantivos y adjetivos llevan su carga ideológica de prejuicios. La mirada crítica los reconoce como portadores de una discriminación innegable que consiste en que el viajero de los años sesenta o setenta podía moverse en el Amazonas o en Bolivia ejerciendo una libertad de la que estaban privadas las gentes que visitaba. Entraba y salía. Finalmente, abandonaba el escenario de las aventuras. Esa libertad de movimiento en el espacio y la disponibilidad de tiempo eran sus privilegios de clase y de raza. Innegables, ineliminables, constituían las condiciones de posibilidad de su viaje.

Y había otros presupuestos: la idea misma de viajar, proyecto que era culturalmente posible sólo en la fracción social y en la ciudad de origen. Los desplazamientos de un pueblo de cazadores son trabajo o subsistencia; los de un migrante provienen de una decisión condicionada o impuesta. Culturalmente, el hecho mismo de ser viajero y no un migrante o un nómada marca una diferencia insalvable. Además, estaba el dinero. Frente a las economías de supervivencia o de extrema escasez que visitábamos, nosotros teníamos bienes en abundancia. Este libro trae muchos ejemplos del modo en que un equipaje, que podía parecer austero en

Buenos Aires, era juzgado sólido y abundante en el altiplano.

La trama de estas diferencias actúa como un sistema de refracciones: nosotros de un lado, creyendo que veíamos y escuchábamos bien; ellos, del otro, cuya idea de nosotros nunca pudimos adivinar. Y, sin embargo, hubo fugaces momentos de intercambio equidistante, que también están en este libro y seguramente fueron registrados con emoción en las libretas perdidas.

No sé si mis viajes han terminado. De todos modos, tampoco lo sabía antes de ir a las Malvinas, y ese último viaje demostró ser muy significativo en la serie. Pertenece al pasado tanto como al presente y al futuro. Las Malvinas fueron un salto de programa, algo que no había pensado realizar. Fueron el escenario de un nuevo viaje de aprendizaje, cuando creía que, para mí, ya había terminado ese período lleno de revelaciones que intenté contar en los capítulos anteriores. La experiencia inesperada de un *shock*.



BEATRIZ SARLO. Nació en Buenos Aires en 1942. Enseñó literatura argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Ha dictado cursos en distintas universidades norteamericanas como Berkeley, Columbia, Minnessota, Maryland y Chicago. Fue miembro del Wilson Center en Washington, «Simón Bolívar Professor of Latin American Studies» en la universidad de Cambridge, Inglaterra, y en 2003, miembro del Wissenschaftskolleg de Berlín. Varios de sus libros han sido traducidos en Brasil, Gran Bretaña, Estados Unidos e Italia. Su primer libro, publicado en 1967, fue un breve estudio sobre la crítica literaria en el siglo XIX. Ha investigado sobre temas de literatura argentina, nacionalismo cultural y vanguardias, cultura urbana y cultura popular. Formó parte del consejo de redacción de la revista *Los Libros*, hasta su clausura en 1976. Desde 1978 hasta 2008 dirigió la reconocida revista de cultura y política *Punto de Vista*, un prestigioso ámbito de discusión y difusión intelectual. Brasil la ha condecorado, en 2009, con la Orden del Mérito Cultural.

Notas

[1] «Steinhof», en Massimo Cacciari, *Hombres póstumos*, Barcelona, Península, 1989, p. 11. La iglesia de San Leopoldo fue construida entre 1904 y 1907. <<

[2] El festival de cine de Viena. <<

[3] Me acompañaba, como en la mayoría de las situaciones donde se escuche *jazz*, Rafael Filippelli, a quien agradezco haberme transmitido algo de su saber sobre esta música. <<

[4] Cl. Lévi-Strauss, *Tristes tropiques*, París, Plon (1955), p. 92. <<

[5] Sylvain Venayre, *Panorama du voyage; 1780-1920*, París, Les Belles Lettres, 2012, p. 166. <<

[6] Sylvain Venayre, cit. p. 151. <<

[7] Lévi-Strauss, cit., pp. 192 y sig. Amaro Villanueva, *Obras completas*, ed. de Sergio Delgado, Paraná, Universidad Nacional de Entre Ríos, vol. 3. <<

[8] John Urry y Jonas Larsen, *The Tourist Gaze 3.0*, Los Angeles-Londres, Sage, 2011, p. 15. <<

[9] NEPTUNIA Motonave 1932. Motores diésel: 4; 4 hélices. Velocidad: 19,5 nudos (el «Neptunia» era uno de los dos más veloces transatlánticos del mundo). Longitud: 180 metros. Pasajeros: 180 en cabina; 270 en clase turista; 1100 en tercera clase. Tripulación: 272 hombres. Era una motonave rápida para pasajeros y mercancías, especialmente construida para la ruta Trieste-Nápoles-Sudamérica. Con su casco elegante y alargado, recordaba y, al mismo tiempo, mejoraba la anterior «Saturnia».

La decoración de las cubiertas de pasajeros, libres de los excesos del «barroco» y del «liberty», se inspiraban en la sobriedad y la racionalidad, para todas las clases. Casi todas las cabinas, incluso algunas de la tercera clase, disponían de servicios higiénicos individuales, baño y ducha. La clase única disponía, incluso, de una piscina. La nave estaba, de este modo, preparada para brindar servicio de crucero en la temporada correspondiente. El 5 de octubre de 1932 comenzó el viaje inaugural, tocando los puertos de Trieste, Venecia, Spalato, Nápoles, Gibilterra, Pernambuco, Bahía, Río de Janeiro, Santos, Montevideo, Buenos Aires. Y regresó. En 1936 realizó un crucero por Tierra del Fuego. En 1940 fue transferida a la línea del Pacífico: Génova-Valparaíso. En 1940 cumplió el primer transporte de tropas italianas a Trípoli y, en 1941, pasó al servicio de la marina de guerra. Fue puesta fuera de combate por un submarino británico en septiembre de 1941.



(http://www.archeologiaindustriale.it/sez_produzione_it.php?content_type=nave&goto_id=620). <<

[10] Hace bastante tiempo, a propósito de las víboras que, supuestamente, amenazaban la vida tranquila de un grupo de veraneantes en un valle de las sierras bajas y secas del norte de Córdoba, en una columna publicada en la revista *Viva*, mencioné la novela *Los olvidados*, de Fernando del Río. Integraba la azarosa biblioteca de «Las Pencas», en el comedor orientado hacia el este que recibía todo el sol de la mañana, luminoso sobre los ladrillos casi morados de la galería y las hojas oscuras de los paraísos. En una repisa no muy grande, estaban *El crimen de la guerra* de Alberdi, *Juan Manuel de Rosas* de Carlos Ibarguren, *Sinuhé, el egipcio* de Mika Waltari, los poemas de Manuel Acuña y un libro de autoayuda, *Cómo ganar amigos e influir en las personas* de Dale Carnegie. No recuerdo haber leído la novela en aquel entonces. Un lector de *Viva* me escribió interesado en esa novela también olvidada. Le respondí que había

desaparecido de mi vida, junto con la infancia. Pero no para siempre, porque el lector hizo lo que yo nunca había hecho: la buscó, la encontró en una biblioteca municipal y volvió a escribirme con la referencia. Fui a la biblioteca sobre la calle Carlos Calvo, la misma donde trabajó Borges hasta que fue declarado cesante por el peronismo, pero ese día la novela estaba prestada. Allí mismo averiguaron que otra biblioteca municipal tenía un ejemplar, lo confirmaron por teléfono y enfilé para el barrio de Chacarita. Como el destino es insistente, meses después encontré un ejemplar en una librería de viejo. *Los olvidados* transcurre en un lugar de Córdoba que reconocí instantáneamente: el mismo patio cuadrado frente a la misma cocina de la misma casa donde había vivido muchos veranos de mi infancia. El narrador es un abogado de ciudad, en proceso de convertirse en hombre de campo, y la chica de servicio que le cebe mate es Rulito, bautizada así por el abogado, porque era una abandonada sin nombre. De allí en más (la pelea citada en el texto ocurre al principio), el abogado y la chica viven una especie de mudo idilio campesino que los coloca al borde del incesto, y digo al borde porque cuando él va a abrazarla, en ese mismo momento, se da cuenta de que Rulito puede ser realmente su hija. La relación del patrón con Rulito es el motivo sentimental de una presentación realista de la miseria en el norte de Córdoba, durante la década del treinta. Ni mucho peor ni, por cierto, mejor que muchas novelas de tema social (con intriga sentimental incluida). Fue escrita en 1944. Fernando del Río, *Los olvidados. Gente pobre en tierra rica*, Buenos Aires, Librería Perlado Editores, 1946, pp. 19-20. <<

[11] Este hombre habría llegado muy verosímelmente al puerto de Buenos Aires el 1 de febrero de 1930, procedente de Génova, a los 27 años, en el Giulio Cesare. Los registros lo presentan nacido en Alejandría, provincia del Piemonte, en 1903, jornalero y soltero. Bosia hablaba castellano con la boca muy cerrada, mordiendo los sonidos. Alicia Bernasconi es quien gentilmente acercó estos datos, entre muchos otros. http://www.ciseionline.it/KMS_Site/Dettagli_Arg.asp?id=172840<<

[12] «Kovàcs es un apellido también húngaro y en realidad me imagino que es un apellido pariente de Kovacic (parece que Kovac es “herrero”; el ic o el cic pueden ser “hijo de”). En algún lugar alguien anotó Kovacic en lugar del Kovàcs original (que quizás se pronunciaba parecido). Si además partió de Bremen hizo un largo recorrido (no inusual de todos modos, dependía del agente que vendía el boleto) o estaba ya en otro país antes de venir al Plata» (comunicación personal de Fernando Devoto, a quien agradezco la erudita gentileza). <<

[13] Alicia Bernasconi, de respuestas velocísimas e igualmente eficaces, me escribe: «Las listas que conforman la base de datos son las listas de pasajeros que los capitanes de los barcos entregaban en el puerto de Buenos Aires antes de desembarcar. Las distorsiones que presentan apellidos y nombres en la base de datos no han sido provocadas por funcionarios argentinos (salvo para el período 1882-1887, ya que las listas de esos años sí son transcripciones hechas por amanuenses de la Dirección de Inmigración), sino por oficiales de a bordo que no leían correctamente los pasaportes, o no entendían a los pasajeros o transcribían sin demasiado celo listas recibidas de las compañías marítimas en los puertos de embarque. No sabemos a ciencia cierta con qué documentación confeccionaban ellos las listas que entregaban al llegar, ni mucho menos cuán letrados eran. Sí parece bastante claro que en ese ámbito no se establecía un vínculo estrecho entre la manera de escribir nombres y apellidos y la identidad de las personas». Hoy, Erdogyarak está dentro de la República de Rumania y tiene, como a comienzos del siglo xx, poco más de 2000 habitantes. <<

[14] Kwame Anthony Appiah, *Cosmopolitismo. La ética en un mundo de extraños*, Buenos Aires, Katz, 2007. <<

[15] Carlos Reboratti ofrece una descripción material precisa de la puna, región de casi siete millones de hectáreas. Lo cito con la extensión que merece su texto: «La Puna es una planicie... ubicada por encima de los 3000 m de altura en el extremo noroeste

del país; abarca parte de las provincias de Salta, Jujuy, Catamarca, La Rioja y San Juan (en estos dos últimos casos depende de cómo se definan su límites). Hacia el este, la Puna se extiende hasta la Sierra de Santa Victoria, los nevados de Chañi y Cachi, y la sierra de Quilmes o Cajón. Clásicamente el límite sur se ubicaba en la Cordillera de San Buenaventura en la provincia de Catamarca pero, en realidad, este ambiente se puede encontrar también con el nombre de “punillas” o “altipampas” más al sur, entremezclado con cadenas montañosas. En el oeste, el límite lo forman una línea de volcanes que marca en el norte el límite con Chile y más hacia el sur los principales cordones de la Cordillera de los Andes. Morfológicamente la Puna se extiende más allá de las fronteras políticas, hacia el sur de Bolivia y el noreste de Chile. Por el borde oriental acceden a la Puna una serie de valles y quebradas (Humahuaca, del Toro, Calchaquies) que, además de servir como canales de comunicación biológica, han sido históricamente importantes vías de comunicación.

»La Puna tiene un relieve relativamente chato, surcado ocasionalmente por serranías que sirven como elementos de delimitación de cuencas cerradas, características de este ambiente. [...] En el fondo de estas cuencas se desarrollan grandes lagunas (Guayatayoc, Vilama), que tienen límites variables según la alternancia de las usuales irregularidades interanuales en la precipitación y también por la aparición esporádica de El Niño, que tiene en el noroeste del país efectos de sequía. Cuando las lagunas tienden a desecarse, dan lugar a extensos salares (Olaroz, Hombre Muerto), que resultan de la acumulación de elementos químicos lavados en los faldeos por las lluvias y arrastrados hacia el fondo de las cuencas. Estos salares aumentan en frecuencia y tamaño hacia el sudoeste, a medida que el clima se hace más seco.

»En líneas generales, las precipitaciones, siempre escasas, descienden de noreste a sudoeste. Mientras que en La Quiaca se pueden registrar alrededor de 350 mm de precipitación anual, hacia el sudeste éstas van disminuyendo y ha habido años sin registro alguno de precipitación en los salares del norte de Catamarca. Desde una perspectiva relativa, se podría diferenciar una puna más húmeda en el noreste y una más seca en el sur.

»A pesar de su ubicación subtropical, el control que ejerce la altura hace que las temperaturas sean relativamente bajas, con un promedio de 10°C. Las mínimas pueden llegar en el invierno a los -15°C. Pero la gran sequedad del ambiente hace que la amplitud térmica diaria sea muy alta. En los meses de verano, no es raro que entre las mediciones del mediodía y las de la noche existan más de 25°C de diferencia.

»Los suelos son, por lo general, incompletos, arenosos (hay ocasionales formaciones de dunas) o pedregosos, con un muy bajo contenido de materia orgánica, ya que ésta se produce en poca cantidad y tarda mucho en descomponerse. Sólo en los escasos lugares húmedos hay formaciones de turberas, de muy lento desarrollo por las condiciones imperantes.

»La baja temperatura y las escasas precipitaciones han dado como resultado una vegetación esteparia, formada fundamentalmente por arbustos bajos como la tola, la añagua y la yareta —una particularidad de ésta es su longevidad, ya que se han encontrado ejemplares que tienen cientos de años. Los arbustos, por lo general, aparecen mezclados, con distinto grado de predominio según las condiciones locales y el efecto de especialización del ramoneo del ganado. No cubren totalmente el suelo, que en buena medida aparece desnudo. Las gramíneas aparecen solamente en forma ocasional en las llamadas “vegas”, que son depresiones locales donde se acumula el agua de vertiente y dan lugar a un microambiente diferenciado; también aparecen asociaciones de esporas en algunas laderas resguardadas. Los árboles de mayor porte son muy escasos, como la queñoa, que aparece formando bosquesillos en algunos lugares reparados, y el churqui, que sólo aparece en los bordes orientales más bajos. Los intentos por introducir especies foráneas no han sido muy exitosos, y solamente ha tenido cierto desarrollo el olmo siberiano, frecuente en los centros urbanos.

»[...]

»*El poblamiento*. A pesar de que las condiciones naturales presentan fuertes limitaciones, la Puna ha sido objeto de un antiguo poblamiento de culturas de cazadores-recolectores primero y, luego, de culturas ganaderas. En algunos lugares más húmedos se han registrado, incluso, andenes de riego, que muestran una actividad agrícola incipiente, tal vez fruto de condiciones climáticas menos rigurosas. La actividad ganadera se basaba en el aprovechamiento de la llama, el animal mejor adaptado a las condiciones locales. Éste, además de proveer fibra y carne, fue el carguero por excelencia de la Puna hasta el siglo XIX y el vehículo básico para el desarrollo del gran tráfico caravanero que caracterizó a la región en toda su historia. Este tráfico tiene que ver con la posición estratégica de esta meseta de altura con respecto a ambientes proveedores de distintos recursos naturales desde la costa del Océano Pacífico, las Yungas y los valles templados del sudeste.

»Más modernamente la Puna fue considerada como un espacio marginal, donde se desarrollaron algunas actividades mineras puntuales, pero no fue objeto de explotación ganadera a gran escala. La instalación humana continuó siendo básicamente dispersa, y solamente con la llegada del ferrocarril y el trazado de las fronteras aparecieron algunos centros urbanos de tamaño mediano, como Abra Pampa y La Quiaca, cuya existencia y desarrollo no están ligados al medio local, sino a su posición estratégica como nudo de transportes.

»En 2001, toda la población de la Puna apenas sobrepasaba las 46 000 personas. Pero si se descuenta de esta población a la que vive en los centros urbanos, se llegaría a una cifra de solamente 25 000 habitantes rurales. Y aun éstos se encuentran distribuidos en forma irregular, dado que 14 000 viven en la parte norte, menos extensa, y el resto, en el sur. Esto hace que la densidad de la población sea de apenas 0,2 hab. /km² en este último sector». (Carlos Reboratti, «Situación ambiental en las ecorregiones Puna y Altos Andes», <http://www.fvsa.org.ar/situacionambiental/Puna.pdf>). <<

^[16] Así llegamos por primera vez a la puna. Mary Louise Pratt ha señalado la importancia de la «escena de llegada» en los viajes de antropólogos y exploradores («Fieldwork in common places» en: James Clifford y George Marcus, eds., *Writing Culture. The Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley-Londres, The University of California Press, 1986, pp. 27-50). También está llena de sentido la «escena de partida», o mejor la secuencia de escenas anteriores a la partida, los días o meses durante los cuales el viajero realiza su preparación física, psicológica y moral. Nuestro equipo, zapatos, mochilas, marmitas, carpas, formaba parte de esa preparación. Todos los prejuicios respecto de lo exótico se insinúan en esas escenas anteriores a la partida: ¿cuáles son las enfermedades habituales? ¿Qué medicinas encontraré en mi destino y qué médicos? ¿Cuál es el nivel de violencia urbana que me espera? ¿Cuán diferente es la comida? Las preguntas pueden ser completamente justificadas pero su constancia marca que lo desconocido amenaza siempre con peligros o daños potenciales, a veces imaginarios. <<

^[17] Alberto Sato, «Rutas históricas en la puna jujeña», *Autoclub. Revista del Automóvil Club Argentino*, Buenos Aires, número 55, nov.-dic. 1970, pp. 62-65. <<

^[18] Las citas provienen de: Carla Speciale Giorgi y Paolo Speciale, *La cultura del trullo; Antologia di scritti letterari e scientifici sui trulli*, Fasano-Brindizi, Schena Editore, 1989, pp. 81, 93 y 208 respectivamente (trad. BS). Este libro, que reúne excelente información sobre los trulli y magníficos planos, dibujos e ilustraciones, establece su área de difusión en Italia, la Puglia, y, especialmente el valle del Itria; hacia el norte de esta zona, en las costas de Bari; hacia el sur, en Salento; en Cerdeña, en Barbagia, Turritano y Sulcis. Fuera de Italia, a lo largo de la costa dálmata (con excepción de Grecia) y en algunas islas del Dodecaneso. En Malta, existen trulli que hipotéticamente derivan de tumbas megalíticas. En España, en la Costa Brava, en la Mancha, Aragón, Cataluña y las Baleares. En Francia en la Provenza y la Dordogne. En Irlanda en la región de Kerry. En África, se encuentran en Libia; al sur del lago Chad, en Orange. En Asia

menor en el Kurdistán, «cuya cúpula de tejas cocidas al sol se parece a las cabañas redondas de algunas regiones de Bolivia y Perú» (p. 33). Como se ve, los trulli que descubrimos en la puna jujeña no son mencionados, aunque en la vasta geografía del altiplano podrían ser los atribuidos a Bolivia. Sin embargo, nuestros trulli jujeños no tenían tejas, sino que claramente habían sido cubiertos por piedras. Finalmente, el veredicto de la Enciclopedia Treccani: «Construcción rústica usada en algunas zonas de la Puglia (Murgia, valle del Itria). Tiene, generalmente, planta circular; la cobertura es de lajas de piedra bastamente cortadas, dispuestas en niveles que se achican hacia arriba, para formar una cúpula cónica... En ocasiones al trulli central se le agregan otros más pequeños, a menudo de planta cuadrada, cubiertos por una cúpula independiente y comunicados entre sí y con el exterior... Descienden de construcciones circulares, en forma de torre, ubicables en el marco de la civilización megalítica mediterránea». <<

[19] A. Sato, cit., p. 65. <<

[20] La iglesia: «Sobre el frente de la iglesia coinciden en un mismo eje el acceso al atrio y un pequeño pórtico que pareciera indicar el camino hacia el Alto Perú, a través del Abra grande. Nichos para descansar las imágenes se apoyan sobre los muros exteriores de adobe, simbiosis perfecta entre rito y necesidad estructural. Dos sacristías que por sus cimientos de piedra indican mayores dimensiones que las actuales, flanquean el sector del altar. Don Félix nos explica que la paja de los techos, inexistente en el lugar, resultaba tan costosa que, por razones de economía, redujeron el tamaño de los sectores considerados innecesarios. Algunas vigas de lapacho enclavadas en el muro denuncian la presencia de dinteles que podrían haber sido ventanas o puertas. Rodeamos la iglesia. Un macizo contrafuerte y la torre del campanario, horadada por ventanillas romboidales, enmarcan la fachada principal. La nave, con techo a dos aguas armado con vigas de lapacho ocupa una superficie de aproximadamente 150 metros cuadrados. Don Félix destrabó el antiguo candado y entramos... Arabescos de fuertes colores decoraban todos los muros. El retablo estaba pintado con columnas y cúpulas neoclásicas, tratadas según el estilo ingenuo y primitivo, en una gama de oros y azules, telas de evidente influencia italiana, sin marco, fijadas a las paredes con clavos de madera. Sobre el altar, don Félix enumeró las vírgenes de la Candelaria, del Rosario y de la Concepción, talladas en madera. Y, en fuerte policromía, un San José. En este recinto, ingenuo y equilibrado, de 22 metros de largo, existió sobre la mezanina del coro, un órgano de cañas: “Un sacerdote se lo llevó —afirman los pobladores— para repararlo y nunca más lo devolvieron a esta Iglesia de San Juan”». (Ibid., p. 65). <<

[21] José María Poirier, director de la revista *Criterio*, consultado por mí, tuvo la gentileza de trasladar la pregunta a Roberto Di Stefano, especialista en historia de la Iglesia en el siglo XIX, que respondió: «Parecen ser santos dominicos y jesuitas. El de la primera pintura parece ser un dominico. No se ve bien si lo que tiene en la mano es una palma de martirio o una pluma de escribir. Tiene una custodia en la otra mano... Podría ser Santo Tomás, si fuera una pluma de escribir. El de las llaves es sin dudas San Pedro. La tercera imagen parece de dos jesuitas. Uno es un mártir, tal vez Roque González, martirizado en el Paraguay. El otro lleva una cruz de misionero y podría ser San Francisco Javier o San Francisco de Borja. El de la cuarta imagen diría que es Santo Domingo, con el báculo del que cuelga el pendón de la orden y la azucena en la otra mano (si es que es una azucena). Falta el perro, que no siempre está. La Virgen, creo que sin dudas, es la del Rosario, coronada, y con el Niño también coronado en el brazo izquierdo y el Rosario en la otra. Es congruente con las imágenes de santos dominicos; seguramente en algún momento la iglesia fue confiada a la orden». La identificación de las órdenes de dominicos y jesuitas coincide con la de Gastón Burucúa, aunque se aparten en el san Pedro, que señala Di Stefano, y que es, para Burucúa, san Ignacio. <<

[22] <http://www.ruta0.com/santa-catalina/fotos/pueblo-fantasma-de-san-juan-de-oros-jujuy->

12056.htm<<

[23]<http://www.lugaresdeviaje.com/foto/18086>. Quien tomó esa fotografía afirma que nunca nadie vio el interior de esa iglesia. Nosotros también somos sus fantasmas. <<

[24]<http://rutanacional40.com/hojaRutJujuy.asp>. El mapa muestra que de San Juan de Oros, llegamos, con mejor suerte en cuanto a la dureza del viaje, a Mina Piriquitas, a 55 km.<<

[25] Ese hombre, gentil y hospitalario, era un separatista convencido. Pero lo que esa noche nos impresionó fue la naturalidad de sus proposiciones racistas. Encuentro convincente la siguiente síntesis de Pablo Stefanoni: «El regionalismo cruceño tiene causas históricas evidentes. Hasta mediados del siglo xx, esta región oriental se encontraba aislada del resto de Bolivia: un camión necesitaba seis días para recorrer los 500 kilómetros que separan a Santa Cruz de Cochabamba, y fue recién en los años cuarenta, cuando se puso en marcha el denominado Plan Bohan, que muchos consideran el despegue del desarrollo cruceño. En los años cincuenta, las violentas luchas por el 11% de las regalías petroleras para el departamento enardecieron los ánimos regionalistas y se mezclaron con las actividades conspirativas de Falange Socialista Boliviana (FSB) contra el gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) que encarnaba las banderas de la Revolución Nacional del 9 de abril de 1952 y que, sin embargo, continuó con los proyectos de desarrollo del Plan Bohan. Políticamente, el Comité Cívico Pro Santa Cruz —considerado corrientemente el “gobierno moral” de la patria chica y artífice de la actual ofensiva autonomista— fue, desde el inicio, un bastión falangista. En los años setenta, constituyó un refugio para los partidarios del general Hugo Banzer, quien derrocó mediante un golpe de Estado al gobierno nacionalista popular del general Juan José Torres y gobernó *de facto* hasta 1978. No son pocos quienes piensan, en La Paz, que los cruceños quieren repetir la historia con Evo Morales. Hoy, Santa Cruz es el departamento más rico de Bolivia». Sobre el racismo cambia hay un ejemplo tan claro como reciente y mediático: «Fue la Miss Bolivia Gabriela Oviedo quien, en 2004, buscó marcar de forma brutal las diferencias, lo cual desató una polémica que llegó a Santa Cruz: “No todos somos indios en Bolivia, en Santa Cruz somos altos, blancos y sabemos (hablar) inglés”». (Pablo Stefanoni, «Las tres fronteras de la revolución de Evo Morales. Neodesarrollismo. Decisionismo. Multiculturalismo», en M. Svampa y P. Stefanoni, *Bolivia: memoria, insurgencia y movimientos sociales*, Buenos Aires, CLACSO-OSAL-Editorial El Colectivo, 2007, p. 89). <<

[26] Ernesto Guevara, *Notas de viaje; Diario en motocicleta*, Oceansur, 2004. <<

[27] A mi amigo Diego Rojas le resultan irreconocibles estas rodajas de mortadela frita. Como conoce bien Bolivia y como tiene una mirada ajustada para la realidad, transcribo lo que me dice: «Una cosa que no entiendo es esa referencia a las milanesas de mortadela. Mirá que conozco Bolivia, sus comidas y sus mercados y jamás probé algo de esa naturaleza. Me gustaría saber a qué te referís. Hay en Bolivia una especie de milanesa llamada “silpancho”, que es una lonja finita de carne apanada, pero de vaca, quizás te refieras a eso». El padre de Diego, boliviano, confirma mi confusión y la descripción que me facilitó su hijo (mensajes de marzo de 2013). <<

[28] La situación anterior a la asunción de Torres respondía al siguiente entramado de contradicciones endiabladas que se potenciaban: «Tras un levantamiento militar el 6 de octubre de 1970, el Gral. Ovando, que pocas semanas antes había perdido a su hijo mayor víctima de un accidente de avión, totalmente desmoralizado renunció a la presidencia. Se produjo entonces una pugna entre sectores de derecha liderizados por el Gral. Rogelio Miranda y grupos de izquierda bajo la jefatura de Juan José Torres. En un principio y ante la imposibilidad de jurar él mismo como presidente por falta de un mínimo respaldo, Miranda forzó la posesión de un triunvirato militar conformado por los generales Efraín Guachalla, Fernando Sattori y Alberto Albarracín que renunció huérfano de apoyo a las seis horas de haberse posesionado. La confusión en el seno de las FF. AA. llegó a puntos insospechados. Las

ideas dejadas por Ovando vinculadas al nacionalismo revolucionario y las posiciones anticomunistas de la doctrina de seguridad nacional, agudizadas tras el triunfo frente al “Che”, no eran capaces de romper el empate. En este contexto la solución se dio por la vía del golpe de mano.» (<http://historia.ibolivia.net/node/320>). <<

[29] De regreso en Buenos Aires, escribí una veloz síntesis de la situación política en Bolivia, que se publicó en la revista *Los Libros*, número 19, mayo de 1971 (hay edición facsimilar publicada por la Biblioteca Nacional). En enero de 1971, cuando nosotros estábamos en La Paz, tambaleaba el gobierno de Torres encerrado entre una derecha militar y algunas fracciones de izquierda que lo criticaban como si se tratara de la misma derecha que lo jaqueaba. Estuvimos esos días en que «el golpe parecía un hecho». En mi nota trato de explicar: «Altos jefes del MNR dialogaron en los comandos militares con los generales golpistas; el gobierno de Torres puede caer. Lechín (dirigente máximo de la COB) se resistía a movilizar la COB para evitar una restauración de derecha y aun cuando el golpe parecía triunfante se comunicó con los centros mineros para pedirles a los obreros que no abandonaran sus lugares de trabajo. Sin embargo, la democracia y las organizaciones de base funcionaron efectivamente: cinco horas después, los mineros llegaban en camiones a La Paz y avanzaban desde El Alto atronando la ciudad con dinamita. Defendieron la opción nacionalista revolucionaria, dotándola de un contenido de clase al exigir las medidas que pueden conducir a Bolivia hacia el socialismo». En ese número de *Los Libros*, también se publicó el reportaje que le hice a Augusto Céspedes, escritor e intelectual máximo de esos años. En mi presentación del reportaje escribí: «La subcultura que ha impuesto el imperialismo sobre Latinoamérica tiene motivos serios para auspiciar el ocultamiento de una obra como la de Céspedes, a menudo valiéndose de argumentos exquisitos, desvalorizadores, enajenados a la “buena literatura”. En *El dictador suicida* Céspedes ha escrito: “Esta es una historia tendenciosa y complicada”. Como debe serlo, naturalmente, toda historia escrita para la liberación». <<

[30] Lechín era secretario general de la Confederación Obrera Boliviana. En mayo de 1970, un Congreso de la COB se sitúa muy a la izquierda de su dirigente histórico (a quienes muchos en la izquierda consideran un traidor) y caracterizan la etapa de la revolución como «socialista». En este clima de sóviet, se crea una Asamblea Popular que debería convertirse en expresión de la nueva soberanía: «Contra la representatividad en el parlamento ligada exclusivamente al sistema de partidos políticos, la AP (223 delegados) se estructuró de acuerdo a sectores de producción y representaciones de clase. Así había delegados mineros (132, mayoría), fabriles y en menor medida universitarios, maestros e intelectuales. El sector agrario estaba escasamente representado. El carácter de vanguardia proletaria en la AP, era de influencia trotskista (POR de Lora)». (<http://historia.ibolivia.net/node/320>) Dominada por el imaginario de la izquierda más radicalizada, la Asamblea avanza hacia su autodestrucción. Liliana De Riz, en el mismo número de la revista *Los Libros* donde se publican mis crónicas de Bolivia, con más capacidad de prever lo que se viene en muy poco tiempo, escribe: «Empujados por la movilización popular, los líderes de izquierda proclaman el socialismo para mañana y depositan en las consignas la capacidad de conjurar mágicamente los prerrequisitos de la revolución» (número 19, mayo de 1971). <<

[31] Pablo Stefanoni me escribió después de leer un borrador de este capítulo: «A Céspedes, quizás le daría una cercanía mayor mencionarlo por su apodo cariñoso y extendido... el “Chueco” Céspedes, escritor y político...». Y agrega, «un tipo bastante especial, bohemio, con fama de “flojo” para el trabajo». Stefanoni también me señala un párrafo de *El dictador suicida*, bien conocido libro de Céspedes en aquellos años, muy a propósito para explicar la atracción que ejercía entonces. «Vacilábamos (escribe Céspedes) entre la anticultura mental y un sentimiento confuso, pero fuerte, de la obra negativa realizada por la oligarquía con las ideas liberales. En la universidad era desconocida la concepción marxista. Algunas librerías

poseían folletos de los conductores de la revolución bolchevique: Lenin, Trotsky, Bujarin, Kamenev, Lunatcharsky, que hojeábamos en desorden. Más nos atraían la fraseología del APRA, y los relámpagos de la revolución mejicana. Leíamos los discursos de Obregón y de Calles y la lírica premonitoria de la *RazaCósmica*, que se escuchaba entre los disparos de fusil de la reforma agraria. Por tales sendas titubeábamos olfateando las brisas del conocimiento, hasta que nos proporcionó otro aviso el mensaje de José Ortega y Gasset, quien distribuía en América una subfilosofía de origen alemán, en novedoso castellano que daba color y bulto a las abstracciones [...] Las traducciones de la biblioteca de la *Revista de Occidente* proclamaban la apelación vital al espíritu, ofrecían un lente nuevo sobre el mundo, y creíamos que también sobre nuestra realidad nacional». «Despertamos entonces al anuncio de que cada generación poseía un destino; que tenía un stock de ideas y de modos para la época correspondiente; comenzamos a pensar en el gassetiano “tema de nuestro tiempo”, en el keyserliniano “mundo que nace”. De ese modo, en el yermo cultural boliviano, nos dábamos a la caza de fugaces meteoros para fijar la ruta en la montaña». <<

[32] «Nació en Cochabamba en 1931. Originalmente estuvo próximo a FSB, fue en una fórmula de ese partido que accedió al parlamento durante el gobierno de Barrientos. Su interpelación por la masacre de San Juan le costó la cárcel. Fue ministro de Minas y Petróleo del gobierno de Ovando desde donde propugnó la nacionalización de la Gulf. En 1971 fundó el Partido Socialista. Fue exiliado por Banzer. Ejerció la cátedra universitaria en México. A su retorno como jefe del escindido Partido Socialista 1, fue candidato a la presidencia en tres oportunidades (1978-1979 y 1980). Obtuvo un notable cuarto lugar con más de 100 000 votos en 1980. En 1979 inició un juicio de responsabilidades contra el expresidente Hugo Banzer. Ejerció el periodismo en los años sesenta y setenta. Fundó el efímero periódico *ElSol* y la revista *ClarínInternacional*. Fue columnista en la prensa mexicana, sus columnas más importantes fueron recopiladas en el libro *Hablemos de los que mueren*. Incursionó en el cine con un cortometraje, *El combate* (1959). Pero su obra de creación más destacada se dio en la narración. *Los deshabitados* (1959) es ya un clásico de la literatura moderna de Bolivia. Con carácter póstumo se publicó su segunda novela *Otra vez marzo*. Sus escritos políticos más importantes son *El saqueo de Bolivia* (1972) y *Oleocracia o patria* (1976). Tras el asalto a la COB el 17 de julio de 1980, fue herido, torturado y brutalmente asesinado. Su familia nunca pudo recuperar sus restos. Murió a los 49 años de edad.» (<http://historia.ibolivia.net/node/320>). <<

[33] Respecto de la altivez de Quiroga Santa Cruz, Diego Rojas, después de leer estas impresiones políticas, me trasmite las suyas: «Siempre que hablé con militantes bolivianos, quiero decir, aquellos que plantean las grandes transformaciones, había un dejo de superioridad no mal infundada. La primera vez que me contacté con Lora me llevó a su casa y se burlaba de los revolucionarios chilenos y argentinos que planificaban revoluciones en cafés o centros culturales, cuando él escapaba de cárceles y atravesaba a pie la cordillera para seguir planificando la revolución desde el exilio. Los revolucionarios bolivianos siempre tuvieron —y esa también es una deficiencia— un bolivianocentrismo evidente. “Nacionaltrotskismo”, recuerdo que caracterizaban mis amigos del PO a los militantes del POR de Lora. Sin embargo, siempre pasan cosas por allá, ¿cómo no sentirse en el centro de la revolución? Todo esto viene a mí al pensar en la figura de Marcelo Quiroga Santa Cruz. Recuerdo caminar y pensar en Quiroga Santa Cruz por el parque Lankakota, donde se dieron los combates a punta de fusil contra el ejército antes de que tomaran el edificio de la COB. Dicen que Quiroga estuvo allí, combatiendo» (mensaje de marzo 4, 2003). <<

[34] Roger Caillois, «Amazonia», en: Roger Caillois, *Jorge Luis Borges y otros textos sudamericanos*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Diego Portales, 2012, pp. 82-3. <<

[35] Ambas citas son de Hans Beltung, *Antropología de la imagen*, Buenos Aires, Katz, 2007,

pp. 267 y 276. <<

[36] César Vallejo, «Idilio muerto», *Los heraldos negros*. <<

[37] «En la selva no hay estrellas. Una entrevista con el doctor Stefano Varese», por Rodrigo Montoya, Hernando Burgos y Martín Paredes, Revista *Quehacer*, Desco, Lima, número 128, 2001. <<

[38] Philippe Descola, *Las lanzas del crepúsculo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005, p. 411. <<

[39] Beltung, *op. cit.*, p. 269. <<

[40] Catherine Siderita Vargas Mendoza, «Relaciones de género en tres comunidades nativas aguarunas de la cuenca de Shushug y Chiriaco», tesina, Universidad de San Marcos, Lima, 2004. <<

[41] Bartholomew C. Dean, *The State and the Aguaruna; Frontier Expansion in the Upper Amazon; 1541-1990*, tesis, Harvard University, 1990, p. 10. <<

[42] Michael Brown, *Una paz incierta. Comunidades aguaruna frente al impacto de la carretera marginal*, Magdalena-Perú, Centro Amazónico de Antropología, sin fecha (¿1986?), p. 158-9. <<

[43] Brown, cit, 153-54. <<

[44] Willy Guevara, *El suicidio femenino aguaruna*, tesis, <http://bvs.per.paho.org/SCT/SCT2006-005/SCT2006005.pdf>, pp. 14-16. <<

[45] Pedro Mayor Aparicio y Richard Bodmer, *Pueblos indígenas de la Amazonía peruana*, Iquitos, Fundamazonia, Universidad Autónoma de Barcelona, 2009. <<

[46] C.-M. de La Condamine, *Voyage sur L'Amazonie*, París, Maspéro, 1981, ed. de Hélène Minguet, p. 62. Trad. BS. <<

[47] *Ibid.*, pp. 73-75. <<

[48] Fritz W. Up de Graff, *Cazadores de cabezas del Amazonas*, Buenos Aires-México, Espasa Calpe, 1948, p. 156. <<

[49] M. W. Stirling, *Historical and Ethnological Material on the Jivaro Indians*, Washington, Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology Bulletin 17, 1938. <<

[50] Lima, Studium, 1982. <<

[51] Véase: www.selvasperu.org y http://www.iglesiadelnazarenoperu.org/A_Presencia%20de%20la%20iglesia%20en%20Peru.htm <<

[52] Frank y Marie Drown, *Misión entre los cazadores de cabezas*, Buenos Aires, Ediciones Selectas, 1962, pp. 30-3. <<

[53] *Ibid.*, p. 290. <<

[54] Mario Vargas Llosa, *Historia secreta de una novela*, Barcelona, Tusquets, 1971, pp. 32-33 <<

[55] Lisa Wistrand Robinson, *Eight Years in the Amazon Headwaters. My Life in three Peruvian Tribes*, Bloomington, Author House, 2005, p. 47. <<

[56] *Ibid.*, p. 51. <<

[57] Drown, *op. cit.*, pp. 145 y 150. <<

[58] David Stoll, *¿Pescadores de hombres o fundadores de Imperio?*, Quito, 1985, p. 169. <<

[59] *Vocabulario aguaruna de Amazonas*, p. III, Serie Lingüística Peruana, número 3. <<

[60] Vargas Llosa, *op. cit.*, pp. 40-41. <<

[61] *Ibid.*, p. 25.º. <<

[62] André-Marcel d'Ans «Alfabetización en la selva», en Alberto Escobar, comp., *El reto del multilingüismo en el Perú*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1972, p. 176. <<

[63] Stefano Varese, «Las etnias amazónicas ante el futuro de la región», en *Población indígena y desarrollo amazónico*, Quito, Ediciones ABYA-YALA, 1987, p. 59. <<

[64] Véase: Héctor Alimonda, Rafael Hoetmer y Diego Saavedra Celestino (eds.), *La Amazonía rebelde. Perú 2009*, Lima, CLACSO, 2009. <<

[65] *Las lanzas del crepúsculo*, Buenos Aires, FCE, 2005, ed. original 1993, p. 13. <<

[66] Mi agradecimiento, sobre todo, a la forma en que Ada Solari escuchó mi relato. Otros dos agradecimientos: Sandra de La Fuente me prestó los dos volúmenes de las «memorias» de Soma Morgenstern (*Alban Berg y sus ídolos: recuerdos y cartas* y *Huida y fin de Joseph Roth*), que leí mientras comenzaba a imaginar este libro y creo que dejaron su rastro en mí, si no en estas páginas. Juan Carlos Torre me hizo leer un libro magnífico de Richard Holmes, también cuando empezaba este proyecto: *Footsteps: Adventures of a Romantic Biographer*. <<

[67] Descola, cit., p. 27. <<

[68] Adrián Gorelik, *Das vanguardas a Brasília; Cultura urbana e arquitetura na América Latina*, Belo Horizonte, Editora UFMG, 2005, p. 31. <<

[69] El complejo hidroeléctrico de Urubupungá incluye tres represas: la Ingeniero Sousa Diaz, conocida como Jupuí (comenzada en 1960 y concluida en 1974, es decir después de nuestro viaje); la de Ilha Solteira y la de Tres Hermanos. <<

[70] Alberto Sato, que en 1975 se exilió de la Argentina en Caracas, y luego de casi tres décadas allí, pasó a Santiago de Chile, fue el que nos convenció sobre la necesidad impostergable de viajar a Brasilia. Cuando comencé a escribir estas notas, que fueron publicadas en la revista *Piauí*, Sato me escribió esta carta. La copio completa, como una prueba de las indeterminaciones y las pequeñas querellas de la memoria, también de la comunidad de sensibilidades epocales, y finalmente como texto de quien hoy hace historia de la arquitectura de América Latina y, en consecuencia, reconstruye el escenario visitado, con precisión:

«Querida amiga,

»te envío unas notas sobre nuestro lejano viaje a Brasilia. Son los recuerdos de un estudiante de arquitectura y, quizá por eso, difieran de los tuyos. Esos encuentros y desencuentros de la memoria siempre me resultan interesantes. Allá van.

»Recorrimos la sabana central del Brasil montados sobre un camión cargado de madera, bajo un cielo estrellado que parecía un montaje planetario de la *Flauta Mágica*. En la madrugada todavía oscura, nos despertaron las luces de reflectores que iluminaban gigantescas grúas moviéndose sin descanso alrededor de las estructuras de concreto, diseminadas en una llanura negra que parecía ilimitada: allí estaba Brasilia, a medio terminar. Carteles Novacap y de la firma constructora Christian & Nielsen por todas partes y mucho espacio entre las siluetas de los edificios.

»El impacto fue alucinante. Era un privilegio ver cómo avanzaba una ciudad nueva. Yo había leído sobre reconstrucciones, sobre imposiciones culturales, sobre reconversiones y también sobre destrucciones, desde el templo del convento de Santo Domingo en el Cuzco al Palacio de Carlos V en la Alhambra. Pero aquí éramos testigos de una verdadera fundación, testigos del futuro. Brasilia a fines de los sesenta todavía estaba en obra. Los cuatro viajeros nos sentíamos exploradores.

»Buscamos a los estudiantes de la recién fundada Universidad, como quien busca hermanos. Visitamos la Facultad de Arquitectura, instalada en unos galpones en forma de claustro, con su agradable microclima; luego, los infinitos y gigantescos pórticos de concreto organizados en una amplia curva que habrían de conformar la futura sede Darcy Ribeiro de la Universidad.

»Pero teníamos que encontrar dónde dormir, fuera donde fuera: en un galpón del centro de estudiantes o en una celda del recién inaugurado precinto policial de la Rodoviaria. Recuerdo que en otro viaje, llegamos de noche a Cochabamba, en Bolivia. Rendidos de tanto caminar, armamos la carpa sobre el pasto en la oscuridad. A la mañana nos rodeaba mucha gente y la policía nos preguntó qué nos pasaba porque habíamos acampado en medio de la plaza principal de la ciudad.

»Nos dispusimos a recorrer la ciudad sin dimensionar la escala en que nos habríamos de mover; la habíamos perdido hace rato cuando atravesamos Mato Grosso. Sobre las anchas avenidas,

casi no se distinguían los canteros de la calzada. Circulaban muchos VW escarabajo por la explanada de los ministerios. Fuimos a la Plaza de los Tres Poderes atravesando una doble fila de bloques simétricos, recién construidos y también algunos recién incendiados, quizá por descuidos que respondían a la premura y la impaciencia.

»Nos ubicamos sobre la explanada del Parlamento. Miramos hacia arriba; las dos torres gemelas de 28 pisos eran como la columna fundacional de las colonias romanas e hispanoamericanas, señales de la fundación del mundo. Al dirigir la vista hacia el horizonte, se podía apreciar una gigantesca maqueta compuesta por las dos filas de bloques ministeriales, la Rodoviaria al fondo y, como brazos extendidos, la gran avenida curva que articulaba las áreas residenciales.

»Aquella explanada era el cabezal de una plaza cívica, para una multitud a escala de lo que hasta ese momento mostraba la ciudad. Después aprendimos que la gente no tiene escala de ciudad o de metrópoli, y el sueño de convocar multitudes que llenaran aquella explanada era sólo eso, un sueño. Más lejos, Itamaraty terminado, así como el Palacio Alvorada y su capilla; el Teatro y la Catedral a medio construir. Niemeyer había hecho casi todo: encarnaba el ideal renacentista del artista creador, que da forma y dispone libremente de los edificios, como maquetas de yeso y cartón. Pero eran edificios colosales.

»Algunas Supercuadras ya estaban construidas. Se las había proyectado de acuerdo con el espíritu de los bloques de Le Corbusier, liberados del suelo, extendiendo abajo los espacios verdes, a lo largo de toda la cuadra. El contraste con los campamentos de obreros en la periferia era brutal. Éstos sólo eran favelas organizadas y se esperaba que desaparecieran a medida que se terminaba la construcción de la ciudad. Sin duda, la capital de Brasil no podría estar poblada por obreros de la construcción. Por su estándar, las viviendas de las Supercuadras estaban destinadas a burócratas y funcionarios públicos.

»Junto a estos bloques de altura media, había viviendas individuales, en hilera, alineadas sobre la Gran Avenida. Me llamaron la atención, en ese momento inicial de la ciudad, algunos cambios introducidos por quienes ya vivían allí. El Plan diferenciaba siete clases de circulaciones, entre ellas, la V7, más tranquila, peatonal, lejos del tráfico, cerca de los vecinos, con antejardines. Sobre estas calles daban los frentes de las casas. En general, el pasto estaba sin cuidar, había ropa tendida y algún triciclo abandonado. Los fondos, adonde daban la entrada de la cocina, el lavadero y la cochera, quedaban ubicados sobre la calle de tránsito ruidoso de vehículos. Pero, en ese frente de servicio, los habitantes habían colocado maceteros, flores, plantas; a los muros les habían agregado revestimientos en cerámicas de colores o espejitos, que contradecían la ciudad blanca y de cemento. Las casas se habían dado vuelta como una media, y el irresistible “ser latinoamericano”, al que le gusta exhibirse en la calle principal, contradecía la teórica tranquilidad y relación de vecindad de una V7.

»Pero allí, en ese pequeño desorden o alteración urbana, encontraríamos pequeños negocios donde adquirir las vituallas para completar la comida, pensando en reponernos, porque el desgaste de energía caminando toda la jornada, recorriendo con la mirada y con los pies una ciudad como Brasilia, exigía un minuto de irreverente normalidad.

»Todas las críticas que apuntaron contra Brasilia durante su realización y años posteriores —décadas diría— convirtieron en caricatura la connotación simbólica de los edificios y de la ciudad misma. Sin embargo, su matriz funcional se rindió frente a esta unidad plástica. Muchos detractores que conocí en mi vida académica, hoy callan discretamente. Seguramente, la mayoría de ese 24% de críticos de la mudanza de la capital, según encuesta realizada en marzo de 1960, eran arquitectos e intelectuales. “El encanto no se transfiere” todavía decían en el *Jornal do Brasil* el 21 de abril de 1969, defendiendo a Río de Janeiro. Pero el colectivo y su poder identitario lograron la convergencia entre modernización y ciudad nueva.

»El año pasado visité Chandigarh. Casi todos se refieren a ella como la ciudad adecuada a su

estado actual de modernización. Hoy Le Corbusier es respetado, homenajeado, venerado y admirado en la India. Transformado en figura pública, cuelgan pendones y pancartas con su imagen, verdaderamente uno de los pocos héroes de la arquitectura. Fue capaz de construir la necesaria monumentalidad urbana en clave moderna y fue maestro. Lucio Costa y Niemeyer lucen del mismo modo, como figuras que fueron capaces de construir un lugar para el Brasil moderno.

»Un abrazo

»Alberto» <<

^[71] Heloisa Espada, «Cidade-bandeira», *Revista Serrote*, número 10 (www.revistaserrote.com.br/2012/12). <<

^[72]]. *Debate en el transcurso de la guerra*. En Buenos Aires, el 2 de junio de 1982, envié una carta a la Mesa Socialista de exiliados en la ciudad de México. Ellos habían difundido por escrito su posición sobre la guerra (véase: León Rozitchner, *Malvinas. De la guerra sucia a la guerra limpia*, Buenos Aires, Losada). En cuanto la leí, estuve en desacuerdo con la Declaración de la Mesa Socialista, y creí que mi deber era responderles. Lo hice a vuelta de correo, en una carta a Jorge Tula, que me había mandado la Declaración. Mi carta, escrita en un papel con el membrete de la revista *Punto de Vista*, decía así:

«Compañero y amigo,

»hoy ha llegado el documento y siento la urgencia de plantearte algunas observaciones que espero se integren en una discusión, aunque a distancia, fraternal. Me gustaría analizarlo punto por punto y creo que en ese análisis no deberían estar ausentes las condiciones de su enunciación. Puedo imaginarlos bien, pegados a la televisión, agotando la lectura “sintomal” (démosle un nombre) de los cables y preguntándose qué estaría pasando acá sin poder responder del todo a esa pregunta. Creo que esas condiciones de enunciación le han dado un sesgo al documento y es, quizás, ese sesgo el motivo de mi carta.

»Un fantasma recorre el espacio de la intelectualidad argentina: el 17 de octubre de 1945. El fantasma (chantajista como toda aparición, fantasma al fin) hace resonar una pregunta. ¿Cómo reconocer el 17 de octubre, esto es, las formas que la conciencia popular va adoptando en el proceso de su constitución y su historia? Los ecos de esta pregunta, potenciados por el auge de masas, se escucharon a lo largo de la Argentina durante 1972 y 1973. Una sola consigna. NO equivocarse, aprovechar las condiciones que hicieran posible nuestra intervención y, en los más sinceros, no quedar al margen. El fantasma convirtió a muchos de nosotros en Realpolitiker. Realpolitiker que la única prueba que no pasamos exitosamente fue la decisiva: la prueba de la eficacia, ya que también en nombre de ella se actuaba.

»Una vez más, según leo en las primeras líneas del documento, debemos forzarnos en no confundir las cosas. Se trata en este caso de atacar los últimos baluartes de la metafísica social: nada menos que de pulverizar para siempre el ya bastante desprestigiado recurso de interrogarse sobre los orígenes. Ustedes piensan que es un obstáculo (epistemológico) para entender el actual conflicto referirse «exclusivamente a sus orígenes». Yo diría que igualmente peligroso es guiarse *exclusivamente por los deseos*. La otra observación metodológica que preside las reflexiones del documento se dirige contra la «difundida propensión a atribuirles (a los hechos) coherencia *a priori*». De acuerdo. Pero este acuerdo no me impide afirmar que es igualmente errado atribuirles incoherencia. Igualmente arriesgado pensar que, por la ausencia de esa coherencia, estos acontecimientos *sin origen* pueden convertirse en cualquier cosa (cambiar de signo, cambiar de contenido, copar, imponer un programa *e via discorrendo*, según las fórmulas que sucesivamente hemos ido utilizando en estos años para describir los que se demostró, de manera bastante invariable, como una operación arriesgada).

»Volviendo a los orígenes. No voy a traer acá argumentos morales, que para lo único que servirían sería para tranquilizarme a mí (porque los enuncié) y a ustedes (porque, de ser

preciso, podrían descalificarlos, con todo respeto, como morales). Simplemente quiero preguntarles si no explicar el acontecimiento por los orígenes los pone en condiciones de pasar por alto la naturaleza de ese origen, la colocación respecto del pueblo y el actual monopolio absoluto de la fuerza armada. Esto no me explica, exclusivamente, el operativo Malvinas y sus consecuencias, sean ellas las que fueran, pero traza los límites materiales dentro de los que, si soy responsable, debo desarrollar mi análisis político. Quiero además separar no sólo, como ustedes exhortan, a un acontecimiento de sus orígenes, sino también de sus consecuencias o, más bien, de las hipótesis que pueden realizarse sobre sus consecuencias. No veo por qué razón, si tan fácilmente se independiza *antes*, no puede independizarse a la acción de las acciones subsiguientes que eventualmente pueden desencadenar otros actores. Separar a un acontecimiento de sus orígenes es, en realidad, toda una teoría del acontecimiento. Una teoría en la cual el acontecimiento se adelgaza de sus determinaciones material-sociales hasta volverse poco menos que abstracto. Me preocupa que esta abstracción sea resultado de una operación ideológica que lo que reivindica es la necesidad de lo concreto, de lo concreto hasta tal punto que termina convirtiéndose en una rendición ante “los hechos”. En estos años de crisis del marxismo, hay una fórmula de Gramsci que me parece puede soportar las crisis: *pesimismo del intelecto*, lo que quiere decir, para mí, el más alto grado de realismo político.

»Entonces: pesimismo del intelecto como forma de no ser víctima de los propios deseos. O de los de ustedes. Y copio un ejemplo: “No caben dudas —los hechos de todos los días lo muestran— que el pueblo argentino, espontáneamente y a través de las organizaciones políticas, sindicales y de derechos humanos, ha sabido y sabe separar y diferenciar”.

»Les pregunto, porque es posible que acá no las conozcamos, cuáles han sido las expresiones (en la Argentina, claro) de esa diferenciación. Dejo de lado las organizaciones de derechos humanos: Pérez Esquivel ha hecho declaraciones dignas, rodeadas por el silencio. Quiero saber, en cambio, dónde están las diferenciaciones que ustedes mencionan: los partidos políticos (hablamos del peronismo y del radicalismo, supongo) dieron un apoyo incondicional a través de sus direcciones. Las fracciones internas, que no estuvieron de acuerdo ni con la oportunidad ni con la forma del operativo, estuvieron hasta hace diez días arrinconadas o, para usar una fórmula que partió de Alfonsín, apresadas en el “cepo patriótico”. De las organizaciones sindicales lo que puede decirse queda resumido en el periplo de Ubalini: de la cárcel donde se lo había colocado el 30 de marzo a la Plaza de Mayo. Las direcciones del peronismo y el radicalismo (subrayo: *direcciones*, porque la panoplia interna de posiciones sólo puede ser, por el momento, objeto de conjeturas en cuanto a su fuerza y sus alternativas) no exigieron ni siquiera la menor participación en el proceso diplomático que siguió al 2 de abril, no cuestionaron ni un momento la intervención de Haig como mediador, no requirieron ser consultadas ni incluidas en la elaboración de un pliego de condiciones que evitara el actual desangramiento y la eventual y cada vez más probable derrota. Se declararon (el adjetivo les pertenece) corresponsables de algo que les fue presentado como un hecho consumado, de una operación que hasta el 2 de abril había sido propagandizada por sus peores enemigos: el diario *La Prensa* entre los primeros.

»¿Qué quieren decir ustedes con “ha sabido y sabe diferenciar”? ¿A quién, a qué sujeto le están regalando este mérito? Diferenciar, precisamente es lo que no se hizo, si nos atenemos no a la conciencia popular (inaccesible o difícilmente accesible) sino a las declaraciones y a la práctica de las direcciones político-sindicales.

»Ustedes supongo que habrán escuchado, con el oído del alma que es el más sensible, los silbidos a Galtieri en Plaza de Mayo: esa fue la única “diferenciación”, en un acto cuyo efecto fue plebiscitar el operativo aventurero. Pero que no plebiscitó la guerra, ya que la Plaza del 2 de abril estaba sometida a la manipulación triunfalista de la dictadura y celebró la recuperación de las Malvinas como un hecho consumado (terminado) e incruento. Después del 10 de abril no se

repetieron las movilizaciones hasta el 30, cuando, frente al Monumento al Trabajo, lo que antes llamábamos lucha de líneas se manifestó en lucha de consignas (el topos clásico: ni yanquis ni marxistas) y una golpiza a los grupos de izquierda que querían “diferencias” y “cambiar el contenido”.

»A partir de entonces la dictadura se propuso desmovilizar y lanzó todo su aparato propagandístico con ese objetivo (la consigna de que se sirve al país en la tarea cotidiana, sin salirse de madre). Que esto lo hiciera la dictadura no debe extrañarnos. Pero es preciso también admitir que la cuestión nacional, con la proximidad cada día mayor de la flota británica y luego con el comienzo de las acciones militares propiamente dichas, triunfó sobre cualquier diferenciación. Hubo hasta ahora, para decirlo con términos de la *belle époque*, mucho frente único y poca lucha por la hegemonía por parte de los sectores populares. Esto no quiere decir que esa lucha no pueda producirse a medida que los acontecimientos se acerquen a su desenlace, que no salgan a la calle las masas a preguntar en nombre de quiénes y con qué derecho se metió a la Argentina en esta guerra innecesaria y terrible al punto que ya ha costado centenares de vidas.

»Pero si las fuerzas populares preguntan por qué la Argentina se metió en esta guerra, puedo permitirme suponer que preguntarán también, aunque no exclusivamente, sobre el origen. Dado a suponer, también es posible imaginar que también a nosotros se nos pregunte por qué razón (no sólo epistemológica) se puede separar a la acción del actor y del origen.

»Allí, sin dudas, se abrirá una situación nueva. Sólo un principismo abstracto puede ignorar que el operativo Malvinas practicó un corte en la historia de estos años. Pero sólo un optimismo abstracto puede afirmar que *necesariamente* la dirección que tomen los asuntos de la república será *sin más* favorable, como se empeñan en convencer y convencerse los teóricos del hecho consumado.

»Lo que sí se ha consumado en estos días es un cambio de conversación: de la crisis económica y la salida política hemos pasado en pocas horas a la cuestión nacional y anticolonial, según la particular versión que se ha hecho de ella en la Argentina (me excuso, en estas pocas páginas, de reiterar el convencimiento sobre la legitimidad de los derechos sobre las islas).

»Para terminar provisionalmente. Me parece correcto el programa de dos puntos que ustedes proponen y estoy completamente de acuerdo con él. Me parece óptimo que pueda circular y aprobarse entre el exilio argentino y latinoamericano. Alto el fuego es también nuestra consigna, acompañado de negociaciones que *hagan posible la paz*. Los puntos que piden “cesar la represión en todas sus formas y... aparecer los desaparecidos”, así como “el restablecimiento de la democracia en la Argentina” son puntos que aluden directamente a los que originaron el operativo Malvinas y en su cuenta a pagar deberá también anotarse esta aventura militar que, como hecho consumado, no asegura por sí mismo ni los contenidos ni el carácter (aún incierto) de su desenlace».

»Fraternalmente Beatriz»

II. *Declaración*. Mientras se desarrollaba la guerra, un grupo reducidísimo se reunió para escribir un documento. Tipeado en los talleres del diario Crónica, en secreto, por Luis Príamo, que entonces trabajaba allí, lo imprimimos como volante de dos páginas. Recuerdo que alguien lo llevó al periódico *Nueva Presencia*, que dirigía Herman Schiller. No tengo un ejemplar que lo pruebe, pero creo que la valentía de Schiller hizo que se publicara una síntesis con nuestras firmas. Además de Príamo, en el grupo estaba Jorge Goldenberg, Carlos Altamirano, Juan Pablo Renzi, María Teresa Gramuglio, Luis Navales y yo misma. Príamo no sólo lo tipeó, sino que conservó el original.

«Paz inmediata y negociación:

»única victoria del pueblo

»Desde el 2 de abril, toda la vida nacional se ha visto conmovida por la ocupación militar de las

islas Malvinas. La dictadura ha buscado manipular —y en buena medida lo ha conseguido— la vieja e incuestionable reivindicación de la soberanía argentina sobre las islas y todos aquellos sectores, partidos y sindicatos que tenían no sólo la responsabilidad sino también la posibilidad de aclarar el sentido político de la maniobra. Optaron por aceptar la lógica del hecho consumado y se incorporaron activamente a la tarea de darle plena legitimidad. Para ello, no se ha vacilado en bastardear valores y sentimientos legítimos del pueblo argentino: antiimperialismo, soberanía nacional, patriotismo, anticolonialismo.

PAZ INMEDIATA Y NEGOCIACION: UNICA VICTORIA DEL PUEBLO

Desde el 2 de abril, toda la vida nacional se ha visto como vida por la ocupación militar de las islas Malvinas. La dictadura ha buscado manipular —y en buena medida lo ha conseguido— la vieja e incuestionable reivindicación de la soberanía argentina sobre las islas y todos aquellos sectores, partidos y sindicatos que tenían no sólo la responsabilidad sino también la posibilidad de aclarar el sentido político de la maniobra, optaron por aceptar la lógica del hecho consumado y se incorporaron activamente a la tarea de darle plena legitimidad. Para ello, no se ha vacilado en bastardear valores y sentimientos legítimos del pueblo argentino: antiimperialismo, soberanía nacional, patriotismo, anticolonialismo.

La izquierda no se mantuvo al margen del "operativo". Razonando en muchos casos con el módulo del "cuanto peor, mejor", y apelando a viejas argumentaciones, invocó un hipotético "frente único anticolonial" y se sumó a las manifestaciones de abril con la idea o la esperanza de cambiar su contenido. Al no cuestionar el desembarco ni denunciar sus turbios objetivos, no hizo más que reaccionar al aventurerismo militar de derecha con aventurerismo de izquierda.

Por su parte, las principales organizaciones políticas de la burguesía (con excepción de algunos sectores) consideraron la situación desde una perspectiva que se interrogaba más sobre las ventajas que podían extraer de su apoyo restrictivo que sobre el significado y las consecuencias del operativo Malvinas. Sin reservarse el derecho de crítica a la conducción diplomática y política, sin haber planteado la menor exigencia de participación real del pueblo en la toma de decisiones que comprometen su destino, no cuestionaron siquiera la aceptación de Haig como mediador, un mediador que pocos días después se revelaría como parte comprometida con Inglaterra, las direcciones del radicalismo y el peronismo se declararon solidarias e, incluso, corresponsables de la medida. Especulando con que el período post-conflicto les resultaría favorable (con derecho adquirido a cambio de su apoyo) aceptaron el hecho consumado del que fueron meramente informados por el Ministro del Interior.

Las pocas voces que se alzaron para cuestionar la oportunidad de la operación del 2 de abril o analizar sus motivos, fueron prolijamente ahogadas en el mar de la propaganda oficial. Esto sucedió con las declaraciones de Pérez Esquivel y con el documento de Monsenor de Nevares y diecisiete sacerdotes de su diócesis.

Así es como hoy, el pueblo argentino, en medio de la crisis económica más grave de su historia moderna, es lanzado a una guerra que ya ha costado muchas vidas y recursos materiales, pero que costará mucho más todavía. La propaganda oficial ha jugado con sentimientos nacionalistas y anticomunistas profundos, clausurando al mismo tiempo todo interrogante sobre quien, por qué y en qué momento se decide el operativo militar. La manifestación del 10 de abril puso en movimiento todo el poder que los medios masivos adquieren cuando otros canales de debate y organización política están obstruidos. Así fueron manipulados los sentimientos colectivos, diluyendo tras las consignas patrióticas los hechos que realmente sucedían en el teatro de operaciones y el carácter probable del conflicto, de su desenlace cruel, tal como quedaría demostrado pocas semanas después. El pueblo fue mal informado y, desde los medios de comunicación de masas, se escenificó una fiesta más acorde con un mundial de fútbol que con el enfrentamiento bélico ya iniciado. La manifestación del 10 de abril celebró una reconquista que sabía legítima y creía incruenta: ese fue el único consenso popular que obtuvo la dictadura, trabajando sobre sentimientos y experiencias que ella no suscitó ni estimuló.

Ninguna de las reivindicaciones por las que nuestro pueblo se ha movilizado y batido desde 1976 se dirime en esta guerra. Todos los problemas seguirán en pie después de ella y como quiera que termine. Y es precisamente la satisfacción de aquellas reivindicaciones y la resolución de estos problemas lo que la dictadura militar ha buscado postergar —y, en lo posible, impedir— por medio de la operación Malvinas.

¿Por qué este régimen que hizo del "occidentalismo" una de sus banderas para emprender una represión terrorista sobre el pueblo, se encuentra ahora enfrentado con las prin-

cipales potencias de Occidente? ¿Por qué esta dictadura, que convirtió a los socios del capital imperialista en ministros y funcionarios de gobierno, alza ahora la consigna del anticomunismo? ¿Por qué los mismos que hicieron asesinar y persiguieron a tantos militantes anticomunistas, argentinos y latinoamericanos, se han transformado ahora en campeones de la soberanía nacional?

Das clases de dificultades procura resolver la dictadura a través de la aventura militar. En cuanto a la primera de ellas, baste recordar la situación en que se debatía ante el compulso de la sociedad civil antes del 2 de abril. La manifestación del 30 de marzo, salvajemente reprimida —incluso a juicio de órganos tan insospechables como los diarios "La Nación" y "La Prensa"— anunciaba que una oposición clara y resuelta enfrentaría al "Proceso de Reorganización Nacional", que hacía muy pocos meses había iniciado su "tercera etapa". A esta altura ya era evidente, incluso para la mayoría de los sectores burgueses que le dieron esperanzado apoyo durante largo trecho, que el experimento militar iniciado en 1976 había fracasado en todos los terrenos, excepto en el de la llamada "guerra antisubversiva", es decir en el del terrorismo de estado. Pero después de seis años de gestión omnímoda, sin otro control que el de las camarillas militares que desde el comienzo se disputaron la supremacía en el poder, ese balance era miserable. Los únicos títulos que el "Proceso de Reorganización Nacional" podía ostentar eran el más alto número de "desaparecidos" y la más alta tasa de inflación en el mundo occidental. Durante esos seis años, quienes se apoderaron del gobierno y borraros todo rastro de legalidad democrática para edificar lo que denominaron una economía "moderna y eficiente", no solo produjeron desocupación y empobrecimiento para los trabajadores —principales víctimas de los sucesivos planes, de Martínez de Hoz a Alemann—, sino que pasaron en crisis la totalidad del aparato productivo. Quienes derrocaron al gobierno peronista en nombre de la moralización de la vida pública, colapsaron la corrupción civil y militar más escandalosa.

Tampoco había sido afortunada la dictadura militar en su proyecto de recomponer la distribución de las fuerzas políticas: el alineamiento partidario anterior al 24 de marzo de 1976 seguía subsistiendo. A nadie se le ocultaba que el bloque de partidos reunidos en la Multipartidaria podía convocar un número de adhesiones mucho mayor que la suma de grupos y aventureros políticos que el régimen consiguió reclutar tras seis años de esfuerzos para dar vida a un partido oficial que asegurara la "continuidad del proceso" tras una fachada de legalidad.

Así le iba al gobierno también en el plano sindical: los dirigentes colaboracionistas con los que contó desde un comienzo y que fueron enganchados en los proyectos de la "etapa Viola", se veían con el espacio de maniobra cada vez más reducido ante el desafío de los núcleos sindicales más sensibles a las reivindicaciones populares y, después de la destitución de Viola y la definición del plan Alemann, la posición de los "amigos" del "Proceso" se tornó prácticamente irasobernable. La CNT también comenzó a hablar de "lucha" después de la manifestación del 30 de marzo, donde obreros argentinos fueron muertos por balas no precisamente inglesas.

Estas eran las dificultades a las que la dictadura se veía enfrentada en sus relaciones con el conjunto de la sociedad civil antes del 2 de abril. En ese marco crítico, el tema de los desaparecidos y de la necesidad de una aclaración sobre ese aspecto siniestro de la historia argentina de los últimos años, tomó relieve público creciente, saliendo del ámbito de las organizaciones de familiares e instituciones dedicadas abnegadamente a la defensa de los derechos humanos. Con ello aparecía el fantasma de un juicio a los responsables, con las imprevisibles derivaciones y riesgos que tal acto de justicia supondría para la totalidad del aparato militar.

Pero había otra clase de dificultades para el régimen y estas corroían y corren el propio frente militar. Después de las posiciones públicas de Massera, de las abortadas asonadas del Gral. Menéndez Luciano Benjamín y, sobre todo, de la forma en que se produjo la destitución de Viola, ya nadie podía afirmar —ni siquiera retoricamente— que las FF.AA. estaban cohesionadas. Sería largo enumerar toda la serie de divergencias y conflictos que durante estos seis años han fisionado al régimen militar en su propio seno. Digamos sólo:

mente que esas divergencias tienen que ver, por un lado, con la definición del lugar preciso que la Argentina debe ocupar en el alineamiento internacional de fuerzas y cual debe ser la política exterior para lograrlo; y, por el otro, con los acuerdos sobre cómo observar el cumplimiento de los objetivos internos del llamado "Proceso de Reorganización Nacional". En consecuencia, si la cúpula militar se ha servido del operativo para salir del aislamiento y recomponer su imagen ante la sociedad civil tendiendo el puente de la "soberanía nacional", también ha buscado solucionar por vía de la aventura armada las contradicciones existentes en sus propias filas. Así fue que las corrientes militares y civiles más recalcitrantes, aquellas que tienen sus portavoces en el diario "La Prensa" y en los círculos belicistas encabezados por el Almirante Rojas o el General Menéndez, fueron los que alentaron e incluso presionaron el desembarco. Con ello no se proponían iniciar una gesta ant imperialista, sino **adquirir una plaza precisa en el Atlántico Sur**. Repetidamente señalaron el poder que otorgaría al país el dominio efectivo sobre las islas como llave del Atlántico Sur en la eventualidad de un cierre de los canales de Buzos y Panamá, la ruta del petróleo pasa necesariamente por allí. Dentro del esquema de la confrontación Este - Oeste y bajo la guía de los EE.UU. (tutela que nunca estuvo en discusión), el dominio de las Malvinas otorgaría a la Argentina la categoría de aliado de primera, con todas las ventajas políticas y económicas que esto supondría para el ejemplo militar - civil que desde 1976 maneja la totalidad del aparato del estado.

Es en el cuadro interno de crisis y sobre la base de esta especulación geopolítica que fue decidido el operativo Malvinas.

Es conjeturable que la cúpula militar contara —al menos— con la neutralidad de los EE.UU. habida cuenta de los buenos servicios que venía prestando a la administración Reagan en su ofensiva contrarrevolucionaria en Centroamérica. Por otra parte, también es probable que se haya especulado con una reacción menos "desmesurada" por parte del gobierno conservador de Margaret Thatcher. La cobertura legal que suponía —además— la resolución sobre descolonización de las Naciones Unidas, completaría el hipotético cuadro de "bajo riesgo" que el proyectado operativo les ofrecía. En ningún caso estuvo en juego —ni en los hechos, ni en las palabras— una mínima actitud ant imperialista.

El ominoso resultado de esta gran especulación es esta guerra.

El decadente imperialismo inglés, fiel a su tradición más criminal, envió su flota. Los EE.UU. se les a su vez a su aliado más poderoso en Europa, lo apoyaron aún a riesgo de descomponer su aparato de alianza continental (OEA, TIAR). El mediocre cálculo estratégico - militar de la junta, convertido en aventura, ha puesto a este gobierno en la paradójica y **no deseada** situación de vanguardia armada del anticolonialismo latinoamericano. Y es a raíz de esta paradoja que se producen las conjeturas que es preciso errar.

Es cierto que, objetivamente, se han producido efectos ant imperialistas no previstos por la cúpula militar. Es evidente que ellos favorecen las luchas genuinamente emancipadoras de los pueblos latinoamericanos (particularmente en Centroamérica), pero estos efectos no pueden legítimamente un apoyo a este desembarco de objetivos espurios, hipotecando de ese modo la propia independencia política, habida cuenta que ningún fragmento del poder político ni militar ha sido delegado por la junta. Ninguna decisión pasa por otras manos que por las mismas que durante seis años han reprimido a mansalva todo intento verdaderamente ant imperialista.

rialista. Y no hay apoyo crítico que produzca el mitigar de la conversión. Por lo demás, siguiendo la "lógica del apoyo" sería imperativo reclamar, por ejemplo, la inmediata libertad del "combatiente ant imperialista" Capitán Astiz, para que vuelva al país y continúe su eficiente trabajo de torturador de militantes... ant imperialistas.

Confiar en que la mera lógica del conflicto y de las contradicciones reales que ha desatado bastarán para neutralizar o disuadir a las corrientes recalcitrantes que lo han impulsado, significa no hacerse cargo de la magnitud de los intereses en juego y suponer que la astucia y el oportunismo operan de un solo lado.

Si este fuera un conflicto planteado en verdaderos términos ant imperialistas, no se hubiera comenzado por un desembarco sino por las medidas que tibia y tardíamente fue tomando la junta: atacar los intereses económicos burgueses. Esta junta militar sigue siendo escrupulosa en el terreno de los negocios; naturalmente, le resultan más sagrados que la vida de sus propios soldados.

Es en relación a este conjunto de elementos como debe plantearse la cuestión tan agitada en estos días de la soberanía nacional, **indisoluble del derecho a la autodeterminación de los pueblos**. Las bases jurídicas e históricas de los reclamos argentinos sobre las Malvinas son insoslayables y deben ser clara y resueltamente defendidas. Asimismo, debe ser clara y resueltamente denunciada la reacción imperialista británica y la complicidad norteamericana, corresponsables de la escalada bélica. Pero ello no debe oscurecer lo esencial: la suerte de la verdadera soberanía nacional y el correlativo derecho del pueblo argentino a autodeterminarse se decide frente al régimen militar que lo ha oprimido durante estos seis años. No puede ser este régimen el titular de la soberanía nacional, puesto que ha despojado al pueblo de la libertad de expresarse políticamente y elegir sus gobernantes con arreglo a la voluntad de los ciudadanos democráticamente manifestada. Su legitimidad es flagrante y no se redime mediante la explotación política de las palabras y consignas en torno de las Malvinas y al significado del desembarco del 2 de abril. Contribuir a ese intento de manipulación confiando en que de ese modo la junta militar encontrará una "vía honorable" para retirarse del poder, o tolerarlo mediante el agregado de consignas de izquierda, sólo significa capitular de toda independencia y de toda iniciativa que permita al pueblo argentino salir del callejón de la guerra en que lo ha colocado la dictadura.

Esta guerra, de resultados imprevisibles pero cuyo alto costo en vidas y bienes ya nadie puede disimular, no ha caído del cielo. Es el resultado de una opción política y de ella se puede salir sin renunciar a los derechos argentinos sobre las Malvinas. Sería un error creer que el pueblo puede ser el beneficiario y no la víctima de los errores de cálculo, diplomáticos y geopolíticos, cometidos por el régimen militar. El cese de hostilidades y el camino de la negociación pacífica son las únicas posiciones compatibles con los verdaderos intereses de la Argentina. Ellos debe ir acompañado del reclamo a la información y al debate públicos, sin censuras ni intimidaciones, porque el pueblo tiene derecho a saber "de qué se trata" cuando se pone en juego la vida de sus hijos.

En cuanto a las energías ant imperialistas que este proceso ha desatado, más allá de la voluntad y del control del régimen militar, no se dilapidarán si se canalizan para intervenir activamente en la definición del rumbo que debe tomar la Argentina de posguerra.

Buenos Aires, 26 de mayo de 1982

»La izquierda no se mantuvo al margen del "operativo". Razonando en muchos casos con el módulo del "cuanto peor, mejor", y apelando a viejas argumentaciones, invocó un hipotético "frente único anticolonial" y se sumó a las manifestaciones de abril con la idea o la esperanza de cambiar su contenido. Al no cuestionar el desembarco ni desenmascarar sus turbios objetivos, no hizo más que reaccionar al aventurerismo militar de derecha con aventurerismo de izquierda.

»Por su parte, las principales organizaciones políticas de la burguesía (con excepción de algunos sectores) consideraron la situación desde una perspectiva que se interrogaba más sobre las ventajas que podían extraer de su apoyo irrestricto que sobre el significado y las consecuencias del operativo Malvinas. Sin reservarse el derecho de crítica a la conducción diplomática y política, sin haber planteado la menor exigencia de participación *real* del pueblo en la toma de decisiones que comprometen su destino (no cuestionaron siquiera la aceptación de Haig como mediador, un mediador que pocos días después se revelaría como parte comprometida con Inglaterra), las direcciones del radicalismo y el peronismo se declararon solidarias e, incluso, corresponsables de la medida. Especulando con que el período posconflicto les resultaría favorable (con derecho adquirido a cambio de su apoyo) aceptaron el hecho consumado del que fueron meramente informados por el ministro del Interior.

»Las pocas voces que se alzaron para cuestionar la oportunidad de la operación del 2 de abril o analizar sus motivos, fueron prolijamente ahogadas en el mar de la propaganda oficial. Esto sucedió con las declaraciones de Pérez Esquivel y con el documento de Monseñor de Navares y diecisiete sacerdotes de su diócesis.

»Así es como hoy, el pueblo argentino, en medio de la crisis económica más grave de su historia moderna, es lanzado a una guerra que ya ha costado muchas vidas y recursos materiales, pero que costará mucho más todavía. La propaganda oficial ha jugado con sentimientos nacionalistas y anti imperialistas profundos, clausurando al mismo tiempo todo interrogante sobre quién, por

qué y en qué momento se decide el operativo militar. La manifestación del 10 de abril puso en movimiento todo el poder que los medios masivos adquieren cuando otros canales de debate y organización política están obstruidos. Así fueron manipulados los sentimientos colectivos, diluyendo tras las consignas patrióticas los hechos que *realmente* sucedían en el teatro de operaciones y el carácter probable del conflicto, de su desenlace cruento, tal como quedaría demostrado pocas semanas después. El pueblo fue mal informado y, desde los medios de comunicación de masas, se escenificó una fiesta más acorde con un mundial de fútbol que con el enfrentamiento bélico ya iniciado. La manifestación del 10 de abril celebró una reconquista que sabía legítima y creía incruenta: ése fue el único consenso popular que obtuvo la dictadura, trabajando sobre sentimientos y experiencias que ella no suscitó ni estimuló.

»Ninguna de las reivindicaciones por las que nuestro pueblo se ha movilizó y batido desde 1976 se dirime en esta guerra. Todos los problemas seguirán en pie después de ella y como quiera que termine. Y es precisamente la satisfacción de aquellas reivindicaciones y la resolución de estos problemas lo que la dictadura militar ha buscado postergar —y, en lo posible, impedir— por medio de la operación Malvinas.

»¿Por qué este régimen que hizo del “occidentalismo” una de sus banderas para emprender una represión terrorista sobre el pueblo, se encuentra ahora enfrentado con las principales potencias de Occidente? ¿Por qué esta dictadura, que convirtió a los socios del capital imperialista en ministros y funcionarios de gobierno, alza ahora la consigna del anticolonialismo? ¿Por qué los mismos que hicieron asesinar y persiguieron a tantos militantes antiimperialistas, argentinos y latinoamericanos, se han transformado ahora en campeones de la soberanía nacional?

»Dos clases de dificultades procura resolver la dictadura a través de la aventura militar. En cuanto a la primera de ellas, baste recordar la situación en que se debatía ante el conjunto de la sociedad civil antes del 2 de abril. La manifestación del 30 de marzo, salvajemente reprimida —incluso a juicio de órganos tan insospechables como los diarios *La Nación* y *La Prensa*—, anunciaba que una oposición clara y resuelta enfrentaría al “Proceso de Reorganización Nacional”, que hacía muy pocos meses había iniciado su “tercera etapa”. A esta altura ya era evidente, incluso para la mayoría de los sectores burgueses que le dieron esperanzado apoyo durante largo trecho, que el experimento militar iniciado en 1976 había fracasado en todos los terrenos, excepto en el de la llamada “guerra antisubversiva”, es decir en el del terrorismo de Estado. Pero después de seis años de gestión omnímoda, sin otro control que el de las camarillas militares que desde el comienzo se disputaron la supremacía en el poder, ese balance era miserable. Los únicos títulos que el “Proceso de Reorganización Nacional” podía ostentar eran el más alto número de “desaparecidos” y la más alta tasa de inflación en el mundo occidental. Durante esos seis años, quienes se apoderaron del gobierno y borraron todo rastro de legalidad democrática para edificar lo que denominaron una economía “moderna y eficiente”, no sólo produjeron desocupación y empobrecimiento para los trabajadores —principales víctimas de los sucesivos planes, de Martínez de Hoz a Alemann—, sino que pusieron en crisis la totalidad del aparato productivo. Quienes derrocaron al gobierno peronista en nombre de la moralización de la vida pública, cobijaron la corrupción civil y militar más escandalosa.

»Tampoco había sido afortunada la dictadura militar en su proyecto de recomponer la distribución de las fuerzas políticas: el alineamiento partidario anterior al 24 de marzo de 1976 seguía subsistiendo. A nadie se le ocultaba que el bloque de partidos reunidos en la Multipartidaria podía convocar un número de adhesiones mucho mayor que la suma de grupos y aventureros políticos que el régimen consiguió reclutar tras seis años de esfuerzos para dar vida a un partido oficial que asegurara la “continuidad del proceso” tras una fachada de legalidad.

»Así le iba al gobierno también en el plano sindical: los dirigentes colaboracionistas con los que contó desde un comienzo y que fueron enganchados en los proyectos de la “etapa Viola”, se veían con el espacio de maniobra cada vez más reducido ante el desafío de los núcleos sindicales más sensibles a las reivindicaciones populares y, después de la destitución de Viola y la definición del plan Alemann, la posición de los “amigos” del “Proceso” se tornó prácticamente insostenible. La CNT también comenzó a hablar de “lucha” después de la manifestación del 30 de marzo, donde obreros argentinos fueron muertos por balas no precisamente inglesas.

»Éstas eran las dificultades a las que la dictadura se veía enfrentada en sus relaciones con el conjunto de la sociedad civil antes del 2 de abril. En ese marco crítico, el tema de los desaparecidos y de la necesidad de una aclaración sobre ese aspecto siniestro de la historia argentina de los últimos años, tomó relieve público creciente, saliendo del ámbito de las organizaciones de familiares e instituciones dedicadas abnegadamente a la defensa de los derechos humanos. Con ello aparecía el fantasma de un juicio a los responsables, con las imprevisibles derivaciones y riesgos que tal acto de justicia supondría para la totalidad del aparato militar.

»Pero había otra clase de dificultades para el régimen y éstas corroían y corroen el propio frente militar. Después de las posiciones públicas de Massera, de las abortadas asonadas del Gral. Menéndez (Luciano Benjamín) y, sobre todo, de la forma en que se produjo la destitución de Viola, ya nadie podía afirmar —ni siquiera retóricamente— que las FF. AA. estaban cohesionadas. Sería largo enumerar toda la serie de divergencias y conflictos que durante estos seis años han fisurado al régimen militar en su propio seno. Digamos solamente que esas divergencias tienen que ver, por un lado, con la definición del lugar preciso que la Argentina debe ocupar en el alineamiento internacional de fuerzas y cuál debe ser la política exterior para lograrlo; y, por el otro, con los desacuerdos sobre cómo observar el cumplimiento de los objetivos internos del llamado “Proceso de Reorganización Nacional”. En consecuencia, si la cúpula militar se ha servido del operativo para salir del aislamiento y recomponer su imagen ante la sociedad civil tendiendo el puente de la “soberanía nacional”, también ha buscado solucionar por vía de la aventura armada las contradicciones existentes en sus propias filas. Así fue que las corrientes militares y civiles más recalcitrantes, aquellas que tienen sus portavoces en el diario *La Prensa* y en los círculos belicistas encabezados por el Almirante Rojas o el General Menéndez, fueron los que alentaron e incluso preanunciaron el desembarco. *Con ello no se proponían iniciar una gesta antiimperialista, sino adquirir una plaza precisa en el Atlántico Sur.* Repetidamente señalaron el poder que otorgaría al país el dominio efectivo sobre las islas como llave del Atlántico Sur (en la eventualidad de un cierre de los canales de Suez y Panamá, la ruta del petróleo pasa necesariamente por allí). Dentro del esquema de la confrontación Este-Oeste y bajo la guía de los EE. UU. (tutela que nunca estuvo en discusión), el dominio de las Malvinas otorgaría a la Argentina la categoría de aliado de primera, con todas las ventajas políticas y económicas que esto supondría para el complejo militar-civil que desde 1976 maneja la totalidad del aparato del Estado.

»Es en el cuadro interno de crisis y sobre la base de esta especulación geopolítica que fue decidido el operativo Malvinas.

»Es conjeturable que la cúpula militar contara —al menos— con la neutralidad de los EE. UU., habida cuenta de los buenos servicios que venía prestando a la administración Reagan en su ofensiva contrarrevolucionaria en Centroamérica. Por otra parte, también es probable que se haya especulado con una reacción menos “desmesurada” por parte del gobierno conservador de Margaret Thatcher. La cobertura legal que suponía —además— la resolución sobre descolonización de las Naciones Unidas, completaría el hipotético cuadro de “bajo riesgo” que el proyectado operativo les ofrecía. *En ningún caso estuvo en juego —ni en los hechos, ni en las*

palabras— una mínima actitud antiimperialista.

»El ominoso resultado de esta gran especulación es esta guerra.

»El decadente imperialismo inglés, fiel a su tradición más criminal, envió su flota. Los EE. UU., fieles a su vez a su aliado más poderoso en Europa, lo apoyaron aun a riesgo de descomponer su aparato de alianza continental (OEA, TIAR). El mediocre cálculo estratégico-militar de la junta, convertido en aventura, ha puesto a este gobierno en la paradójica y *no deseada* situación de vanguardia armada del anticolonialismo latinoamericano. Y es a raíz de esta paradoja que se producen las confusiones que es preciso evitar.

»Es cierto que, objetivamente, se han producido efectos antiimperialistas no previstos por la cúpula militar. Es evidente que ellos favorecen las luchas genuinamente emancipadoras de los pueblos latinoamericanos (particularmente en Centroamérica); pero estos efectos no pueden legitimar un apoyo a este desembarco de objetivos espurios, hipotecando de ese modo la propia independencia política, habida cuenta de que ningún fragmento del poder político militar ha sido delegado por la junta. *Ninguna decisión pasa por otras manos que por las mismas que durante seis años han reprimido a mansalva todo intento verdaderamente antiimperialista. Y no hay apoyo crítico que produzca el milagro de la conversión.* Por lo demás, siguiendo la “lógica del apoyo”, sería imperativo reclamar, por ejemplo, la inmediata libertad del “combatiente antiimperialista” Capitán Astiz, para que vuelva al país y continúe su eficiente trabajo de torturador de militantes... antiimperialistas.

»Confiar en que la mera lógica del conflicto y de las contradicciones reales que ha desatado bastarán para neutralizar o disuadir a las corrientes recalcitrantes que lo han impulsado, significa no hacerse cargo de la magnitud de los intereses en juego y suponer que la astucia y el oportunismo operan de un solo lado.

»Si éste fuera un conflicto planteado en verdaderos términos antiimperialistas, no se hubiera comenzado por un desembarco sino por las medidas que tibia y tardíamente fue tomando la junta: atacar los intereses económicos británicos. *Esta junta militar sigue siendo escrupulosa en el terreno de los negocios; naturalmente, le resultan más sagrados que la vida de sus propios soldados.*

»Es en relación a este conjunto de elementos como debe plantearse la cuestión tan agitada en estos días de la soberanía nacional, *indisociable del derecho a la autodeterminación de los pueblos.* Las bases jurídicas e históricas de los reclamos argentinos sobre las Malvinas son indiscutibles y deben ser clara y resueltamente defendidas. Asimismo, debe ser clara y resueltamente denunciada la reacción imperialista británica y la complicidad norteamericana, corresponsables de la escalada bélica. *Pero ello no debe oscurecer lo esencial: la suerte de la verdadera soberanía nacional y el correlativo derecho del pueblo argentino a autodeterminarse se decide frente al régimen militar que lo ha oprimido durante estos seis años.* No puede ser este régimen el titular de la soberanía nacional, puesto que ha despojado al pueblo de la libertad de expresarse políticamente y elegir sus gobernantes con arreglo a la voluntad de los ciudadanos democráticamente manifestada. Su ilegitimidad es flagrante y no se redime mediante la explotación política de las palabras y consignas en torno de las Malvinas y al significado del desembarco del 2 de abril. Contribuir a ese intento de manipulación confiando en que de ese modo la junta militar encontrará una “vía honorable” para retirarse del poder, o tolerarlo mediante el agregado de consignas de izquierda, sólo significa capitular de toda independencia y de toda iniciativa que permita al pueblo argentino salir del callejón de la guerra en que lo ha colocado la dictadura.

»Esta guerra, de resultados imprevisibles pero cuyo alto costo en vidas y bienes ya nadie puede disimular, no ha caído del cielo. Es el resultado de una opción política y de ella se puede salir sin renunciar a los derechos argentinos sobre las Malvinas. Sería un error creer que el pueblo puede ser el beneficiario y no la víctima de los errores de cálculo, diplomáticos y geopolíticos,

cometidos por el régimen militar. *El cese de hostilidades y el camino de la negociación pacífica son las únicas posiciones compatibles con los verdaderos intereses de la Argentina. Ello debe ir acompañado del reclamo a la información y al debate públicos, sin censuras ni intimidaciones, porque el pueblo tiene derecho a saber “de qué se trata” cuando se pone en juego la vida de sus hijos.*

»En cuanto a las energías antiimperialistas que este proceso ha desatado, más allá de la voluntad y del control del régimen militar, no se dilapidarán si se canalizan para intervenir activamente en la definición del rumbo que debe tomar la Argentina de posguerra.

»Buenos Aires, 26 de mayo de 1982»<<

^[73] A diferencia de nuestro documento redactado durante la guerra, que ningún diario recogió, este de febrero de 2012 tuvo una amplia cobertura y nos valió insultos aunque también cientos de adhesiones. Los promotores fueron: Emilio de Ípola, Pepe Eliashev, Rafael Filippelli, Roberto Gargarella, Fernando Iglesias, Santiago Kovadloff, Jorge Lanata, Gustavo Noriega, Marcos Novaro, José Miguel Onaindia, Vicente Palermo, Eduardo Antin (Quintín), Luis Alberto Romero, Hilda Sabato, Daniel Sabsay, Beatriz Sarlo, Juan José Sebreli. Su título es «Malvinas: una visión alternativa» y puede leerse en <http://malvin-and-hobbes.tumblr.com/> <<

^[74] Esta es la nota, publicada en *La Nación*, el 10 de marzo de 2013:

«Nuestro avión de línea comercial desciende en el aeropuerto de la pequeña aldea que los británicos y los isleños llaman Stanley y los argentinos, Puerto Argentino. La doble denominación es un signo de la carga simbólica del largo enfrentamiento. Casi doscientos años de batallas imaginarias y unos meses de enfrentamiento militar verdadero me han convencido de que mi país tiene conflictos más importantes que el que lo llevó a la guerra en 1982. Ningún habitante de las islas reconoce la legitimidad del nombre en castellano. Finalmente es el lugar donde viven y el tiempo y las negociaciones dirán si ese será o no su nombre definitivo.

»Es un territorio donde no puede dejar de pensarse en la guerra llevada allí por la dictadura militar. Hay un cementerio de soldados argentinos y un bosque cuyos árboles son igual al número de británicos caídos. Allí donde se cavaron tumbas de combatientes y se enterraron minas en los campos, no puede olvidarse una guerra. Ninguno de nosotros, los argentinos, tuvo la experiencia de abrir la puerta de su casa y encontrar afuera los soldados de un ejército extranjero que entre sus primeras medidas dispuso cambiar la mano de las calles: ¡tránsito a la argentina, carajo!, ordenó el general Menéndez.

»Me cuesta creer que por ese pavimento rodaron los tanques. Tampoco podían creerlo los isleños que los vieron pasar por esta aldea que me parece extranjera porque lo es: por su lengua, su cultura, su demografía, sus costumbres. No me pronuncio sobre su soberanía, sino sobre aquello que construye, día a día, lo que aprendimos a valorar: la densidad de la vida cotidiana.

»Miro a esos hombres y mujeres que votarán en el referéndum y lo primero que percibo es su diferencia. Gente de piel y cabello claro, que en la Argentina es minoritaria. Yo no podría pasar por isleña. Mi aspecto, mi lengua, mi forma de caminar, mis modales son extranjeros, como el de ese porcentaje de inmigrantes chilenos, o venidos de las islas que en están en medio del Atlántico, la napoleónica Santa Helena, por ejemplo. Si viviera acá sería una extranjera que, después de siete años, como lo indican las disposiciones, podría alcanzar la condición de residente.

»Siento la misma sensación que cuando me desplazo como turista: levedad, distancia curiosa. Vengo a mirarlos a ellos y me pregunto: ¿algo podrá convencerlos de que ese techo rojo está cubriendo una casa que descansa sobre territorio argentino? Este lugar, para ellos, tiene de argentino sólo la razón disputada en un conflicto a resolverse.

»La experiencia de la guerra es de una naturaleza excepcional. Lo vemos en los veteranos de todas las guerras: Vietnam, Afganistán, Irak, y, en su medida, Malvinas. Repito para mí: llego a

unas islas, donde sus habitantes sufrieron esa experiencia. Atravesamos, a lo largo, la aldea marítima, con sus radas y los barcos amarrados, con el techo a dos aguas de las casas de madera, todo ello perdido en medio de un paisaje inmenso y desolador. El paisaje austero y sublime de las regiones frías. Y, a un costado, la gran base británica, a donde están destinados más de 2500 efectivos. Mi amigo inglés me escribe: “Volé a las islas con los reclutas británicos, aliviados porque iban allí por algunos meses en lugar de ir a morir a la guerra del Golfo. Todavía creo que debe ser un destino favorito: vivir en las islas o morir en Afganistán”.

»El turismo llega a estas islas para avistar aves, pingüinos, fauna salvaje, *wild life*, como dicen las guías. Esa fauna sureña le da una dimensión tolerable a los paisajes duros y el mar helado. Avistar pájaros sin tocarlos ni darles alimento nos hace sentir exploradores con gran conciencia ecológica. Como estas son modas contemporáneas, las islas tienen una industria turística bien organizada. Sin esa moda turística, las islas habrían seguido siendo rurales y pesqueras. Pero la que será su gran riqueza todavía está por comenzar a explotarse: el petróleo, razón suficiente para que la Argentina encare una negociación sensata y a corto plazo, no una guerra de Troya diplomática.

»Por ahora, el pueblo al que llego tiene el perfil más pintoresco y menos ajetreado de sus actividades pesqueras y turísticas. Eso acentúa el carácter británico de su apariencia: no es una factoría internacional de gran producción petrolera, que siempre deja marcas, logotipos, personajes que llegan y se van, sino una comunidad donde da la impresión de que todos se conocen. La gente se saluda por la calle y en el *pub*. Sólo el paisaje me resulta familiar: hay algo de las costas patagónicas en esta isla, esa luz tamizada que no borrona completamente los contornos, sino que los dibuja con delicadeza, ese viento que obliga a inclinarse. Mañana, acá, se vota. Afirmar que el referéndum es un simulacro, una mera puesta en escena, no es la mejor manera de entenderlo». <<

^[75] John King, le agradezco el acompañamiento que realizó, por mensajes de correo electrónico, durante todo mi viaje a las islas. El párrafo transcrito pertenece a uno de sus mensajes. John evitó que yo incurriera en demasiadas torpezas. Fue, sobre todo, una voz amiga que entendía, quizá mejor que yo, mi presencia en las islas. <<

^[76] La escuela tiene 170 estudiantes, dentro de una planta rectangular de una manzana, con primer piso, escalera central que desemboca en dos amplios pasillos laterales sobre los que están los accesos a las aulas. Todas tienen grandes ventanas. En los recreos, los estudiantes, que vuelven a comer a sus casas, ocupan los pasillos o la gran extensión descubierta frente al edificio. Cada materia y cada actividad tiene su aula (o sea que los estudiantes cambian según los tópicos y los profesores permanecen en las aulas especialmente equipadas para cada disciplina). Hay alrededor de 18 estudiantes por clase. Casi todas las aulas tienen computadoras (además de las que traen los estudiantes). En toda la escuela hay alrededor de cien. Hay aulas para cocina, manualidades, música, carpintería, además de las materias duras del currículum. El castellano se enseña según la norma británica: español de España, con profesor peninsular. Deportes: fútbol, bádminton, natación y deck hockey. La escuela tiene un Consejo Estudiantil formado por un representante de cada curso, elegido por los estudiantes, y un representante masculino y otro femenino elegido por los profesores. La escuela ofrece cursos hasta los 16 años. Después, con becas, una mayoría continúa los estudios en Gran Bretaña. <<

^[77] ¿Quiénes son estas gentes? Más del 60% es dueño de su casa y, si no lo es, puede acceder a un crédito a 25 años con cuotas fijas, que alcanza a cubrir el 70% de una vivienda; la casi totalidad considera que su alojamiento se ajusta a las necesidades. Hay un 1% de desempleados. El 20% tiene dos trabajos. Todos acuerdan en que falta mano de obra y que son necesarias leyes inmigratorias más flexibles. El ingreso anual per cápita es de 32 213 dólares. El mayor empleador es el gobierno (28%); la agricultura ocupa un 11%; el turismo, otro 11%. Excluidos los contratistas del aeropuerto de Mount Pleasant, hay 2563 isleños residentes

permanentes, entre ellos 465 niños. La mayoría vive en lo que los argentinos llaman Puerto Soledad y los que viven allí, Stanley. El 59% de los que votaron en el referéndum se autodefinen como «isleños de las Falklands». El 29% se considera británico. Casi el 10% ha nacido en la isla de Santa Helena; poco más del 5% es chileno. No es fácil saber cuántos provenientes de Santa Helena ni cuántos chilenos están en condiciones de votar. Las escuelas primaria y secundaria y la medicina son públicas. Los adolescentes que terminan el primer tramo del secundario, por lo general, viajan becados o financiados por su familia a Gran Bretaña. El 70% de los que parten vuelven, después de 10 o 15 años, a las islas. (Censo de 2012, datos publicados en el periódico *Penguin News*). <<

[78] «El hombre prudente construye sobre piedra. / Y la casa se sostuvo cuando llovió. / Pero el tonto construye sobre arena / y su casa se desplomó». <<

[79] El resultado del referéndum fue: votos totales 1517. Votos por el sí: 1513. Votos por el no: 3. La pregunta era la siguiente: «¿Desea usted que las Islas Falklands conserven su *status* político actual como Territorio de Ultramar del Reino Unido?».

En la conferencia de prensa posterior al referéndum, con el gobernador y los miembros de la Asamblea, se respondieron algunas preguntas interesantes:

«P. ¿Es este el primer paso hacia la independencia de las islas?».

«R. El Sí nos da el derecho a explorar esa opción. El referéndum nos dio el derecho a definir nuestro futuro».

«P. ¿Y la resolución de las Naciones Unidas sobre descolonización?».

«R. La resolución de Naciones Unidas no menciona a los falklanders. El mensaje de esta noche es que somos nosotros los que decidimos».

«P. El derecho de autodeterminación pertenece a las colonias y ustedes no reconocen serlo».

«R. Las Falkland no son una colonia. Nosotros cobramos nuestros impuestos y somos autónomos desde un punto de vista financiero».

«P. La autodeterminación existe sólo para las colonias».

«R. Ese es un argumento académico. Moralmente esto es una democracia».

El gobernador, en el discurso con que cierra la noche, afirma: «La Argentina está encerrada en una perspectiva decimonónica». <<

[80] John Fowler en su relato de los meses de ocupación argentina de las islas, que tiene gracia, emoción y realismo, señala esta novedad absoluta de una invasión a territorio británico. La última, que seguramente Fowler tiene en mente, es la de los normandos en el siglo XI. Federico Lorenz escribió un prólogo a la traducción del libro de Fowler, cuyo título es *1982. Días difíciles en las Malvinas*, Buenos Aires, Ediciones Winograd, 2013, con epílogo de Roberto Herrscher. Lorenz me acercó el libro y debo agradecerse, así como su investigación historiográfica sobre las islas. <<

[81] Sintética definición de John Fowler (cit., p. 68): en las islas se llama el *camp* «a todo lo que no sea Stanley». Zonas rurales, donde están las grandes estancias de ovejas. <<

[82] Lisa Watson, directora del *Penguin News*, tenía 11 años cuando el ejército argentino invadió las islas. Su familia, como muchas otras que pudieron hacerlo, dejaron Stanley y se fueron a vivir al camp, en una granja ovejera. A esa granja, una mañana muy temprano llegaron dos soldados que formaban parte del batallón que ocupaba Long Island Mountain. Traduzco un fragmento de su relato:

«Señor Watson, necesitamos hablar con usted», dijo uno de ellos.

«Acérquense a la casa. Los perros no muerden», los tranquilizó. Después, sonriendo, agregó:

«No muerden hasta que yo se los ordene».

Los soldados pasaron el cerco cautelosamente, mirando nerviosos a los perros y siguieron a Papá hasta el jardín.

«Dejen sus fusiles afuera», les ordenó mi abuela. «Hay chicos acá».

...

Mi primo Niki, de gran corazón, les sonrió. «Está todo bien. Digan qué quieren».

«Mi nombre es Pedro Miguel Espinosa. Sentimos mucho por estar acá».

«¿Acá en nuestra casa?» preguntó Niki.

«No, acá en las islas. Tenemos frío. No nos gusta».

Papa los miró serio: «Ustedes son soldados; deben ser fuertes».

«No, no,» dijo Pedro, «Yo dentista, mi amigo, cura; no soldados verdaderos. No somos fuertes, tenemos frío y hambre».

«¿Conscriptos?».

«Sí. Hacemos un año de servicio y un día nos llamaron y nos mandaron acá. No sabíamos que dejábamos Argentina. No sabíamos que veníamos a las Malvinas».

«Falklands», corrigió mi madre.

Pedro movió la cabeza pidiendo disculpas, «Yes Falklands, Falklands».

La expresión de Papá se había ablandado un poco; los soldados no parecían mayores que mi hermano Paul.

«¿Qué necesitan?».

Pedro sonrió, «Queremos quizá lavarnos y también escuchar la radio, no sabemos qué está pasando. Y también queremos permiso para matar algunos patos».

«¿Los patos de nuestra laguna? Por supuesto, son salvajes, también nosotros los comemos. Pueden cazarlos si tienen mucha hambre».

Pedro miró a su amigo y los dos se sonrojaron.

«Mr. Watson, no somos buenos con los rifles, quizás usted pueda cazarlos por nosotros».

Lisa Watson, *Waking up to war*, 2010 (sin otros datos editoriales), pp. 19-20. <<

^[83] Alberto Sato conservó esas fotografías. Se exilió en Venezuela en 1975. Con el tiempo justo para una despedida arriesgada, me dijo: «Llevo los *slides* de los viajes, porque con ellos me voy a ganar la vida». Arquitecto, Sato se convirtió en profesor de historia de la arquitectura latinoamericana y, hace poco, recordaba que unas fotos donde yo aparezo en el Ministerio de Educación de Río de Janeiro habían formado parte del montón que mostraba en sus clases. A su sensibilidad y su constancia, este libro debe mucho. <<

^[84] Michael Taussig, *Fieldwork notebooks*, Kassel, dokumenta, 2012, p. 8. <<

^[85] La bibliografía es inmensa. Un compendio de las posiciones críticas puede verse en: James Clifford, *Routes. Travel and Translation in the Late Twentieth Century*, Cambridge (Mass.)-Londres, Harvard University Press, 1997. <<